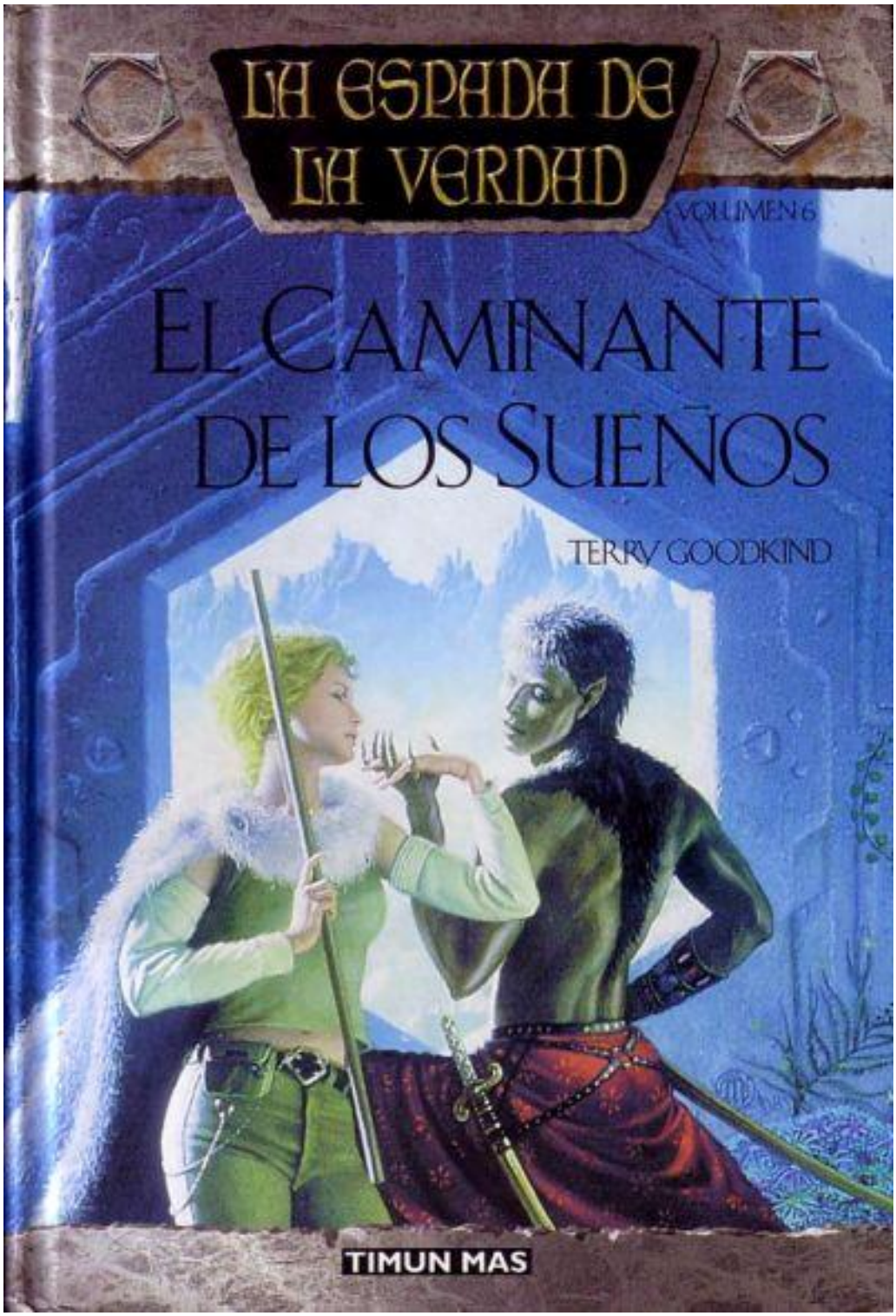
La espada de la verdad

VOLUMEN 6

El Caminante de los Sueños

TERRY GOODKIND



TIMUN MAS

LA ESPADA DE LA VERDAD

VOLUMEN 6

El Caminante de los Sueños

TERRY GOODKIND

TIMUN MAS

Diseño de cubierta: Valerio Viano
Ilustración de cubierta: Michael Whelan

Título original: *Blood of the Fold*
Traducción: Joana Claverol

© MCMXCVI Terry Goodkind
Published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, USA.

© Grupo Editorial Ceac, S.A.
Paseo Manuel Girona, 71 bajos - 08034 Barcelona (España)
Timun Mas es marca registrada por Grupo Editorial Ceac, S.A.
www.editorialceac.com
info@ceacedit.com

ISBN: 84-480-3223-3 (Obra completa)
ISBN: 84-480-3229-2 (Volumen 6)
Depósito legal: M. 5.070-2003
Impreso en España por Mateu Cromo

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 5
1 6
2 15
3 23
4 33
5 43
6 49
7 53
8 62
9 72
10 78
11 85
12 91
13 96
14 102
15 108
16 116
17 122
18 131
19 137
20 143
21 152
22 161
23 170
24 178
25 187
26 195
27 204
28 214

A Ann Hansen,
la luz de la oscuridad

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, doy las gracias a todos quienes me han ayudado: a mi editor, James Frenkel, por el hábil modo en que sigue subiéndome el listón; a mi editora británica, Caroline Oakley, y a la buena gente de Orion por su empeño en seguir tan bien como hasta ahora; a James Minz, por sus magníficas ideas; a Linda Quinton así como al personal de ventas y marketing de Tor, por su pasión y sus triunfos; a Tom Doherty, por su fe, que me anima a seguirme esforzando; a Kevin Murphy por la sobrecubierta merecedora de un premio; a Jeri, por su paciencia; y también quiero dar las gracias al espíritu de Richard y Kahlan, que continúan inspirándome.

1

Como copos de nieve que cayeran lentamente en un oscuro sueño, paulatinamente fue recuperando la visión de las cosas; primero fueron los dos fuegos iguales, luego las antorchas, los muros de piedra oscura y, finalmente, las personas.

Por un momento de asombro sintió todo el cuerpo entumecido antes de recuperar la sensibilidad en forma de dolorosos pinchazos. Le dolía en todas partes.

Jagang dio un gran mordisco al faisán asado. Masticó un momento y luego agitó hacia ella la pechuga.

—¿Sabes cuál es tu problema, Ulicia? —le preguntó sin dejar de masticar—. Que usas magia que puedes liberar a la velocidad de los pensamientos.

Los grasientos labios del hombre dibujaron de nuevo una sonrisa de suficiencia.

—En cambio yo —prosiguió— soy un Caminante de los Sueños, lo cual significa que aprovecho el tiempo entre un pensamiento y el siguiente. En esa calma, en la que no hay nada, es en la que yo me deslizo, donde nadie más puede acceder.

Nuevamente agitó la pechuga, mientras tragaba.

—Verás, para mí, en el espacio que queda entre los pensamientos el tiempo es infinito, y puedo hacer lo que me plazca. Es tan imposible que me atrapéis como si fueseis estatuas de piedra.

Ulicia sintió a sus Hermanas a través de la conexión. No se había roto.

—Tosco. Muy tosco —comentó Jagang—. Otros lo han hecho mucho mejor, claro que eran expertos en ello. De momento no romperé la conexión entre vosotras; quiero que todas sintáis lo que experimentan las otras. Ya la romperé más adelante. Del mismo modo que puedo romper la conexión, también puedo quebrar vuestras mentes. —El emperador tomó un trago de vino—. No obstante, no conduce a nada. ¿Cómo enseñas a alguien una lección si su mente es incapaz de comprenderla?

A través de la conexión Ulicia sintió cómo Cecilia perdía el control de la vejiga y la cálida orina descendía por sus piernas.

—¿Cómo? —se oyó Ulicia preguntar con voz cavernosa—. ¿Cómo usas el tiempo entre los pensamientos?

Jagang cogió el cuchillo y se cortó un pedazo de carne de una ornamentada bandeja de plata situada a su lado. Tras hundir la punta del cuchillo en el sangrante centro de la tajada, apoyó los codos en la mesa.

—¿Qué somos todos nosotros? —inquirió, mientras describía un círculo con la tajada ensartada. Por el cuchillo goteaba un hilo de sangre—. ¿Qué es realidad? ¿Cuál es la realidad de nuestra existencia?

A continuación cogió con los dientes la tajada y la fue masticando mientras hablaba.

—¿Somos nuestros cuerpos? En ese caso, ¿una persona menuda es menos que una persona fornida? Si somos nuestros cuerpos y perdemos un brazo o una pierna, ¿tenemos entonces menos existencia y empezamos a desvanecernos? No. Seguimos siendo la misma persona.

»No somos nuestro cuerpo; somos nuestros pensamientos. Lo que pensamos es lo que define quiénes somos y crea la realidad de nuestra existencia. Entre una y otra secuencia de pensamiento no hay nada, simplemente el cuerpo, que espera que los pensamientos nos conviertan en quienes somos.

»Yo me introduzco entre vuestros pensamientos. En ese espacio entre un pensamiento y el siguiente el tiempo no tiene significado para vosotras, pero para mí sí. —Tomó otro trago de vino y prosiguió—: Soy una sombra que se desliza entre las rendijas de vuestra existencia.

A través de la conexión Ulicia percibió que sus compañeras temblaban.

—No es posible —musitó—. Tu han no puede expandir el tiempo ni romperlo.

La condescendiente sonrisa de Jagang dejó a Ulicia sin aliento.

—Por grande y sólida que sea una roca, basta con introducir una pequeña cuña en una grieta para partirla, para destruirla.

»Yo soy esa cuña. Y ahora mismo estoy introduciendo esa cuña a golpe de martillo en vuestras mentes.

Ulicia contempló en silencio cómo el hombre arrancaba con el pulgar una larga tira de tocino de un cochinillo asado.

—Cuando dormís —continuó explicando— vuestros pensamientos flotan y van a la deriva, y sois vulnerables. Cuando dormís sois como un faro que puedo encontrar. Entonces mis pensamientos se introducen en las grietas. Esos pequeños espacios en los que dejáis brevemente de existir para mí son inmensos abismos.

—¿Qué es lo que quieres de nosotras? —preguntó Armina.

Jagang dio un mordisco a la tira de tocino que sostenía con los rollizos dedos.

—Bueno, muchas cosas. Por ejemplo, tenemos un enemigo común: Richard Rahl, al que vosotras conocéis como Richard Cypher. El Buscador. —Jagang arqueó una ceja que enmarcaba uno de sus turbios ojos oscuros.

»Hasta ahora me ha sido de gran ayuda. Me hizo un enorme favor al destruir la barrera que me mantenía a este lado. Al menos a mi cuerpo. Vosotras, las Hermanas de las Tinieblas, el Custodio y Richard Rahl habéis hecho posible que la raza humana pueda aspirar a la supremacía.

—Nosotras no hemos hecho tal cosa —protestó Tovi con voz mansa.

—Claro que sí. Veréis, el Creador y el Custodio se disputaban el dominio sobre el mundo; el Creador simplemente para impedir que el Custodio sumiera este mundo en el mundo de los muertos, y el Custodio porque siente un deseo insaciable hacia los vivos.

Jagang alzó hacia ellas sus impenetrables ojos.

—En vuestra lucha por liberar al Custodio y entregarle este mundo le disteis poder en el mundo de los vivos, lo cual indujo a Richard Rahl a alzarse en defensa del mundo. Él restituyó el equilibrio.

»Y en ese equilibrio es en el que yo entro, como en el espacio entre vuestros pensamientos.

»La magia es el conducto hacia esos otros mundos y el modo de darles poder en éste. Si reduzco la cantidad de magia en el mundo, reduciré la influencia del Creador y del Custodio en él. El Creador seguirá enviando su chispa de vida, y el Custodio seguirá tomándola cada vez que una vida llegue a su fin. Pero, excepto por eso, el mundo será de los hombres. La antigua religión de la magia quedará relegada al estercolero de la historia y, al final, a la categoría de mito.

»Yo soy un Caminante de los Sueños; he visto los sueños del ser humano, conozco su potencial. La magia reprime su ambición sin límites. Si la magia no existiera, el ser humano daría rienda suelta a su imaginación, a su mente, y sería todopoderoso.

»Por eso he reunido a un formidable ejército. Cuando toda magia haya muerto yo tendré a mis soldados. En previsión de ese día los mantengo en forma.

—¿Por qué Richard Rahl es tu enemigo? —inquirió Ulicia, deseando que Jagang siguiera hablando mientras ella pensaba en una solución.

—Rahl tuvo que hacer lo que hizo, por supuesto, o vosotras, queridas mías, habríais entregado el mundo al Custodio. Eso me ayudó, pero ahora está interfiriendo en mis planes. Es joven e ignorante de sus poderes mientras que yo he dedicado estos últimos veinte años a perfeccionar los míos.

Agitando la punta del cuchillo ante sus ojos, añadió:

—Tuve que esperar hasta el pasado año para que mis ojos cambiaran, lo cual es la verdadera marca del Caminante de los Sueños. Ahora ya soy digno de ostentar el apelativo más temido en el Viejo Mundo.

En la antigua lengua «caminante de los sueños» es sinónimo de «arma». Los magos que crearon esta arma lo lamentaron.

El hombre las observó mientras lamía la grasa del cuchillo.

—Es un error forjar armas que poseen una mente independiente. Ahora vosotras sois mis armas, y no pienso cometer ese mismo error.

»Gracias a mi poder puedo penetrar en la mente de cualquier persona mientras duerme. Sobre las personas que no poseen el don la influencia que puedo ejercer es muy limitada aunque, de todos modos, de poco me sirven. Pero con quienes poseen el don, como vosotras seis, puedo hacer lo que quiera. Una vez que he metido mi cuña en vuestra mente, ésta ya no os pertenece.

»Antaño, la magia de los Caminantes de los Sueños era poderosa pero inestable. Hacía tres mil años, desde que se erigió la barrera y nos quedamos atrapados en el Viejo Mundo, que no nacía nadie con mi don. Pero ahora vuelve a haber un Caminante de los Sueños sobre la faz del mundo.

Jagang se rió ente dientes de forma amenazadora y sacudió la cabeza. Las diminutas trenzas en las comisuras de la boca se agitaron.

—Y ése soy yo.

Ulicia a punto estuvo de decirle que fuera de una vez al grano, pero se lo pensó dos veces. No tenía ninguna gana de ver qué haría cuando acabara de hablar. Necesitaba tiempo para que se le ocurriera una idea. Así pues, inquirió:

—¿Cómo sabes todo eso?

Jagang arrancó una tira de grasa chamuscada del asado y la fue mordisqueando al mismo tiempo que respondía.

—En una ciudad sepultada de mi patria, Altur'Rang, hallé un archivo de épocas arcaicas. Es irónico pensar cuán útiles han sido los libros a un guerrero como yo. El Palacio de los Profetas posee asimismo libros de inmenso valor, para quien sepa usarlos, claro. Qué lástima que el Profeta haya muerto, pero os quedan otros magos.

»Un retazo de magia de la antigua guerra, una especie de escudo, pasó de su creador a todos los descendientes de la Casa de Rahl nacidos con el don. Se trata de un vínculo que protege la mente de las personas y me impide entrar en ellas. Richard Rahl ha heredado el vínculo y ya ha empezado a usarlo. Es preciso neutralizarlo antes de que aprenda más.

»Y también a su prometida. —Su rostro adquirió una expresión lejana y meditabunda—. La Madre Confesora me infligió un pequeño revés pero mis involuntarias marionetas del norte le ajustarán las cuentas. Por culpa de su estúpido fanatismo han causado complicaciones, aunque pronto empezaré a tirar de los hilos. Y cuando lo haga, bailarán al son que yo toque. Esa cuña está profundamente metida. He invertido muchos esfuerzos en doblegar los acontecimientos a mi beneficio, para que Richard Rahl y la Madre Confesora acaben comiendo de mi mano.

»Veréis —prosiguió, mientras estrujaba entre los dedos un gran pedazo del lechoncillo asado—, Richard es el primer mago guerrero que nace en los últimos tres mil años, aunque eso ya lo sabíais. Un mago de ese tipo sería para mí un arma de inapreciable valor. Él puede hacer cosas impensables para cualquiera de vosotras, por lo que no quiero matarlo, sino controlarlo. Cuando deje de serme útil, lo mataré.

El emperador hizo una pausa para lamer la grasa del lechón de sus anillos.

—Controlar es más importante que matar. Por ejemplo, os podría haber matado a vosotras seis, pero en ese caso ya no me serviríais de nada. Mientras os domine no representáis ninguna amenaza para mí. Al contrario, me podréis ser útiles de muchas, muchas maneras.

Con la punta del cuchillo señaló a Merissa.

—Todas habéis jurado vengaros de él, pero tú, querida, has jurado bañarte en su sangre. Tal vez te dé esa oportunidad.

Merissa palideció.

—¿Cómo... puedes saber eso? Lo dije estando despierta.

—La próxima vez que me quieras ocultar algo —replicó Jagang, regocijándose del pánico que se pintaba en la faz de la Hermana— te recomiendo que no sueñes sobre lo que has dicho estando despierta.

A través de la conexión Ulicia notó que Armina estaba a punto de desmayarse.

—Por supuesto, primero os meteré a las seis en vereda. Tenéis que aprender quién controla ahora vuestras vidas. —Con el cuchillo señaló a los silenciosos esclavos situados a su espalda—. Seréis tan obedientes como ellos.

Entonces Ulicia observó a las personas medio desnudas distribuidas alrededor del emperador y, al fijarse bien, tuvo que reprimir un grito. Todas las mujeres eran Hermanas, peor aún, en su mayoría eran Hermanas de las Tinieblas. Con un rápido vistazo comprobó que no todas ellas estaban allí. Por su parte los hombres, en su mayoría jóvenes magos que habían sido liberados después de completar su entrenamiento en palacio, eran los que habían prestado juramento al Custodio.

—Algunas son Hermanas de la Luz y me sirven bien por miedo a lo que pueda hacerles si me decepcionan. —Con dos dedos Jagang se acarició la delgada cadena de oro que iba de un anillo en la nariz a otro en la oreja—, pero mis preferidas son las Hermanas de las Tinieblas; todas están ahora bajo mi control, incluso las de palacio. —Ulicia se sintió desfallecer—. Tengo intereses en el Palacio de los Profetas. Intereses muy importantes.

Extendió los brazos y la luz de las llamas arrancó destellos a las cadenas de oro que le colgaban sobre el pecho.

—Ahora todas me obedecen. ¿No es cierto, queridas? —preguntó clavando su impenetrable mirada en las esclavas situadas contra la pared.

Janet, una Hermana de la Luz, se besó el dedo anular con lágrimas en los ojos. Jagang se rió. Su anillo relució a la luz de las llamas cuando la apuntó con un grueso dedo.

—¿Veis? Le permito que lo haga, pues de ese modo no pierde sus vanas esperanzas. Si se lo impidiera, se suicidaría porque no teme a la muerte como aquellas que han jurado servir al Custodio. ¿No es así, Janet, querida?

—Sí, excelencia —respondió la Hermana con voz temerosa—. Vos poseéis mi cuerpo en esta vida pero cuando muera mi alma pertenece al Creador.

Jagang rió de nuevo; era un sonido malsano y chirriante. No era la primera vez que Ulicia lo oía, y sabía que ella lo volvería a provocar.

—¿Veis? Lo tolero para mantener mi control. Naturalmente, como castigo tendrá que servir una semana en las tiendas. —Janet se encogió ante la oscura mirada del emperador—. Pero eso ya lo sabías antes de decirlo, ¿no es así?

—Sí, excelencia —contestó Janet con voz trémula.

Los tenebrosos y turbios ojos de Jagang se fijaron de nuevo en las seis Hermanas plantadas frente a él.

—Prefiero a las Hermanas de las Tinieblas porque tienen sobradas razones para temer la muerte. —De un gesto partió un faisán por la mitad. Los huesos se quebraron con un ruido seco—. Han fallado al Custodio, a quien han entregado su alma. Si mueren, no tienen escapatoria. Si mueren, el Custodio se vengará de ellas por su fracaso. —El hombre lanzó una carcajada grave, resonante y burlona—. Así pues, si me disgustáis hasta el punto de ganaros la muerte, estaréis en manos del Custodio por toda la eternidad.

Ulicia tragó saliva.

—Lo entendemos... excelencia.

Ante aquella mirada de pesadilla Ulicia se olvidó incluso de respirar.

—Oh no, Ulicia, creo que aún no lo entendéis. Pero cuando acabe con las lecciones, entonces seguro que sí.

Sin apartar de Ulicia su angustiosa mirada, sacó a rastras de debajo de la mesa una hermosa mujer de rubia cabellera. La mujer hizo una mueca de dolor cuando Jagang la alzó por el pelo con su poderoso puño. Iba vestida igual que las demás. A través del transparente tejido Ulicia entrevió magulladuras amarillas antiguas y otras más recientes de color morado. La mujer mostraba un cardenal en la mejilla derecha y otro enorme, reciente y de color azul negruzco, en la mandíbula izquierda junto con una línea de cuatro cortes infligidos por los anillos de Jagang.

Era Christabel, una de las Hermanas de las Tinieblas que Ulicia había dejado en palacio a fin de que preparasen el terreno para su regreso. Pero, al parecer, ahora preparaban el terreno para la llegada de Jagang, aunque Ulicia no lograba comprender qué podía querer el emperador del Palacio de los Profetas.

—Ponte al frente —le ordenó Jagang, señalando con la mano.

La hermana Christabel bordeó corriendo la mesa para situarse ante Jagang. Rápidamente se arregló la alborotada melena y se secó la boca con el dorso de la mano antes de ejecutar una reverencia.

—¿En qué puedo serviros, excelencia?

—Bueno, Christabel, tengo que enseñar a estas seis Hermanas su primera lección. Y para ello —prosiguió, arrancando tranquilamente la otra pata del faisán— debes morir.

Christabel inclinó la cabeza.

—Sí, excel... —Al comprender lo que acababa de decir el emperador se quedó paralizada. Ulicia se percató de que las piernas le temblaban al erguirse, pero no osó protestar.

Con la pata de faisán Jagang apuntó a las dos mujeres sentadas ante él sobre la piel de oso, que se alejaron gateando. El hombre esbozó su truculenta y burlona sonrisa antes de decir:

—Adiós, Christabel.

La Hermana alzó los brazos a la par que se derrumbaba gritando. Ya en el suelo, su cuerpo se agitó violentamente, mientras chillaba con tanta intensidad que a Ulicia le dolieron los oídos. Las seis mujeres situadas junto a la piel de oso contemplaban la escena con ojos desorbitados, aguantando la respiración. Christabel seguía profiriendo espeluznantes chillidos y sacudía espasmódicamente la cabeza a un lado y al otro, a la vez que su cuerpo sufría terribles convulsiones.

Jagang siguió comiendo tranquilamente el faisán y bebiendo vino. Nadie dijo nada mientras se acababa el faisán y atacaba luego un racimo de uvas. Al fin, Ulicia ya no pudo soportarlo más.

—¿Cuánto tardará en morir? —inquirió con voz ronca.

—¿Morir? —replicó Jagang enarcando una ceja. Echó la cabeza hacia atrás para reírse a carcajadas y descargó contra la mesa los puños con dedos cargados de enormes sortijas. Nadie más osó siquiera sonreír. El fornido cuerpo del hombre se agitaba. La delgada cadena entre la nariz y la oreja siguió oscilando mientras el acceso de hilaridad se calmaba.

—Estaba muerta antes de tocar el suelo.

—¿Qué? Pero, pero... sigue gritando.

De repente Christabel enmudeció y su pecho quedó completamente inmóvil.

—Ha estado muerta desde el primer instante —explicó Jagang. Lentamente esbozó una sonrisa mientras clavaba su negra mirada vacía en Ulicia—. Es esa cuña de la que te hablé; la misma que he introducido en vuestras mentes. Lo que veis es su alma que grita. Lo que veis es el tormento que padece en el reino de los muertos. Yo diría que el Custodio no está demasiado contento de esa Hermana de las Tinieblas.

El emperador alzó un dedo, y Christabel volvió a agitarse y gritar. Ulicia tragó saliva.

—¿Cuánto tiempo... estará así?

—Hasta que se pudra.

Ulicia sintió que las rodillas le temblaban y a través de la conexión supo que sus compañeras estaban a punto de echarse a chillar de pánico, como Christabel. Eso era lo que el Custodio les reservaba si no lograban restablecer su influencia en el mundo de los vivos.

Jagang chasqueó los dedos.

—¡Slith! ¡Eeris!

La luz titiló contra la pared. Ulicia lanzó una exclamación ahogada cuando dos figuras embozadas parecieron brotar de la oscura piedra.

Las dos escamosas criaturas se colocaron en silencio alrededor de la mesa e hicieron una reverencia.

—¿Ssssí, Caminante de lossss Sueñosssss?

Jagang señaló con uno de sus gruesos dedos a la mujer que chillaba en el suelo.

—Arrojadla al pozo negro.

Los dos mriswith se echaron sus capas hacia atrás, sobre la espalda, y levantaron el convulso cuerpo de la mujer, que no cesaba de gritar. Ulicia había conocido a Christabel durante más de un siglo, la había ayudado y había sido una obediente sierva del Custodio. Y ésa era la recompensa por sus servicios. Ésa sería la recompensa de todas ellas.

Ulicia miró a Jagang mientras los dos mriswith abandonaban el salón con su carga en dirección al pozo negro.

—¿Qué quieres de nosotras? —preguntó.

Jagang alzó una mano y con dos dedos pringados de grasa indicó a un soldado que se acercara.

—Las seis me pertenecen. Colócales el anillo.

El membrudo soldado, cubierto con pieles y armado hasta los dientes, inclinó la cabeza. Se dirigió a la Hermana más cercana, que era Nicci, y con sus sucios dedos tiró bruscamente de su labio inferior, dándole un aspecto grotesco. Los grandes ojos azules de Nicci reflejaron el pánico que la invadía. Ulicia ahogó un grito al unísono. Por la conexión también ella sintió el aturdido dolor y el terror de la joven Hermana cuando la roma púa de hierro oxidado le atravesó el borde del labio. El soldado se guardó la púa, de mango de madera, en el cinto y se sacó de un bolsillo un aro de oro. Ayudándose con los dientes ensanchó la hendidura del aro, tiró del labio de nuevo e introdujo el aro en el sangrante orificio. Inmediatamente retorció el aro alrededor y cerró la hendidura con los dientes.

Ulicia fue la última. Cuando el mugriento y maloliente soldado, con barba de varios días, se le acercó, temblaba violentamente pues había sentido el dolor de sus compañeras. Mientras el soldado le tiraba bruscamente del labio, Ulicia trataba desesperadamente de hallar el modo de escapar. Pero era como tratar de sacar agua de un pozo seco. Cuando el anillo le atravesó la carne se le escaparon lágrimas de dolor.

Jagang se limpió la grasa de los labios con el dorso de la mano, observando divertido el reguero de sangre que manaba del mentón de las Hermanas.

—Ahora las seis sois mis esclavas. Si no me dais motivos para mataros, os dejaré que me sirváis en el Palacio de los Profetas. Y cuando acabe con Richard Rahl, tal vez incluso os permita matarlo.

Al alzar la mirada las nebulosas formas que flotaban en sus ojos dejaron a Ulicia sin aliento. Había desaparecido todo rastro de regocijo, reemplazado ahora por una amenaza sin tapujos.

—Pero eso será cuando acabe de aleccionaros.

—Comprendemos perfectamente nuestras opciones —dijo Ulicia precipitadamente—. Por favor... podéis confiar en nuestra lealtad.

—Eso ya lo sé —susurró Jagang—. Pero, como ya he dicho, aún debo daros algunas lecciones. La primera sólo fue el comienzo. Las otras no serán tan rápidas.

Ulicia notó que las rodillas no la aguantarían mucho más. Desde que Jagang se había introducido en sus sueños, su vida en vigilia se había convertido en una pesadilla. Seguro que existía el modo de detener todo aquello, pero a ella no se le ocurría. Se vio a sí misma regresando al Palacio de los Profetas medio desnuda, como una de las esclavas de Jagang.

—¿Habéis prestado atención, muchachos? —preguntó Jagang a los marineros.

Sobresaltada, Ulicia oyó al capitán Blake responder afirmativamente. Había olvidado la presencia de los treinta marineros situados a su espalda, al fondo del salón.

Jagang les indicó con un gesto que se aproximaran.

—Mañana por la mañana podréis partir. Pero se me ha ocurrido que quizá esta noche os gustaría disfrutar de estas damas.

Las seis Hermanas se quedaron rígidas.

—Pero...

Las formas que se formaron de repente en los turbios ojos de Jagang la dejaron sin palabras.

—Desde este momento, si usas tu magia contra mis deseos, aunque sólo sea para dejar de estornudar, sufrirás el mismo destino que Christabel. En tus sueños te he dado una pequeña muestra de lo que puedo hacerte estando viva, y acabas de presenciar una pequeña muestra de lo que el Custodio te hará si mueres. Así pues, sólo tienes un camino. Yo que tú me lo pensaría mucho antes de dar un paso en falso.

Nuevamente su atención se fijó en los soldados.

—Son vuestras por esta noche. Conociéndolas como conozco a las seis por sus sueños, sé que tenéis cuentas pendientes con ellas. Haced con ellas lo que queráis.

Los marineros lanzaron alborozados juramentos.

A través de la conexión Ulicia sintió cómo una mano agarraba un seno de Armina, otra tiraba de Nicci del pelo mientras le soltaba el encaje del corpiño, y otra se deslizaba en su propia entrepierna. Tuvo que hacer esfuerzos para ahogar un grito.

—Hay algunas normas —les dijo Jagang. Los marineros se quedaron quietos—. Si las incumplís, os arrancaré las entrañas para dar de comer a los peces.

—¿Qué normas son ésas, emperador? —preguntó uno de los marineros.

—No podéis matarlas. Son mis esclavas y me pertenecen. Quiero que por la mañana me las devolváis en buenas condiciones, para que puedan servirme. Eso significa que nada de romperles huesos. Os jugaréis a suertes quién se queda con cada una. Sé lo que ocurriría si lo dejo a vuestro capricho. No quiero que ninguna de ellas se quede sin su parte.

Todos los marineros rieron entre dientes, declararon que eran normas justas y juraron cumplirlas.

—Tengo un enorme ejército formado por vigorosos soldados —dijo Jagang a las seis Hermanas—, y por aquí cerca no hay suficientes rameras. Eso pone de mal humor a mis hombres. Así pues, hasta que no os asigne otros deberes, realizaréis ese servicio excepto durante cuatro horas al día. Podéis dar las gracias de que lleváis mi anillo en el labio, pues impedirá que os maten mientras se divierten con vosotras.

La hermana Cecilia extendió las manos y sus labios dibujaron una sonrisa inocente y apacible.

—Emperador Jagang, vuestros hombres son jóvenes y fuertes. Mucho me temo que no se divertirán con una anciana como yo. Lo siento.

—Estoy seguro de que estarán encantados de tenerte. Ya lo verás.

—Emperador, la hermana Cecilia está en lo cierto. Yo también me temo que soy demasiado vieja y estoy demasiado gorda —dijo Tovi con su mejor voz de anciana—. No daríamos satisfacción a los soldados.

—¿Satisfacción? —Jagang dio un mordisco al pedazo de asado ensartado en la punta del cuchillo—. ¿Satisfacción? ¿Sois tontas o qué? Esto no tiene nada que ver con la satisfacción. Os aseguro que mis hombres disfrutarán de vuestros encantos... aunque creo que no lo comprendéis.

Al agitar un dedo en su dirección, las grasientas sortijas que adornaban sus dedos brillaron a la luz de las llamas.

—Las seis fuisteis primero Hermanas de la Luz y luego Hermanas de las Tinieblas. Probablemente sois las hechiceras más poderosas del mundo. Se trata de enseñaros que sois menos que el estiércol que pisan mis botas. Haré con vosotras lo que me plazca. Todos quienes poseen el don ahora son mis armas.

»No os pido vuestra opinión. Quiero que aprendáis una lección. Y hasta que decida lo contrario, os entrego a mis soldados. Si quieren retorceros los dedos y hacer apuestas sobre quién os arranca los gritos más desgarradores, tienen mi permiso. Les daréis placer del modo que ellos decidan. Tienen gustos muy variados y, excepto mataros, pueden hacer con vosotras lo que quieran.

Se metió el resto de la carne en la boca y prosiguió:

—Pero primero os disfrutarán los marineros. Disfrutad de mi regalo, chicos. Obedeced mis normas y en el futuro tal vez vuelva a usaros. El emperador Jagang sabe tratar a sus amigos.

Los marineros lanzaron vivas al emperador.

Ulicia hubiera caído cuando le fallaron las rodillas si un brazo no la hubiera enlazado por la cintura para apretarla contra un excitado marinero al que le olía el aliento.

—Bueno, bueno, bueno, nena. Parece que, después de todo y pese a haber sido tan desagradables, ha llegado el momento de que juguemos un poco.

Ulicia se oyó a sí misma lanzar un gemido. El labio le dolía, y sabía que eso sólo era el comienzo. Los acontecimientos la habían dejado tan anonadada que no podía pensar con claridad.

—Oh —dijo Jagang, y todos se detuvieron. Con el cuchillo señaló a Merissa—. Ésa no. Ésa es mía. Acércate, querida —le ordenó, agitando dos dedos.

Merissa dio dos pasos hacia la piel de oso. A través de la conexión Ulicia sintió que las piernas le temblaban.

—Christabel era mía exclusivamente. Era mi favorita. Pero ahora está muerta, para que os sirva de lección. —Jagang fijó la vista en los encantos de la Hermana, que el vestido ya no ocultaba—. Tú ocuparás su lugar.

»Si no recuerdo mal —prosiguió, alzando sus tenebrosos ojos—, dijiste que me lamerías las botas si era necesario. Pues bien, lo es. —Ante la mirada de sorpresa de Merissa, los labios del emperador, enmarcados por las pequeñas trenzas en los extremos, dibujaron una mortífera sonrisa—. Querida, ya te he dicho que sueñas con cosas que has dicho estando despierta.

—Sí, excelencia.

—Quítate ese vestido. Si decido permitir que mates a Richard Rahl, necesitarás algo bonito. —Mientras Merissa obedecía miró a las otras mujeres—. De momento voy a respetar la conexión que os une para que cada una sienta las lecciones que sus compañeras reciben. No quiero que os perdáis ninguna.

Cuando Merissa estuvo del todo desnuda, Jagang hizo girar el cuchillo entre dos dedos y señaló hacia el suelo.

—Bajo la mesa, querida.

Ulicia notó la basta alfombra de piel en las rodillas de Merissa y a continuación el duro suelo de piedra bajo la mesa. Los marineros la contemplaban con lascivia.

Ulicia sacó fuerza y resolución del insondable pozo de odio que sentía hacia aquel hombre. Como líder de las Hermanas de las Tinieblas habló a sus compañeras a través de la conexión: *«Todas hemos pasado por el ritual. Hemos sufrido cosas peores. Somos Hermanas de las Tinieblas; recordad quién es nuestro verdadero amo. De momento somos las esclavas de esta sanguijuela, pero ha cometido un grave error si cree que no tenemos mente. Su único poder consiste en usar el nuestro. Ya se nos ocurrirá algo para que lo pague. Nuestro amo y señor le hará pagar por toda la eternidad».*

«¿Pero y hasta entonces?», gritó Armina.

«¡Silencio! —ordenó Nicci. Ulicia sintió los dedos que sobaban a Nicci así como su ardiente furia y su corazón de negro hielo—. *Recordad cada cara. Todos ellos pagarán por esto. Ulicia tiene razón; pensaremos en algo y luego les enseñaremos lecciones que sólo nuestras mentes pueden concebir.»*

«*Y que ninguna se atreva a soñar sobre esto* —les advirtió Ulicia—. *No podemos permitirnos que Jagang nos mate, o ya no tendremos esperanza. Mientras sigamos con vida, tenemos una oportunidad*

para ganar de nuevo el favor de nuestro amo. El Custodio nos prometió una recompensa por nuestras almas, y pienso lograrla. Sed fuertes, Hermanas.»

«Pero Richard Rahl es mío —siseó Merissa—. *Cualquiera que me lo arrebate, tendrá que responder por ello ante mí y el Custodio.»*

Si Jagang la hubiese oído, incluso él habría palidecido por la malevolencia que destilaban sus palabras. A través de la conexión Ulicia sintió cómo Merissa se apartaba el pelo, y notó en la boca el mismo sabor que ella.

—Eso es todo... —Jagang hizo una pequeña pausa para recuperar el aliento—. Podéis retiraros.

El capitán Blake agarró a Ulicia por el pelo y dijo:

—Me las pagarás todas juntas, puta.

2

La mujer parpadeó y su mirada recorrió la herrumbrosa espada hasta la punta, que la amenazaba a un par de centímetros de la cara.

—¿Es realmente necesario? Ya os he dicho que podéis robar lo que queráis y que no intentaremos impedirlo, aunque debo deciros que sois el tercer grupo de forajidos que nos atacan en las últimas dos semanas, por lo que ya no nos queda nada de valor.

Por cómo al joven ladrón le temblaba la mano, no parecía tener mucha experiencia en su oficio. Y por el modo en que se le marcaban los huesos bajo la piel, tampoco parecía que lo acompañara el éxito.

—¡Silencio! —El muchacho miró con disimulo a su compañero—. ¿Has encontrado algo?

El segundo bandido, tan joven como el primero e igual de flaco, inspeccionaba los fardos agachado sobre la nieve, lanzando nerviosas miradas al bosque que flanqueaba aquel poco transitado camino y que el crepúsculo sumía en la penumbra. Asimismo examinó el cercano recodo que habían dejado a su espalda, donde la carretera se desvanecía tras una cortina de abetos cubiertos de nieve. En el centro del recodo, justo antes de que el camino se desvaneciera, un puente ayudaba a salvar un arroyo que ese invierno no se había helado.

—No. Sólo ropa vieja y trastos. No hay tocino. Ni un triste pedazo de pan.

El primer bandido saltaba de un pie al otro, preparado para salir disparado al menor signo de problemas. Se llevó la otra mano a la empuñadura de la espada para sostener mejor el peso de su pobre arma.

—Pues se os ve bien alimentados. ¿Qué coméis, vieja? ¿Nieve?

La anciana suspiró y cruzó las manos sobre el cinturón. Empezaba a hartarse.

—Trabajamos para ganarnos la comida a medida que viajamos. Os lo recomiendo. Trabajar, quiero decir.

—¿Ah, sí? Por si no te has dado cuenta estamos en invierno. No hay trabajo. El otoño pasado el ejército nos robó las provisiones. Mis padres no tienen nada para pasar el invierno.

—Lo siento, hijo. Quizá...

—¡Eh! ¿Qué es esto, viejo? —Había descubierto el collar de plata opaca. Le dio un tirón—. ¿Cómo se quita esto? ¡Contesta!

—Ya te lo he dicho —replicó la anciana, esquivando la silenciosa furia que reflejaban los ojos del mago—, mi hermano es sordomudo. No os entiende y tampoco puede contestaros.

—¿Sordomudo? ¡Pues dime tú cómo le quito esta maldita cosa!

—No es más que un recuerdo de hierro forjado hace mucho tiempo. No vale nada.

El asaltante que la amenazaba con la espada se inclinó cautelosamente hacia ella y con un solo dedo le abrió la capa.

—¿Qué es esto? ¡Un monedero! ¡He encontrado su monedero! —Dio un tirón a la pesada bolsa llena de monedas de oro que le colgaba al cinto—. ¡Seguro que está llena de oro!

La anciana se rió entre dientes.

—Me temo que sólo hay bizcochos resecos. Coge uno, si quieres, pero no trates de hincarle el diente o se romperá. Tienes que ablandarlo en la boca.

El muchacho sacó una moneda de oro de la bolsa y se la colocó entre los dientes, pero se estremeció con gesto agrio.

—¿Cómo podéis comer esto? He probado bizcochos malos, pero éstos ni siquiera llegan a malos.

Qué fácil resultaba con una mente joven, pensó la mujer. Lástima que con los adultos fuese más complicado.

El chico escupió y arrojó el monedero a la nieve antes de seguir registrando la capa en busca de algo que la mujer pudiera haber ocultado. Ella suspiró, impaciente.

—Podríamos acabar ya con el asalto, muchachos. Nos gustaría llegar a la siguiente ciudad antes de que anochezca.

—Nada —dijo el segundo—. No tienen nada que merezca la pena robar.

—Bueno, están los caballos —sugirió el primero, mientras seguía palpando la gruesa capa en busca de algo—. Al menos podemos llevarnos los caballos. Nos darán algo por ellos.

—Sí, lleváoslos, os lo ruego —intervino la mujer—. Ya estoy cansada de que esos viejos jamelgos nos retrasen. Me haréis un favor. Los cuatro cojean, y yo no tengo corazón para poner fin a su miserable existencia.

—La vieja tiene razón —confirmó el segundo bandido tras tirar de uno de los caballos cojos para comprobarlo—. Los cuatro cojean. Iremos más deprisa caminando. Si nos llevamos a esas cuatro bolsas de huesos, seguro que nos atrapan.

El primer bandolero seguía registrando la capa. Se detuvo en un bolsillo.

—¿Qué es esto?

—Nada que pueda ser de tu interés —respondió la mujer en un nuevo tono.

—¿Ah sí? —El chico toqueteó el libro de viaje que había hallado en el bolsillo de la mujer. Mientras lo hojeaba, ella se fijó en que había un mensaje escrito. Por fin.

—¿Qué es?

—Sólo un cuaderno. ¿Sabes leer, hijo?

—No. De todos modos, no me parece que diga nada que valga la pena leer.

—Cógelo —dijo el segundo muchacho—. Aunque no haya nada escrito, puede que nos den algo por él.

La mujer posó de nuevo la vista en el joven que la amenazaba con la espada.

—Ya es suficiente. Considerad el robo como acabado.

—Acabará cuando yo lo diga.

—Devuélvemelo —ordenó Ann serenamente, tendiendo una mano—. Y luego marchaos antes de que os arrastre hasta la ciudad llevándoos por la oreja y vuestros padres deban venir a recogeros.

El muchacho blandió la espada a la par que saltaba hacia atrás para protegerse.

—¡Eh, no te las des de valiente conmigo o probarás mi acero! ¡Sé cómo usar la espada!

De pronto, en el quieto aire del atardecer, resonaron unos atronadores cascos de caballos. La mujer se había percatado de que un grupo de soldados se aproximaba sigilosamente tras doblar el recodo y cruzar el puente, pero debido al fragor de las aguas los dos jóvenes bandidos no habían advertido su presencia hasta que el grupo cargó hacia ellos. Aprovechando que el bandido se volvía, aterrado, Ann le arrebató la espada. Nathan quitó el cuchillo al otro.

Los soldados d'haranianos, montados, no tardaron en llegar a su altura.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó con voz calmada y grave un sargento de mandíbula cuadrada.

Los dos muchachos permanecían paralizados por el terror.

—Bueno —respondió Ann—, nos topamos con estos dos jóvenes, que nos advertían que debíamos tener cuidado con los bandidos. Viven por aquí. Nos estaban mostrando cómo defendernos, a la vez que su pericia con las armas.

—¿Es eso cierto, chico? —inquirió el sargento cruzando las manos sobre el pomo de la silla.

—Yo... nosotros... —Su implorante mirada se posó en la mujer—. Es verdad. Vivimos por aquí cerca, y estaba advirtiendo a estos dos viajeros que tuviesen cuidado, pues hay bandidos en la zona.

—Ha sido una exhibición impresionante de destreza con la espada. Te prometí que te daría un bizcocho a cambio. Pásame la bolsa con los bizcochos, anda.

El muchacho se inclinó, recogió del suelo la pesada bolsa llena de oro y se la tendió. Ann tomó dos monedas y dio a cada uno una.

—Como os prometí, un bizcocho para cada uno. Ahora será mejor que os marchéis antes de que anochezca, o vuestros padres se inquietarán. Dadles mi bizcocho como agradecimiento por enviaros a que nos avisarais.

Uno de los jóvenes bandidos asintió sin saber qué decir.

—Bueno, sí... Pues buenas noches. Tened mucho cuidado.

Ann extendió un brazo y lanzó al muchacho una mirada preñada de amenaza.

—Si has acabado de echar un vistazo a mi cuaderno, te agradecería que me lo devolvieras.

Amedrentado por la mirada, el muchacho le devolvió el libro como si le quemara en los dedos, pues justamente eso sucedía.

—Gracias, hijo —le dijo Ann con una sonrisa.

El chico se secó las manos en su harapienta chaqueta.

—Bueno, adiós. Y tened cuidado.

Ya se marchaba cuando Ann lo detuvo.

—Eh, te olvidas esto. —La mujer le tendía la espada por la empuñadura—. Tu padre se pondría furioso si regresaras sin la espada.

El muchacho la cogió con cuidado. Nathan, incapaz de resistirse a un gesto teatral, hizo girar el cuchillo entre los dedos. Seguidamente lo arrojó al aire, lo atrapó detrás de la espalda y, sin dejar de dar vueltas, se lo pasó por debajo de la axila hasta la otra mano. Ann hizo un gesto de disgusto e impaciencia mientras Nathan, de un golpe, invertía el giro del arma. Finalmente lo atrapó por la hoja y le tendió el mango al otro muchacho, que había contemplado su exhibición con aire pasmado.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso, anciano? —preguntó el sargento.

Nathan puso ceño. Si había una cosa que le disgustara profundamente era que lo llamasen «anciano». Él era un mago, un profeta de insuperable talento, por lo que creía que debería despertar un temor reverencial o al menos asombro. Si Ann no estuviera refrenando su don mediante el rada'han, sin duda habría prendido fuego a la silla de montar del sargento. Ann también le impedía hablar; la lengua de Nathan era tan peligrosa, o más, que su poder.

—Me temo que mi hermano es sordomudo. —Con un ademán ahuyentó a los dos jóvenes bandidos. Tras despedirse con un gesto, se internaron en el bosque tan apresuradamente que sus pies levantaban la nieve—. Mi hermano se distrae practicando juegos de manos.

—¿Estáis segura de que esos dos no os causaban problemas, señora?

—No, ningún problema —se mofó Ann.

El sargento alzó las riendas, y los veinte hombres que lo seguían lo imitaron, listos para ponerse en marcha.

—Bueno, creo que de todos modos debería tener una pequeña charla con ellos, sobre robos.

—En ese caso no os olvidéis de pedirles que os cuenten cómo los soldados de D'Hara robaron las provisiones de comida de su familia, por lo que ahora se mueren de hambre.

El sargento soltó las riendas.

—Yo no sé nada de lo que pasó anteriormente, pero el nuevo lord Rahl ha ordenado explícitamente que el ejército de D'Hara no robe nada.

—¿El nuevo lord Rahl?

—Así es, Richard Rahl, el amo de D'Hara.

Por el rabillo del ojo Ann vio una fugaz sonrisa pasar por los labios de Nathan. El mago sonreía porque los acontecimientos habían seguido la bifurcación verdadera de una profecía. Aunque debía ser así a fin de tener éxito, Ann no tenía ganas de sonreír sino que se sintió llena de angustia por el camino que los esperaba. Claro que la alternativa era peor.

—Ahora que lo mencionáis creo que he oído ese nombre antes.

El sargento se irguió apoyado en los estribos y se volvió hacia sus hombres.

—¡Ogden, Spaulding! —Los cascos de los caballos levantaron nieve al adelantarse rápidamente—. Seguid a esos muchachos y llevadlos con sus familias. Averiguad si es cierto que soldados de D'Hara les robaron las provisiones. Si lo es, averiguad cuántos miembros componen sus familias y si otras familias de la zona corrieron la misma suerte. Luego informad enseguida a Aydindril y ocupaos de que reciban los alimentos necesarios para pasar el invierno.

Los dos soldados saludaron llevándose un puño al pecho, cubierto de cuero negro y malla, e inmediatamente tomaron al galope el sendero que conducía al bosque.

—Órdenes de lord Rahl —les explicó el sargento—. ¿Os dirigís a Aydindril?

—Sí. Buscamos seguridad como tantos otros que se dirigen hacia el norte.

—En Aydindril estaréis seguros, pero eso tiene un precio. Os diré lo mismo que digo a los demás: sea cual sea vuestro país natal ahora sois súbditos de D'Hara. Si deseáis vivir en territorio de D'Hara, se os pide lealtad, además de una pequeña parte de lo que ganéis trabajando.

—Vaya. Parece que el ejército sigue robando al pueblo.

—A vos puede pareceros eso, pero a lord Rahl no, y su palabra es ley. Todos contribuyen por igual para mantener las tropas encargadas de defender la libertad de todos. Si no queréis pagar, nadie os obliga a poneros bajo la protección de D'Hara y disfrutar de su libertad.

—Diría que lord Rahl lo tiene todo bajo control.

—Así es. Lord Rahl es un mago muy poderoso.

Los hombros de Nathan se agitaron, presa de silenciosa hilaridad.

El sargento entrecerró los ojos.

—¿De qué se ríe? ¿No se supone que es sordomudo?

—Oh, sí, pero también es algo tonto. —Ann se acercó tranquilamente a sus caballos. Al cruzar por delante del fornido mago aprovechó para propinarle un fuerte codazo en el vientre y lanzarle una furibunda mirada. Nathan tosió—. Si sigue así, no me extrañaría que empezara a babear en cualquier momento.

Suavemente Ann acarició los esbeltos y poderosos flancos de *Bella*, su dorado alazán. *Bella* danzó, encantada. Expectante, la enorme yegua sacó la lengua; nada le gustaba más que tener algo de lo que tirar. Ann la complació y luego le rascó detrás de una oreja. *Bella* gimió de placer al modo de las caballerías y sacó de nuevo la lengua para proseguir el juego.

—¿Decíais que lord Rahl es un mago muy poderoso, sargento?

—En efecto. Mató a los seres que veréis empalados delante del palacio.

—¿Qué seres?

—Él los llama mriswith. Son unas bestias horrorosas con escamas, semejantes a lagartos. Mataron a muchas personas, pero lord Rahl los hizo pedazos.

Mriswith. No eran buenas noticias.

—¿Hay algún pueblo cerca en el que podamos encontrar alojamiento para esta noche?

—Diez Robles está detrás de la siguiente colina, a apenas tres kilómetros. Tiene una pequeña posada.

—¿Y a qué distancia estamos de Aydindril?

El sargento observó con ojo crítico a los cuatro caballos. Ann seguía acariciando a *Bella*.

—Con unas monturas tan buenas, dudo que tardéis más de siete u ocho días.

—Gracias, sargento. Es bueno saber que hay soldados patrullando por la zona, por si acaso hay bandidos.

El sargento echó un vistazo a Nathan, fijándose en su elevada estatura, su largo cabello blanco que le caía hasta los hombros, la mandíbula fuerte y perfectamente rasurada así como sus penetrantes ojos azul oscuro parcialmente ocultos debajo de la capucha. Pese a tener casi mil años, Nathan conservaba un tosco atractivo y todo su vigor.

Enseguida la mirada se posó de nuevo en la mujer. Era evidente que el sargento prefería intercambiar miradas con una anciana baja y algo regordeta que con Nathan. Incluso con su poder refrenado Nathan poseía una presencia intimidatoria.

—Estamos buscando a unas personas de la Sangre de la Virtud —dijo el sargento.

—¿La Sangre de la Virtud? ¿Os referís a esos locos presuntuosos de Nicobarese que llevan capas rojas?

El sargento tiró de las riendas para impedir que su caballo se fuera hacia un lado. Del resto de los caballos, algunos pisoteaban la nieve buscando hierba o mordisqueaban, esperanzados, ramas secas de los árboles que crecían a los lados del camino, mientras agitaban perezosamente la cola en el fresco aire del atardecer.

—Justo ésos. Buscamos a dos hombres, uno es el lord general de la Sangre y el otro un oficial. Los acompaña una mujer. Huyeron de Aydindril, y lord Rahl ha ordenado su captura. Ha enviado a soldados en todas direcciones para peinar todo el territorio.

—Lo siento, pero no hemos visto ni rastro de ellos. ¿Se aloja lord Rahl en el Alcázar del Hechicero?

—No, en el Palacio de las Confesoras.

—Menos mal —suspiró Ann.

El sargento arrugó la frente e inquirió:

—¿Por qué menos mal?

Ann no se había percatado de que había expresado su alivio en voz alta.

—Esto..., es sólo que espero ver a ese gran hombre y, de alojarse en el Alcázar del Hechicero, no sería posible. Según he oído es un lugar protegido por la magia. Pero si sale a un balcón de palacio para saludar a la gente podré verlo.

»Bueno, gracias por vuestra ayuda, sargento. Será mejor que lleguemos a Diez Robles antes de que sea noche cerrada. No quisiera que ninguno de mis caballos metiera la pata en un agujero y se la rompiera.

Tras desearles buenas noches el sargento dirigió a la columna de hombres en la dirección contraria a Aydindril. Ann se aseguró de que ya no pudieran oírlos antes de desbloquear la voz de Nathan. Le costaba mantener el control durante períodos de tiempo muy prolongados. Mientras empezaba a recoger sus bultos, esparcidos por la nieve, se preparó mentalmente para aguantar la inevitable invectiva del profeta.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —le dijo.

Nathan se irguió con imperiosa expresión ceñuda.

—¿Por qué has dado oro a unos ladrones? Deberías...

—No eran más que muchachos, Nathan. Estaban hambrientos.

—¡Trataron de robarnos!

Ann sonrió mientras colocaba un fardo sobre *Bella*.

—Sabes tan bien como yo que eso nunca hubiera pasado, pero les di más que unas monedas de oro. Creo que no lo volverán a intentar.

—Espero que el hechizo sobre las monedas les queme los dedos hasta el hueso —rezongó el profeta.

—Ayúdame a recoger. Tengo prisa por llegar a la posada. Hay un mensaje en el libro de viaje.

Nathan se quedó un momento sin palabras.

—Bueno... le ha costado lo suyo. Con todas las pistas que le dejamos, hasta un niño de diez años lo hubiera adivinado antes que ella. Sólo nos faltó dejarle una nota sujeta a su vestido que dijera: «Por cierto, la Prelada y el Profeta no están realmente muertos, cabeza de chorlito».

—No era tan sencillo como eso —replicó Ann, ajustando la cincha a *Bella*—. A nosotros nos parece evidente porque sabemos la verdad. Pero *ella* no tenía ninguna razón para sospechar. Lo importante es que finalmente lo ha deducido.

Por toda respuesta Nathan resopló con altivez y por fin se dignó a ayudarla a recoger el resto de sus cosas.

—Bueno, ¿qué dice?

—No lo sé. Prefiero esperar a leerlo cuando lleguemos a la posada.

—Si vuelves a jugarme el truco del sordomudo —Nathan la amenazó blandiendo un dedo—, te juró que lo lamentarás.

La mujer lo fulminó con la mirada.

—¡Y si cuando nos cruzamos con alguien vuelves a gritar que te ha secuestrado una bruja loca que te mantiene prisionero mediante un collar mágico, te juro que serás realmente sordomudo!

Nathan resopló agriamente y siguió con su tarea. Cuando se volvió hacia su caballo, Ann lo vio sonreír con aire satisfecho.

Para cuando dieron con la posada y dejaron los caballos a cargo de un mozo del establo, situado en la parte trasera, las estrellas lucían ya en el cielo y la pequeña luna invernal había asomado por detrás de la ladera de una lejana montaña. El humo de madera que abrazaba el suelo también transportaba el aroma de un guiso. Ann dio al mozo un penique para que entrara el equipaje.

Diez Robles era una pequeña comunidad, y apenas media docena de vecinos ocupaban las pocas mesas, bebiendo, fumando en pipa e intercambiándose historias relatadas por soldados y los rumores sobre alianzas forjadas por el nuevo lord Rahl, aunque no todos estaban convencidos de que, realmente, fuese él quien tenía el control de Aydindril, como se decía. Otros les pedían que entonces explicaran por qué los soldados d'haranianos de pronto se habían vuelto tan disciplinados, a no ser que, finalmente, alguien los hubiera metido en cintura.

Nathan, ataviado con botas altas, pantalones marrones, una camisa blanca con volantes abrochada sobre el rada'han, un chaleco verde oscuro abierto y una pesada capa marrón oscuro que casi se arrastraba por el suelo, caminó tranquilamente hasta la corta barra situada ante unas pocas botellas y barriles. Con aire noble se echó la capa sobre un hombro en tanto que apoyaba un pie en el rodapié situado en la parte inferior del mostrador. A Nathan le encantaba llevar ropa distinta a la túnica negra que había sido su único atavío en el Palacio de los Profetas. Él lo llamaba «quitarse importancia».

El irascible posadero sólo sonrió después de que Nathan le entregara monedas de plata y comentara que, dado que el precio del alojamiento era tan alto esperaba que incluyera la cena. El posadero se encogió de hombros y asintió.

Antes de que Ann se diera cuenta, Nathan ya se había inventado que era un mercader que viajaba con su amante, mientras que su esposa se quedaba en casa criando a sus doce robustos hijos. Cuando el posadero le preguntó con qué comerciaba, Nathan se inclinó hacia él, bajó su autoritaria voz y guiñó un ojo mientras le decía que sería más seguro para él no saber nada.

El posadero, impresionado, se irguió e incluso invitó a Nathan a una jarra. Nathan bebió a la salud de Diez Robles, del posadero y de sus clientes, tras lo cual se dirigió a la escalera mientras pedía al mesonero que cuando les subiera el guiso, añadiera una jarra para su «mujer».

Los ojos de todos los presentes estaban fijos en él, maravillados por aquel imponente forastero.

Ann frunció los labios y se juró que no volvería a distraerse más, dando así a Nathan tiempo suficiente para urdir disparatadas explicaciones. Se había distraído por el libro de viaje. Deseaba saber qué decía, aunque también lo temía. Sería muy fácil que algo hubiese salido mal y que el libro estuviera en posesión de una Hermana de las Tinieblas que hubiese descubierto que ambos seguían vivos. Sería un desastre. La mujer se apretó el estómago para calmar las punzadas que sentía. Tal vez el Palacio de los Profetas había caído ya en manos del enemigo.

El dormitorio era pequeño pero estaba limpio. Tan sólo había dos estrechos camastros, un soporte enjalbegado con una jofaina de latón y un aguamanil, así como una mesa cuadrada sobre la que Nathan dejó el candil que había cogido de la pared al lado de la puerta. El posadero se presentó enseguida con cuencos de guiso de cordero y pan moreno, seguido por el mozo de cuadras con su equipaje. Una vez que ambos se hubieron marchado y cerrado la puerta, Ann se sentó y arrimó la silla a la mesa.

—Bueno, ¿no vas a echarme un sermón? —preguntó Nathan.

—No, Nathan, estoy cansada.

El Profeta agitó una mano con elegante gesto.

—Después de hacerme pasar por sordomudo, me pareció que era justo. —La expresión de Nathan se tornó sombría para añadir—: Excepto por los primeros cuatro años, durante toda mi vida el collar me ha mantenido prisionero. ¿Cómo te sentirías de ser una cautiva toda tu vida?

Ann pensó que, por ser su guardiana, era tan prisionera como él.

—Aunque nunca me crees cuando lo dijo —repuso, mirándolo a los ojos—, te repetiré una vez más que no me gusta que seas un prisionero, Nathan. No me produce ningún placer mantener cautivo a un hijo del Creador por el simple crimen de haber nacido como es.

Tras un largo silencio Nathan apartó la mirada. Con manos enlazadas en la espalda recorrió el dormitorio, examinándolo con ojo crítico. Sus botas resonaban contra el suelo de madera.

—Hummm, no es a lo que estoy acostumbrado —anunció sin dirigirse a nadie en particular.

Ann alejó de sí el cuenco con el guiso y colocó el libro de viaje encima de la mesa. Antes de decidirse a abrirlo se quedó unos segundos mirando su cubierta de cuero negro. Entonces leyó:

Primero debes decirme por qué me elegiste la última vez. Recuerdo cada palabra. Un error y arrojaré este libro al fuego.

—Caramba, caramba —murmuró—. Es cauta. Mejor. —Nathan echó un vistazo por encima de su hombro—. Fíjate en la fuerza de los trazos, Nathan. Creo que Verna está enfadada.

Ann se quedó mirando las palabras. Sabía a qué se refería Verna.

—Realmente debe odiarme —susurró Ann. Las palabras escritas temblaron cuando sus ojos se anegaron de lágrimas.

Nathan se irguió.

—¿Y qué? Yo también te odio y no parece que eso te importe.

—¿De veras, Nathan? ¿De veras me odias?

La única respuesta fue un gruñido desdeñoso.

—¿Te he dicho ya que ese plan tuyo es una completa locura?

—No, desde el desayuno.

—Bueno, pues ahora te lo digo.

Ann seguía con la mirada fija en el mensaje escrito.

—No es la primera vez que trabajas para influir en qué bifurcación sigue una profecía, Nathan, porque sabes qué ocurriría si los acontecimientos tomasen un rumbo equivocado, y porque también sabes cuán fácilmente se corrompen las profecías.

—Si te empeñas en seguir tu insensato plan sólo lograrás que te maten y a mí contigo. ¿Y entonces qué? Quiero llegar a los mil años, ¿sabes? Por tu culpa nos matarán a los dos.

Ann se levantó de la silla y posó una cariñosa mano en el musculoso brazo del Profeta.

—Pues dime qué otra cosa puedo hacer, Nathan. Conoces las profecías, conoces la amenaza. Fuiste tú quien me alertó. Dime qué harías si dependiese de ti.

Ambos intercambiaron una larga mirada. Cuando por fin el Profeta puso una de sus manazas sobre la mano de Ann, su mirada ya no era furiosa.

—Lo mismo que tú, Ann. Es nuestra única oportunidad. Pero no por eso me callo lo que pienso sobre el peligro que corres.

—Lo sé, Nathan. ¿Están allí? ¿Están en Aydindril?

—Sólo uno de ellos —respondió Nathan en voz baja al tiempo que le apretaba una mano—; el otro estará allí cuando lleguemos. Lo he visto en la profecía.

»Ann, vivimos en una era en la que confluyen una maraña de augurios. Las guerras atraen a las profecías como el estiércol a las moscas. Hay ramas que van en todas direcciones, y cada profecía debe manejarse adecuadamente. Si tomamos el camino equivocado en cualquiera de ellas, iremos de cabeza al desastre. Lo peor es que hay huecos en los que ni yo sé qué hacer. Además, no somos nosotros los únicos que debemos tomar la bifurcación adecuada, sino que también otros deben hacerlo y no tenemos control sobre ellos.

Ann no encontró palabras, por lo que se limitó a asentir. Volvió a tomar asiento y arrimó la silla a la mesa. Nathan se sentó a horcajadas en la otra silla, partió un pedazo de pan moreno y masticó mientras observaba cómo sacaba el punzón del lomo del libro de viaje.

Entonces escribió: *Mañana por la noche, cuando la luna esté alta, ve al lugar donde encontraste esto.* Luego cerró el libro y se lo guardó en un bolsillo del vestido gris que llevaba.

—Espero que sea lo suficientemente inteligente para justificar la fe que tienes en ella —comentó Nathan, hablando con la boca llena.

—La hemos entrenado lo mejor que hemos sabido, Nathan. La enviamos lejos de palacio durante veinte años para que aprendiera a pensar por sí misma. Hemos hecho todo lo que podíamos. Ahora debemos confiar en ella. —Ann se besó el dedo en el que durante tanto tiempo llevara el anillo de Prelada—. Querido Creador, te lo ruego, dale fuerzas.

Nathan sopló sobre una cucharada de guiso.

—Quiero una espada —declaró.

—Eres un mago con pleno control de su don. ¿Para qué quieres una espada, en nombre del Creador?

El hombre la miró como si la creyera estúpida.

—Pues porque tendría un aspecto muy gallardo con una espada al cinto.

3

—Por favor —susurró Cathryn.

Richard se sumergió en los dulces ojos castaños de la mujer mientras le acariciaba un costado de su radiante rostro y le apartaba un rizo negro de la mejilla. Cuando se miraban a los ojos a Richard le resultaba casi imposible apartar la mirada si antes ella no lo hacía. En esos momentos lo intentaba y no podía. La mano femenina sobre su cintura le provocaba cálidas sensaciones de deseo en todo el cuerpo. El joven luchaba desesperadamente por conjurar la imagen de Kahlan en su mente para resistir el impulso de tomar a Cathryn entre sus brazos y decir «sí». Su cuerpo ardía pidiéndole que se rindiera.

—Estoy cansado —mintió. Lo último que deseaba era dormir—. Ha sido un día muy largo. Mañana volveremos a vernos.

—Pero yo quiero...

Richard la hizo callar posando un dedo sobre sus labios. Sabía que si volvía a escuchar aquellas palabras de sus labios, no podría resistirse. Pero era casi igualmente difícil resistirse al mensaje implícito del gesto de Cathryn al lamerle suavemente la yema del dedo. En medio de la niebla que le nublaba la mente casi era imposible formar pensamientos coherentes.

Por fin logró formar uno: *«Queridos espíritus, ayudadme. Dadme fuerzas. Mi corazón pertenece a Kahlan»*.

—Mañana —repitió con esfuerzo.

—Eso mismo me dijiste ayer, y me ha costado horas encontrarte —le susurró la mujer a la oreja.

Richard había usado la capa de mriswith para volverse invisible. Le costaba un poco menos resistirse si Cathryn no podía apelar a él directamente, aunque eso sólo servía para aplazar lo inevitable. Cuando la veía buscarlo frenéticamente, no podía soportar su angustia y acababa yendo hacia ella.

La mano de Cathryn ascendía por su cuello. Richard la tomó y la besó brevemente.

—Que duermas bien, Cathryn. Hasta mañana.

Por el rabillo del ojo vio que Egan montaba guardia de pie con la espalda contra la pared a apenas tres metros de distancia. Tenía los brazos cruzados y miraba al frente, como si no se diera cuenta de nada. Más allá, en las sombras del tenebroso pasillo, Berdine también vigilaba. Pero la mord-sith no fingía no verlo junto a la puerta con Cathryn abrazada a él. Berdine lo observaba sin ninguna expresión. Sus otros guardaespaldas —Ulic, Cara y Raina— dormían.

Richard deslizó una mano a su espalda y accionó el pomo. La puerta se abrió. Richard dio un paso a un lado y Cathryn se tambaleó y fue a dar al interior de su dormitorio. Para guardar el equilibrio la mujer le cogió una mano. Luego, mirándolo a los ojos, se la besó. Richard sintió que las piernas le temblaban.

Consciente de que si no se alejaba de Cathryn no podría seguir resistiendo, retiró la mano. Mentalmente trataba de justificar que no estaría mal ceder. ¿Qué mal podría haber en ello? ¿Por qué era algo tan malo? ¿Por qué creía él que era algo malo?

Era como sentir un denso velo que cubría sus pensamientos y los sofocaba antes de que pudieran aflorar.

En su cabeza resonaban voces que trataban de racionalizar por qué debería abandonar aquella estúpida resistencia y gozar de los encantos de aquella preciosa mujer. Era más que evidente que ella lo deseaba, de hecho, se lo suplicaba. Richard la deseaba tanto que sentía un nudo en la garganta. Casi lloraba por el esfuerzo de hallar razones que lo frenaran.

Sus pensamientos se arremolinaban como aletargados. Una parte de él, la principal, luchaba desesperadamente para que cejara en su resistencia, pero un pequeño y débil rincón de su mente se batía

ferozmente para tratar de contenerlo, quería avisarlo de que algo estaba mal. Era absurdo. ¿Qué estaba tan mal? ¿Por qué? ¿Qué era eso en su interior que lo refrenaba?

«Queridos espíritus, ayudadme.»

En su mente apareció una imagen de Kahlan que le sonreía con esa sonrisa que reservaba sólo para él. Vio que los labios de la mujer se movían y le declaraban su amor.

—Necesito estar a solas contigo, Richard —dijo Cathryn—. Ya no puedo esperar más.

—Buenas noches, Cathryn. Que duermas bien. Nos veremos mañana. —Con estas palabras cerró la puerta.

Jadeando por el esfuerzo entró en su propio dormitorio y cerró la puerta. Tenía la camisa empapada de sudor. Casi sin fuerzas alzó una mano y corrió el cerrojo. Pero justo al encajar, se rompió. Richard se quedó mirando el soporte, que colgaba de un solo tornillo. A la mortecina luz del fuego no distinguió el resto de tornillos entre los intrincados motivos de las alfombras.

Tenía tanto calor que apenas podía respirar. Richard se quitó el tahalí por encima de la cabeza y dejó caer la espada al suelo mientras se dirigía a la ventana. Con el ansia de un hombre que se está ahogando levantó el pestillo, abrió la ventana de par en par y respiró a bocanadas. Pero aunque sus pulmones se llenaron de aire frío, él siguió igual de acalorado.

Su dormitorio estaba situado en la planta baja, por lo que por un momento barajó la idea de salvar el alféizar y rodar sobre la nieve. Al fin decidió limitarse a dejarse envolver por el frío aire mientras contemplaba la noche y el solitario jardín.

Algo iba mal pero no conseguía discernir qué. Por una parte deseaba estar con Cathryn pero algo en su interior se lo impedía. ¿Por qué? No podía comprender por qué no cedía al deseo.

Una vez más pensó en Kahlan. Ella era la razón.

Pero si amaba a Kahlan, ¿por qué deseaba tan intensamente a Cathryn? No lograba apartarla de su pensamiento, y le costaba incluso mantener el recuerdo de Kahlan.

Arrastrando los pies llegó al lecho. Instintivamente sabía que había llegado al límite de su capacidad para resistir el deseo de Cathryn. Aturdido, se sentó en la cama. La cabeza le daba vueltas.

La puerta se abrió. Richard alzó la vista. Era ella. Llevaba una prenda tan fina que la tenue luz del pasillo perfilaba su cuerpo. La mujer cruzó el cuarto hacia él.

—Richard, por favor —le suplicó con aquella voz dulce que lo dejaba paralizado—, no me rechaces esta vez. Por favor. Moriré si no estamos juntos ahora mismo.

¿Morir? Queridos espíritus, no quería que ella muriera. De sólo pensarlo a punto estuvo de echarse a llorar.

Cathryn avanzó sinuosamente hasta la zona iluminada por el fuego. Llevaba un camisón de delicado drapeado que llegaba hasta el suelo, pero que no ocultaba lo que había debajo, sino que realzaba su cuerpo y lo convertía en lo más bello que Richard hubiese visto en su vida. Todo él se encendió. No podía pensar en nada más que en lo que veía y en lo mucho que la deseaba. Si no la hacía suya, moriría de deseo insatisfecho.

De pie sobre él, Cathryn sonrió y le acarició el rostro con una mano; la otra permanecía a su espalda. Richard sentía el calor de la carne femenina. Cathryn se inclinó y sus labios se rozaron. El placer fue tan intenso que Richard creyó morir. La mano de la mujer se dirigió a su pecho.

—Túmbate, amor mío —susurró ella al tiempo que lo empujaba hacia abajo.

Richard se dejó caer en el lecho, mirándola a través de una agónica nube de deseo. Pensó en Kahlan, pero se sentía inerme. Richard recordó vagamente algunos de los consejos que le diera Nathan sobre cómo usar su don. Era algo que estaba dentro de él y que la furia hacía aflorar. Pero él no sentía furia. Según Nathan, un mago guerrero usaba su don por instinto. Cuando estaba a punto de morir a manos de Liliana, una Hermana de las Tinieblas, se había abandonado a ese instinto. Se había abandonado a su poder interior. Por necesidad había permitido que ese uso instintivo despertara su poder.

—Por fin, amor mío —susurró Cathryn, con una rodilla apoyada en el lecho.

Totalmente indefenso, Richard se abandonó a aquel centro de calma, al instinto oculto tras el velo que le nublaba la mente. Se dejó caer en el oscuro vacío. Renunció a controlar sus acciones. «Que sea lo que el Creador quiera», pensó. De todos modos, estaba perdido.

En su mente se hizo de pronto la luz, que disipó por completo la niebla.

Al alzar la vista vio a una mujer por la que no sentía nada. Con fría lucidez lo comprendió. No era la primera vez que Richard experimentaba los efectos de un hechizo; sabía qué se sentía. El velo había caído. Algo mágico rodeaba a la mujer. Una vez desaparecida la niebla, notaba los fríos dedos de la magia en su mente. Pero ¿por qué?

Entonces vio el cuchillo.

La hoja lanzó destellos a la luz de las llamas cuando Cathryn la alzó por encima de la cabeza. Rápidamente Richard se dejó caer al suelo al mismo tiempo que el cuchillo se hundía en el colchón. Sin darse por vencida, lo retiró y se abalanzó de nuevo hacia él.

Pero ya no tendría otra oportunidad. Richard alzó las piernas, listo para rechazarla, pero en aquella confusión de sensaciones y descubrimientos sintió la presencia de un mriswith casi al mismo tiempo que lo veía materializarse y volar por el aire encima de él.

Súbitamente el mundo se tiñó de rojo. Richard sintió que sangre caliente le salpicaba en la cara y vio que el camisón transparente de Cathryn se abría de un tajo; como fruto de una explosión, se derramaron los repliegues cercenados de tejido entre gris y azul. Las tres hojas casi partieron a la mujer por la mitad. El mriswith fue a estrellarse contra el suelo, más allá.

Richard rodó sobre sí mismo para zafarse de ella y se puso de pie de un salto, al mismo tiempo que Cathryn caía hacia atrás y sus vísceras se desparramaban por la alfombra. Sus terribles boqueadas se convirtieron en penosos jadeos.

Agachado, con pies y manos extendidos, el humano plantó cara al mriswith situado al otro lado de la mujer. La bestia sostenía sendos cuchillos de triple hoja en las manos. Entre ellos Cathryn se retorcía en la agonía de la muerte.

El mriswith retrocedió un paso hacia la ventana. Sus ojos brillantes y redondos como cuentas no se apartaban de Richard. Dio otro paso, cubriendo con su capa negra uno de sus escamosos brazos y recorrió rápidamente la habitación con la mirada.

Richard se lanzó a coger su espada. Pero se detuvo cuando el mriswith plantó un garrudo pie sobre la empuñadura, inmovilizando el arma contra el suelo.

—No. Iba a matarte —siseó la bestia.

—¡Justo como tú!

—No. Yo te protejo, hermano de piel.

Richard, estupefacto, clavó la mirada en la oscura figura. El mriswith se echó la capa alrededor del cuerpo, se lanzó por la ventana y desapareció en la noche. Richard se abalanzó hacia él para detenerlo, pero aterrizó sobre el alféizar con medio cuerpo fuera, y sus manos solamente asieron aire. El mriswith se había ido. Richard ya no notaba su presencia en la mente.

El vacío mental dejado por la desaparición del mriswith se llenó con la imagen de una Cathryn retorciéndose en medio de sus propias tripas. Richard vomitó.

Cuando por fin el convulso acceso de náuseas cesó y la cabeza dejó de darle vueltas regresó tambaleante hacia donde yacía la mujer y se arrodilló junto a ella. Gracias a los espíritus había muerto y ya no sufría. Aunque hubiese intentado asesinarlo, había sido insoportable contemplar su agonía.

Al contemplar aquel rostro a Richard le pareció imposible haber albergado hacía ella esos sentimientos que vagamente recordaba. No era más que una mujer como las demás; era la magia la que la había dotado de atractivo. Tenía algún tipo de sortilegio que había nublado su razón. Por suerte, en el último momento había recuperado el juicio; su don había roto el hechizo.

La parte superior del camisón desgarrado se le enrollaba alrededor del cuello. Una fría sensación que le ponía la carne de gallina le hizo fijarse en sus senos. Richard entrecerró los ojos y se aproximó más a ella, observando fijamente. Con una mano le rozó el pezón derecho y luego el izquierdo. La sensación era distinta.

Richard acercó una lámpara al fuego y la prendió con una larga astilla. Entonces volvió junto al cadáver e iluminó el seno izquierdo. El joven se humedeció el pulgar con saliva y frotó el liso pezón; éste desapareció. Con el camisón le limpió la pintura del seno hasta dejar un montículo de carne liso y sin ninguna cicatriz. A Cathryn le faltaba el pezón izquierdo.

Del centro de calma de su interior surgió la comprensión. Eso debía de tener relación con el hechizo que había ejercido sobre él. No sabía de qué modo, pero tenía la certeza de que así era.

De pronto se sentó sobre los talones. Por un momento se quedó inmóvil, pensativo, para luego erguirse de un salto y correr hacia la puerta. Allí se detuvo. ¿Por qué pensaba eso? Tenía que estar equivocado.

Pero ¿y si no lo estaba?

Abrió la puerta sólo lo suficiente para colarse por la abertura y la cerró tras él. Egan echó un vistazo en su dirección, los brazos aún cruzados, y enseguida adoptó de nuevo la misma posición. Richard miró hacia el fondo del pasillo y vio a Berdine, vestida de cuero rojo, apoyada contra la pared. Lo observaba.

Con un dedo le indicó que se acercase. La mord-sith se irguió y obedeció, lentamente. Al llegar a su lado echó una rápida mirada a la puerta, puso ceño y alzó la vista.

—La duquesa desea estar con vos. Regresad junto a ella.

—Ve a despertar a Cara y a Raina. Quiero veros a las tres. Vamos —ordenó. Su voz reflejaba el mismo ardor que su mirada.

—¿Hay algo que...?

—¡Obedece!

La mord-sith miró de nuevo hacia la puerta y luego se marchó sin añadir ni media palabra más. Cuando hubo desaparecido al final del corredor, Richard se dirigió a Egan, que lo observaba:

—¿Por qué la dejaste entrar en mi cuarto?

Egan arrugó la frente, desconcertado, y alzó una mano hacia la puerta.

—Bueno... por cómo iba... vestida. Dijo que deseabais verla esta noche y que vos le habíais dicho que se pusiera esa prenda y luego fuese a vuestro dormitorio. —Egan carraspeó antes de añadir—: Era obvio para qué queríais verla. Pensé que os enfadaríais si no la dejaba pasar.

Richard accionó el pomo y abrió la puerta de par en par. Con un gesto invitó a Egan a entrar. Tras un instante de vacilación el soldado entró.

Al ver el cadáver, se puso tenso.

—Lord Rahl, lo siento. No vi ningún mriswith. De haberlo visto lo habría detenido o al menos os habría avisado, lo juro. Queridos espíritus —añadió con un gruñido— qué modo tan horrible de morir. Lord Rahl, os he fallado.

—Mírale la mano, Egan.

La mirada del soldado le recorrió todo el brazo hasta posarse en el cuchillo que aún asía en una mano.

—Pero ¿qué...?

—Yo no le dije que viniera. Ella vino para matarme.

Egan apartó la mirada. Era evidente que comprendía las implicaciones. Cualquier lord Rahl del pasado lo habría ejecutado al instante por ese fallo.

—A mí también me engañó, Egan. No es culpa tuya. Pero nunca más dejes entrar en mi cuarto a otra mujer que no sea mi prometida, ¿entendido? Si una mujer, sea quien sea, se acerca a mi habitación, te doy permiso para que la arrestes.

—A vuestras órdenes, lord Rahl —dijo el soldado y ejecutó el tradicional saludo.

—Por favor, envuelve el cuerpo en la alfombra y sácala de aquí. De momento déjala en su cuarto. Vuelve a tu posición en el pasillo y cuando las tres mord-sith regresen, déjalas pasar.

Egan se dispuso a obedecer sin cuestionar las órdenes. Dada su fuerza y su tamaño, apenas le costó esfuerzo retirar el cadáver.

Tras inspeccionar el cerrojo de la puerta roto, Richard cogió una silla arrimada a la mesa, le dio la vuelta y la colocó junto al fuego, de cara a la puerta. Ojalá se equivocara. ¿Qué iba a hacer si estaba en lo cierto? En silencio, escuchando el chisporroteo del fuego, esperó a las tres mujeres.

—Adelante —dijo en respuesta al golpe en la puerta.

Entró Cara seguida por Raina, ambas vestidas de cuero marrón. Berdine fue la última. Las dos primeras se aproximaron a él echando una despreocupada mirada a la estancia, pero los ojos de Berdine recorrieron el cuarto con mucha mayor atención. Las tres se detuvieron ante él.

—¿Nos habéis llamado, lord Rahl? —preguntó Cara con voz inexpresiva—. ¿Deseáis algo?

Richard se cruzó de brazos.

—Mostradme los senos, las tres.

Cara abrió la boca para decir algo pero volvió a cerrarla y, apretando la mandíbula, empezó a desabrocharse los botones situados a los costados, a la altura de las costillas. Con un vistazo a Cara, Raina comprobó que su compañera obedecía. También ella, al principio con renuencia, empezó a desabrocharse los botones. Berdine contemplaba a sus compañeras. Lentamente también ella empezó a soltar los botones a los costados de su uniforme de cuero rojo.

Una vez desabotonada la prenda, Cara la asió por el lateral de la parte superior aunque no la abrió. Mostraba una expresión de ardiente resentimiento. Richard cambió de lugar la espada desnuda que tenía sobre el regazo y cruzó las piernas.

—Estoy esperando —dijo.

Con un último suspiro de resignación Cara se abrió la parte delantera del uniforme. A la titilante luz del fuego, que él mismo había avivado mientras esperaba, Richard examinó los pezones fijándose especialmente en la trémula sombra que proyectaba la protuberancia central. Ambos pezones de Cara presentaban relieve. Si hubieran sido pintados habrían sido planos.

Seguidamente su mirada se posó en Raina, impartiéndole una orden sin palabras. Richard aguardó en silencio. Era evidente que la mord-sith hacía esfuerzos para mantenerse callada y al mismo tiempo luchaba por decidir qué hacer. Apretaba los labios con fuerza, indignada, pero finalmente alzó una mano y se abrió bruscamente el uniforme. Richard examinó sus senos. Ambos pezones eran reales.

La siguiente era Berdine; la mord-sith que lo había amenazado, la que había alzado el agiel contra él.

Lo que su rostro, rojo como el uniforme de cuero, expresaba no era humillación sino rabia.

—¡Prometisteis que no tendríamos que hacer esto! ¡Lo prometisteis! Dijisteis que no...

—Descúbrete.

Cara y Raina rebullían, inquietas. Creían que Richard estaba eligiendo a una de ellas para pasar la noche y eso no les gustaba ni pizca. Por otra parte, ninguna de ellas deseaba oponerse a los deseos de su lord Rahl. Berdine seguía inmóvil.

Richard endureció la mirada.

—Te he dado una orden. Has jurado obedecerme. Vamos, descúbrete.

A la mord-sith se le escaparon lágrimas de furia. Levantó una mano y desnudó bruscamente el torso. Sólo tenía un pezón. El seno izquierdo se veía perfectamente liso. Respiraba agitadamente.

Sus compañeras contemplaron con asombro el seno izquierdo de Berdine. Por sus expresiones, Richard coligió que le habían visto antes los pechos y cuando bruscamente empuñaron los respectivos agiels, supo que no habían esperado ver eso.

Richard se puso en pie y se dirigió a Cara y Raina.

—Os pido que me perdonéis por lo que os he obligado a hacer. —Con un gesto les indicó que se cubrieran. Berdine temblaba de rabia mientras sus compañeras empezaron a abotonarse los uniformes de cuero a los costados.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Cara, mirando amenazadoramente a Berdine mientras se abrochaba los prietos botones.

—Te lo explicaré más tarde. Vosotras dos podéis iros.

—No nos vamos a ninguna parte —declaró Raina con voz tan grave como sus ojos, fijos asimismo en Berdine.

—Pues yo creo que sí. —Richard señaló la puerta—. Pero tú te quedas —ordenó a Berdine, apuntándola con un dedo.

Cara se aproximó a él con intención de protegerlo.

—No nos vam...

—¡No estoy de humor para discutir! ¡Fuera!

Cara y Raina se estremecieron, sorprendidas. Lanzando un último suspiro de furia Cara hizo una seña a Raina y ambas salieron cerrando la puerta tras ellas.

Instantáneamente Berdine empuñó su agiel.

—¿Qué has hecho con ella?

—¿Quién te ha hecho esto, Berdine? —inquirió Richard en tono amable.

—¡He preguntado qué le has hecho!

Ahora que nada enturbiaba ya su mente Richard sintió claramente el hechizo que rodeaba a la mord-sith cuando ésta se aproximó. Notaba el inconfundible cosquilleo de la magia y una sensación desagradable en su interior. No era una magia bondadosa.

En los ojos de la mujer vio más que magia; vio la ira desatada de una mord-sith.

—Murió tratando de matarme.

—Sabía que debería haberme ocupado personalmente. —Berdine sacudió la cabeza, asqueada—. Arrodíllate —ordenó entre dientes.

—Berdine, no pienso...

La mord-sith lo atacó con su agiel, golpeándolo en un hombro. Lo tumbó de espaldas.

—¡No te atrevas a llamarme por mi nombre!

La rapidez de Berdine lo tomó por sorpresa. Respiraba a bocanadas a causa del atroz dolor que sentía en el hombro. Vívidamente recordó todas y cada una de las torturas que había sufrido con un agiel.

La duda lo invadió. No estaba seguro de ser capaz de hacer lo que se proponía. Pero la única alternativa era matar a la mord-sith, y había jurado que no haría tal cosa. No obstante, el terrible dolor que le llegaba hasta los huesos hacía flaquear su resolución.

—Recoge la espada —ordenó Berdine, cada vez más cerca.

Richard hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y se levantó. Nuevamente Berdine posó el agiel sobre su hombro, obligándolo a arrodillarse. El joven hacía esfuerzos para mantener su objetivo. Denna le había enseñado a soportar la tortura. Tenía que aguantar. Cogió la espada y se puso en pie, tambaleante.

—Úsala contra mí.

Richard miró el frío azul de sus ojos, luchando contra la semilla de pánico que empezaba a germinar en su corazón.

—No —replicó, y arrojó la espada sobre el lecho—. Yo soy el lord Rahl. Estás vinculada a mí.

Berdine gritó de furia y le hundió el agiel en el vientre. Richard se encontró de pronto de espaldas. La habitación giraba a su alrededor. Pese a haberse quedado sin aliento, se puso en pie trabajosamente cuando Berdine se lo ordenó.

—¡Usa tu cuchillo! ¡Lucha contra mí!

Con dedos temblorosos el joven se sacó el cuchillo de la funda que le colgaba del cinto y se lo ofreció por el mango.

—No. Mátame si de verdad es eso lo que quieres.

La mord-sith le arrebató el cuchillo de la mano.

—Me lo estás poniendo muy fácil. Pensaba hacerte sufrir un poco, pero lo único que importa es que mueras.

Aunque en su interior sentía un lacerante dolor que lo atormentaba, Richard recurrió a toda su fortaleza.

—Aquí está mi corazón Berdine —dijo, señalando el lugar exacto—. Aquí está el corazón de lord Rahl, a quién debes lealtad. Si quieres matarme, clávame aquí el cuchillo. —Con una mano se dio golpecitos en el pecho.

—Perfecto —replicó Berdine con una cruel sonrisa—. Tendrás lo que deseas.

—No es mi deseo, sino el tuyo. Yo no deseo que me mates.

La mord-sith vaciló. Un tic agitó su frente.

—Defiéndete.

—No, Berdine. Si es esto lo que quieres, debes elegir por ti misma.

—¡Lucha conmigo! —gritó la mujer, y lo golpeó en la cara con el agiel.

Fue como si los huesos de la mandíbula se le quebraran y le arrancaran todos los dientes. El dolor irradió hasta los oídos y era tan intenso que casi lo cegó. Jadeando y cubierto de sudor frío, se enderezó.

—Berdine, dos magias pugnan en tu interior. Una te une a mí y la otra es la que te infundieron cuando te arrancaron el pezón. No puedes seguir llevando ambas. Una de las dos debe desaparecer. Yo soy tu lord Rahl; estás vinculada a mí. Para matarme deberás romper el vínculo. Pongo mi vida en tus manos.

Berdine se precipitó sobre él. Richard notó cómo la parte posterior de la cabeza se estrellaba contra el suelo. Encima de él, la mord-sith gritaba con furia.

—¡Lucha conmigo, cabrón! —Con una mano descargaba puñetazos contra su pecho, y con la otra sostenía el cuchillo. Las lágrimas le corrían por las mejillas—. ¡Lucha conmigo! ¡Lucha conmigo! ¡Lucha!

—No. Si quieres matarme, tendrás que hacerlo tú sola.

—¡Lucha! —repitió la mord-sith, y le golpeó la cara—. ¡No puedo matarte si no luchas contra mí! ¡Defiéndete!

Richard la rodeó con sus brazos y la estrechó contra el pecho. Apoyándose con los talones en la alfombra se deslizó hacia atrás y se sentó contra el lecho, sin dejar de abrazarla.

—Berdine, si a ti el vínculo te impide matarme, a mí me obliga a protegerte. No permitiré que mueras así. Te quiero viva. Quiero que sigas siendo mi guardaespaldas.

—¡No! —protestó la mord-sith—. ¡Tengo que matarte! ¡Lucha conmigo para que pueda matarte! ¡No puedo hacerlo si no te resistes! ¡Lucha!

Deshecha en llanto por la ira y la frustración, la mujer apretó el cuchillo contra la garganta de lord Rahl. Richard no trató de detenerla. En vez de eso, le acariciaba la ondulada melena castaña.

—Berdine, yo he jurado luchar para defender a quienes quieren vivir en libertad. Tú eres una de ellos. No haré nada que pueda dañarte. Sé que, en el fondo, no deseas matarme pues has jurado defenderme con tu vida.

—¡Te mataré! ¡Sí lo haré! ¡Te mataré!

—Yo tengo fe en ti, Berdine. Creo en tu juramento. Pongo mi vida en tu palabra y en tu vínculo.

Berdine, con los ojos fijos en los suyos, jadeaba y sollozaba a lágrima viva. Tal era la intensidad del llanto que su cuerpo se agitaba sin control. Richard no hizo ningún movimiento para librarse del filo contra su cuello.

—En ese caso, mátame —suplicó Berdine—. Por favor... ya no puedo soportarlo más. Por favor... mátame.

—Yo nunca te haría daño, Berdine. Te he dado la libertad. No tienes que rendir cuentas a nadie más que a ti misma.

La mord-sith lanzó un prolongado gemido de congoja, tras lo cual arrojó el cuchillo al suelo y se desplomó sobre Richard, echándole los brazos al cuello.

—Oh, lord Rahl —sollozó—, perdonadme. Perdonadme. Oh, queridos espíritus, ¿qué he hecho?

—Has demostrado la fuerza del vínculo —le susurró Richard, abrazándola.

Berdine no podía dejar de llorar.

—Me hicieron mucho daño. Mucho. Nunca había sentido un dolor igual. Aún me duele resistirme.

Richard la estrechó contra sí con más fuerza.

—Lo sé, pero debes resistir.

Berdine puso una mano sobre el pecho del joven y se apartó de él.

—No puedo. —Richard pensó que jamás había presenciado tal grado de sufrimiento—. Os lo ruego, lord Rahl... matadme. No puedo soportar este dolor. Os lo suplico, acabad con mi vida.

El sufrimiento de la mord-sith generó en él un tormento comparable. Tratando de consolarla, volvió a estrecharla contra su pecho mientras le acariciaba la cabeza. Pero era inútil; sólo logró arreciar el llanto de Berdine.

Entonces la apoyó contra el lecho. Berdine no dejaba de llorar y agitarse. Sin pensar en lo que hacía, ni comprender la razón de sus actos, posó una mano sobre el seno izquierdo de la mujer.

Richard buscó su centro de calma, ese lugar en el que no existían pensamientos, su fuente de paz interior, y se abandonó a su instinto. Un abrasador dolor se adueñó hasta de la última fibra de su ser. Era el dolor de Berdine. Richard sintió lo que habían hecho a la mord-sith y el sufrimiento que esa magia le seguía causando. Lo soportó al igual que había soportado el dolor del agiel.

Por empatía sintió el tormento de la existencia de la mujer, la tortura que significaba convertirse en una mord-sith y la angustia de perder su yo original. Con ojos cerrados aceptó todo ese sufrimiento. Aunque no visualizaba los acontecimientos del proceso, percibía la serie de cicatrices que habían dejado en el alma de Berdine. Tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para soportarlo. Era como una sólida roca en medio del impetuoso torrente de sufrimiento que fluía por su propia alma.

Lo soportaba por ella. Richard derramó sobre el alma de Berdine el amor que sentía por aquel ser inocente, por aquella compañera de sufrimiento. Pese a que su comprensión de sus propios sentimientos era imperfecta, se guiaba por el instinto. Era como una esponja que absorbía el sufrimiento de Berdine para que ésta no tuviera que soportarlo, para ayudarla. Al mismo tiempo sentía un calor interior que manaba al exterior a través de la mano posada sobre la carne femenina. Era como si a través de esa mano estuviera conectado con su chispa vital, con su alma.

Paulatinamente Berdine se fue calmando, su respiración se normalizó, los músculos se relajaron y se recostó contra el lecho.

Richard sintió que ese dolor que lo invadía empezaba a desaparecer. Sólo entonces se dio cuenta de que contenía la respiración para soportar mejor el suplicio, y espiró.

También el calor que fluía de su mano empezó a disiparse hasta evaporarse. Richard retiró la mano y apartó algunas ondas de cabello del rostro de Berdine. La mord-sith abrió sus azules ojos, que buscaron los suyos.

Ambos bajaron la vista. Volvía a estar intacta.

—Vuelvo a ser yo misma —murmuró Berdine—. Me siento como si acabara de despertar de una pesadilla.

Richard cubrió con el uniforme de cuero rojo sus senos desnudos.

—Yo también.

—Nunca ha habido un lord Rahl como vos —dijo con asombro—. Benditos sean los espíritus, nunca ha habido otro como vos.

—Eso es una gran verdad —declaró una voz a sus espaldas.

Al volverse Richard contempló los rostros anegados en lágrimas de las otras dos mord-sith, arrodilladas.

—¿Estás bien, Berdine? —preguntó Cara.

La interpelada, aún un tanto aturdida, asintió.

—Sí. Vuelvo a ser yo misma.

Pero el mayor sorprendido era el mismo Richard.

—Podríais haberla matado —dijo Cara—. De haber tratado de usar la espada, Berdine hubiera capturado vuestra magia, pero de todos modos os quedaba el cuchillo. Os hubiera sido fácil matarla. No teníais por qué sufrir el agiel. Podríais haberla matado.

—Lo sé. Pero el dolor de matarla hubiera sido mucho peor.

Berdine arrojó su agiel al suelo ante él.

—Os entrego mi agiel, lord Rahl.

Las otras dos se quitaron las cadenas de oro que les pendían de la mano y dejaron caer sus agiels al suelo junto al de Berdine.

—Yo también entrego mi agiel a lord Rahl —declaró Cara.

—Yo también, lord Rahl.

Richard se quedó mirando fijamente las varas rojas en el suelo, ante él. Entonces pensó en su espada, en lo mucho que odiaba los actos que cometía con ella, en cómo abominaba de las muertes que había causado y saber que aún causaría más. No obstante, aún no estaba preparado para cederla.

—Para mí esto significa mucho más de lo que os podéis ni imaginar —confesó, incapaz de mirarlas a los ojos—. El que me entreguéis vuestros agiels es prueba de vuestro corazón y del vínculo. Os pido que me perdonéis, pero por el momento debo pediros que los conservéis. —Con estas palabras les devolvió los agiels—. Cuando todo esto acabe, cuando nos libremos de la amenaza, también nos libraremos de los fantasmas personales que nos persiguen. Pero hasta entonces debemos luchar contra el enemigo. Y nuestras armas, por terribles que sean, nos permiten proseguir esa lucha.

Cara posó una mano sobre su hombro con gesto amable.

—Lo entendemos, lord Rahl. Que sea como decís. Cuando esto acabe no sólo nos veremos libres de los enemigos exteriores, sino también de los enemigos interiores.

—Así es. Hasta entonces debemos ser fuertes. Debemos ser el viento de la muerte.

En el silencio Richard se preguntó qué estaban haciendo los mriswith en Aydindril. El que había asesinado a Cathryn había dicho que quería protegerlo. ¿Protegerlo a él? No, era imposible.

Pero por mucho que pensara no recordaba que ningún mriswith lo atacara a él personalmente. En el primer encuentro, delante del Palacio de las Confesoras, Gratch los había atacado y Richard se había lanzado a ayudar a su amigo. Los mriswith habían tratado de matar al «ojos verdes», tal como llamaban al gar pero no lo habían atacado a él.

El de esa noche había tenido una oportunidad inmejorable, pues Richard estaba desarmado, pero en lugar de atacarlo había escapado sin luchar. Y además le había llamado «hermano de piel». Se le ponía la carne de gallina sólo imaginarse qué podría querer decir con eso.

Pensativo se rascó el cuello.

Cara le frotó la parte posterior del cuello que Richard acababa de rascarse.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—No sé. No es más que un grano que siempre me pica.

4

Verna caminaba furiosamente de un lado a otro del pequeño santuario. ¿Cómo había osado la prelada Annalina hacerle eso? Verna le había exigido que le repitiera ciertas palabras para demostrar que realmente era ella; quería que volviera a decir que consideraba a Verna una Hermana «anodina», «que no destacaba en nada especial». Verna quería que la Prelada repitiera esas crueles palabras para que supiera que ella era consciente de que la estaba utilizando y que, a los ojos de la Prelada, era de poco valor para palacio.

Si iba a ser utilizada y debía obedecer las órdenes de la Prelada, como era la obligación de una Hermana de la Luz, al menos sería a sabiendas.

Ya no le quedaban más lágrimas. Tampoco pensaba dar saltos cada vez que aquella mujer movía un dedo con displicencia. Verna no había dedicado toda su vida a ser una Hermana de la Luz, no había trabajado con tanto ahínco durante tantos años para que ahora la trataran con tan poco respeto.

Lo que verdaderamente la indignaba era que Annalina lo hubiera hecho de nuevo. Así pues, la había amenazado con arrojar el libro de viaje al fuego si la Prelada no repetía exactamente esas palabras y demostraba que verdaderamente era ella. Esta vez Verna dictaba las normas, y la primera era que demostrara ser quien decía ser. Pero en vez de seguir esa norma, la Prelada había movido un dedo y Verna había vuelto a saltar.

Debería lanzar el libro de viaje al fuego y destruirlo. A ver si entonces la Prelada conseguía utilizarla. Que se diera cuenta de que Verna se había cansado de que la tomara por una estúpida. Que supiera qué se siente cuando tus deseos no son seguidos. Se lo tendría bien merecido.

Eso es lo que debería haber hecho, pero no lo había hecho. Verna conservaba el libro de viaje oculto tras el cinturón. Por herida que se sintiera ella seguía siendo una Hermana. Tenía que asegurarse. La Prelada aún no le había demostrado que seguía viva y que el otro libro obraba en su poder. Una vez estuviera segura, arrojaría el libro al fuego.

Verna dejó de caminar y miró por una de las ventanas practicadas en los extremos de los aguilones. La luna ya había salido. En esa ocasión no habría perdón si sus instrucciones no se seguían. Verna se juró que si la Prelada no cumplía las indicaciones y probaba quién era, quemaría el libro. Era la última oportunidad que daba a Annalina.

Apartó el candelabro de varios brazos del pequeño altar cubierto con un paño blanco con ribetes dorados y lo colocó junto a la mesilla. El cuenco perforado en el que había hallado el libro de viaje, colocado sobre el altar, ahora contenía una débil llama. Si la Prelada no seguía las instrucciones, el libro de viaje regresaría al cuenco y alimentaría la llama.

Finalmente se sacó el librito negro de su escondite y lo dejó sobre la mesa, tras lo cual arrimó el taburete de tres patas. Besó el anillo de Prelada que llevaba en el dedo anular, inspiró hondo, recitó una plegaria suplicando la ayuda del Creador y abrió el libro.

Había un mensaje muy largo que ocupaba varias páginas. Decía así:

Queridísima Verna. Verna frunció los labios. ¡Encima la llamaba «queridísima Verna»!

Queridísima Verna. Primero la parte fácil. Te pedí que fueras al santuario por el peligro que corres. No podemos arriesgarnos a que otras lean mis mensajes, y mucho menos que descubran que Nathan y yo seguimos con vida. El santuario es el único lugar en el que puedo estar segura de que nadie más que tú leerá mis palabras. Ésa es la única razón por la que hasta ahora no he seguido tus instrucciones, que juzgo muy prudentes. Es lógico que quieras que demuestre mi identidad, y ahora que estoy segura de que estás sola y no corres peligro de ser descubierta, te daré la prueba que pides.

Por la misma razón que solamente debemos comunicarnos en el santuario, te pido que borres todos los mensajes antes de abandonar ese lugar seguro.

Antes de proseguir, aquí tienes la prueba. Como me pediste, esto es lo que te dije en mi oficina en nuestra primera entrevista después de que regresaras del viaje en busca de Richard:

«Te elegí porque estabas casi al final de la lista. Porque no destacas en nada en especial. Dudaba que fueras una de ellas. Eres una persona bastante anodina. Grace y Elizabeth ocupaban los primeros puestos de la lista porque quienquiera que dirige a las Hermanas de las Tinieblas las consideraba prescindibles. Yo dirijo a las Hermanas de la Luz, y te elegí por esa misma razón.

»Algunas Hermanas son valiosas para nuestra causa y no podía ponerlas en peligro. Tal vez el muchacho demuestre su valía, pero hay asuntos más importantes que él en palacio. Richard no es más que una oportunidad, alguien que en el futuro podría ser de ayuda.

»Si surgían dificultades y ninguna de las tres regresabais, bueno... Estoy segura de que comprendes que un general no quiere perder a sus mejores tropas en una misión de baja prioridad.»

Verna dejó el libro boca abajo sobre la mesa y hundió el rostro entre las manos. No había duda; la prelada Annalina tenía el otro libro de viaje. Estaba viva, y con casi toda seguridad Nathan también.

Echó un vistazo a la llama que ardía en el cuenco. Las palabras que acababa de leer se clavaban como dagas en su corazón. De mala gana, dio la vuelta al librito con dedos temblorosos y siguió leyendo.

Verna, sé que esas palabras que pronuncié debieron de romperte el corazón. A mí se me rompió el corazón al decirlas, porque no eran ciertas. Debes de pensar que te estoy utilizando como si fueras una marioneta. Mentir no está bien pero todavía es peor permitir que la maldad triunfe sólo porque una se aferra a la verdad pese a lo que dicta la razón. Si las Hermanas de las Tinieblas me preguntaran cuáles son mis planes, mentiría. Si dijera la verdad estaría permitiendo que la maldad triunfara.

Ahora voy a ser sincera, a sabiendas de que no hay ninguna razón por la que debas creerme. No obstante, confío en tu inteligencia y sé que, cuando sopeses mis palabras, te darás cuenta de que son verdad.

La verdadera razón por la que te envié en busca de Richard era porque de entre todas las Hermanas solamente a ti podía confiarte el destino del mundo. Ahora ya sabes la batalla que Richard ganó al Custodio. Sin él, todos habríamos sido arrastrados al mundo de los muertos. No era una misión de baja prioridad, ni mucho menos. Era el viaje más importante que jamás una Hermana hubiera emprendido. Y solamente podía confiártelo a ti.

Más de trescientos años antes de que tú nacieras Nathan me advirtió de la amenaza que se cernía sobre el mundo de los vivos. Quinientos años antes de que Richard viera la luz, Nathan y yo ya sabíamos que iba a nacer un mago guerrero. Las profecías nos dijeron algunas de las condiciones que debían cumplirse. Nunca nos habíamos enfrentado a tal desafío.

Cuando Richard nació, Nathan y yo navegamos alrededor de la gran barrera hasta el Nuevo Mundo. En Aydindril recuperamos un libro de magia del Alcázar del Hechicero para mantenerlo lejos de las manos de Rahl el Oscuro y se lo entregamos al padrastro de Richard, que nos prometió que Richard se lo aprendería de memoria. Era preciso que pasara por duras pruebas y viviera determinados acontecimientos en sus primeros años de vida para forjar a una persona capaz de neutralizar la primera amenaza —la de Rahl el Oscuro, su verdadero padre— y más adelante restablecer el equilibrio en el mundo de los vivos. Richard es quizá la persona más importante que haya nacido en los últimos tres mil años.

Él es el mago guerrero que nos guiará en la batalla final. Las profecías lo anuncian, pero no dicen si vencerá. Se trata de una batalla en la que está en juego la humanidad. Nuestra única oportunidad era asegurarnos de que mientras se convertía en hombre nada lo contaminara. En esta batalla se necesita magia, pero dicha magia debe estar gobernada por el corazón.

Si te envié a ti para que lo trajeras a palacio fue porque sólo confiaba en que tú estarías a la altura. Conocía tu corazón y tu alma, y sabía que no eras una Hermana de las Tinieblas.

Seguro que te estás preguntando cómo pude permitir que pasaras más de veinte años buscándolo, aunque en todo ese tiempo siempre supe dónde se hallaba. Sí, podría haber esperado y haberte enviado cuando Richard ya fuese adulto y por fin su don se activara, revelando así su paradero. Me avergüenza confesar que te utilicé, del mismo modo que utilicé a Richard.

Debido a los retos que nos aguardan era preciso que te enseñara cosas que no podías aprender en el Palacio de los Profetas mientras Richard crecía y aprendía algunas de las cosas esenciales que necesitaba. Quería que fueses capaz de pensar por ti misma en lugar de aferrarte al montón de reglas que rigen las vidas de las Hermanas de la Luz en palacio. Quería que desarrollaras tus capacidades innatas en el mundo real. La batalla que nos aguarda se librará en el mundo real; en el enclaustrado mundo de palacio no se aprende sobre la vida.

No espero que me perdones. Ésa es otra de las cargas que una Prelada debe llevar: el odio de aquellos a los que una ama como si fuesen sus propios hijos.

Cuando te dije esas cosas horribles, también tenía un propósito: quería que dejaras de creer que debías comportarte siempre según las normas de palacio y cumplir las órdenes ciegamente. Tenía que enfurecerte lo suficiente para que actuaras como tú creyeses justo. Desde que eras pequeña siempre pude contar con tu carácter.

No podía correr el riesgo de que, si te exponía las razones, no las comprendieras o no hicieras lo necesario. A veces, el único modo de que una persona influya como es debido en los acontecimientos es aplicar sus propios principios morales y no obedecer órdenes. Así lo afirma una profecía. Confiaba en que si tú misma llegabas a una conclusión, elegirías la justicia antes que las normas.

La otra razón por la cual te dije esas cosas fue que sospechaba que una de mis administradoras era una Hermana de las Tinieblas. Sabía que mi escudo no impediría que mis palabras llegasen a sus oídos. Asimismo me traicioné a mí misma para que me atacara y abandonara su disfraz. Sabía que podía morir, pero elegí jugármela antes que permitir que el mundo cayera en las garras del Custodio. Hay ocasiones en que una Prelada debe utilizarse incluso a sí misma.

Hasta ahora, Verna, has cumplido todas mis expectativas. Has desempeñado un papel esencial al salvar el mundo del Custodio. Con tu ayuda, hasta el momento hemos tenido éxito.

La primera vez que te vi te sonreí, porque fruncías el ceño, enfadada. ¿Recuerdas por qué? Por si no lo recuerdas te lo diré. Todas las novicias que llegaban a palacio eran sometidas a una prueba: más pronto o más tarde se las acusaba falsamente de cometer una pequeña falta de la que eran inocentes. La mayoría de ellas se echaba a llorar, otras hacían un mohín y otras soportaban la vergüenza con estoica resignación. Pero sólo tú te enfadaste por esa injusticia, lo cual me demostró que tenías carácter.

Nathan encontró una profecía que decía que descubriríamos a la persona adecuada no por una sonrisa, ni por un mohín, ni por una cara valerosa, sino por un ceño furioso. Cuando vi esa expresión en tu cara y cómo cruzabas los brazos, enojada, estuve a punto de echarme a reír. Desde ese día te he estado utilizando para que llevaras a cabo la más importante tarea del Creador.

Te elegí para que fueras Prelada tras fingir mi muerte, porque sigues siendo la Hermana en la que más confío. Es probable que muera en el curso de mi viaje con Nathan y, si es así, tú serás la verdadera Prelada. Ése es mi deseo.

Tienes razones para odiarme, y eso pesa en mi corazón. Pero lo importante es el perdón del Creador y sé que, al menos, eso lo tengo. Soportaré tu desprecio, del mismo modo que sufro otras cargas para las que no puedo encontrar alivio en esta vida. Es el precio de ser la Prelada del Palacio de los Profetas.

Incapaz de seguir leyendo, Verna alejó el libro de sí. Apoyó la cabeza sobre sus brazos cruzados y se echó a llorar. No recordaba esa injusticia que la Prelada había mencionado, pero recordaba lo que le dolió y también su enfado. Pero sobre todo recordaba la sonrisa de la Prelada, y cómo esa sonrisa la había reconciliado con todo.

—Oh, querido Creador —sollozó Verna en voz alta—, realmente tienes una servidora muy necia.

Si antes, cuando pensaba que la Prelada la había utilizado, sentía una profunda pena, el dolor de saber lo que la Prelada debía soportar le causaba un auténtico tormento. Cuando finalmente pudo secar sus lágrimas, volvió a acercarse el libro de viaje y siguió leyendo.

Pero el pasado es pasado, y ahora debemos mirar hacia el futuro. Las profecías anuncian que el mayor peligro aún está por llegar. Las pruebas del pasado podrían haber supuesto el final del mundo en un terrible instante final. En un solo instante todo se habría perdido para siempre jamás. Richard superó esas pruebas y nos salvó de tal destino.

Pero una amenaza mayor se cierne sobre nosotros. No proviene de otros mundos, sino del nuestro propio. Es ésta una batalla por el futuro de nuestro mundo, por el futuro de la humanidad y el futuro de la magia. Están en juego las mentes y los corazones de todos los hombres y las mujeres. El final no llegaría en un instante, sino en una inexorable y agotadora guerra, a medida que la sombra de la esclavitud iría cayendo lentamente sobre todo el mundo y oscurecería la chispa de la magia a través de la cual nos llega la luz del Creador.

La antigua guerra, que empezó hace miles de años, se ha vuelto a reavivar. Nosotros lo hemos hecho posible al proteger este mundo de otros. Esta vez no hay esperanzas de que cese gracias al esfuerzo conjunto de cientos de magos, pues esta vez sólo contamos con un mago guerrero que nos guíe: Richard.

Ahora no puedo decírtelo todo. Hay algunas cosas que sencillamente ignoro y otras, aunque las sé, debo callármelas, pues para que los acontecimientos sigan correctamente las bifurcaciones en las profecías es necesario que algunas personas implicadas actúen por instinto y no siguiendo indicaciones. De otro modo, esas bifurcaciones serían infranqueables. Parte de nuestra tarea consiste en enseñar a nuestros pupilos a que actúen correctamente para que cuando llegue el momento de prueba, hagan lo que deben hacer. Perdóname, Verna, pero una vez más dejo algunos hechos en manos del destino.

Espero que, como Prelada, estés aprendiendo que no siempre es posible justificar tus actos ante todo el mundo, sino que a veces debes dar órdenes y esperar que se cumplan.

Verna suspiró. Cuánta razón llevaba la prelada Annalina. Era cierto que ya no intentaba explicarse ante todo el mundo y había empezado a esperar que sus instrucciones se cumplieran al pie de la letra.

No obstante, hay cosas que sí puedo revelarte para que puedas ayudarnos. Nathan y yo hemos partido en una misión de vital importancia. De momento nadie más debe conocer su naturaleza.

Si sobrevivo, mi intención es regresar a palacio. Pero antes de eso es preciso que descubras a las Hermanas de la Luz, novicias y jóvenes magos que nos son leales, e identificar a aquellos que han entregado su alma al Custodio.

—¿Qué? —exclamó Verna hablando sin darse cuenta en voz alta—. Pero ¿cómo?

Te dejo a ti el cómo. No dispones de mucho tiempo. Verna, es muy importante que lo hagas antes de que llegue el emperador Jagang.

Tanto Nathan como yo creemos que Jagang es lo que en la antigua guerra se llamaba «Caminante de los Sueños».

Verna sintió cómo un reguero de sudor le caía entre los omóplatos y le bajaba por la espalda. Recordó la charla con la hermana Simona, cuando ésta había gritado, fuera de sí, a la mera mención del nombre Jagang. Según Simona, Jagang la visitaba en sueños. Pero todos tenían a Simona por loca.

Y, según Warren, en la antigua guerra el Caminante de los Sueños era un tipo de arma. Su visita a Simona había confirmado lo que Warren sospechaba.

Y, sobre todo, recuerda esto: no importa qué ocurra, tu única salvación es permanecer leal a Richard. Un Caminante de los Sueños puede apoderarse de la mente de casi cualquier persona, especialmente de los nacidos con el don, y esclavizar su voluntad. Sólo hay un antídoto: Richard. Uno de sus antepasados creó una forma de magia que protege a los Rahl y a todos sus leales, los vincula a ellos y, de este modo, quedan fuera del alcance de los Caminantes de los Sueños. Todos los Rahl nacidos con el don heredan esa magia. Por supuesto Nathan la tiene, pero no creo que sea el más indicado para protegernos y guiarnos. Él es un profeta y no un mago guerrero.

Verna leyó entre líneas que sería de locos convertirse en leales seguidores de Nathan, de alguien prisionero de sí mismo.

Al oponerte por propia voluntad a una ley de palacio y ayudar a Richard a escapar, elegiste serle fiel. Ese vínculo que te une a Richard te protege del poder del Caminante de los Sueños, pero no de la fuerza de sus ejércitos, cada vez más numerosos, y de sus sicarios. Ésa es otra de las razones por las que, ese día en mi despacho, tuve que mentirte. Quería que por voluntad propia eligieras ayudar a Richard aunque fuera a costa de violar las órdenes y las enseñanzas recibidas.

A Verna se le puso la carne de gallina. De haber convencido a la Prelada de que revelara sus planes y ésta le hubiera dicho que ayudara a Richard a escapar, sería tan vulnerable ante el Caminante de los Sueños como la hermana Simona.

Naturalmente Nathan está protegido y hace mucho tiempo que está vinculado a Richard. Yo también le juré en silencio lealtad la primera vez que lo vi. A mi manera he permitido que él fijara las normas sobre el modo de luchar en nuestro bando. Debo confesar que en ocasiones es difícil. Aunque hace lo que debe para proteger a las personas inocentes y libres que necesitan su ayuda, tiene ideas propias y hace cosas que, de depender de mí, no haría. En ocasiones puede ser una verdadera cruz; peor que Nathan. Así es la vida.

Ya te he dicho todo lo que tenía que decirte. Estoy en el cuarto de una acogedora posada, esperando tu respuesta. Lee mi mensaje todas las veces que desees; si deseas preguntarme algo, estaré esperando. Debes comprender que llevo cientos de años estudiando el futuro y las profecías, por lo que es imposible que te transmita todo ese conocimiento en una sola noche, y mucho menos a través de un libro de viaje. Sin embargo, te diré todo lo que pueda.

Asimismo, debes comprender que hay ciertas cosas que no puedo decirte por miedo a contaminar las profecías y los sucesos. Cada palabra que te digo lleva implícito ese peligro, aunque unas más que otras, pero es necesario que conozcas algunos hechos.

Ya sólo me queda decirte que espero tus preguntas. Pregunta pues.

Al acabar de leer, Verna se enderezó. ¿Preguntar? Le llevaría siglos preguntar todo lo que quería saber. ¿Por dónde empezar? ¿Querido Creador, cuáles eran las preguntas importantes?

Leyó de nuevo el mensaje entero para asegurarse de que nada le pasaba por alto, tras lo cual se quedó mirando la siguiente página en blanco. Finalmente cogió el punzón.

—Queridísima madre, perdonadme por lo que he pensado de vos. Me habéis dado una lección de humildad con vuestra fuerza, y me avergüenzo de mi estúpido orgullo. Por favor, que no os maten. No soy digna de ser Prelada. No soy más que un buey al que pedís que surque los cielos como un pájaro.

Verna esperó que en el libro apareciera el mensaje de respuesta, si es que la Prelada realmente estaba esperando.

—Gracias, hija. Me has quitado un gran peso de encima. Pregunta lo que necesitas saber y, si puedo, te responderé. Estoy a tu disposición toda la noche para tratar de aliviar tu carga.

Verna sonrió por primera vez en días y derramó unas lágrimas que eran dulces y no amargas.

—Prelada, ¿realmente estáis a salvo? ¿Seguro que tanto vos como Nathan estáis bien?

—Verna, quizá a ti te guste que tus amigos te llamen Prelada, pero a mí no. Por favor, llámame por mi nombre como hacen mis auténticos amigos.

Verna soltó la carcajada. Conocía esa frustración de que todo el mundo se empeñara en llamarla Prelada. Ann siguió escribiendo.

—Y sí, estoy bien, al igual que Nathan, que ahora mismo está muy ocupado. Hoy se compró una espada y en este momento está librando un duelo contra enemigos invisibles en el mismo cuarto. Según él, la espada le da un aspecto muy «gallardo». Aunque tiene más de mil años sigue siendo un niño, y en estos mismos instantes sonríe como lo haría un niño mientras corta las cabezas de sus imaginarios rivales.

Verna leyó de nuevo el mensaje para asegurarse de que lo había entendido bien. ¿Nathan con una espada? Realmente el Profeta estaba más loco de lo que había imaginado. Desde luego la Prelada no tenía tiempo para aburrirse.

—Ann, has dicho que debo averiguar quiénes han entregado su alma al Custodio. Pero no se me ocurre cómo hacerlo. ¿Puedes ayudarme?

—Si supiera cómo, Verna, te lo diría. De algunos, pocos, sospeché; pero de la mayoría, no. Nunca pude hallar el modo de adivinar quiénes servían al Custodio. Yo debo ocuparme de otros asuntos y esa tarea te la dejo a ti. Recuerda que son tan astutos como el mismo Custodio. Algunas Hermanas de las que creía a pies juntillas que estaban contra nosotros debido a su carácter desagradable, resultó que nos eran leales. Mientras que otras que se pusieron en evidencia al huir en el barco, eran Hermanas a las que habría confiado incluso mi vida. Claro que, de haberlo hecho, ahora estaría muerta.

—¡Ann, no sé cómo hacerlo! ¿Y si fracaso?

—No debes fracasar.

Verna se secó el sudor de las manos en el vestido.

— Y si hallo la manera de identificarlas, ¿qué debo hacer con esa información? No puedo enfrentarme al poder de las Hermanas de las Tinieblas.

—Una vez las hayas descubierto, Verna, ya te diré qué debes hacer. Debes saber que es peligroso injerirse en el curso de las profecías y que éstas son vulnerables. Del mismo modo que Nathan y yo nos servimos de ellas para contribuir a que los acontecimientos tomen la bifurcación correcta, también nuestros enemigos pueden utilizarlas.

Verna lanzó un suspiro de frustración.

—¿Cómo puedo tratar de desenmascarar a nuestros enemigos si el puesto de Prelada me exige tanto trabajo? Me paso el día leyendo informes y, sin embargo, siempre voy retrasada. Todos dependen de mí y se desviven por mí. ¿Cómo encontrabas tú tiempo para hacer algo con todos esos informes por leer?

—¿De veras lees los informes? Válgame el Creador, Verna, qué perseverancia la tuya. Desde luego, como Prelada eres mucho más concienzuda que yo.

Verna se quedó con la boca abierta.

—¿Quieres decir que no es preciso que lea los informes?

—Bueno, Verna, desde luego has hecho bien en leerlos. Debido a ello te enteraste de la desaparición de varios caballos de las cuadras. Nos habría sido fácil comprar caballos tras abandonar el palacio, pero cogimos ésos para dejarte una pista. Y también podríamos haber pagado por los cuerpos en lugar de complicarnos tanto la vida como hicimos, pero en ese caso no habrías hablado con el sepulturero. Nos ocupamos de dejarte pistas que pudieras seguir para descubrir la verdad. Nos costó bastante preparar algunas de las pistas, por ejemplo la del descubrimiento de nuestros «cuerpos», pero fuiste muy lista al adivinarlo.

Verna se sonrojó. No se le había ocurrido preguntarse por qué los cuerpos habían sido descubiertos ya envueltos en sus mortajas. Esa pista se le había pasado completamente por alto.

—Pero debo confesar —prosiguió Ann—, *que yo apenas leía ningún informe. Para eso estaban mis ayudantes. Yo les decía sencillamente que revisaran los informes usando su buen juicio y su sentido común, teniendo siempre en mente los intereses de palacio. De vez en cuando cogía al azar algunos informes ya revisados por ellas y leía qué habían dispuesto. De ese modo, por temor a que leyera las instrucciones que impartían en mi nombre y las encontrara poco satisfactorias, siempre se esmeraban en el trabajo.*

Verna no salía de su asombro.

—¿Me estás diciendo que simplemente debo decir a mis ayudantes o a mis consejeras cómo quiero que lleven los asuntos, y dejarlas a ellas que se ocupen de los informes? ¿No tengo que leerlos todos personalmente y después firmar con mis iniciales?

—Verna, ahora eres la Prelada y puedes hacer lo que se te antoje. Tú gobiernas el palacio; no a la inversa.

»—Pero tanto las hermanas Leoma y Philippa, mis consejeras, como Dulcinia, una de mis administradoras, son quienes me dicen cómo debo hacer las cosas. Ellas tienen mucha más experiencia que yo. Según ellas, si no reviso personalmente los informes estaré fallando a palacio.

—¿Eso dicen? —escribió Ann casi al instante—. *Vaya, vaya. Yo que tú, Verna, escucharía menos y hablaría más. Tienes una magnífica expresión ceñuda. Úsala.*

Verna sonrió de oreja a oreja. Ya se imaginaba la escena. Por la mañana introduciría algunos cambios.

—¿Cuál es tu misión, Ann? ¿Qué tratas de lograr?

—Tengo un pequeño asunto que resolver en Aydindril, y luego espero regresar.

Era evidente que Ann no iba a revelarle nada más, por lo que Verna pensó en qué más quería saber y qué debía decir a la Prelada. Sí, había una cosa importante.

—Warren ha tenido una profecía. La primera.

Sobrevino una larga pausa. Verna esperaba. Cuando finalmente llegó el mensaje, los trazos eran mucho más cuidadosos.

—¿La recuerdas palabra por palabra?

Era imposible que pudiera olvidar ni una sola palabra de esa profecía.

—Sí.

Antes de tener tiempo a escribir la profecía empezó a aparecer otro mensaje en el libro. Eran garabatos enormes y escritos por alguien muy enfadado; las letras eran grandes mayúsculas.

—¡SACA AL CHICO DE PALACIO! ¡SÁCALO DE AHÍ!

En la página surgió una línea serpenteante. Verna se enderezó en la silla. Era obvio que Nathan había arrebatado a Ann el punzón y que Ann trataba de recuperarlo. Hubo otra larga pausa hasta que, por fin, volvió a aparecer la letra de Ann.

—Perdona. Verna, si estás segura de que recuerdas la profecía palabra por palabra, escríbela para que la podamos leer. Pero si no estás del todo segura, dímelo. Es importante.

—La recuerdo palabra por palabra, pues se refiere a mí. Dice así: «Cuando la Prelada y el Profeta sean entregados a la Luz en el sagrado rito, las llamas llevarán a ebullición un caldero de engaño y promoverán el ascenso de una falsa Prelada, que reinará sobre los muertos del Palacio de los Profetas. En el norte, aquel vinculado a la hoja, la abandonará por la sliph plateada, a la que insuflará de nuevo vida, y ella lo entregará a los brazos de los perversos.»

Sobrevino otra pausa.

—Por favor, espera mientras Nathan y yo la estudiamos.

Verna esperó. En el exterior los insectos chirriaban y las ranas asomaban la cabeza. Verna se puso de pie, vigilando por el rabillo del ojo el libro, estiró la espalda y bostezó. El mensaje se hacía esperar. Volvió a sentarse, apoyó el mentón en una mano y los ojos se le cerraron.

Por fin empezó a aparecer algo.

—Nathan y yo la hemos estudiado, pero Nathan dice que es una profecía inmadura y que, por tanto, no puede descifrarla.

—Ann, yo soy la falsa Prelada. Me inquieta eso que dice sobre que reinaré sobre los muertos del palacio.

La respuesta le llegó casi al instante.

—Tú no eres la falsa Prelada a la que se refiere la profecía.

—Entonces, ¿qué significa?

Esa vez la pausa fue más breve.

—No somos capaces de comprenderla por completo, pero estamos seguros de que tú no eres la falsa Prelada que se nombra en ella.

Verna, escucha con atención: Warren debe marcharse de palacio. Es demasiado peligroso que siga allí. Debe ocultarse. Si huye por la noche alguien podría verlo. Mañana por la mañana envíalo a la ciudad con la excusa de un recado. En medio de la gente le será más fácil despistar a sus perseguidores. Entrégale oro para que pueda ocultarse sin problemas.

Verna se llevó una mano al corazón notando que le faltaba el aliento.

—Pero Prelada —escribió—, *Warren es el único en quien puedo confiar. Lo necesito. Yo no conozco las profecías como él; estaré perdida si él se marcha.* —Verna se calló que Warren era su único amigo, el único amigo en el que confiaba.

—Verna, las profecías están en peligro. Si se apoderan de un profeta... —El mensaje, rápidamente garabateado, se interrumpió de repente. Un instante después continuó, escrito ya más pausadamente—. *Debe irse. ¿Lo entiendes?*

—Sí, Prelada. Será lo primero que haga mañana por la mañana. Warren accederá. Si decís que es mejor que abandone el palacio que la ayuda que me presta, obedeceré.

—Gracias, Verna.

—¿Ann, qué peligro corren las profecías?

Verna tuvo que esperar un momento en la calma del santuario antes de que apareciera la respuesta.

—Del mismo modo que nosotros actuamos siendo conscientes de los peligros que acechan si se siguen determinadas bifurcaciones de las profecías, aquellos que desean dominar a la humanidad usan esa misma información para propiciar que los acontecimientos vayan por las bifurcaciones que más les convienen. Si se utilizan de ese modo, las profecías pueden vencernos. Con un profeta en sus manos comprenderían mejor las profecías, y asimismo cómo dirigir mejor los acontecimientos en su beneficio.

Pero si interfieren en las bifurcaciones, pueden provocar un caos que no se imaginan y que no podrán controlar. Ahí está el peligro. Involuntariamente podrían llevarnos a todos al desastre.

—Ann, ¿estás diciendo que Jagang tratará de apoderarse del Palacio de los Profetas y de las profecías que se guardan en las criptas?

Una pausa.

—Sí.

Verna también se tomó una pausa. Se quedó helada y se le puso carne de gallina al darse cuenta del tipo de batalla que les aguardaba.

—¿Cómo podemos impedírselo?

—El Palacio de los Profetas no será una presa tan fácil como Jagang cree. Aunque él sea el Caminante de los Sueños, las Hermanas tenemos control de nuestro han. Ese poder también es un arma. Aunque nosotras siempre hemos usado el don para preservar la vida y contribuir a difundir la luz del Creador en el mundo, puede llegar el día en que tengamos que usar el don para luchar. Por esta razón debemos saber quiénes nos son leales. Debes descubrir qué Hermanas no han sido contaminadas.

Verna reflexionó cuidadosamente antes de escribir su réplica.

—Ann, ¿acaso pretendes que nos convirtamos en guerreros, que usemos nuestro don para acabar con la vida de otros hijos del Creador?

—Verna, lo que digo es que tendremos que recurrir a cualquier medio para impedir que el mundo quede para siempre sumido en la oscuridad de la tiranía. Aunque nos esforzamos por ayudar a todos los hijos del Creador también llevamos un dacra, ¿no es cierto? No podemos ayudar a los muertos.

Percatándose de que los muslos le temblaban, Verna se los frotó. Ella había matado, y la Prelada lo sabía. Había matado a Jedidiah. Ojalá se hubiera llevado algo para beber; tenía la garganta tan seca como si se le estuviera convirtiendo en polvo.

—Comprendo —escribió al fin—. *Haré lo que deba hacer.*

—Ojalá pudiera ayudarte más, Verna, pero lo cierto es que ahora mismo desconozco muchas cosas. Los acontecimientos se precipitan, imparables como un torrente. Sin contar con ningún consejo, y probablemente guiándose sólo por su instinto, Richard ha entrado ya en acción. No sabemos qué pretende pero, por lo que hemos averiguado, ha alborotado toda la Tierra Central. El chico no se toma ni un minuto de descanso; parece que va haciendo sus propias normas sobre la marcha.

—¿Qué ha hecho? —inquirió Verna, temiendo la respuesta.

—De algún modo ha asumido el mando en D'Hara y ha capturado Aydindril. Ha disuelto la alianza de la Tierra Central y ha exigido la rendición de todos los países que la formaban.

Verna ahogó una exclamación.

—¡Pero la Tierra Central debe luchar contra la Orden Imperial! ¿Es que se ha vuelto loco? ¡No podemos permitir que provoque una guerra entre D'Hara y la Tierra Central!

—Ya está hecho.

—La Tierra Central jamás se rendirá ante él.

—Por lo que sé, ya tiene en sus manos a Kelton y Galea.

—¡Debemos detenerlo! La amenaza es la Orden Imperial. Es contra ellos contra quienes debemos luchar. No podemos permitir que inicie una guerra en el Nuevo Mundo; esa desviación de nuestros objetivos podría ser fatal.

—Verna, la magia es a la Tierra Central lo mismo que las vetas de grasa entreveradas a un jugoso pedazo de carne asada. La Orden Imperial robará ese asado tajada a tajada, como hizo en el Viejo Mundo. Las alianzas tímidas se mostrarán reacias a iniciar una guerra por una mísera tajada y preferirán dejarse robar. Luego otros cederán la siguiente tajada en nombre de la concordia y la paz, y así sucesivamente. La Tierra Central será cada vez más débil, y la Orden Imperial cada vez más fuerte. Mientras duró tu viaje la Orden conquistó todo el Viejo Mundo en menos de veinte años.

»Richard es un mago guerrero. Actúa por instinto y basándose también en todo lo que ha aprendido y lo que valora. No tenemos otra opción que confiar en él.

»En el pasado la amenaza procedía de un solo individuo, por ejemplo Rahl el Oscuro. Pero ahora nos enfrentamos a una amenaza que es como un monolito compuesto de muchos sillares. Incluso si lográsemos eliminar a Jagang, otro ocuparía su lugar. Es una batalla de creencias, miedos y ambiciones de todo el mundo y no sólo de un líder.

Se parece mucho al temor que el Palacio de los Profetas inspira. Si alguien se convirtiera en portavoz de ese miedo, no eliminaríamos el miedo eliminando al líder, pues el temor seguiría firmemente arraigado en las personas. Si matásemos al líder sólo conseguiríamos intensificar su creencia de que tienen buenas razones para temer a palacio.

—¿Querido Creador, qué podemos hacer entonces?

Hubo una pausa.

—Como ya he dicho, hija mía, no tengo todas las respuestas. Pero algo sí puedo decirte: en la prueba final todos desempeñaremos un papel, pero Richard tiene la clave. Richard es nuestro líder. No estoy de acuerdo con todo lo que hace, pero él es el único que puede guiarnos a la victoria. Para vencer debemos seguirlo. No estoy diciendo que no podamos tratar de aconsejarlo y guiarlo con lo que sabemos, pero Richard es un mago guerrero y ésta es la guerra que está llamado a librar.

»Nathan me ha advertido que hay un espacio que las profecías llaman el Gran Vacío. Si vamos a parar a esa bifurcación, él cree que más allá no existe la magia y, por tanto, ninguna profecía puede arrojar su luz sobre él. La historia de la humanidad se adentraría para siempre jamás en ese espacio desconocido y sin magia. Jagang desea conducir al mundo al Gran Vacío.

»Sobre todo recuerda esto: no importa qué ocurra, debes permanecer leal a Richard. Puedes hablar con él, aconsejarle, discutir, pero nunca luches contra él. Lo único que impedirá que Jagang se apodere de tu mente es la lealtad hacia Richard. Si el Caminante de los Sueños entra en tu mente, estarás perdida.

Verna tragó saliva. El punzón le temblaba en la mano.

—Comprendo. ¿Puedo hacer yo algo para ayudar?

—Por el momento haz lo que ya te he dicho. No pierdas tiempo. La guerra ya ha empezado. He oído rumores de que hay mriswith en Aydindril.

Verna se quedó muda de asombro al leer la última frase.

—Querido Creador —dijo en voz alta—, da fuerzas a Richard.

5

Verna parpadeó al salir a la luz. Acababa de amanecer. Gruñó al levantarse de la butaca, incómoda por ser excesivamente blanda, y se estiró; estaba agarrotada. Había intercambiado mensajes con la Prelada hasta bien entrada la noche y luego, demasiado cansada para irse a su cama, se había acurrucado en la butaca y se había quedado dormida. Después de hablar de Richard y de la presencia de mriswith en Aydindril, habían discutido los asuntos de palacio.

La Prelada habría contestado las innumerables preguntas que Verna le formuló sobre la administración, cómo funcionaban las cosas y cómo manejar a consejeras, administradoras y a las demás Hermanas. Las lecciones de Ann habían sido reveladoras.

Verna nunca había sido consciente del pleno alcance de la política interna, que gobernaba casi todos los aspectos de la vida en el Palacio de los Profetas y de sus leyes. El poder de una Prelada dependía, en parte, de formar las alianzas correctas y usar los deberes y el poder, cuidadosamente asignados, para controlar la oposición. A las Hermanas más influyentes, divididas en facciones y responsables de su propio espacio, se les daba amplia libertad en áreas muy restringidas de modo que no se unieran en su oposición contra la Prelada. La información se daba o se retenía en un proceso cuidadosamente controlado para mantener en equilibrio de influencia y poder a las facciones opositoras. En dicho equilibrio la Prelada era el eje central, y ella controlaba los objetivos de palacio.

Aunque las Hermanas no podían destituir a una Prelada excepto en el caso de traición contra el palacio y el Creador, con sus mezquinas rivalidades y luchas por el poder podían obstaculizar el buen funcionamiento de palacio. Era tarea de la Prelada controlar esa energía y dirigirla hacia objetivos provechosos.

Verna descubrió que para gobernar el palacio y realizar el trabajo del Creador no bastaba con asignar las diferentes tareas, sino que era preciso saber cómo tratar a todo el mundo y no herir la susceptibilidad de sus ayudantes. Verna jamás había imaginado que administrar el palacio fuese eso. Para ella todos formaban una familia feliz que compartían el mismo objetivo de realizar el trabajo del Creador siguiendo los dictados de la Prelada, sin oposiciones. Pero eso era gracias a la habilidad de la prelada Annalina para tratar a las Hermanas. Gracias a ella el palacio funcionaba y todas las Hermanas trabajaban por una misma meta de tal manera que todas estaban satisfechas con la parte que les tocaba, o al menos eso le parecía a Verna.

Después de hablar con Annalina Verna se sentía menos apta que nunca para ocupar el puesto de Prelada, pero al mismo tiempo se sentía más preparada. Era increíble todo lo que la Prelada sabía sobre los asuntos más triviales de palacio. No era de extrañar que la prelada Annalina lo hiciera parecer fácil; era una auténtica maestra en ello, una malabarista capaz de mantener en el aire una docena de pelotas mientras sonreía y daba cariñosas palmaditas en la cabeza a una novicia.

Verna se frotó los ojos y bostezó. Apenas había dormido pero tenía trabajo por hacer y no podía remolonear. Se guardó el libro de viaje —del que había borrado todos los mensajes— en el cinturón y se dirigió a su oficina. A medio camino se detuvo en el estanque para refrescarse la cara.

Dos patos de color verde se acercaron nadando, muy interesados por aquella intrusa que invadía su mundo particular. Después de dar unas cuantas vueltas alrededor decidieron acicalarse las plumas con el pico, satisfechos de que la humana se contentara con un poco de su agua. Pese a la inquietud que le causaba todo lo que había averiguado, Verna también se sentía optimista. Del mismo modo que la luz del nuevo día lo iluminaba todo a su alrededor, también su mente había visto por fin la luz.

Mientras sacudía las manos para secarlas, no podía dejar de pensar en cómo podría descubrir a las Hermanas que se habían entregado al Custodio. El hecho de que la Prelada tuviera fe en ella y se lo

hubiera ordenado no significaba necesariamente que pudiera realizar la misión con éxito. Verna suspiró y besó el anillo de Prelada mientras suplicaba al Creador que la ayudara.

Se sentía ansiosa por comunicar a Warren que la prelada Annalina y Nathan seguían vivos, y todo lo que la Prelada le había contado, aunque la entristecía pensar que tendría que pedirle que se ocultara. ¿Cómo se las apañaría sin él? Tal vez si Warren hallaba un escondite cercano y seguro, de vez en cuando podría visitarlo y mitigar así la soledad.

Una vez en su oficina sonrió al ver las tambaleantes pilas de informes que esperaban. Con las puertas del jardín abiertas para que entrara el fresco aire de la mañana y se renovara el aire viciado, empezó a igualar las pilas, a poner todos los documentos en orden y luego alineó los montones en el borde del escritorio. Por primera vez vio algo de la madera del tablero.

Cuando la puerta se abrió alzó la vista. Phoebe y Dulcinia, ambas cargadas con más informes, se sobresaltaron al verla.

—Buenos días —saludó con voz chispeante.

—Disculpadnos, Prelada —respondió Dulcinia. Sus penetrantes ojos azules quedaron prendidos en los informes perfectamente apilados—. No sabíamos que la Prelada ya estaba trabajando tan temprano. No pretendíamos interrumpiros. Ya vemos que tenéis mucho por hacer. Pondremos éstos junto a los otros, si no os importa.

—Oh, sí, os lo ruego —las animó Verna con un gesto—. Leoma y Philippa se alegrarán de que me los hayáis traído.

—¿Prelada? —La redonda faz de Phoebe reflejaba confusión.

—Oh, ya sabéis a qué me refiero. Naturalmente a mis consejeras les gusta asegurarse de que el palacio funciona como una máquina perfectamente engrasada. Leoma y Philippa se sienten muy inquietas.

—¿Inquietas por qué? —inquirió Dulcinia poniendo ceño.

—Por los informes, claro está. No creo que quisieran que dos personas tan nuevas en este trabajo, como vosotras, deban asumir tal responsabilidad. Quizá, si continuáis esforzándoos y demostráis vuestra valía, un día os pueda confiar esa tarea. Naturalmente, si mis consejeras lo consideran oportuno.

El ceño de Dulcinia se intensificó.

—¿Qué ha dicho Philippa, Prelada? ¿Qué aspecto de mi experiencia considera inadecuado?

Verna se encogió de hombros.

—No me malinterpretes, Hermana. Mis consejeras no te han criticado en modo alguno. De hecho, te tienen en alta estima. No obstante, insisten mucho en que los informes son importantes y que, por tanto, debo revisarlos yo personalmente. No obstante, estoy convencida de que dentro de algunos años cambiarán de opinión y os considerarán preparadas.

—¿Preparadas para qué? —preguntó Phoebe sin entender nada.

Verna agitó una mano hacia las pilas de informes.

—Bueno, es deber de las administradoras de la Prelada leer los informes y decidir sobre ellos. La Prelada simplemente revisa algunos para confirmar que sus administradoras están haciendo un buen trabajo. Puesto que mis consejeras me insistieron que yo misma revisara los informes, di por sentado que ellas... bueno, estoy segura de que no pretendían ofenderos pues siempre hablan maravillas de vosotras dos. —Verna chasqueó la lengua—. No obstante, me siguen recordando que debo ser yo misma quien revise los informes en bien del palacio.

—Nosotras ya hemos leído los informes —replicó Dulcinia, muy tensa e indignada—, todos y cada uno de ellos, para asegurarnos de que están en orden. Nadie los conoce mejor que nosotras. ¡El Creador sabe que incluso los veo en mis sueños! Nos damos cuenta de que algo está mal y os lo indicamos, ¿no es cierto? Y os señalamos las cuentas que no cuadran. No entiendo cómo esas dos os insisten tanto en que los reviséis personalmente.

Verna se acercó tranquilamente a una estantería y fingió buscar un volumen en particular.

—Estoy segura de que ellas sólo tienen en cuenta el bien de palacio, Hermana. Después de todo, sois nuevas en el puesto. Creo que dais una importancia exagerada a sus recomendaciones.

—¡Tengo la misma edad que Philippa! ¡Y la misma experiencia que ella!

—Hermana, Philippa no te ha acusado de nada —dijo Verna con su tono más humilde, y la miró brevemente de reojo.

—Ella os aconsejó que revisaseis los informes personalmente, ¿no es así?

—Bueno, sí, pero...

—Pues se equivoca. Las dos se equivocan.

Verna se volvió hacia ella.

—¿Tú crees?

—Pues claro. Hermana Phoebe —la hermana Dulcinia miró a su compañera—, nosotras dos podríamos leer, ordenar, valorar y despachar todos esos informes en una sola semana o dos, ¿verdad?

—Incluso en menos de una semana —repuso Phoebe con altivez—. Nadie sabe mejor que nosotras cómo revisarlos. Quiero decir... —se sonrojó y miró a Verna— excepto vos, Prelada.

—¿Estáis seguras? Es una enorme responsabilidad. Por nada del mundo deseo que os pilléis los dedos con esto. Lleváis muy poco tiempo en el puesto. ¿De veras creéis que ya estáis preparadas?

—Sin duda —resopló Dulcinia. Muy decidida fue hasta el escritorio y cogió una enorme pila de informes—. Nosotras nos ocupamos. Vos sólo tenéis que revisar nuestro trabajo y no veréis ninguna diferencia entre nuestras decisiones y las vuestras. Sabemos lo que tenemos entre manos. Ya veréis. Y esas dos también lo verán —añadió, ceñuda.

—Bueno, si realmente os veis capaces... os daré una oportunidad. Después de todo sois mis administradoras.

—De eso no hay duda. Phoebe —dijo a su compañera, ladeando la cabeza hacia el escritorio—, coge una pila.

Phoebe cogió un alto montón de informes y retrocedió un paso, tambaleante, tratando de que no se le cayeran.

—Estoy segura que la Prelada tiene asuntos más importantes que atender que hacer un trabajo que sus administradoras podemos despachar fácilmente —comentó.

Verna cruzó las manos sobre el cinturón.

—Bueno, os nombré mis administradoras porque confío en vuestras capacidades. Supongo que es justo que os dé la oportunidad de demostrarlas. Después de todo, las administradoras de la Prelada son de vital importancia en el gobierno de palacio.

Dulcinia esbozó una astuta sonrisa.

—Ya veréis lo vitales que somos, Prelada. Y también lo verán vuestras consejeras.

—Debo decir que me habéis impresionado, Hermanas. Bueno, tengo que atender algunos asuntos. Estaba tan ocupada revisando informes que no he tenido tiempo de comprobar que mis consejeras cumplen como es debido con sus responsabilidades. Ya es hora de que lo haga.

—Muy bien dicho, Prelada —dijo Dulcinia mientras salía del despacho tras Phoebe—. Es una medida muy prudente.

Cuando la puerta se cerró Verna dejó escapar un enorme suspiro. Creía que nunca podría librarse de aquellos malditos informes. Mentalmente dio las gracias a la prelada Annalina. Al darse cuenta de que sonreía, enseguida puso cara seria.

Warren no respondió a la llamada a la puerta, y cuando Verna asomó la cabeza en su cuarto vio que no había dormido en su cama. Con una punzada de remordimiento recordó que le había ordenado que no

saliera de las criptas hasta que no desentrañara la profecía. ¡Pobre Warren! Seguramente se lo habría tomado al pie de la letra y se habría quedado dormido sobre los libros. Verna se avergonzaba del modo en que le había hablado después de ver al sepulturero. Saber que la Prelada y Nathan seguían vivos la llenaba de júbilo, pero en esos momentos estaba furiosa y Warren había pagado el pato.

Para no causar ningún revuelo bajó la escalera y recorrió los pasillos sin enviar por delante una escolta que vaciara las criptas. Sería más seguro fingir que se trataba de una inspección rutinaria y avisar discretamente a Warren de que se reuniera con ella en su habitual lugar de encuentro, junto al río. Lo que debía comunicarle era demasiado importante para arriesgarse a decírselo en las criptas.

Tal vez a Warren se le ocurriría un modo de desenmascarar a las Hermanas de las Tinieblas. En ocasiones, la inteligencia de Warren la sorprendía. Verna se besó el anillo para disipar la angustia que sentía al recordar que debería alejarlo de palacio. Debía marcharse cuanto antes.

Con una triste sonrisa pensó que tal vez, lejos de palacio, a Warren le saldrían algunas arrugas en ese rostro suyo de apariencia tan joven, y que al regresar harían mejor pareja.

La hermana Becky, en avanzado estado de gestación, impartía a un grupo de novicias mayores una lección sobre los aspectos más complejos de las profecías. En esos momentos hablaba del peligro de una falsa profecía como resultado de las bifurcaciones seguidas en el pasado. Una vez que ocurría un acontecimiento anunciado en un profecía, si ese acontecimiento llevaba consigo una bifurcación disyuntiva —tipo «A o B»— los hechos habían resuelto esa profecía; una rama de la bifurcación había resultado ser verdadera y la otra se demostraba que era una profecía falsa.

La dificultad estribaba en que de cada rama colgaban otras profecías pero que, en el momento de dictar la profecía, aún no se sabía qué bifurcación seguirían los acontecimientos. Una vez resuelta, cualquier profecía vinculada a la rama muerta se convertía en una profecía falsa, pero muchas veces era imposible determinar con exactitud de qué bifurcación dependían las profecías, por lo que las criptas estaban atestadas de papel mojado.

Verna se dirigió a la pared del fondo y escuchó un rato las preguntas de las novicias. Se sentían frustradas por todos los problemas que implicaba la interpretación de las profecías, y porque muchas de sus preguntas no tuvieran respuesta. Por lo que Warren le había dicho, Verna sabía que las Hermanas sabían menos de profecías de lo que ellas creían.

En realidad, las profecías debían ser interpretadas por un mago dotado con un don de naturaleza profética. En los últimos miles de años Nathan había sido el único mago profeta. Verna sabía que Nathan comprendía las profecías de un modo que estaba lejos del alcance de cualquier Hermana, excepto quizá de la prelada Annalina. También Warren poseía un talento oculto para las profecías.

Mientras la hermana Becky pasaba a explicar los enlaces a través de sucesos clave y la cronología, Verna se dirigió en silencio hacia las cámaras del fondo, donde Warren solía trabajar. Pero no había nadie y todos los libros habían sido devueltos a sus correspondientes estantes. Desconcertada, Verna no sabía dónde buscarlo. Hasta entonces había sido fácil dar con Warren, pero eso era porque casi siempre estaba trabajando en las criptas.

Mientras regresaba caminando por los pasillos que quedaban entre las largas estanterías llenas de libros, se encontró con la hermana Leoma. Su administradora la saludó con una cálida sonrisa e inclinó la cabeza. Se había sujetado a la espalda la larga y lacia melena de pelo blanco con un lazo dorado. En las arrugas de su rostro Verna detectó un aire de preocupación.

—Buenos días, Prelada. Que el Creador os bendiga en este nuevo día.

Verna le devolvió la sonrisa.

—Gracias, Hermana. Hace un día espléndido. ¿Cómo va con las novicias?

Leoma lanzó un vistazo a la mesa alrededor de la cual las muchachas estaban sentadas, muy concentradas.

—Serán unas excelentes Hermanas. He estado observando sus lecciones y todas ellas están siempre muy atentas. —Sin posar su mirada en Verna, le preguntó—: ¿Buscabais a Warren?

—Pues sí. —Verna retorció el anillo en su dedo—. Iba pedirle que comprobara unos datos. ¿Lo has visto por aquí?

Cuando, finalmente, Leoma posó en ella sus ojos, su rostro surcado por arrugas reflejaba auténtica preocupación.

—Verna, me temo que Warren no está aquí.

—Ya lo veo. Bueno, ¿sabes dónde puedo encontrarlo?

Leoma lanzó un profundo suspiro.

—No. Lo que quiero decir es que Warren se ha marchado.

—¿Marchado? ¿Cómo que marchado?

La mirada de la hermana Leoma se desvió hacia las sombras que se formaban entre los estantes.

—Ha abandonado palacio. Se ha ido.

—¿Estás segura? —Verna no se lo podía creer—. Tienes que estar equivocada. Tal vez...

Leoma se apartó un mechón de blancos cabellos.

—Verna, anteanoche vino a verme y me anunció que se marchaba.

Verna notaba la boca seca.

—¿Por qué no me lo dijo a mí? Después de todo, yo soy la Prelada.

Leoma se abrigó con el chal antes de responder.

—Verna, lamento ser yo quien te lo diga, pero me comentó que habíais discutido y que creía que lo mejor era abandonar palacio. Al menos una temporada. Me hizo prometer que no te lo diría durante un par de días, para darle tiempo a alejarse. No quería que lo persiguieras.

—¡Perseguirlo! —Verna apretó los puños—. ¿Cómo se le ocurrió que...? —La cabeza le daba vueltas mientras trataba de comprender lo sucedido y recordar exactamente cuáles habían sido las últimas palabras que intercambiaron—. Esto... ¿dijo cuándo volvería? El palacio lo necesita; nadie conoce mejor que él los libros de profecías. ¡No puede dejarnos plantadas así, por las buenas!

Nuevamente Leoma le hurtó la mirada.

—Lo siento, Verna, pero se ha ido. Dijo que no sabía cuándo volvería, tal vez nunca. Añadió que era lo mejor para todos y que, con el tiempo, lo entenderías.

—¿Dijo algo más? —preguntó Verna, esperanzada.

Leoma negó con la cabeza.

—¿Y tú le dejaste marchar? ¿Por qué no se lo impediste?

—Verna —respondió Leoma suavemente—, Warren ya no llevaba el collar. Tú misma le quitaste el rada'han. No podemos retener a un mago en palacio contra su voluntad una vez que lo hemos liberado. Warren es un hombre libre y decidió irse. Nosotras no se lo podíamos impedir.

Verna sitió un frío estremecimiento de temor. Ella lo había liberado. ¿Cómo podía haber esperado que se quedara a ayudarla después de tratarlo de un modo tan humillante? Warren era su amigo, pero Verna le había echado una regañina como si fuese un joven mago recién llegado a palacio. Warren no era ningún muchacho; era un hombre adulto. Y tomaba sus decisiones.

Lo había perdido.

—Gracias por decírmelo, Leoma —dijo haciendo un esfuerzo.

La Hermana trató de reconfortarla dándole un apretón en el hombro, se despidió inclinando la cabeza y, andando lentamente, regresó hacia donde se impartían las lecciones.

Warren se había ido.

Quizás había caído en manos de las Hermanas de las Tinieblas, pero en el fondo Verna sabía que era culpa suya.

Con pasos tambaleantes se dirigió a una de las pequeñas cámaras y después de que la puerta de piedra se cerrara, se desplomó débilmente sobre una silla. Entonces hundió la cabeza sobre los brazos y se echó a llorar. Acababa de darse cuenta de lo mucho que Warren significaba para ella.

6

Kahlan saltó del carromato y cuando aterrizó sobre la nieve rodó sobre sí misma. Inmediatamente se levantó de un salto y corrió dificultosamente hacia el lugar de donde venían los gritos, mientras a su alrededor seguían lloviendo rocas que luego rebotaban contra los árboles en el lado más bajo de la estrecha senda, rompiendo ramas y estrellándose pesadamente contra los enormes troncos de viejos pinos.

Al llegar al carromato trató de elevar un costado empujando con la espalda.

—¡Ayudadme! —gritó a los hombres que corrían desesperadamente hacia ella.

Los hombres llegaron apenas unos segundos después de ella y empezaron a empujar el carromato, levantándolo. Los gritos arreciaron.

—¡Esperad, esperad! —Parecía como si lo estuvieran matando—. Quedaos quietos. No lo levantéis más.

La media docena de soldados, todos muy jóvenes, hicieron fuerza para sostener el carromato en aquella posición. Pesaba bastante más de lo normal debido a las rocas que se habían amontonado sobre él.

—¡Orsk! —gritó Kahlan.

—¿Sí, mi ama?

Kahlan se sobresaltó. Estaba tan oscuro que no había reparado en que el corpulento d'haraniano tuerto se encontraba justo tras ella.

—Orsk, ayúdalos a sostener el carromato en alto. No lo levantes; mantenlo donde está. —Mientras Orsk se unía al grupo de soldados y agarraba con sus manazas el borde inferior del vehículo, Kahlan se volvió hacia el oscuro sendero que habían dejado atrás—. ¡Zedd! ¡Que alguien vaya a buscar a Zedd! ¡Deprisa!

Después de retirar su larga melena sobre el manto de piel de lobo, se arrodilló junto al joven que había quedado atrapado debajo del eje. Era noche cerrada y no se veía el alcance de las heridas, pero por sus resuellos Kahlan se temió que fuese grave. No podía imaginarse la razón por la cual había gritado con más fuerza cuando empezaron a alzar el vehículo. Le buscó una mano y la cogió entre las suyas.

—Aguanta, Stephens, ahora viene la ayuda.

Kahlan hizo una mueca cuando el joven le estrujó la mano con fuerza y profirió un gemido. El soldado se aferraba a su mano como si colgara de un precipicio y su mano fuese lo único que le impidiera caer hacia el negro abismo en el que le esperaba la muerte. La mujer se juró que por nada del mundo retiraría la mano, aunque se la rompiera.

—Perdonadme... mi reina... por retrasaros.

—Ha sido un accidente. No es culpa tuya. —Las piernas del soldado se agitaron sobre la nieve—. No te muevas. —Con la mano que tenía libre le apartó el pelo de la frente. En vista de que ese contacto lo calmaba un poco Kahlan mantuvo la mano sobre un lado de su rostro. Estaba helado—. Por favor, Stephens, procura estarte quieto. No permitiré que dejen caer el carromato. Te lo prometo. Te sacaremos de ahí debajo en un momento, y luego el mago te curará.

Kahlan notó el asentimiento del joven. Nadie tenía una antorcha, y a la débil luz de la luna que se filtraba entre el denso ramaje no veía cuál era el problema. Parecía que Stephens sentía más dolor cuando alzaron el vehículo que cuando lo tenía encima.

Entonces oyó el galope de un caballo, el animal frenó bruscamente, torciendo la cabeza por el tirón de las riendas, y una oscura figura desmontó de un salto. Cuando el hombre tocó el suelo una llama prendió en la palma de su enjuta mano, iluminando su rostro y una mata de pelo blanco ondulado completamente alborotado.

—¡Zedd! ¡Deprisa!

Al bajar de nuevo la mirada y ver a la súbita luz de aquella llama cuál era el problema, un acceso de náuseas la golpeó con tanta fuerza como un martillo al rojo vivo.

Los tranquilos ojos castaños de Zedd contemplaron la escena, evaluando rápidamente la situación, y fue a arrodillarse al otro lado de Stephens.

—El carromato rozó una entibación de maderos que impedían que las piedras sueltas de la ladera cayeran —explicó Kahlan.

Era una senda estrecha y traicionera y, en la oscuridad, al doblar la curva no habían visto la entibación. Seguramente los maderos eran viejos y estaban podridos. Cuando la caja del carro chocó contra ellos los maderos se quebraron, lo que provocó que una avalancha de piedras se precipitara sobre ellos.

A causa de las piedras la parte trasera del vehículo se torció hacia un lado, el cerco de hierro de la rueda trasera fue a parar a una rodera congelada bajo la nieve y los radios de la rueda se rompieron. La caja derribó a Stephens y se le cayó encima.

A la luz de la llama Kahlan vio que uno de los radios partidos que sobresalían de la caja del carro había atravesado al joven soldado. Cuando trataron de levantar el vehículo también lo habían alzado a él, ensartado en un radio que se le introducía en ángulo bajo las costillas.

—Lo siento, Kahlan —se disculpó Zedd.

—¿Qué quieres decir con que lo sientes? Tienes que...

Aunque la mano con la que cogía la de Stephens seguía latiendo con fuerza, Kahlan se dio cuenta de que la del soldado se había quedado flácida. Al bajar la vista contempló la máscara de la muerte. Stephens estaba en manos de los espíritus.

El contacto con la muerte la hizo estremecerse, pues le era terriblemente familiar. Aún lo sentía. Cada vez que despertaba lo sentía. Y mientras dormía sofocaba sus sueños bajo la mortaja del entumecimiento. Pensativa, se rozó el rostro con sus helados dedos para tratar de disipar aquel continuo cosquilleo, semejante a un pelo que le rozara pero que era imposible apartar. Era la magia del hechizo de muerte, que se burlaba de ella.

Zedd se puso en pie y dejó que la llama flotara hasta la antorcha que alguien sostenía cerca. La tea prendió y empezó a proyectar una titilante luz. Mientras, Zedd extendía una mano hacia el carromato, como si le ordenara algo, y con la otra indicó a los hombres que se apartaran. Éstos dejaron cautelosamente de empujar con la espalda, pero permanecieron listos para coger el vehículo si súbitamente caía. Zedd giró la palma hacia arriba y, siguiendo el movimiento de su brazo, el carromato se elevó obedientemente en el aire un metro más.

—Ahora sacadlo —ordenó Zedd con tono sombrío.

Los soldados agarraron a Stephens por los hombros y lo desclavaron del radio. Una vez que lo sacaron, Zedd giró la palma hacia abajo y permitió que el carromato tocara de nuevo el suelo.

—Es culpa mía —gritó, angustiado, uno de los hombres, que cayó de rodillas junto a Kahlan—. Lo siento. Oh, queridos espíritus, ha sido culpa mía.

Kahlan lo agarró por el ropón para obligarlo a ponerse en pie.

—Si debemos culpar a alguien, ésa soy yo. Ha sido una equivocación proseguir el viaje en la oscuridad. Debería... No es culpa tuya. Fue un accidente, eso es todo.

La mujer volvió la cabeza y cerró los ojos; en su mente seguían resonando los gritos de Stephens. Siguiendo la rutina habitual no llevaban antorchas para no revelar su presencia. Era esencial que nadie avistase a la fuerza militar que avanzaba por los pasos de montaña. Aunque nada indicaba que les siguieran el rastro, sería una imprudencia confiarse. Su vida dependía del sigilo.

—Enterradlo lo mejor que podáis —ordenó Kahlan a los soldados. Sería imposible cavar una fosa en el suelo congelado pero al menos podrían usar las rocas desprendidas para cubrir el cuerpo. El alma de Stephens se hallaba a salvo con los espíritus. Ya no sufría.

Zedd pidió a los oficiales que despejaran la senda, tras lo cual acompañó a los soldados que buscaban un lugar en el que sepultar a Stephens.

En medio del creciente ruido y la actividad Kahlan recordó de pronto a Cyrilla y trepó de nuevo al carromato. Envuelta en una pesada capa de mantas, su hermanastra dormía acurrucada entre pilas de impedimenta. Estaba ilesa, pues la mayor parte de las rocas había caído sobre la parte posterior del vehículo, y tanto el equipo como las mantas la habían protegido de las piedras más pequeñas. Era un milagro que ninguna de las rocas de mayor tamaño que se habían precipitado sobre el grupo en la oscuridad hubiera aplastado a nadie.

Habían puesto a Cyrilla en el carromato en lugar del coche porque seguía inconsciente; en el carromato podría tumbarse y estar más cómoda. Probablemente sería imposible reparar el carromato. Tendrían que colocar a Cyrilla en el coche pero, por suerte, ya no quedaba mucho.

Los soldados empezaron a amontonarse en el cuello de botella de la senda; algunos se abrían paso a empujones entre sus compañeros para cumplir las órdenes de los oficiales y se perdían en la noche, mientras que otros llegaban con hachas para talar árboles y reparar el muro de contención, y otros se ocupaban de limpiar el camino de piedras y rocas para que el coche pudiera pasar.

Kahlan se sintió aliviada de que Cyrilla no hubiera sufrido ningún daño y también de que no hubiera despertado de su estado de estupor. En esos momentos, cuando había tanto por hacer, lo último que necesitaban eran los gritos y los chillidos de terror de Cyrilla.

Kahlan viajaba en el carromato con ella por si despertaba. Después de las vejaciones de las que había sido objeto, la mera visión de un hombre le infundía pánico, y si Kahlan, Adie o Jebra no estaban junto a ella para tranquilizarla, se aterrorizaba y lloraba desconsoladamente.

En sus raros episodios de lucidez Cyrilla obligaba a Kahlan a que le prometiera una y otra vez que aceptaría la corona de Galea. Cyrilla se preocupaba por su pueblo y era consciente de que, en su estado, no podía ayudarlo. Tanto amaba a Galea, que se negaba a imponerle una reina como ella, que no estaba en condiciones de liderar el país. Kahlan había asumido de mala gana esa responsabilidad.

Su hermanastro, el príncipe Harold, no quería la corona. Él se consideraba un soldado, al igual que lo había sido su padre, el rey Wyborn, que también era el padre de Cyrilla y de la misma Kahlan. Tras el nacimiento de Cyrilla y Harold la madre de Kahlan había tomado como pareja al rey Wyborn, y de esa unión nació Kahlan. Ella era Confesora de nacimiento y ser Confesora estaba por encima de ser reina.

—¿Cómo está? —preguntó Zedd mientras que de un tirón liberaba la túnica que se le había quedado enganchada al subir al carromato.

—Igual. El desprendimiento no la ha afectado.

Zedd posó un momento los dedos sobre las sienes de Cyrilla.

—Físicamente está bien; su enfermedad es de la mente. Ojalá el don pudiera curar ese tipo de males —concluyó tristemente, sacudiendo la cabeza.

Kahlan leyó la frustración en los ojos del mago y le sonrió.

—Da las gracias por ello. Si pudiera curarlo, no tendrías tiempo ni para comer un bocado.

Mientras Zedd celebraba la broma, Kahlan echó un vistazo a los hombres que rodeaban el carromato y vio al capitán Ryan. Con un gesto lo invitó a aproximarse.

—¿Sí, majestad?

—¿Cuánto queda aún hasta Ebinissia?

—Entre cuatro y seis horas.

—Sería mejor no llegar allí en plena noche —le susurró Zedd.

Kahlan comprendió qué quería decir y asintió. Les quedaba mucho por hacer antes de devolver a Ebinissia el rango de capital de Galea, y la primera tarea consistiría en sepultar los miles de cadáveres desperdigados por toda la ciudad. No era una escena que nadie quisiera encontrarse en plena noche tras un largo día de marcha. Kahlan hubiera preferido no regresar al escenario de la matanza, pero era el

último lugar en el que los buscarían, por lo que, al menos por un tiempo, estarían seguros. Desde allí podrían impulsar la reunificación de la Tierra Central.

—¿Hay algún lugar cerca en el que podamos acampar esta noche? —preguntó al capitán Ryan.

—Sí. Los exploradores dicen que un poco más adelante llegaremos a un pequeño valle. Hay una granja abandonada en la que Cyrilla podría dormir cómodamente.

Kahlan se apartó un mechón de pelo del rostro y se lo pasó tras la oreja. No se le había pasado por alto que Ryan ya no se refería a Cyrilla como «reina». Ahora Kahlan era la reina, y Harold se había asegurado de que todos lo supieran.

—De acuerdo. Pasa la voz a la avanzada; que aseguren el valle y monten el campamento. Apostad centinelas y que los exploradores inspeccionen la zona. Si no hay nadie en las laderas de alrededor y el valle no es visible, pueden encender fuegos, pero que no sean muy grandes.

El capitán Ryan sonrió y se llevó un puño al corazón a modo de saludo. El fuego sería un lujo, y a sus hombres les iría de perlas comer caliente. Después de la dura marcha se lo merecían. Casi habían llegado. Al día siguiente estarían ya en Ebinissia y la peor parte del trabajo empezaría: enterrar a los muertos y reconstruir la ciudad. Kahlan no consentiría que la Orden Imperial conservara su victoria sobre Ebinissia. La Tierra Central recuperaría la ciudad y se desquitaría.

—¿Habéis dispuesto ya el cuerpo de Stephens, capitán? —preguntó Kahlan.

—Zedd nos ayudó a encontrar un sitio, y los hombres se ocupan ahora mismo de ello. Pobre Stephens. Cuando iniciamos nuestra batalla contra la Orden éramos cinco mil. Stephens vio morir a cuatro de cada cinco compañeros y, una vez acabada la lucha, va y pierde la vida en un accidente. Sé que hubiera preferido morir defendiendo la Tierra Central.

—Y así ha sido —declaró Kahlan—. La lucha no ha acabado; sólo hemos ganado una batalla, aunque muy importante. Seguimos en guerra contra la Orden Imperial, y Stephens cumplía con su deber de soldado. Murió en el cumplimiento de su deber, al igual que tantos de sus compañeros que cayeron en combate. No hay ninguna diferencia. Stephens murió como un héroe por defender la Tierra Central.

El capitán Ryan se metió las manos en los bolsillos de su gruesa chaqueta marrón de lana.

—Creo que los hombres hallarían consuelo e inspiración en esas palabras. Antes de continuar, ¿os importaría pronunciar unas palabras sobre la tumba de Stephens? Para los hombres significaría mucho saber que su reina lamenta la muerte de un compañero.

—Por supuesto, capitán. Será un honor.

Kahlan se quedó mirando fijamente al capitán, que se retiraba para ir a cumplir las órdenes.

—No debería haber insistido en seguir adelante en la oscuridad —comentó.

Zedd trató de consolarla acariciándole con una mano la parte posterior de la cabeza.

—También ocurren accidentes a plena luz del día. De habernos detenido antes, es muy probable que éste hubiera sucedido por la mañana, y entonces lo habríamos achacado a que seguíamos medio adormilados.

—Pese a ello, yo me siento culpable. Ha sido tan injusto...

—El destino no necesita nuestro consentimiento —sentenció Zedd con una amarga sonrisa.

7

Si había algún cadáver en la granja, los soldados los habían retirado antes de que Kahlan llegara. Asimismo habían encendido fuego en el tosco hogar, aunque las llamas aún no habían tenido tiempo de conjurar el frío glacial que reinaba en la granja abandonada.

Cyrilla fue cuidadosamente instalada en los restos de un jergón que había en un cuarto de la parte de atrás. Había otra habitación, muy pequeña, en la que apenas cabían dos camastros, probablemente para niños, y la habitación central con una mesa y poco más. Por los fragmentos destrozados de un aparador y un arcón, así como los restos de objetos personales, Kahlan supo que la Orden había pasado por allí camino de Ebinissia. Se preguntó qué habría pasado con los cuerpos; no le gustaba la idea de toparse con ellos de noche si tenía que salir para hacer sus necesidades.

Zedd echó un vistazo alrededor mientras se frotaba el estómago con las manos.

—¿Tardaremos mucho en cenar? —preguntó con tono jovial.

Llevaba una túnica de pesado tejido granate con mangas negras y capucha. Tres hileras de brocado plateado rodeaban los dobladillos de los puños, alrededor del cuello y por la parte central de la pechera presentaba brocado dorado más grueso, y un cinturón de satén rojo provisto de hebilla dorada le sujetaba la prenda a la cintura. Adie había insistido en que se comprara esas ostentosas prendas para disfrazarse, pero Zedd las odiaba. Prefería su sencilla túnica que, al igual que el elegante sombrero adornado con una larga pluma, se habían «perdido» por el camino.

Involuntariamente Kahlan sonrió.

—Pues no sé. ¿Qué piensas cocinar?

—¿Cocinar yo? Bueno, supongo que...

—Que los buenos espíritus nos libren de su cocina —comentó Adie desde la puerta—. Cenaríamos mejor con corteza de árbol e insectos.

Adie entró cojeando seguida de Jebra, la vidente, y Ahern, el cochero que había llevado a Zedd y Adie en sus recientes viajes. Chandalen, que había acompañado a Kahlan desde la aldea de la gente barro meses atrás, había regresado después de la maravillosa noche que Kahlan y Richard pasaron juntos en un lugar situado entre dos mundos. Chandalen deseaba regresar junto a los suyos, y Kahlan no lo culpaba; sabía perfectamente qué era echar de menos a los amigos y los seres queridos.

Pero con Zedd y Adie se sentía como si todos se hubiesen vuelto a reunir, aunque todavía faltaba Richard. Pese a que podían pasar semanas antes de que los alcanzara, Kahlan se emocionaba al pensar que a cada instante que pasaba faltaba un poco menos para que, por fin, pudieran fundirse en un abrazo.

—Mis huesos son demasiado viejos para este tiempo —rezongó Adie, mientras cruzaba la habitación.

Kahlan arrastró una sencilla silla de madera, cogió a Adie del brazo y la condujo hasta el fuego. Después de colocar la silla cerca del hogar obligó a la hechicera a que se sentara y se calentara. A diferencia de las originales prendas que llevaba Zedd, la simple túnica blonda con cuentas amarillas y rojas cosidas al cuello formando antiguos símbolos de su profesión había sobrevivido al viaje. Cada vez que Zedd la miraba ponía ceño, pues le parecía muy sospechoso que Adie hubiera conservado sus sencillas ropas en el viaje mientras que las suyas se habían extraviado.

Pero Adie se limitaba a sonreír, coincidía con él en que era realmente extraño e insistía en que se veía solemne con sus elegantes prendas. A Kahlan también le parecía que Zedd tenía un aspecto magnífico, aunque con menos aire de mago, pues cuanto mayor era el rango de un mago, más sencilla era la túnica que llevaba. No obstante, no existía más alto rango que el de Zedd: Primer Mago.

—Gracias, hija —dijo Adie y acercó las manos a las llamas.

—Orsk —llamó Kahlan.

El hombretón corrió hacia ella. A la luz del fuego, la cicatriz que cubría el ojo que le faltaba se veía blanca.

—¿Sí, ama? —preguntó, listo para cumplir órdenes. Su único objetivo era complacer a Kahlan, fuera lo que fuese lo que ésta deseara.

—No disponemos de ninguna olla. Consíguenos una para preparar la cena.

El uniforme de cuero negro crujió cuando el hombretón hizo una reverencia y salió a toda prisa de la casa. Orsk había sido un soldado d'haraniano que se había unido a la Orden Imperial. En el campamento de la Orden había tratado de matar a Kahlan. Ésta, para defenderse, lo había tocado con su poder y la magia de las Confesoras había destruido para siempre la persona que había sido, convirtiéndolo en esclavo de la voluntad de Kahlan, su ama. Esa lealtad ciega y devoción constituía una pesada carga para Kahlan además de recordarle constantemente qué y quién era.

Cuando lo miraba trataba de no ver el hombre que había sido: un soldado d'haraniano que se había unido a la Orden Imperial, uno de los asesinos que participaron en la masacre de mujeres y niños indefensos en Ebinissia. Había jurado por su título de Madre Confesora que no tendría piedad con ningún soldado de la Orden, y así había sido. Sólo Orsk se había salvado. No obstante, ya no era el hombre que había luchado por la Orden.

Debido al hechizo de muerte que Zedd había derramado sobre ella para ayudarla a escapar de Aydindril, pocos sabían que Kahlan era la Madre Confesora. Sólo Zedd, Adie, Jebra, Ahern, Chandalen, su hermanastro —el príncipe Harold— y el capitán Ryan conocían su verdadera identidad. Excepto ellos, todos creían que la Madre Confesora estaba muerta. Incluso para Orsk era simplemente su ama. Los hombres con los que había luchado la conocían como su reina. En su mente el recuerdo de que era la Madre Confesora había sido sustituido por la certeza de que era su líder: la reina Kahlan.

Después de fundir un poco de nieve en la olla, Jebra y Kahlan añadieron alubias y tocino, tubérculos dulces cortados a trocitos y unas cucharadas de melaza. Zedd seguía atentamente el proceso frotándose las manos. Kahlan sonrió al verlo impaciente como un niño y se sacó un pedazo de pan duro de una mochila. Encantado, el mago se fue comiendo el pan mientras las alubias se cocían.

Entretanto, Kahlan fundió los restos de una sopa que había transportado en un pequeño cazo y se lo llevó a Cyrilla. Tras colocar una vela sobre un listón que introdujo en una grieta en la pared, y se sentó al borde de la cama. El cuarto estaba en silencio. Pasó un paño húmedo por la frente de su hermanastra y, para su alegría, la enferma abrió los ojos. Aterrada, la mirada de Cyrilla recorrió veloz la habitación tenuemente iluminada. Kahlan la cogió por el mentón y la obligó a mirarla a los ojos.

—Hermana, soy yo, Kahlan. Tranquila, estamos tú y yo solas. Estás a salvo. Cálmate. No pasa nada.

—¿Kahlan? —Cyrilla se aferró al manto de piel blanca de Kahlan—. Me lo prometiste. No te echarás atrás, ¿verdad?

—Te lo prometí y pienso cumplir mi promesa —le aseguró Kahlan con una sonrisa—. Ahora soy la reina de Galea y lo seguiré siendo hasta el día en que quieras recuperar la corona.

Muy aliviada, Cyrilla se dejó caer, aunque seguía agarrando el manto de piel.

—Gracias, majestad.

Kahlan la instó a que se incorporara.

—Ánimo, te he traído un poco de sopa caliente.

Pero Cyrilla apartó la cara de la cuchara.

—No tengo hambre.

—Si quieres que sea la reina, debes tratarme como tal. —Kahlan sonrió ante el gesto de extrañeza de su hermanastra—. Es una orden de tu reina. Cómete la sopa.

Sólo entonces Cyrilla accedió. Al acabar comenzó de nuevo a temblar y a llorar. Kahlan la acunó hasta que cayó de nuevo en un estado similar al trance y se quedó con la mirada fija en el vacío. Después de arroparla, Kahlan se despidió con un beso en la frente.

Zedd había conseguido un par de barriles, un banco, un taburete del granero y una silla de nadie sabía dónde. Asimismo había pedido al príncipe Harold y al capitán Ryan que compartieran la cena con Adie, Jebra, Ahern, Orsk, Kahlan y él mismo. Estaban muy cerca de Ebinissia y debían hacer planes. Así pues, se apiñaban en torno a la pequeña mesa mientras Kahlan partía trozos de pan duro y Jebra servía humeantes cuencos del guiso de alubias cocinado en el hogar. Cuando hubo acabado, la vidente se sentó en el corto banco, junto a Kahlan, desde donde de vez en cuando lanzaba desconcertadas miradas a Zedd.

Al ver a Harold, tan fornido y con aquella larga y densa mata de pelo oscuro, Kahlan pensaba en su padre. Harold había regresado ese mismo día de Ebinissia con los exploradores.

—¿Qué nuevas nos traes de tu hogar? —le preguntó Kahlan.

El príncipe desmenuzó el pan con sus gruesos dedos y suspiró.

—Todo sigue como tú nos lo describiste. No hay indicios de que nadie haya estado allí. Creo que estaremos seguros en Ebinissia. Ahora que el ejército de la Orden ha sido destruido...

—Sólo el de esta zona —lo corrigió Kahlan.

Harold le dio la razón haciendo un gesto con el pan.

—Bueno, no creo que tengamos dificultades, de momento. Aún no disponemos de muchos hombres pero son buenos soldados; suficientes para controlar los accesos a la ciudad desde los pasos en las montañas, a no ser que envíen un poderoso ejército contra nosotros. Hasta que la Orden logre reunir otro ejército creo que estamos seguros. Además —añadió, señalando a Zedd—, tenemos un mago.

Zedd, demasiado ocupado devorando el guiso, mostró su aquiescencia con un gruñido.

Entre bocado y bocado el capitán Ryan intervino.

—El príncipe Harold tiene razón. Conocemos estas montañas y podremos defender la ciudad hasta que lancen contra nosotros una gran fuerza. Pero, para entonces, es posible que también nosotros hayamos recibido refuerzos y podamos empezar a movernos.

—¿Adie, crees que tenemos alguna posibilidad de recibir ayuda de Nicobarese? —preguntó, rebañando el cuenco con el pan.

—En mi país natal hay ahora mismo mucha confusión. Cuando Zedd y yo estuvimos allí averiguamos que el rey había muerto. La Sangre de la Virtud está tratando de hacerse con el poder, aunque no todos están de acuerdo. Las más disgustadas son las hechiceras. Si la Sangre se impone, todas ellas serán perseguidas y asesinadas. Creo que apoyarán a los sectores del ejército que se resisten contra la Sangre.

—Si estalla una guerra civil —intervino Zedd, dejando por un momento de comer— no creo que Nicobarese esté en condiciones de enviar tropas en auxilio de la Tierra Central.

—Tal vez algunas hechiceras podrían ayudar —sugirió Kahlan.

—Es posible —replicó Adie, removiendo el guiso con la cuchara.

—Puedes llamar a tropas estacionadas en otras zonas, ¿verdad? —preguntó Kahlan a su hermanastro.

—Sí, claro. Podríamos reunir al menos sesenta o setenta mil soldados, o quizás incluso cien mil, aunque no todos ellos están bien armados ni tienen experiencia. Nos llevará tiempo organizarlos pero cuando lo hagamos Galea será una fuerza a la que tener en cuenta.

—Más o menos ése era el número con el que antes contábamos, y no fue suficiente —les recordó el capitán Ryan, sin alzar la vista de su cuenco.

—Cierto —convino Harold, agitando el pan—, pero eso no sería más que el principio. Kahlan, tú puedes lograr la unidad de más países, ¿no?

—Justamente ésa es nuestra esperanza. Si queremos tener una oportunidad, es preciso recuperar la unidad de la Tierra Central.

—¿Y qué hay de Sanderia? —inquirió el capitán Ryan—. Sus lanceros son los mejores de la Tierra Central.

—Y también está Lifany —recordó Harold—. Fabrican muchas armas y saben cómo usarlas.

Kahlan desmigaba su pan con los dedos.

—Sanderia necesita a Kelton para disponer de pastos de verano. Lifany compra hierro a Kelton y les vende cereal. Herjborgue depende de la lana de Sanderia. Creo que todos ellos seguirán a Kelton.

—Había keltas entre el ejército que atacó Ebinissia —declaró Harold con rabia.

—Y también galeanos. —Kahlan se llevó el pan a la boca y masticó unos segundos, observando cómo su hermanastro agarraba la cuchara como si fuese un cuchillo. El príncipe tenía la mirada clavada en el guiso.

»Insurgentes y asesinos procedentes de muchos países se unieron a ellos —prosiguió Kahlan después de tragar el pan—. Pero eso no significa que esos países apoyen a la Orden. El príncipe Fyren de Kelton decidió respaldar a la Orden Imperial, pero ahora está muerto. Kelton forma parte de la Tierra Central y no estamos en guerra contra ellos. Estamos en guerra contra la Orden Imperial. Debemos permanecer juntos. Si Kelton se une a nosotros, arrastrará a muchos otros países. Pero si se decanta por la Orden, nos costará convencer a sus vecinos de que se unan a nosotros. Es imprescindible que ganemos a Kelton para nuestra causa.

—Apuesto a que Kelton se unirá a la Orden —dijo Ahern. Todos lo miraron. El cochero se encogió de hombros—. Yo soy kelta y puedo deciros que el pueblo hará lo que la corona decida; así somos. Con Fyren muerto la duquesa Lumholtz es la siguiente en la línea de sucesión. Ella y su marido, el duque, apoyarán al bando que tenga las de ganar, sea el que sea. Al menos, eso creo por lo que he oído decir de ellos.

—¡Es una locura! —El príncipe Harold dejó caer la cuchara—. Desconfío de los keltas (no te lo tomes a mal, Ahern) y conozco sus tejemanejes, pero en el fondo son habitantes de la Tierra Central. Es posible que traten de apoderarse de hasta la última franja de tierra en los territorios fronterizos, pero el pueblo kelta se considera parte de la Tierra Central.

»Los espíritus saben que Cyrilla y yo teníamos nuestra diferencias, pero en momentos difíciles nos uníamos. Lo mismo ocurrió con los países de la alianza; cuando D'Hara atacó, el pasado verano, olvidamos nuestros conflictos con Kelton y salimos en su defensa. Si el futuro de la Tierra Central está en juego, se unirán a nosotros. La Tierra Central significa mucho más que lo que pueda decir la nueva persona que se siente en el trono. —Harold cogió la cuchara y la agitó hacia Ahern—. ¿Qué opinas tú?

—Lo mismo, supongo —respondió el cochero encogiéndose de hombros.

La mirada de Zedd se posaba en ambos interlocutores alternativamente.

—No estamos aquí para discutir, sino para librar una guerra. Expresa tu opinión, Ahern. Tú eres kelta y los comprendes mejor que ninguno de nosotros.

Ahern se rascó su curtido rostro mientras reflexionaba sobre las palabras de Zedd.

—El general Baldwin, comandante en jefe del ejército, y sus generales Bradford, Cutter y Emerson acatarán las decisiones de la corona. Yo no los conozco, no soy más que un cochero, pero viajo mucho y oigo muchas cosas, y eso es lo que siempre se dice de ellos. Se cuenta un chiste sobre que si la reina arrojara su corona por la ventana y se quedara enganchada en las astas de un ciervo, antes de un mes todo el ejército pastaría hierba.

—Y por lo que has oído, ¿crees realmente que esa duquesa, la futura reina, se unirá con la Orden sólo para incrementar su poder aunque eso suponga romper con la Tierra Central? —preguntó Zedd.

Ahern se encogió de hombros.

—No es más que una opinión personal, pero creo que eso hará.

—Ahern tiene razón —intervino Kahlan sin alzar la mirada, ocupada en pescar un pedazo de tubérculo del guiso—. Conozco a Cathryn Lumholtz y a su esposo, el duque. Aunque ella será la reina y él sólo su consejero, ambos piensan del mismo modo. El príncipe Fyren debía ser el nuevo rey, y yo creí que nos sería fiel pasara lo que pasase. Pero alguien de la Orden logró persuadirlo y nos traicionó. Estoy segura de que la Orden hará ofertas similares a Cathryn Lumholtz, y ella verá un modo de conseguir más poder.

—Si lo hace, y Ahern tiene razón, perderemos Kelton —concluyó el príncipe Harold, sirviéndose más pan—. Y si perdemos Kelton, otros lo seguirán.

—La cosa pinta muy mal —señaló Adie—. Nicobarese tiene problemas, Galea está debilitada después de perder a tantos soldados en Ebinissia, y si Kelton se decanta por la Orden, arrastrará con él a otros países con los que tiene tratos comerciales.

—Que a su vez arrastrarán a...

—Ya basta —ordenó Kahlan con un tono de tranquila pero indiscutible autoridad que silenció de inmediato a los presentes. Cuando estaban en una situación de la que no sabían cómo salir, Richard siempre le decía que pensara en la solución y no en el problema, pues si uno pensaba solamente en las razones por las que iba a fracasar, era imposible pensar en cómo vencer.

»Dejad de decirme por qué no podemos recuperar la unidad de la Tierra Central y por qué no podemos ganar. Ya sabemos que será difícil. Lo que tenemos que hacer es pensar soluciones.

—Bien dicho, Madre Confesora —dijo Zedd, sonriéndole por encima de la cuchara—. Creo que algo se nos ocurrirá. Para empezar, pase lo que pase, los países más pequeños permanecerán fieles a la Tierra Central. Debemos reunir a sus representantes en Ebinissia y empezar a reconstruir el Consejo.

—Tienes razón. Tal vez no sean países tan poderosos como Kelton, pero en su conjunto son muchos.

Kahlan se abrió el manto de piel. El chisporroteante fuego empezaba a calentar la habitación y el guiso también ayudaba, aunque si sudaba era por la preocupación. Se moría de ganas de que Richard se reuniera con ellos; él tendría ideas. Richard nunca se quedaba cruzado de brazos, paralizado, mientras los acontecimientos seguían su curso. Kahlan contempló a sus compañeros, cada uno de ellos inclinado sobre su cuenco y ceñudo, devanándose los sesos.

Adie fue la primera en intervenir.

—Bueno, estoy segura de que podríamos conseguir que algunas hechiceras de Nicobarese nos apoyaran. Sería una ayuda muy valiosa. Aunque algunas se nieguen a luchar, pues eso va contra sus convicciones, no se negarán a ayudar de otros modos. Ninguna de ellas desea ver a la Tierra Central en manos de la Sangre, ni de sus aliados: la Orden Imperial. Muchas de ellas conocieron el terror en el pasado y no querrán que se repita.

—Perfecto —sentenció Kahlan—. ¿Crees que podrías ir personalmente para convencerlas de que nos ayudaran, así como también a parte del ejército regular? Después de todo, esa guerra civil es parte de una guerra a mayor escala, y no se produciría si al menos algunos no estuvieran de parte de la Tierra Central.

Adie clavó en Kahlan sus blancos ojos por un momento.

—Si es por algo tan importante, desde luego lo intentaré.

—Gracias, Adie. ¿Alguien tiene otra idea? —preguntó a los demás.

Harold apoyó un codo sobre la mesa y frunció el entrecejo, pensativo.

—Creo —dijo agitando la cuchara— que si enviásemos una delegación oficial a algunos de los países más pequeños, podríamos convencerlos de que enviaran representantes a Ebinissia. La mayor parte de ellos tiene a Galea en alta estima y saben que la Tierra Central ha protegido su libertad. Nos ayudarán.

—Y tal vez —intervino Zedd con una astuta sonrisa— si yo visitara a esa reina Lumholtz, en calidad de Primer Mago claro está, podría persuadirla de que la Tierra Central sigue siendo poderosa.

Kahlan conocía a Cathryn Lumholtz pero no quería apagar las esperanzas de Zedd. Después de todo, ella había sido la que los había instado a pensar en soluciones y no en los problemas.

La aterrorizaba pensar que podría ser la Madre Confesora que perdiera la Tierra Central.

Al acabar la cena el príncipe Harold y el capitán Ryan fueron a ver a sus hombres, y Ahern, después de echarse el largo ropón sobre sus fornidos hombros, anunció que iba a echar un vistazo a sus caballos.

Cuando se hubieron marchado Zedd agarró a Jebra por un brazo. La joven estaba ayudando a Kahlan a recoger.

—¿Vas a decirme ahora qué ves cada vez que me miras?

Jebra apartó sus ojos azules y trató de disimular recogiendo otra cuchara.

—No es nada.

—Si no te importa, eso lo juzgaré yo.

Jebra se detuvo y finalmente lo miró a los ojos.

—Alas —dijo.

Zedd enarcó una ceja.

—¿Alas?

—Sí, te veo con alas. ¿Ves? No tiene sentido. Seguro que es una visión que no significa nada. Ya te dije que no era nada; a veces me pasa.

—¿Sólo eso? ¿Alas?

—Bueno... —Jebra jugueteaba con su corto pelo rubio rojizo— estás en el aire, con esas alas que te he dicho, y te precipitas sobre una enorme bola de fuego. —Las finas arrugas que se formaban en los ángulos exteriores de los ojos se hicieron más profundas—. Mago Zorander, no sé qué significa esa visión. No es necesariamente un presagio, ya sabéis cómo funcionan a veces mis visiones, sino más bien una sensación. No sé qué significan, pues están revueltas.

Zedd la soltó.

—Gracias, Jebra. Si tienes otra visión, te agradeceré que me lo digas. —Jebra asintió—. Enseguida. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

Los ojos de la muchacha se clavaron en el suelo y volvió a asentir. Con la cabeza ladeada hacia Kahlan, añadió:

—Círculos. Veo a la Madre Confesora corriendo en círculos.

—¿Círculos? —Kahlan se aproximó a ella—. ¿Por qué corro en círculos?

—No lo sé.

—Bueno, ahora mismo me siento como si avanzara en círculos tratando de hallar el modo de volver a unir la Tierra Central.

—Sí, quizá sea eso —contestó una esperanzada Jebra.

Kahlan le sonrió.

—Tal vez sea eso. Tus visiones no siempre anuncian calamidades.

Todos se disponían a seguir recogiendo cuando Jebra tomó de nuevo la palabra.

—Madre Confesora, no debemos dejar a vuestra hermana sola con cuerdas.

—¿Qué quieres decir?

Jebra suspiró.

—Sueña que se cuelga.

—¿Quieres decir que has tenido una visión en la que se colgaba?

—Oh no, Madre Confesora, no he visto eso —la tranquilizó Jebra de inmediato—. Pero percibo su aura y veo que sueña que lo hace. Eso no significa que vaya a intentarlo, sólo que debemos vigilarla para que no tenga oportunidad de hacerlo antes de que se recupere.

—Un consejo muy sensato —dijo Zedd.

—Esta noche dormiré con ella —se ofreció Jebra mientras envolvía en un paño el pan sobrante.

—Gracias, Jebra. Ya acabaré yo de recoger. Tú ve a la cama, por si Cyrilla se despierta.

Después de que Jebra se instalara con su esterilla en el cuarto que ocupaba Cyrilla, Zedd, Adie y Kahlan acabaron de recoger. Luego Zedd colocó una silla frente al fuego para Adie. Con los dedos flojamente enlazados Kahlan se puso en pie, mirando las llamas.

—Zedd, cuando enviemos delegaciones a los países pequeños para que acudan a la sesión del Consejo en Ebinissia, sería más fácil convencerlos si fuese una delegación oficial de la Madre Confesora.

Zedd hizo una larga pausa.

—Todos piensan que la Madre Confesora está muerta. Si les informamos de que sigues viva, te convertirás en un objetivo, y la Orden se nos echaría encima antes de que pudiéramos reunir una fuerza suficiente.

Kahlan se volvió y agarró la túnica del mago.

—Zedd, estoy cansada de estar muerta.

El mago trató de tranquilizarla dándole palmaditas en el brazo.

—Eres la reina de Galea y, por el momento, tendrás que usar tu influencia como tal. Si la Orden Imperial descubre que sigues viva, tendremos más problemas de los que podamos solucionar.

—Pero si vamos a unir la Tierra Central, necesitaremos una Madre Confesora.

—Kahlan, sé que no deseas hacer nada que ponga en peligro la vida de los hombres que duermen fuera. Acaban de salir de una dura batalla y aún no se han recuperado. Necesitamos refuerzos. Si alguien descubre que eres la Madre Confesora, te convertirás en un objetivo y esos hombres deberán luchar para protegerte. Si debes luchar, que sea por algo que valga la pena. La situación es crítica; no la empeoremos.

Kahlan contemplaba las llamas apretando entre sí las yemas de los dedos.

—Zedd, yo soy la Madre Confesora. Me aterroriza pensar que seré la Madre Confesora que presida la destrucción de la Tierra Central. Yo nací Confesora. Es más que mi trabajo; es quién soy.

Zedd la abrazó.

—Querida, sigues siendo la Madre Confesora. Por el momento, debemos ocultar tu identidad. Necesitamos a la Madre Confesora. Cuando llegue el momento, volverás a presidir la Tierra Central, una Tierra Central mucho más fuerte que antes. Ten paciencia.

—Paciencia —murmuró ella.

—Pues sí —insistió Zedd, risueño—, la magia también requiere paciencia, ya lo sabes.

—Zedd tiene razón —intervino Adie—. El lobo que anuncia al rebaño que es un lobo, no sobrevive. Primero necesita un plan de ataque y espera hasta el último momento para que la presa no sepa que es él, el lobo, quien la persigue.

Kahlan se frotó los brazos. Había otra razón importante.

—Zedd —susurró, angustiada—, es que no aguanto más ese hechizo. Me está volviendo loca. Lo noto todo el tiempo; siento la muerte en cada partícula de mi ser.

El mago apoyó la cabeza de la joven en su hombro.

—Mi hija solía decir lo mismo. De hecho, usaba esas mismas palabras: «Siento la muerte en cada partícula de mi ser».

—¿Cómo pudo soportarlo tantos años?

—Bueno —suspiró Zedd—, después de que Rahl el Oscuro la violara, sabía que si descubría que seguía viva, iría a por ella. No tenía elección. El deseo de protegerla a ella era más fuerte que el deseo de vengarme de él. Así pues, me la llevé a la Tierra Occidental, donde nació Richard, que fue otra razón para ocultarse. Si Rahl el Oscuro llegaba a descubrirlo, también hubiera ido a por Richard. Por eso lo soportó.

Kahlan se estremeció.

—Todos esos años. Yo no podría. ¿Cómo? ¿Cómo pudo aguantarlo?

—Bueno, no tenía alternativa y, además, al cabo de un tiempo llegó a acostumbrarse un poco y ya no era tan insoportable como al principio. Con el tiempo la sensación se atenúa ligeramente, ya lo verás. Además, esperemos que tú no tengas que soportarlo tantos años.

—Yo también lo espero.

La luz de las llamas titilaba en la faz del mago.

—También decía que tener a Richard era un gran alivio.

A Kahlan le dio un vuelco el corazón oír mencionar el nombre en voz alta y sonrió.

—De eso estoy segura. Pronto estará aquí. No permitirá que nada lo detenga. Como mucho se reunirá con nosotros en un par de semanas. Queridos espíritus, me parece que no podré esperar.

Zedd se rió entre dientes.

—Tienes tan poca paciencia como él. Estáis hechos el uno para el otro. Ya te ha cambiado la cara, hija —le dijo apartándole el pelo de la cara.

—Cuando Richard se reúna con nosotros y empecemos a unificar de nuevo la Tierra Central, podrás librarme de ese hechizo. Entonces la Tierra Central tendrá de nuevo una Madre Confesora.

—Sí. Cuanto antes mejor.

De pronto Kahlan frunció el entrecejo.

—Pero Zedd, si vas a visitar a la reina Cathryn y yo necesito quitarme de encima este hechizo, ¿cómo lo haré?

Zedd clavó de nuevo la mirada en las llamas.

—No podrás. Si anunciaras públicamente que eres la Madre Confesora, nadie lo creería; sería igual que si Jebra anunciara que es la Madre Confesora. El hechizo no desaparecerá sólo con que declares quién eres.

—¿Y cómo me libraré de él?

Zedd suspiró.

—Sólo yo puedo hacerlo.

El miedo la atenazó. Aunque no quería decirlo en voz alta, si algo le sucedía a Zedd, quedaría para siempre atrapada por ese hechizo.

—Tiene que haber otro modo de anularlo. Tal vez Richard...

—No. Aunque Richard aprendiera a ser mago, no podría eliminar la red. Sólo yo puedo hacerlo.

—¿No hay otro modo?

—Sí. —La miró a los ojos—. En el caso de que alguien que posee el don deduzca por sí mismo tu identidad. Esa persona, al verte, se daría cuenta de quién eres y lo anunciaría en voz alta, entonces el hechizo se rompería y todos sabrían quién eres.

Era casi imposible. Kahlan sintió que sus esperanzas morían. Se agachó y añadió otra rama al fuego. El único modo de librarse del hechizo de muerte era que Zedd lo anulara, y Zedd no lo haría hasta que considerara que había llegado el momento.

Como Madre Confesora no podía ordenar a un mago que hiciera algo que ambos sabían que no estaba bien.

Mientras contemplaba cómo las chispas ascendían, se animó. Pronto Richard estaría con ellos y entonces sería más soportable. Cuando Richard estuviera con ella, ya no pensaría en el hechizo; estaría demasiado ocupada besándolo.

—¿De qué ríes? —preguntó Zedd.

—¿Qué? Oh, no es nada. —Kahlan se puso en pie y se limpió las manos en los pantalones—. Voy a echar un vistazo a los hombres. Creo que un poco de aire fresco me ayudará a olvidar el hechizo de muerte.

Ciertamente el aire fresco le hizo bien. De pie en el claro situado delante de la pequeña granja inspiró profundamente. Qué agradable era el olor del fuego. Recordó la marcha de los días previos, cuando notaba helados los pies y los dedos, y las orejas le quemaban por la mordedura del frío, la nariz le goteaba y ella soñaba despierta con humo, pues significaba el calor de un fuego.

Mientras echaba a caminar alzó la vista hacia las estrellas. El vaho de su respiración flotaba lentamente en el aire calmado de la noche. Vio los fuegos que salpicaban el pequeño valle y oyó el murmullo de las conversaciones de los hombres reunidos alrededor de las pequeñas hogueras. Se alegró de que también ellos aquella noche pudieran disfrutar de un fuego. Muy pronto estarían en Ebinissia y las penalidades acabarían.

Kahlan inspiró una profunda bocanada de aire frío, tratando de quitarse el hechizo de la cabeza. Las estrellas que cuajaban el cielo relucían como las chispas de una enorme hoguera. Se preguntó qué estaría haciendo Richard en esos momentos, si seguía cabalgando o dormía. Ansiaba verlo, pero también deseaba que descansara lo suficiente. Tenía ganas de dormir entre sus brazos. Al pensarlo sonrió.

Una franja de estrellas pareció apagarse, pero casi inmediatamente volvieron a relucir. Kahlan frunció el entrecejo. ¿Realmente había visto cómo se oscurecían por un instante? Debía de ser su imaginación.

Entonces oyó un ruido sordo, como si algo golpeara contra el suelo. Nadie dio la alarma. Sólo existía una cosa capaz de superar la línea de defensores sin alertarlos. Kahlan notó que se le ponía la carne de gallina, y esta vez no era el hechizo.

Rápidamente desenvainó su cuchillo.

8

Vio unos relucientes ojos verdes. A la tenue luz procedente de la pequeña luna invernal y las estrellas distinguió una enorme mole que avanzaba hacia ella. Kahlan quiso gritar pero la voz le falló.

La enorme bestia retrajo los labios, revelando así sus prodigiosos y terribles colmillos. Kahlan reculó. Apretaba con tanta fuerza el mango del cuchillo, que los dedos le dolían. Si era rápida y no se dejaba llevar por el pánico, tal vez tendría una oportunidad. ¿Y si gritaba? ¿La oiría Zedd? ¿La oiría alguien? Pero, aunque la oyeran, todos estaban demasiado lejos y no llegarían a tiempo.

Por el tamaño de la bestia dedujo que se trataba de un gar de cola corta. Qué mala suerte la suya; los gars de cola corta eran los más inteligentes, los más grandes y los más mortíferos. Queridos espíritus, ¿por qué no podía ser un gar de cola larga?

El monstruo alzó algo de su pecho. Kahlan se quedó mirándolo fijamente. ¿Por qué no la atacaba? ¿Dónde estaban sus moscas de sangre? El gar se limitaba a mirarla de la cabeza a los pies; sus ojos verdes relucían amenazadoramente. Cuando retrajo más los labios lanzó al aire una nube de vapor y emitió un sonido gorgoteante.

Kahlan abrió mucho los ojos. ¿Sería posible?

—¿Gratch?

Súbitamente el gar empezó a dar brincos, aullar excitadamente y agitar las alas.

Kahlan se relajó, profundamente aliviada. Envainó el cuchillo y se acercó a la enorme bestia, aunque con precaución.

—¿Gratch? ¿Eres tú, Gratch?

El gar asintió vigorosamente con su enorme y grotesca cabeza.

—¡Grrratch! —exclamó con un profundo rugido que Kahlan sintió resonar en los huesos—. ¡Grrratch! —repitió, golpeándose el pecho con ambas garras.

—Gratch, ¿te envía Richard?

Al oír el nombre de Richard el gar agitó las alas más vigorosamente.

Kahlan se aproximó a él.

—Gratch, ¿te envía Richard?

—Grrratch quierrrg Raaaach aaarg.

Kahlan parpadeó. Richard le había contado que Gratch intentaba hablar. De repente vio la gracia a la situación.

—Kahlan también quiere a Richard —declaró y se golpeó el pecho—. Yo soy Kahlan, Gratch. Encantada de conocerte.

No pudo ahogar una exclamación cuando el gar se abalanzó sobre ella, la rodeó con sus peludos brazos y la levantó del suelo. Su primer pensamiento fue que iba a aplastarle todos los huesos, pero lo que hizo fue estrecharla contra su pecho con infinito cuidado. Kahlan le echó los brazos alrededor de su corpachón y le devolvió el abrazo. Gratch era tan grande que los brazos de la mujer apenas abarcaban la mitad.

Jamás hubiera imaginado que llegaría a abrazar a un gar, pero resultaba que se sentía terriblemente emocionada, porque Gratch era amigo de Richard, y Richard le había enviado al gar. Era casi como si el mismo Richard la abrazara.

Tras dejarla suavemente en el suelo, la estudió con sus relucientes ojos verdes. Kahlan le acarició el peludo flanco del pecho mientras la enorme bestia se inclinaba hacia ella y a su vez le acariciaba el cabello con una enorme y mortífera garra.

Kahlan contempló con una sonrisa aquel rostro surcado de arrugas y lleno de colmillos. Gratch lanzó un gorjeo de placer. Agitaba las alas en movimientos acompasados mientras ella le acariciaba el pelaje y él a ella el cabello.

—Estás a salvo con nosotros, Gratch. Richard me habló de ti. No sé hasta qué punto me entiendes, pero estás entre amigos.

Cuando el gar retrajo de nuevo los labios, dejando al descubierto los colmillos, Kahlan cayó en la cuenta de que eso era una sonrisa. Desde luego era la sonrisa más horripilante que había visto en toda su vida, pero al mismo tiempo era tan inocente que no pudo dejar de sonreír a su vez. Jamás se le había ocurrido que los gars pudieran sonreír. Era como un milagro.

—Gratch, ¿te envía Richard?

—Raaaach aaarg —respondió el gar, golpeándose el pecho. Entonces aleteó con tanta fuerza que por unos segundos sus pies dejaron de tocar el suelo. Inmediatamente extendió un brazo y dio leves golpes a Kahlan en un hombro.

Kahlan se quedó boquiabierta. El gar trataba de decirle algo.

—¿Richard te ha enviado a buscarme?

Gratch se puso loco de contento porque ella lo había entendido. Volvió a abrazarla. Era tan sorprendente que Kahlan se echó a reír. Cuando volvió a dejarla en el suelo, preguntó:

—¿Te ha costado mucho encontrarme?

El gar gimió y se encogió de hombros.

—¿Un poco?

Gratch asintió. Kahlan conocía muchas lenguas, pero no pudo evitar reírse de nuevo al pensar que se estaba comunicando con un gar. Llena de asombro sacudió la cabeza. ¿Quién, si no Richard, podría hacerse amigo de un gar?

—Ven conmigo —le dijo, cogiéndole una zarpa—. Quiero que conozcas a alguien.

Gratch lanzó un sonido gutural de asentimiento.

En el umbral de la puerta Kahlan se detuvo. Zedd y Adie, sentados junto al fuego, alzaron los ojos.

—Quiero presentaros a un amigo —anunció, mientras tiraba de Gratch por la zarpa. El gar tuvo que agacharse y plegar las alas para pasar por la puerta. Una vez dentro se irguió casi por completo detrás de la mujer, aunque tenía que encorvarse un poco para no tocar el techo.

Zedd cayó de espaldas en la silla, agitando sus enjutos brazos y piernas en el aire.

—Zedd, para ya. Vas a asustarlo —lo regañó Kahlan.

—¡Asustarlo! ¡Dijiste que Richard había adoptado a una cría de gar! ¡Esa bestia es casi adulta!

Las impresionantes cejas de Gratch se unieron en una única línea mientras contemplaba cómo el mago se ponía dificultosamente en pie y trataba de alisarse la arrugada túnica.

—Gratch, te presento a Zedd, el abuelo de Richard —dijo Kahlan.

Gratch retrajo los labios y mostró de nuevo los colmillos. Extendiendo las garras, echó a caminar hacia el mago. Zedd se encogió y retrocedió a trompicones.

—¿Por qué hace eso? ¿Ya ha cenado?

Kahlan se desternillaba de risa y apenas podía hablar.

—Está sonriendo. Le gustas y quiere un abrazo.

—¡Un abrazo! ¡Ni hablar!

Demasiado tarde. De tres zancadas el gar cruzó la habitación y agarró al huesudo mago entre sus enormes y peludos brazos. Zedd lanzó un grito ahogado. Totalmente encantado, Gratch gorjeó mientras mantenía a Zedd en vilo.

—¡Córcholis! —Zedd trataba en vano de evitar el aliento de la bestia—. ¡Esta alfombra con alas ya ha cenado y mejor no os digo el qué!

Finalmente Gratch lo dejó en el suelo. El mago retrocedió tambaleándose y agitó un dedo hacia el gar.

—¡Escúchame bien! ¡No vuelvas a hacer eso nunca más! A partir de ahora no más abrazos, ¿entendido?

Gratch se puso triste y lanzó un gemido.

—¡Zedd! —le reprendió Kahlan—. Has herido sus sentimientos. Gratch es amigo de Richard y también nuestro, y le ha costado mucho encontrarnos. Al menos podrías ser un poco amable.

Zedd carraspeó.

—Bueno... tal vez tengas razón. Lo siento, Gratch —se disculpó, osando mirar a la bestia—. Supongo que no tiene nada de malo que de vez en cuando, en ocasiones especiales, me abraces.

Antes de que el mago pudiera alzar los brazos para tratar de contenerlo, el gar lo había enlazado de nuevo y lo acunaba como si fuera una muñeca de trapo. Los pies del mago se balanceaban. Por fin el gar dejó al mago en el suelo. Zedd se había quedado sin aliento.

Adie le tendió una mano.

—Yo soy Adie, Gratch. Encantada de conocerte.

Gratch hizo caso omiso de la mano y también la rodeó con sus peludos brazos. Kahlan había visto a menudo sonreír a Adie pero pocas veces había oído su rasposa risa. Adie reía, y también Gratch reía, a su manera.

Cuando regresó la calma y todos recuperaron el aliento, Kahlan vio a Jebra, que asomaba la nariz por una rendija en la puerta del dormitorio.

—No pasa nada, Jebra. Es Gratch, un amigo. No, Gratch —con una mano en el brazo contuvo al gar—, ya la abrazarás más tarde.

Gratch se encogió de hombros y asintió. Kahlan lo obligó a volverse hacia ella, le cogió una zarpa entre las dos manos y lo miró directamente a sus relucientes ojos verdes.

—Gratch, ¿te envía Richard para decirnos que pronto estará aquí? —Gratch negó con la cabeza. Kahlan tragó saliva—. Pero ¿está de camino? ¿Ha partido de Aydindril y viaja hacia aquí?

Gratch escrutó su rostro, alzó la garra y le acarició el pelo. Entonces Kahlan vio que llevaba alrededor del cuello un mechón de su cabello sujeto a una cinta de cuero, junto con un colmillo de dragón. Lentamente Gratch volvió a negar con la cabeza. A Kahlan se le cayó el alma a los pies.

—¿No está de camino? ¿Pero te ha enviado a buscarme?

Gratch asintió y acompañó el gesto con un leve aleteo.

—¿Por qué? ¿Sabes tú por qué?

Gratch cabeceó. Se llevó una garra a la espalda y cogió algo que le colgaba sujeto a otra correa. Era un objeto rojo y largo, que le tendió a la mujer.

—¿Qué es? —quiso saber Zedd.

Kahlan trataba ya de deshacer el nudo.

—Es una funda para llevar documentos. Tal vez contiene una carta de Richard.

Gratch asintió. Después de liberar el nudo Kahlan pidió a Gratch que se sentara. El gar obedeció sin protestar y se agachó al lado de Kahlan, que sacaba la carta enrollada de dentro de la funda.

Zedd fue a sentarse junto a Adie al lado del fuego.

—Oigamos las excusas del muchacho. Será mejor que sean buenas o va a oírme.

—Lo mismo digo —convino Kahlan en voz baja—. Aquí hay lacre suficiente para sellar una docena de cartas. Tendremos que enseñar a Richard cómo se sella un documento. —La examinó a la luz—. Es la espada. Ha presionado la empuñadura de la *Espada de la Verdad* sobre el lacre.

—Para que sepamos que realmente la ha escrito él —observó Zedd, al tiempo que alimentaba el fuego.

Una vez acabó de romper el sello, Kahlan desplegó la carta y se colocó de espaldas al fuego para poder leerla.

—«Mi queridísima reina —leyó en voz alta—, rezo a los buenos espíritus para que esta carta llegue a tus manos...»

Zedd se levantó de un salto.

—Es un mensaje —declaró.

—Pues claro que es un mensaje —replicó Kahlan, desconcertada—. Es su carta.

—No, no. Quiere decirnos algo. Conozco a Richard, sé cómo piensa. Nos está diciendo que teme que si alguien se apodera de esta carta, podría traicionarnos... a nosotros o a él. Nos avisa de que no podrá decirnos todo lo que quisiera decir.

Kahlan se mordió el labio inferior.

—Sí, tiene sentido. Richard no suele hacer nada sin pensar.

—Continúa —la invitó Zedd, que se dio media vuelta para asegurarse de que su huesudo trasero quedaría sentado sobre la silla.

—«Mi queridísima reina, rezo a los buenos espíritus para que esta carta llegue a tus manos y para que tanto tú como tus amigos estéis bien y a salvo. Han ocurrido muchas cosas, y debo pedirte que seas comprensiva.

»La alianza de la Tierra Central ya no existe. Siento sobre mí la furibunda mirada de Magda Searus, la primera Madre Confesora, y su mago, Merritt, porque ambos han sido testigos del final de la alianza y porque he sido yo el artífice de su fin.

»Siento sobre mis espaldas la carga de miles de años de historia, pero trata de comprender que, de no haber actuado como lo he hecho, nuestro único futuro habría sido como esclavos de la Orden Imperial, y en ese caso la historia de la Tierra Central quedaría relegada al olvido.»

Kahlan se llevó una mano a su desbocado corazón e hizo una pausa para inspirar una bocanada de aire antes de proseguir.

—«Hace meses la Orden Imperial empezó a destruir la Tierra Central al ganar nuevos aliados entre quienes la integraban y minar así su unidad. Mientras nosotros luchábamos contra el Custodio, ellos luchaban para arrebatarnos la seguridad de nuestros hogares. Si tuviéramos más tiempo, quién sabe si podríamos restablecer esa unidad, pero el tiempo es un lujo del que no disponemos pues la Orden sigue adelante con sus planes sin detenerse ni un segundo. Con la Madre Confesora muerta, he tenido que hacer lo debido para forjar una nueva unidad.»

—¿Qué? ¿Qué ha hecho? —graznó Zedd.

Kahlan lo silenció con una iracunda mirada por encima de la carta, que temblaba en sus manos, y siguió leyendo.

—«La dilación es debilidad, y la debilidad significa muerte a las manos de la Orden. Nuestra amada Madre Confesora conocía el precio del fracaso y nos encomendó que condujésemos esta guerra hacia la victoria. Ella declaró la guerra sin cuartel a la Orden Imperial y, en su sabiduría, no se equivocó. No obstante, el egoísmo fragmentó la alianza y la ha conducido a su ruina. Me he visto obligado a actuar.

»Mis tropas han conquistado Aydindril.»

Zedd explotó.

—¡Rayos y centellas! Pero ¿de qué está hablando? ¡Richard no tiene tropas! ¡No tiene más que una espada y esa alfombra voladora con alas!

Gratch se alzó con un gruñido. Zedd se encogió.

Con un parpadeo Kahlan alejó las lágrimas de sus ojos.

—Estaos quietos los dos.

Zedd miraba alternativamente a ella y al gar.

—Lo siento, Gratch, no pretendía ofenderte.

Ambos se calmaron y Kahlan siguió leyendo.

—«Hoy he reunido a los delegados de los países representados en Aydindril y los he informado de que he disuelto la alianza de la Tierra Central. Mis tropas han rodeado sus palacios y muy pronto habrán desarmado a sus soldados. Les he dicho lo mismo que te digo a ti: en esta guerra sólo hay dos bandos, el nuestro y el de la Orden Imperial. Nadie puede quedar al margen. Lograremos la unidad, de un modo u otro. Todos los países de la Tierra Central deberán rendirse ante D'Hara.»

—¡D'Hara! ¡Recórcholis!

Kahlan no alzó la mirada. Las lágrimas seguían bañando sus mejillas.

—Si tengo que repetirte otra vez que te estés callado, tendrás que esperar fuera mientras acabo de leer la carta.

Adie agarró al mago por la túnica y tiró de él para que se sentara.

—Continúa.

Kahlan se aclaró la garganta y siguió leyendo.

—«He dicho a los representantes que tú, la reina de Galea, serías mi futura esposa y que tu rendición y nuestro enlace es muestra de que no se trata de una conquista sino de una unión forjada en paz, con objetivos comunes y basada en el respeto mutuo. Los diversos países conservarán su patrimonio y sus legítimas tradiciones pero deberán renunciar a su soberanía. Se protegerá la magia en todas sus formas. Seremos una sola nación con un ejército, bajo un mando único y bajo una sola ley. Todos los países que se unan a nosotros pacíficamente tendrán voz y voto a la hora de formular esa ley.»

A Kahlan se le quebró la voz.

—«Debo pedirte que regreses enseguida a Aydindril y que rindas Galea. Debo tratar con muy diversos países, por lo que tus conocimientos y tu ayuda me serían de gran valor.

»He informado a los delegados de que la rendición es obligatoria. No habrá favoritismos. Cualquier país que no se rinda, será sitiado y no se le permitirá que comercie con nosotros hasta que se produzca la rendición. Si no se rinde pacíficamente, con todos los beneficios que ello comporta, nos veremos obligados a lograr su capitulación con la fuerza de las armas. En ese caso, no sólo no se beneficiará de los beneficios sino que incurrirá en sanciones. Como he dicho, nadie puede quedar al margen. Estaremos unidos.

»Mi reina, yo daría mi vida por ti y no deseo otra cosa que convertirme en tu esposo, pero si a causa de mis acciones tus sentimientos hacia mí cambian, no te obligaré a casarte conmigo. Quiero que entiendas que la rendición de tu país es necesaria y vital. Debemos vivir todos bajo la misma ley. No puedo permitirme el lujo de conceder favores especiales a ningún país, o estaremos perdidos antes incluso de empezar.»

Kahlan tuvo que hacer una pausa para contener los sollozos. A través de las lágrimas apenas distinguía las palabras.

—«Los mriswith han atacado la ciudad. —A Zedd se le escapó un silbido. Kahlan no hizo caso y siguió leyendo—. Con la ayuda de Gratch los vencí y he ordenado clavar sus restos en picas para que decoren la explanada de acceso al Palacio de las Confesoras y todos vean qué aguarda a nuestros enemigos. Los mriswith son capaces de hacerse invisibles gracias a sus capas. Aparte de mí, sólo Gratch puede detectar su presencia. Temo que vayan a por ti. Por eso he enviado a Gratch a protegerte.

»Debemos recordar algo muy importante: aunque la Orden desea destruir la magia, no duda en emplearla para sus propios fines. Es nuestra magia la que quiere destruir.

»Por favor, di a mi abuelo que también él debe regresar inmediatamente. Su hogar ancestral corre peligro. Por esa razón me he visto obligado a tomar Aydindril y no puedo partir. Tiemblo al imaginar qué podría ocurrir si el hogar ancestral de mi abuelo cayera en manos del enemigo.»

Zedd no pudo contenerse.

—Córcholis —susurró para sí, al tiempo que volvía a levantarse—. Richard se refiere al Alcázar del Hechicero. No quería escribirlo pero a eso se refiere. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? El chico tiene razón; no podemos permitir que se apoderen del Alcázar. La Orden haría cualquier cosa para apropiarse de los poderosos objetos mágicos que allí se atesoran. Richard no sabe qué tipo de magia se guarda allí, pero es lo suficientemente inteligente para darse cuenta del peligro. ¡Cómo he podido estar tan ciego!

Kahlan se estremeció al darse cuenta del peligro. Si la Orden se apoderaba del Alcázar, tendría acceso a una magia de increíble poder.

—Zedd, Richard está completamente solo en Aydindril. Él casi no sabe nada de magia. No sabe nada de la gente que hay en Aydindril con poderes mágicos. Es como un cervatillo que entra en la guarida de un oso. Queridos espíritus, no tiene ni idea del peligro que corre.

Zedd sonrió con aire sombrío.

—El chico no sabe lo que se lleva entre manos.

—¿Que no sabe lo que se lleva entre manos? —Adie lanzó una sonrisa burlona—. Ha conquistado Aydindril y el acceso al Alcázar bajo las mismas narices de la Orden. Ellos envían mriswith contra él, y Richard los clava en picas delante de palacio. Probablemente conseguirá que todos los países se le rindan y luchen juntos contra la Orden, justamente lo que nosotros tratábamos de hacer y no sabíamos cómo. Ha utilizado lo que para nosotros era un problema, el comercio, como arma para lograr sus objetivos. Él no espera para hacerlos entrar en razón; simplemente les ha puesto un cuchillo al cuello. Si los países empiezan a rendirse a él, muy pronto se hará con el control de toda la Tierra Central, al menos, de los países más importantes.

—Y cuando todos se hayan unido a D'Hara, como una única fuerza y un único mando, podrán plantar cara a la Orden —dijo Zedd—. ¿Hay más? —preguntó a Kahlan.

—Sí, un poco más. «Aunque no deseo poner en peligro mi felicidad personal, temo las consecuencias si no actúo, pues la sombra de la tiranía oscurecería el mundo para siempre. Si no hacemos algo, todos correremos la misma suerte que Ebinissia.

»Confío en tu amor, pero me asusta pensar que puedo perderlo por esto.

»Aunque estoy rodeado por guardaespaldas, una de los cuales ya ha dado su vida por mí, no es a ellos a quienes necesito para sentirme seguro. Regresad enseguida a Aydindril. No os demoréis. Gratch os protegerá de los mriswith hasta que yo pueda hacerlo. Tuyo en este mundo y en el más allá, Richard Rahl, amo de D'Hara.»

Zedd volvió a silbar entre dientes.

—Amo de D'Hara. Pero ¿qué ha hecho el chico?

—Destruirme —sentenció Kahlan, bajando la carta con temblorosas manos—, eso es lo que ha hecho.

Adie la apuntó con un delgado dedo.

—Ahora escúchame bien, Madre Confesora. Richard sabe perfectamente lo que te está haciendo y te ha abierto su corazón. Te dice que escribe bajo la imagen de Magda Searus porque le duele lo que debe hacer y sabe qué significa eso para ti. Prefiere perder tu corazón a que mueras, que es justo lo que ocurriría si se doblegara ante el pasado en vez de tratar de dirigir el futuro. Richard ha hecho lo que nosotros no éramos capaces. Ha solicitado unidad, luego la ha exigido y finalmente la va a conseguir por la fuerza. Si deseas ser realmente la Madre Confesora y tu prioridad es la salvaguarda del pueblo, ayudarás a Richard.

Zedd enarcó una ceja pero guardó silencio.

Al oír el nombre de Richard, Gratch intervino.

—Grrratch quierrrg Raaaach aaarg.

Kahlan se enjugó una lágrima de la mejilla y sorbió por la nariz.

—Yo también quiero a Richard.

—Kahlan, del mismo modo que un día podré liberarte del hechizo, sé que un día volverás a ser la Madre Confesora —la consoló Zedd.

—Tú no lo entiendes —replicó ella, conteniendo las lágrimas—. Durante miles de años una Madre Confesora ha protegido la Tierra Central a través de la alianza. Yo seré la Madre Confesora que ha fallado a la Tierra Central.

—No, no. Tú serás la Madre Confesora que tuvo la fortaleza necesaria para salvar a la gente de la Tierra Central.

—Yo no estoy tan segura —protestó Kahlan, llevándose una mano al corazón.

Zedd se acercó a ella.

—Kahlan, Richard es el Buscador de la Verdad. Es el depositario de la *Espada de la Verdad*. Yo soy quien lo designó. Como Primer Mago reconocí en él a la persona que posee los instintos del Buscador.

»Ahora actúa siguiendo esos instintos. Richard es una persona excepcional. Es el Buscador y asimismo posee el don. Está haciendo lo que cree que debe hacer. Aunque no comprendamos por entero el porqué de sus actos, debemos confiar en él. ¡Córcholis! Quizá ni siquiera él sabe por qué hace lo que hace.

—Lee otra vez la carta con tranquilidad —le recomendó Adie—. Escucha sus palabras con el corazón y te darás cuenta del sentimiento que ha puesto en ellas. Y recuerda que es posible que no se atreviera a escribir determinadas cosas por si la carta caía en malas manos.

Kahlan se pasó el dorso de la mano por la nariz.

—Sé que suena egoísta, pero no lo es. Yo soy la Madre Confesora y he heredado la responsabilidad que mis antecesoras llevaron antes que yo. Cuando fui elegida me convertí en la depositaria de esa confianza, y ahora es mi responsabilidad. Cuando asumí el cargo hice unos votos.

Zedd le alzó el mentón con un huesudo dedo.

—Juraste proteger al pueblo. Ningún sacrificio es excesivo para cumplir ese juramento.

—Es posible. Pensaré en ello. —Además de las lágrimas, Kahlan pugnaba por controlar la furia—. Amo a Richard, pero yo nunca le habría causado tanto daño. Creo que no comprende realmente qué me está haciendo a mí y a todas las Madres Confesoras que dieron su vida.

—Yo creo que sí —dijo Adie en un susurro.

De repente la faz de Zedd se puso tan blanca como su pelo.

—Córcholis —musitó—. No creeréis que Richard está tan loco como para aventurarse en el Alcázar, ¿verdad?

Kahlan alzó la cabeza.

—El Alcázar está protegido con conjuros. Richard no sabe cómo usar su magia. No sabría cómo atravesarlos.

—Dijiste que no sólo posee Magia de Suma sino también Magia de Resta. Todos los encantamientos son de Suma. Si Richard puede usar la Magia de Resta, podrá atravesar incluso los escudos más poderosos que coloqué en el Alcázar.

Kahlan ahogó un grito.

—Me contó que en el Palacio de los Profetas atravesaba tranquilamente cualquier escudo porque sólo eran de Suma. El único que se le resistía era el escudo que protegía el perímetro, y eso era porque estaba construido con ambos tipos de magia.

—Si se le ocurre entrar, dentro del Alcázar hay cosas capaces de matarlo antes de que pueda decir esta boca es mía. Para eso coloqué los escudos: para que nadie las tocara. Córcholis, hay escudos que ni siquiera yo osaría atravesar. Para alguien que no sepa qué está haciendo ese lugar es una trampa mortal.

»¿Kahlan, crees que entrará en el Alcázar? —preguntó, agarrándola por los hombros.

—No lo sé, Zedd. Tú lo conoces desde niño. Deberías saberlo mejor que yo.

—No, no entrará. Sabe que la magia puede ser muy peligrosa. Es un chico listo.

—A no ser que se le meta algo en la cabeza.

—¿Eh? ¿A qué te refieres?

Kahlan se secó la última de las lágrimas.

—Bueno, cuando estábamos con la gente barro se le metió entre ceja y ceja convocar una reunión de espíritus. El Hombre Pájaro lo previno de que era peligroso. Incluso los espíritus trataron de avisarlo: una lechuza lo golpeó en la cabeza, haciéndole un corte en el cuero cabelludo, y luego cayó al suelo, muerta. El Hombre Pájaro lo interpretó como que los espíritus advertían a Richard que no convocara la reunión. Pero Richard siguió adelante. La reunión permitió a Rahl el Oscuro regresar del inframundo. Cuando Richard quiere algo, nada lo detiene.

Zedd se estremeció.

—Pero ahora mismo no quiere nada. No tiene ninguna necesidad de ir allí.

—Zedd, ya sabes cómo es Richard. Le gusta aprender. Es posible que decida ir simplemente a echar un vistazo, por pura curiosidad.

—Pues la curiosidad puede costarle la vida.

—En la carta decía que uno de sus guardaespaldas había muerto. Bueno, ahora que lo pienso, en realidad se refería a una mujer. ¿Por qué tiene guardaespaldas femeninas? —inquirió con desconcierto.

Zedd agitó los brazos con impaciencia.

—No lo sé. ¿Qué ibas a decir sobre la muerte de esa guardaespaldas?

—Por lo que sabemos, es posible que alguien de la Orden ya esté en el Alcázar y la matara usando magia. O es posible que Richard tema que los mriswith se apoderen del Alcázar y decida ir allí para evitarlo.

Zedd se frotó la imberbe mandíbula con un pulgar.

—No tiene ni idea de los peligros que acechan en Aydindril, y mucho menos de la naturaleza mortífera de lo que se guarda en el Alcázar. Recuerdo que una vez le dije que en su interior se guardaban objetos mágicos, como la *Espada de la Verdad*, y libros. Pero me olvidé de mencionar que muchos eran peligrosos.

—¿Libros? —Kahlan le apretó un brazo—. ¿Le dijiste que en el Alcázar hay libros?

—Gran error, ¿verdad? —gruñó el mago.

—Eso me temo —suspiró Kahlan.

Zedd se echó las manos a la cabeza.

—¡Tenemos que regresar enseguida a Aydindril! Richard no controla su don. —Zedd estaba frenético—. Si la Orden usa magia para apoderarse del Alcázar, Richard no podrá detenerlos. Podríamos perder esta guerra apenas empezada.

Kahlan apretaba los puños.

—No puedo creerlo —declaró—. Llevamos semanas huyendo de Aydindril y ahora tenemos que volver. Tardaremos semanas en llegar.

—Es inútil lamentarse de errores pasados. Debemos concentrarnos en lo que podemos hacer a partir de ahora. No podemos cambiar el pasado.

Kahlan miró a Gratch.

—Richard nos envió una carta. Podríamos enviarle otra de vuelta para avisarlo.

—Eso no lo ayudará a defender el Alcázar si la Orden utiliza magia.

Kahlan notaba que la cabeza le daba vueltas con pensamientos a medio formular y soluciones precipitadas.

—¿Gratch, podrías llevarnos a uno de nosotros donde está Richard?

El gar los miró alternativamente deteniéndose especialmente en el mago y al fin negó con la cabeza.

Kahlan se mordió el labio inferior, frustrada. Zedd no dejaba de caminar delante del fuego, mascullando algo para sus adentros. Adie tenía la mirada perdida. De pronto Kahlan lanzó una exclamación.

—¡Zedd! ¿Podrías usar magia?

El mago se detuvo y alzó la vista hacia ella.

—¿Qué tipo de magia?

—Algo como lo que hiciste hoy con el carromato. Levantarlo con magia.

—Yo no puedo volar, querida. Sólo levanto cosas.

—¿Pero podrías hacernos más ligeros, como el carromato, para que Gratch pudiera llevarnos?

Zedd retorció su arrugada faz.

—No. Costaría demasiado mantener ese esfuerzo. Esa magia funciona con cosas inanimadas, como rocas o vehículos, pero con seres vivos es muy distinto. Podría alzarnos a todos un poco pero por pocos minutos.

—¿Podrías hacerlo sólo para ti? ¿Podrías hacerte tan ligero que Gratch pudiera llevarte?

El mago se animó.

—Sí, quizá. Será difícil mantener ese esfuerzo mucho tiempo pero creo que podría.

—¿Y tú, Adie? ¿Podrías tú también?

—No. —La hechicera se hundió en la silla—. Yo no tengo el mismo poder que él. No podría.

—En ese caso —sentenció Kahlan, tragándose sus temores— tendrás que ir tú, Zedd. De ese modo podrías adelantarte varias semanas. Richard te necesita. No puede esperar. Cada minuto que pasa supone un peligro para nuestra causa.

—¡No puedo dejaros indefensas! —protestó Zedd, alzando sus enjutos brazos.

—Tengo a Adie.

—¿Y si los mriswith atacan, tal como teme Richard?

Kahlan lo agarró por una de sus negras mangas.

—Si Richard entra en el Alcázar, podría morir. Si la Orden se apodera del Alcázar del Hechicero y de su magia, todos moriremos. Eso es más importante que mi vida. Si dejamos que ganen, muchas personas morirán, como en Ebinissia, y quienes sobrevivan quedarán reducidos a la esclavitud. Toda magia se extinguirá. Se trata de una decisión de guerra.

»Además, aún no hemos visto a ningún mriswith. El hecho de que hayan atacado Aydindril no significa que vayan a atacarnos a nosotros. De todos modos, el hechizo oculta mi identidad. Nadie sabe que la Madre Confesora sigue viva, ni que sea yo. No tienen ningún motivo para atacarme especialmente a mí.

—Un razonamiento impecable. Ahora entiendo por qué fuiste elegida Madre Confesora. No obstante, sigo creyendo que es una locura. ¿Qué opinas tú, Adie? —Zedd apeló a la hechicera.

—Creo que la Madre Confesora tiene razón. Debemos considerar cuál es la acción más importante. No podemos poner en peligro a todo el mundo a cambio de la seguridad de unos pocos.

Kahlan se colocó delante de Gratch. Con el gar agachado, sus ojos quedaban a la misma altura.

—Gratch, Richard corre un gran peligro —dijo la mujer. Gratch agitó las empenachadas orejas—. Necesita la ayuda de Zedd y también la tuya. A mí no va a pasarme nada; no hemos visto a ningún

mriswith. ¿Podrías llevar a Zedd hasta Aydindril? Él es mago y se hará muy ligero, para que puedas con él. ¿Lo harás por mí y por Richard?

Los relucientes ojos de Gratch se posaron alternativamente en los tres humanos. Pensaba. Finalmente se levantó, desplegó sus correosas alas y asintió. Kahlan abrazó al gar, y la bestia le devolvió el gesto.

—¿Estás cansado, Gratch? ¿Quieres descansar o prefieres ponerte en marcha ya mismo?

Por respuesta Gratch batió las alas.

Zedd, cada vez más alarmado, miraba a uno y a otro.

—Córcholis. Esto será lo más insensato que haya hecho en mi vida. Si el Creador quisiera que volara, me habría dado alas.

—Jebra tuvo una visión de ti con alas —le recordó Kahlan, esbozando una sonrisa.

—Sí —replicó el mago, posando las manos sobre sus huesudas caderas— y también me vio cayendo en una bola de fuego. De acuerdo. Vámonos.

Adie se puso en pie y lo abrazó.

—Eres un viejo loco muy valiente.

—Sobre todo loco —rezongó Zedd. Pero al fin le devolvió el abrazo. Cuando la hechicera le pellizcó el trasero lanzó un gritito.

—Te ves muy guapo con esas ropas tan elegantes, viejo.

Zedd no pudo evitar sonreír.

—Sí, supongo que sí. Bueno, al menos un poco —se corrigió, ceñudo—. Cuida de la Madre Confesora. Cuando Richard descubra que me he dejado convencer para dejarla sola, hará algo más que darme un pellizco.

Kahlan echó los brazos alrededor del flaco mago. De pronto se sentía desolada. Zedd era el abuelo de Richard, y le gustaba tener al menos un poco de Richard junto a ella.

Cuando se separaron Zedd miró a Gratch con una mueca.

—Bueno, Gratch, será mejor que nos pongamos en marcha.

En el frío aire de la noche Kahlan agarró al mago por una manga.

—Zedd, trata de inculcar un poco de sentido común a Richard. No puede hacerme esto. —Kahlan se estaba acalorando—. Está siendo poco razonable.

Zedd escrutó la cara de la mujer a la tenue luz. Por fin dijo suavemente:

—La historia no la escriben hombres razonables.

9

—No toquéis nada —les recordó Richard por enésima vez mirándolos ceñudo de reojo—. Lo digo muy en serio.

Las tres mord-sith no respondieron. Alzaron la vista hacia el alto techo de la entrada en forma de arco y a continuación a los enormes bloques de granito oscuro intrincadamente unidos, más allá del macizo rastrillo elevado que franqueaba el acceso al Alcázar del Hechicero.

Richard volvió la vista atrás hacia el ancho camino por el que habían ascendido la ladera de la montaña y que moría en un puente de piedra de casi ochenta metros de longitud colgado sobre un abismo cuyas paredes caían casi en vertical al vacío. No estaba seguro de la profundidad de la sima, pues las nubes que se arremolinaban alrededor de las paredes de roca, resbaladizas por efecto del hielo, oscurecían el fondo. Al cruzar el puente y bajar la mirada hacia las fauces oscuras y melladas de la montaña, la cabeza le dio vueltas. ¿Cómo había sido posible construir ese puente de piedra?

A no ser que uno tuviera alas, el puente era el único acceso al Alcázar.

La escolta oficial de lord Rahl, compuesta por quinientos hombres, esperaba al otro lado del puente. Su propósito inicial de entrar con él en el Alcázar se había desvanecido cuando, tras doblar una curva muy pronunciada, llegaron a su meta y todos, incluyendo Richard, contemplaron la inmensidad del Alcázar, sus excelsos muros de piedra oscura, sus murallas, sus bastiones, sus torres, sus pasarelas y sus puentes. En su conjunto transmitía una inconfundible sensación de siniestra amenaza surgida de la piedra de la montaña, como si estuviera vivo y los mirara. Al contemplar el Alcázar Richard notó que las piernas le flaqueaban, y cuando ordenó a los soldados que lo esperaran allí éstos apenas protestaron.

Richard tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para obligarse a entrar, pero la idea de que todos aquellos hombres presenciaran cómo lord Rahl, su mago, se arredraba ante el Alcázar del Hechicero le daba fuerzas. Además, tenía que entrar allí. Para armarse de valor recordó que Kahlan le había contado que el Alcázar estaba protegido por hechizos mágicos y que en algunos sitios ni siquiera ella podía entrar, pues los hechizos socavaban el valor de cualquiera que intentara entrar. «No es más que eso —se dijo—, no es más que un hechizo para alejar a los curiosos, es sólo una sensación y no una amenaza real.»

—Qué calor hace aquí —comentó Raina. Sus oscuros ojos lo contemplaban todo con absoluto asombro.

Tenía razón. Una vez que atravesaron el rastrillo de hierro, a cada paso que daban el aire se hacía menos frío. Dentro, la atmósfera era de un espléndido día de primavera. No obstante, el cielo sombrío y de un gris acerado que hendía la montaña así como el crudo viento que azotaba la carretera no tenían nada de primaverales.

La nieve acumulada en sus botas empezaba a fundirse. Todos se quitaron sus pesados mantos y los amontonaron contra el muro de piedra. Richard comprobó que tenía la espada lista para desenvainarla.

Atravesaron una imponente abertura arqueada de más de quince metros de longitud. Richard se dio cuenta de que no era más que una brecha en la muralla exterior. Más allá, el camino atravesaba una zona despejada antes de convertirse en un túnel que horadaba la base de un alto muro de piedra y desaparecía en la penumbra. Probablemente llegaba a las caballerizas, por lo que no había razón alguna para seguirlo.

Richard luchaba contra el impulso de envolverse en su negra capa de mriswith y volverse invisible. Últimamente lo hacía cada vez más a menudo, pues le reconfortaba no sólo la soledad que le proporcionaba sino que también despertaba en él una sensación placentera e indefinible, muy similar a la tranquilidad que le daba notar la magia de la espada en su cadera, siempre allí, siempre a su entera disposición, siempre su aliada y su defensora.

A su alrededor, las intrincadas junturas de los muros de mampostería creaban en el gris y deprimente patio de la fortaleza una escarpada cañada salpicada con numerosas puertas. Richard decidió tomar un sendero formado por pasaderas colocadas entre gravilla de granito que conducía a una de las puertas de mayor tamaño.

De repente Berdine le agarró un brazo con tanta fuerza que Richard se encogió de dolor y se dio la vuelta para tratar de desasirse.

—¿Berdine, qué estás haciendo? ¿Qué pasa?

Pese a que logró soltarse, Berdine volvió a agarrarse a él como una lapa.

—Mirad —dijo al fin la mord-sith en un tono de voz que puso los pelos de punta a Richard—. ¿Qué se supone que es eso?

Todos se volvieron hacia donde apuntaba con el agiel.

Fragmentos de roca y piedra se ondulaban en forma de olas como si algún enorme pez de piedra nadara bajo ellas. Cuando el ser invisible se acercó al grupo, todos procuraron colocarse en el centro de una pasadera. La gravilla crujía y rechinaba a la par que se ondulaba como el agua de un lago.

A medida que la cresta de las olas se aproximaba, Berdine le apretaba más y más el brazo. Incluso Ulic y Egan ahogaron sendas exclamaciones, como el resto, cuando sintieron que la cosa pasaba bajo las piedras donde se hallaban. Pequeños fragmentos de gravilla lamieron las pasaderas sobre las que se encontraban. Luego las ondas se fueron alejando hasta que todo quedó quieto.

—Bueno, ¿qué era eso? —espetó Berdine—. ¿Qué nos hubiera sucedido de haber ido por ahí, hacia una de las otras puertas, en vez de tomar este camino?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Vos sois mago. Se supone que debéis saber esas cosas.

Berdine se hubiera enfrentado sin dudarlo contra Ulic y Egan, ella sola, sin dudarlo si Richard se lo ordenaba, pero la magia era algo muy distinto. Sus cinco guardaespaldas eran intrépidos cuando se trataba de combatir contra el acero, pero ninguno de ellos ocultaba el miedo que les inspiraba la magia. Se habían cansado de explicarle que ellos eran el acero contra el acero, y Richard la magia contra la magia.

—Escuchadme bien todos, os he dicho un montón de veces que no sé mucho de ser mago. Nunca he estado antes aquí, por lo que tampoco sé mucho de este lugar ni de cómo protegeros. ¿Haréis lo que os pido y me esperaréis con los soldados al otro lado del puente? Por favor.

Por toda respuesta Ulic y Egan se cruzaron de brazos.

—Vamos con vos —insistió Cara.

—Eso es —se reafirmó Raina.

—No podéis impedírnoslo —declaró Berdine, soltándole al fin el brazo.

—¡Pero puede ser peligroso!

—Por eso mismo debemos ir. Para protegeros —dijo Berdine.

Richard puso mala cara.

—¿Cómo? ¿Apretándome el brazo para que no circule la sangre?

Berdine se sonrojó.

—Lo siento.

—Escuchad, yo no sé nada de la magia de este lugar. No sé qué peligros oculta y mucho menos cómo evitarlos.

—Por eso debemos ir —le explicó Cara con paciencia exagerada—. Vos no sabéis cómo protegeros. Es posible que os seamos de ayuda. Quién sabe si vais a necesitar un agiel o la fuerza bruta —al decir esto señaló a Ulic y Egan—. Imaginad que caéis en un pozo, sin escalera, y nadie oye vuestros gritos de auxilio. Podríais sufrir un accidente que no tenga nada que ver con la magia.

Richard suspiró.

—De acuerdo, de acuerdo. En eso tienes razón. Pero después no os quejéis si un pez de piedra o algo parecido os muerde un pie, ¿entendido?

Las tres mord-sith sonrieron. Incluso Egan y Ulic sonrieron. Richard lanzó un suspiro de cansancio.

—Adelante, pues.

La puerta era de madera gris, erosionada por efecto de los elementos. Medía tres metros y medio de altura, y estaba incrustada en un hueco de la pared, sujeta con abrazaderas de hierro simples pero sólidas, aseguradas con toscos clavos tan grandes como sus dedos. En el dintel de piedra había grabadas unas palabras escritas en un lenguaje que ninguno de ellos entendía. Cuando Richard acercó la mano al picaporte, la puerta empezó a abrirse hacia adentro pivotando sobre silenciosos goznes.

—Y luego dice que no sabe nada de magia —se burló Berdine.

Por última vez Richard los miró a los ojos para asegurarse de que realmente estaban decididos a acompañarlo.

—Recordad —les dijo—, no toquéis nada.

Todos asintieron. Con un suspiro de resignación Richard se volvió hacia la entrada, rascándose la parte posterior del cuello.

—¿La pomada que os traje no os ha quitado el sarpullido? —inquirió Cara mientras cruzaban el umbral y entraban en una triste sala. Olía a piedra húmeda.

—No. Al menos, de momento.

En el vasto vestíbulo sus voces resonaban en el techo provisto de vigas que se alzaba a casi diez metros de altura. Richard redujo el paso, examinó con la vista aquella sala casi desierta y se detuvo.

—La mujer a la que se la compré me prometió que os curaría el sarpullido. Me dijo que estaba hecha con los ingredientes habituales, como ruibarbo blanco, jugo de laurel, mantequilla y huevo pasado por agua. Pero cuando le dije que era muy importante, añadió otros ingredientes especiales y más caros. Me aseguró que le había puesto betónica, úlcera de cerdo, el corazón de una golondrina y, puesto que yo soy vuestra protectora, me hizo llevarle mi sangre menstrual. La mezcló en la pomada usando un clavo al rojo. Lo sé porque me aseguré de que lo hacía.

—Ojalá me hubieras dicho qué llevaba antes de ponérmela —masculló Richard mientras echaba a caminar por la sombría sala.

—¿Qué decís? —Richard desestimó la pregunta con un ademán—. Bueno, le advertí que, por el precio que costaba, mejor sería que funcionara, y que si no era así regresaría y lo lamentaría. Ella me prometió que funcionaría. ¿Habéis recordado poneros también un poco en el talón izquierdo, como os dije?

—Pues no. Sólo me he puesto en el sarpullido. —«Y ojalá no lo hubiera hecho», pensó.

—Entonces no me extraña —replicó Cara, escandalizada—. Os dije que teníais que poneros también en el talón izquierdo. La curandera me explicó que seguramente el sarpullido es debido a un trastorno en la base de vuestra aura, y que debíais ponérosla también en el talón para completar la conexión con la tierra.

Richard la escuchaba a medias. Sabía que Cara estaba tratando de reunir valor escuchando el sonido de su propia voz y hablando de banalidades.

A su derecha, muy por encima de sus cabezas, la luz del día penetraba con largos rayos sesgados a través de una hilera de pequeñas ventanas. Al fondo, un par de sillas de madera bellamente trabajadas montaban guardia a ambos lados de un arco de entrada. Bajo la hilera de ventanas colgaba un tapiz con una imagen tan desvaída que no se distinguía. En la pared opuesta vio una serie de simples apliques de hierro que sujetaban velas. Casi en el centro de la sala, bañada por un brillante rayo de luz, había una pesada mesa con caballete. No había más.

Cruzaron la estancia oyendo el eco del sonido de sus botas sobre las baldosas. Richard vio libros encima de la mesa. Sus esperanzas se avivaron; para eso estaba allí. Podrían pasar semanas antes de que

Kahlan y Zedd llegaran a Aydindril, y Richard se temía que antes de eso debería hacer algo para proteger el Alcázar. No podía esperarlos de brazos cruzados.

Con Aydindril ocupada por el ejército de D'Hara, la mayor amenaza era que se produjera un ataque contra el Alcázar. Richard esperaba encontrar algunos libros que le dieran algunas respuestas, quizás incluso que le enseñaran a usar su magia, para que si alguien con poderes mágicos atacaba, él pudiera repeler ese ataque. Se temía que la Orden, o los mriswith, trataran de apoderarse de la magia que se custodiaba en el Alcázar.

Vio casi una docena de libros sobre la mesa, todos del mismo tamaño. Pero las palabras de las portadas estaban escritas en un idioma que no entendía. Mientras él apartaba algunos para ver mejor los que había debajo, Ulic y Egan vigilaban con la espalda pegada a la mesa. Algo en los libros le resultaba familiar.

—Parecen el mismo libro pero escritos en diferentes lenguas —comentó medio para sí mismo.

Dio la vuelta a uno que le llamó la atención, y al leer el título de pronto se dio cuenta de que podía leerlo. Había visto antes ese idioma y reconoció dos palabras: la primera —*fuer*— y la tercera —*ost*—. Estaba escrito en d'haraniano culto.

Una de las profecías referidas a él que Warren le había mostrado en las criptas del Palacio de los Profetas lo llamaba *fuer grissa ost drauka*, que quería decir «el portador de la muerte». Así pues *fuer* era un artículo definido y *ost* significaba «de».

—*Fuer ulbrecken ost Brennika Dieser* —leyó Richard, y dejó escapar un suspiro de frustración—. Ojalá supiera qué significa.

—*Las aventuras de Bonnie Day*, creo.

Era Berdine quien había hablado. Al notar los ojos de Richard sobre ella, retrocedió y apartó la mirada, como si temiera haber hecho algo mal.

—¿Qué has dicho? —susurró Richard.

Berdine señaló el libro que descansaba sobre la mesa.

—*Fuer ulbrecken ost Brennika Dieser*. Queríais saber qué significa. Creo que quiere decir *Las aventuras de Bonnie Day*. Es un antiguo dialecto.

Las aventuras de Bonnie Day había sido el libro preferido de Richard en su adolescencia. Lo había leído tantas veces que casi se lo sabía de memoria.

En el Palacio de los Profetas, en el Viejo Mundo, había averiguado que ese libro lo había escrito Nathan Rahl, profeta y antepasado de Richard. El mismo Nathan se encargó de explicarle que se trataba de un manual sobre la profecía destinado a jóvenes con potencial. Excepto Richard, todos los muchachos que habían recibido el libro habían sufrido accidentes fatales.

Cuando Richard nació, la Prelada y Nathan viajaron al Nuevo Mundo y robaron el *Libro de las Sombras Contadas*, que se guardaba en el Alcázar, para evitar que cayera en manos de Rahl el Oscuro. Luego se lo entregaron al padrastro de Richard, George Cypher, que tuvo que prometerles que Richard lo memorizaría, palabra por palabra, y luego lo destruiría. El *Libro de las Sombras Contadas* era necesario para abrir las Cajas del Destino, en D'Hara. Richard aún recordaba el libro, palabra por palabra.

También recordaba con gran cariño los felices tiempos de su adolescencia, cuando aún vivía en su hogar junto a su padre y su hermano. Richard quería a su hermano y lo admiraba. Quién hubiera podido imaginar entonces las traicioneras vueltas que daría la vida. Ya nunca podría regresar a aquella época feliz en su inocencia.

Nathan había entregado asimismo a su padre un ejemplar de *Las aventuras de Bonnie Day*. Seguramente habría dejado copias en otros idiomas en el Alcázar cuando estuvo allí justo después de nacer Richard.

—¿Cómo sabes qué pone? —preguntó Richard.

Berdine tragó saliva antes de explicar.

—Es d'haraniano culto, pero un antiguo dialecto del idioma.

Por el modo en que la mord-sith lo miraba, con ojos muy abiertos, Richard supuso que su expresión debía de ser intimidadora e hizo un esfuerzo para adoptar otra más tranquilizadora.

—¿Me estás diciendo que entiendes el d'haraniano culto? —Berdine asintió—. Tenía entendido que es una lengua muerta. Un erudito que entiende el d'haraniano culto me dijo que apenas nadie la conoce ya. ¿Cómo es que tú sí?

—Me enseñó mi padre —dijo con emoción—. Ésa fue una de las razones por las que Rahl el Oscuro me eligió para ser mord-sith. —No sólo su voz sonaba dura, sino que su cara ya no mostraba ningún sentimiento—. Queda muy poca gente que comprenda el d'haraniano culto. Mi padre era uno de ellos. Rahl el Oscuro empleaba el d'haraniano culto en algunos de sus conjuros y no le gustaba que otros lo conocieran.

Richard no necesitaba preguntar qué le pasó a su padre.

—Lo siento, Berdine.

Sabía que parte del brutal entrenamiento para convertirse en mord-sith incluía torturar hasta la muerte a sus progenitores. Era la prueba final para quebrar su espíritu por tercera vez.

Berdine no reaccionó. Se había replegado tras la máscara de hierro que había adquirido en el entrenamiento.

—Rahl el Oscuro sabía que mi padre me había enseñado un poco de esa antigua lengua, pero yo no representaba ninguna amenaza, pues era una mord-sith. De vez en cuando me consultaba sobre la interpretación de diferentes palabras. El d'haraniano culto es un idioma muy difícil de traducir. Existen muchas palabras, especialmente en los dialectos más antiguos, cuyo significado varía en función del contexto. Yo no soy ninguna experta, pero Rahl el Oscuro dominaba el d'haraniano culto.

—¿Sabes qué significa *fuer grissa ost drauka*?

—Es dialecto, y yo no estoy muy versada en esas formas tan antiguas. —Tras un momento de reflexión prosiguió—. Creo que la traducción literal sería «el portador de la muerte». ¿Dónde lo habéis oído?

Richard no quería pensar en las complicaciones de los otros posibles significados.

—Es de una antigua profecía que se refiere a mí.

—No os hace justicia, lord Rahl. A no ser que se refiera a vuestra habilidad para tratar a vuestros enemigos, no a vuestros amigos.

Richard sonrió.

—Gracias, Berdine.

La mord-sith recuperó la sonrisa; fue como el sol que de repente asoma cuando se disipan los negros nubarrones.

—Vamos a ver qué hay por ahí —dijo Richard, dirigiéndose a la entrada coronada por un arco que se abría al fondo de la sala.

Al cruzar el arco sintió una especie de hormigueo o cosquilleo que le atravesaba la carne en una línea finísima. Pero sólo duró lo que tardó en cruzar. Se volvió cuando Raina lo llamó.

Los demás seguían al otro lado, presionando el aire con las manos como si toparan contra una placa de vidrio impenetrable. Ulic la golpeó con los puños, pero en vano.

—¡Lord Rahl! —gritó Cara—. ¿Cómo pasamos?

Richard volvió sobre sus pasos.

—No estoy seguro. Mi magia me permite atravesar los escudos. Berdine, dame la mano. Vamos a probar una cosa.

Richard tendió su mano a través de la barrera invisible. La mord-sith le cogió la muñeca sin dudarlo. Lentamente el joven fue tirando de ella, hasta que ambas manos penetraron en el escudo.

—Oh, está muy frío —protestó Berdine.

—¿Estás bien? ¿Quieres intentar cruzar?

La mord-sith asintió, y Richard tiró de ella. Una vez al otro lado Berdine se estremeció y se echó a temblar, como si cientos de insectos se arrastraran sobre su piel.

—Ahora yo —dijo Cara, tendiendo la mano.

Richard se disponía a repetir el proceso pero de pronto se detuvo.

—No. Vosotros esperad a que volvamos.

—¡Qué! —gritó Cara—. ¡Debemos ir con vos!

—Hay peligros que desconozco. No puedo estaros vigilando a todos y al mismo tiempo concentrarme en lo que hago. Me llevo a Berdine por si necesito protección. Los demás esperad aquí. Si algo ocurre, ya sabéis cómo se sale.

—Por favor, llevadnos con vos —suplicó Cara—. No podemos dejaros ir sin protección. Díselo, Ulic.

—Tiene razón, lord Rahl. Deberíamos ir con vos.

Pero Richard negó con la cabeza.

—Con uno basta. Si algo me ocurre, no podríais atravesar de nuevo el escudo. Si algo sucede y no regresamos, confío en que vosotros seguiréis adelante. Cara, te dejo al mando. Si algo ocurre, busca ayuda, si puedes. Y si no puedes, bueno, ocúpate de todo hasta que lleguen mi abuelo, Zedd, y Kahlan.

—¡No lo hagáis! —Richard nunca había visto a Cara tan angustiada—. Lord Rahl, no podemos correr el riesgo de perderos.

—No me pasará nada, Cara. Volveré, lo prometo. Los magos siempre cumplen sus promesas.

—¿Por qué ella? —resopló la mord-sith, resentida.

Berdine se echó la pesada trenza castaña sobre los hombros y sonrió a su compañera con aire de suficiencia.

—Porque soy la preferida de lord Rahl.

—Cara, es porque tú eres la líder —la corrigió Richard, al tiempo que fulminaba con la mirada a Berdine—. Si algo me ocurre, quiero que tú quedes al mando.

Cara reflexionó un momento y, finalmente, también ella esbozó una sonrisa satisfecha.

—De acuerdo. Pero espero que jamás me volváis a jugar una mala pasada como ésta.

—Trato hecho. —Richard le guiñó un ojo—. Vamos, Berdine —dijo mirando el tétrico corredor—. Echemos un vistazo a este lugar.

10

Partían pasillos hacia todas direcciones. Richard procuraba seguir el que le parecía el corredor principal, para después poder hallar el camino de salida. Cada vez que pasaban delante de una habitación él se asomaba para comprobar si contenía libros o cualquier otra cosa que pudiera ser de utilidad. Pero en su mayoría estaban vacías. En unas pocas vio mesas y sillas además de arcones u otras piezas de mobiliario muy sencillas, pero nada de especial interés. En un pasillo todas las habitaciones eran dormitorios con sus respectivas camas. Era evidente que los magos que vivían en el Alcázar llevaban una vida espartana, sin lujos. La fortaleza albergaba miles de habitaciones, de las cuales Richard sólo había visto una ínfima parte.

Berdine también asomaba la cabeza después de él, tratando de discernir qué estaban buscando.

—¿Sabéis adónde vamos? —le preguntó al fin.

—No exactamente —contestó él mientras echaba un vistazo a otro corredor lateral. El Alcázar era un laberinto—. Pero creo que deberíamos buscar una escalera para empezar por abajo e ir subiendo.

Berdine señaló a su espalda.

—Vi una en un pasillo de la izquierda que hemos dejado atrás.

La escalera estaba donde Berdine había dicho. Richard no había reparado en ella porque no era más que un agujero en el suelo con escalones en espiral que descendían hacia la oscuridad. No era el tipo de escalera que había esperado encontrar. Richard se echó una silenciosa reprimenda por haberse olvidado de llevar una lámpara o una vela. En el bolsillo llevaba pedernal y eslabón, por lo que si encontraba algo de paja o un trapo seguramente podría obtener una chispa que encendiera una de las velas que había visto en los apliques de hierro.

A medida que descendían hacia las tinieblas Richard percibía y oía un grave zumbido que provenía de abajo. La piedra, que en un principio desaparecía en la oscuridad, empezó a revelarse bajo una luz verde azulada como si alguien encendiera la mecha de un candil. Cuando llegaron al pie de la escalera ya veían perfectamente gracias a esa misteriosa luz.

Justo al doblar una esquina encontraron la fuente de la luz. Cercada por un aro de hierro descansaba una esfera de la anchura aproximada de su mano, y de un material que parecía cristal. De ella manaba la luz.

Berdine alzó la vista hacia él. La extraña luz perfilaba sus facciones.

—¿Qué la hace brillar?

—Bueno, no hay llama, por lo que supongo que es magia.

Con cautela aproximó una mano a la luz. La esfera se hizo más brillante. Cuando la tocó con un dedo el tono verde azulado se tornó un cálido amarillo.

Puesto que al tocarla no había sentido dolor, Richard la alzó cuidadosamente de su soporte. Pesaba más de lo que esperaba. No se trataba de una esfera hueca de vidrio color marrón sino que parecía maciza. Y en sus manos emitía una luz cálida y útil.

Más allá, en aquel pasillo semejante a un túnel vio otras esferas similares colocadas sobre soportes. La más cercana, que pese a ello se hallaba bastante lejos, emitía un débil resplandor verde azulado. A medida que se aproximaban a una, ésta se iluminaba, y volvía a apagarse cuando se alejaban.

En una intersección el pasillo comunicaba con otro corredor, más ancho y agradable. Era de piedra color rosa pálido, y a ambos lados se abrían cavernosas salas con bancos acolchados.

Al abrir los batientes de una amplia puerta doble que daba acceso a una de las grandes salas del corredor descubrió una biblioteca. El suelo de madera pulida, las paredes revestidas con paneles y el

techo enjalbegado le daban un agradable aspecto que invitaba a entrar. Había mesas y cómodas sillas junto a las hileras de estanterías. En el extremo más alejado una ventana acristalada dominaba la ciudad de Aydindril y convertía la sala en un lugar luminoso y aireado.

Pasó a la siguiente sala del corredor, que resultó ser otra biblioteca. Parecía que aquel pasillo corría paralelo a la fachada del Alcázar y contenía una serie de enormes bibliotecas. Cuando llegaron al final, habían encontrado hasta doce.

Richard jamás hubiera imaginado que existiera tal cantidad de libros. Incluso las criptas del Palacio de las Confesoras, con todos los libros que contenía, palidecía al lado de lo que acababa de ver. Necesitaría todo un año para leer siquiera los títulos. De repente se sintió abrumado. ¿Por dónde empezar?

—Supongo que es esto lo que buscabais —comentó Berdine.

—No, no es esto. No sé por qué, pero no es esto. Es demasiado... corriente.

Con Berdine a su lado siguió recorriendo pasadizos y descendió varios niveles por una escalera. El agiel de la mord-sith se balanceaba colgado de la cadena que llevaba a la muñeca, siempre listo para usarlo. Al pie de la escalera encontraron un marco de puerta adornado con hojas de pan de oro que permitía el acceso a una estancia no de mampostería sino excavada en la oscura roca, tal vez una cueva natural ampliada. Allí donde faltaban trozos de roca se veían aristadas y relucientes facetas. A medida que se había ido excavando la roca se habían colocado unas gruesas columnas para aguantar el techo bajo y escarpado.

En el umbral Richard se topó con el cuarto escudo desde que había entrado en el Alcázar, aunque aquél era distinto a los tres primeros; le producía una sensación muy distinta. Al atravesarlo con una mano el plano vertical entre el marco de la puerta empezó a emitir un rojo resplandor que no provenía de ninguna fuente visible, y la sensación no era de hormigueo, sino de calor allí donde la luz roja incidía. Era el escudo más incómodo que había sentido. Temió incluso que le chamuscara el vello de los brazos, pero no fue así.

—Éste es distinto —anunció mientras retiraba el brazo—. Si quieres que me pare, dímelo. —Rodeó con sus brazos a Berdine para protegerla mejor. La mord-sith se puso tensa—. No te preocupes, si quieres que me detenga, avisa.

La mujer asintió y Richard la condujo al otro lado del umbral. Cuando la luz roja tocó el cuero rojo del brazo femenino, ella se encogió.

—No pasa nada, no pasa nada —dijo—. Sigamos adelante.

Richard acabó de cruzar con ella el escudo y la soltó. Berdine no se relajó hasta que Richard retiró los brazos que la rodeaban.

El resplandor de la esfera mágica generaba profundas sombras entre las columnas. Richard vio que alrededor de la estancia se habían excavado pequeños nichos en la roca, tal vez sesenta o setenta. Sin necesidad de distinguir qué contenían, supo que eran objetos de diferentes tamaños y formas.

Mientras recorría con la mirada hasta el último recoveco sintió cómo los pelillos de la nuca se le erizaban. No sabía qué eran esos objetos pero su instinto le decía que eran extremadamente peligrosos.

—Quédate junto a mí y, sobre todo, no te acerques a las paredes. —Con el mentón señaló una dirección a través de la vasta sala—. Por ahí. Debemos ir hacia ese pasillo.

—¿Cómo lo sabéis?

—Fíjate en el suelo. —En la tosca piedra natural marcaba un serpenteante sendero surgido por el desgaste—. Será mejor que no nos apartemos de este sendero.

Los azules ojos de Berdine lo miraron con aprensión.

—Id con cuidado. Si algo os ocurre, nunca podría salir de aquí yo sola para pedir ayuda. Nos quedaríamos aquí atrapados.

Richard sonrió y echó a andar por la silenciosa sala semejante a una caverna.

—Bueno, ése es el riesgo que corres por ser mi favorita.

Pese a los intentos de Richard por alegrar el ambiente, la inquietud de Berdine no disminuyó.

—¿Lord Rahl, puedo preguntaros algo? Es una pregunta importante. Una pregunta de tipo personal.

—Pues claro. Pregunta.

La mord-sith se echó la trenza de pelo castaño ondulado sobre un hombro y disparó.

—Después de casaros con vuestra reina seguiréis teniendo otras mujeres, ¿verdad?

Richard la miró con el entrecejo fruncido.

—Ahora no tengo otras mujeres. Amo a Kahlan y le soy totalmente fiel.

—Pero vos sois lord Rahl. Podríais tener a la mujer que quisierais. Incluso a mí. Lord Rahl siempre tiene muchas mujeres. No tenéis más que chasquear los dedos.

Richard sabía con certeza que Berdine no se le estaba insinuando.

—¿Es porque te puse la mano encima, porque te toqué un pecho? —Berdine le hurtó la mirada y asintió—. Berdine, lo hice para ayudarte, no por... bueno, por ninguna otra razón. Espero que lo sepas.

Rápidamente la mord-sith posó una mano en su brazo para tranquilizarlo.

—Lo sé, lo sé. No es eso lo que quiero decir. Nunca me habéis tocado de otra forma. Lo que quiero decir es que nunca me habéis exigido determinados servicios. —Berdine se mordió el labio inferior antes de continuar—. El modo en que me tocasteis me hace sentir muy avergonzada.

—¿Por qué?

—Porque arriesgasteis vuestra vida para ayudarme. Vos sois mi lord Rahl, y yo no he sido honesta con vos.

Con un gesto Richard la guió por el sendero alrededor de una columna tan ancha que ni veinte hombres podrían rodearla.

—Me confundes, Berdine.

—Bueno, lo que digo es que, si soy vuestra favorita, no pensaréis que me disgustáis, ¿verdad?

—¿Estás tratando de decirme que no te gusto?

—Oh no —replicó ella, agarrándose nuevamente de su brazo—. Yo os amo.

—Berdine, ya te he dicho que Kahlan...

—No es ese tipo de amor. Os amo porque sois mi lord Rahl. Me habéis liberado. Vos veis en mí más que a una mord-sith y demostráis que confiáis en mí. Me salvasteis la vida. Gracias a vos vuelvo a ser la que era. Os amo por ser como sois, lord Rahl.

Richard sacudió la cabeza como si tratara de aclararse las ideas.

—No entiendo qué me estás diciendo. ¿Qué relación tiene eso con que siempre digas que eres mi favorita?

—Digo eso para que sepáis que, si me lo pidierais, acudiría voluntariamente a vuestro lecho. Temía que si sabíais que no lo deseo, entonces me obligaríais, por pura maldad.

Al llegar al corredor que nacía de aquella habitación, Richard extendió la luz para examinarlo. Parecía un simple pasillo de piedra.

—No te preocupes más por eso. —Con un gesto le indicó que podía seguir—. Ya te he dicho que yo no haría tal cosa.

—Lo sé. Y después de lo que hicisteis... —Berdine se llevó una mano a su seno izquierdo— os creo. Antes no os creía. Empiezo a comprender que realmente sois diferentes en más de un aspecto.

—¿Diferente a quién?

—A Rahl el Oscuro.

—En eso tienes toda la razón. —Siguieron caminando por el largo corredor. De pronto a Richard se le encendió una lucecita—. ¿Estás tratando de decirme que estás enamorada de alguien y que solamente decías esas cosas para que no creyera que tratabas de evitarme y se me ocurriera obligarte?

La mord-sith apretó un momento la trenza y cerró los ojos antes de decir:

—Sí.

—¿De veras? Eso es maravilloso, Berdine. —El pasillo desembocaba en una amplia sala cuyas paredes se adornaban con penachos de piel y pelo entrelazados que colgaban de paneles enmarcados. Richard los examinó a distancia. Uno de los penachos era de pelaje de gar.

»¿Quién es? —le preguntó con una amplia sonrisa, al tiempo que echaban a andar. Inmediatamente hizo un gesto negativo con la mano, avergonzado, pues teniendo en cuenta el extraño estado de ánimo que mostraba Berdine, se le ocurrió que estaba siendo indiscreto—. No me lo digas si no quieres. No tienes por qué. No te sientas obligada. Es cosa tuya y de nadie más.

Berdine tragó saliva antes de responder.

—Por todo lo que habéis hecho por nosotras quiero confesar.

—¿Confesar? —replicó Richard, desconcertado—. Decirme de quién estás enamorada no es una confesión sino...

—Es Raina.

Richard se quedó sin habla. Volvió la cabeza y se fijó por dónde iban.

—Por las baldosas verdes, sólo el pie izquierdo. El pie derecho sólo en las blancas, hasta que crucemos este espacio. No te saltes ninguna verde ni blanca. Y antes de levantar el pie de la última baldosa toca el pedestal.

Con Berdine a la zaga, Richard fue pisando cuidadosamente las baldosas blancas y verdes hasta llegar al suelo de piedra del otro lado, tocó el pedestal y penetró en el alto y estrecho pasadizo de reluciente piedra plateada semejante a una hendidura en un enorme joyero.

—¿Cómo lo sabíais, me refiero a pisar una baldosa verde y otra blanca?

—¿Qué? —Era evidente que Richard no se esperaba aquella pregunta—. Pues no sé. Supongo que era una especie de escudo. —Cuando volvió la vista hacia ella vio que Berdine caminaba con los ojos clavados en el suelo—. Berdine, yo también quiero a Raina. Y a Cara, y a ti, y a Ulic y Egan. Somos como una familia. ¿Es eso a lo que te refieres? —Berdine negó con la cabeza sin atreverse a mirarlo—. Pero... Raina es una mujer.

Berdine le lanzó una fría mirada iracunda.

—Berdine —dijo Richard tras un largo silencio—, es mejor que no digas nada de esto a Raina o...

—Raina también está enamorada de mí.

Richard se puso muy rígido, sin saber qué decir.

—Pero ¿cómo es posible...?, no podéis... no entiendo cómo... ¿Berdine, por qué me dices esto?

—Porque vos siempre habéis sido sincero con nosotras. Al principio no creíamos que cumpliríais vuestra palabra. Bueno, al menos yo no lo creía. Cara siempre ha confiado en vos, pero yo no.

El rostro de la mujer adoptó la fría y distante expresión propia de una mord-sith para añadir:

—Cuando Rahl el Oscuro aún era nuestro lord Rahl lo descubrió y me obligó a compartir su lecho. Se rió de mí. A él... a él le gustaba tomarme porque lo sabía. Era su manera de humillarme. Yo creí que si vos lo sabíais me haríais lo mismo, por lo que traté de ocultarlo fingiendo que me gustabais.

Richard sacudió la cabeza.

—Berdine, yo jamás te haría algo tan horrible.

—Lo sé, ahora lo sé. Por eso quería confesároslo, porque vos siempre habéis sido sincero conmigo y yo no.

—Ahora ya no importa —la tranquilizó Richard—. Me alegro de que te sientas mejor. —Mientras doblaban un recodo y entraban en un serpenteante pasillo de paredes enlucidas, le preguntó—: ¿Es culpa de Rahl el Oscuro por haberte convertido en una mord-sith? ¿Por eso odias a los hombres?

Berdine lo miró frunciendo el entrecejo.

—Yo no odio a los hombres. Es sólo que... no sé, siempre me han atraído más las mujeres, desde muy joven. Los hombres no me interesan. ¿Me odiáis ahora?

—No, no, yo no te odio, Berdine. Sigues siendo mi protectora; eso no ha cambiado. Pero ¿por qué no intentas dejar de pensar en ella? No sé, es que no me parece que esté bien.

Berdine esbozó una nostálgica sonrisa.

—Cuando Raina me dedica una de sus sonrisas especiales, de pronto el día se ilumina, siento que eso está bien. Cuando me acaricia la cara y mi corazón late desbocado, siento que eso está bien. Sé que mi corazón está en buenas manos. Pero vos me despreciáis. —La sonrisa se marchitó.

Richard desvió la mirada y súbitamente se sintió muy avergonzado.

—Eso mismo siento yo por Kahlan. En una ocasión mi abuelo me aconsejó que la olvidara, pero fue imposible.

—¿Por qué os aconsejó eso?

Richard no podía contarle que era porque Kahlan era una Confesora y Zedd pensaba solamente en el bienestar de Richard; se suponía que nadie debía amar a una Confesora. Ojalá pudiera ser totalmente sincero con Berdine, pero no podía.

—Él creía que no me convenía —dijo al fin.

Al final del corredor Richard la ayudó a cruzar otro de los escudos que causaban hormigueo. La habitación, triangular, tenía un banco. Richard la hizo sentarse junto a él y situó la esfera luminosa entre ambos.

—Berdine, creo que comprendo lo que sientes. Yo sentí lo mismo cuando mi abuelo me dijo que me olvidara de Kahlan. Nadie tiene derecho a decirte qué debes sentir. O sientes algo o no lo sientes. Aunque no te entiendo ni lo apruebo, todas vosotras os estáis convirtiendo en amigas mías. La amistad no se pierde porque seamos distintos.

—Lord Rahl, sé que nunca podréis aceptarlo pero tenía que decíroslo. Mañana regresaré a D'Hara, y así no tendréis que soportar entre vuestros guardaespaldas a alguien a quien no aprobáis.

Richard se quedó un momento pensativo.

—¿Te gustan los guisantes hervidos?

—Sí —respondió Berdine, extrañada.

—Yo los odio. ¿Te gusto menos ahora porque odio algo que a ti te gusta? ¿Deseas por eso dejar de ser mi protectora?

Berdine hizo una mueca.

—Lord Rahl, no estamos hablando de guisantes hervidos. ¿Cómo podréis confiar en mí si no aprobáis lo que hago?

—No es que no lo apruebe, Berdine. Es sólo que no me parece bien. Pero eso no es cosa mía. Escucha, cuando era más joven tenía un amigo, Giles, que también era guardabosque y pasábamos mucho tiempo juntos, porque teníamos mucho en común.

»Pero entonces se enamoró de Lucy Fleckner. Yo detestaba a Lucy, porque se mostraba cruel con Giles. No entendía qué veía mi amigo en ella. A mí no me gustaba y no aceptaba que a Giles sí. Perdí a mi amigo porque no podía ser como yo deseaba que fuera. No lo perdí por culpa de Lucy, sino por mi culpa. Perdí todas las cosas buenas que compartíamos porque me negaba a aceptarlo como era. Siempre he lamentado lo que hice.

»Creo que esto es parecido. A medida que aprendas que eres más que una mord-sith, como yo fui aprendiendo a medida que me hice mayor, descubrirás que un amigo es alguien en quien puedes confiar,

aunque haya partes de esa persona que no te gustan. En comparación con las razones por las que alguien es tu amigo, las cosas que no entiendes no importan. No es preciso que lo entiendas, ni que hagas lo mismo que él, ni que vivas su vida por él. Si realmente alguien te importa, deseas que sea quien es, que es justo por lo que os hicisteis amigos.

»Tú me importas, Berdine, y eso es lo que cuenta.

—¿Es verdad eso?

—Sí.

La mord-sith le echó los brazos al cuello y lo abrazó.

—Gracias, lord Rahl. Después de salvarme temí que desearais no haberlo hecho. Ahora me alegro de habéroslo contado. Raina se sentirá aliviada al saber que no nos trataréis como lord Rahl.

Al ponerse de pie, una parte del muro de piedra se deslizó a un lado. Richard la cogió de la mano y la condujo fuera de aquella extraña sala, pasaron otra entrada, bajaron una escalera y entraron en una habitación fría y húmeda con un suelo de piedra que formaba una enorme chepa en el centro.

—Si ahora somos amigos, ¿puedo deciros las cosas que me disgustan de vos, lo que no apruebo? —Richard asintió—. Bueno, no me gusta la injusticia que cometisteis con Cara. Está enfadada por eso.

Richard miró hacia atrás en aquella extraña habitación que parecía absorber la luz.

—¿Cara está enfadada conmigo? ¿Qué le he hecho?

—La habéis tratado mal por mi causa. —Al ver la expresión de desconcierto de Richard, se apresuró a explicar—: Cuando yo estaba bajo ese hechizo y os amenacé con el agiel al dar por finalizada la búsqueda de Brogan, os enfadasteis con todas. Tratasteis a Cara y a Raina como si también ellas os hubieran provocado, aunque sólo fui yo.

—No sabía qué estaba pasando. Me sentía amenazado por todas las mord-sith debido a tu comportamiento. Cara debería saberlo.

—Y lo sabe pero cuando al final descubristeis qué pasaba y me liberasteis del hechizo, no os disculpasteis con Cara y Raina por haberlas tratado mal. Ellas no os amenazaron.

La oscuridad ocultó el rubor de Richard.

—Tienes razón. Me siento fatal. ¿Por qué no me dijo nada?

—Vos sois lord Rahl —respondió Berdine como si eso fuese suficiente explicación—. Si le propináis una paliza porque no os gusta cómo da los buenos días, no se quejará.

—¿Y por qué no me dijiste tú nada?

Berdine lo siguió por un peculiar corredor con suelo de adoquines de apenas medio metro de anchura y paredes lisas y redondas, semejantes a tubos, cubiertas por oro.

—Porque sois un amigo.

Al mirarla de reojo para lanzarle una sonrisa y darle las gracias vio que Berdine se disponía a rozar el oro. Rápidamente la detuvo agarrándola por la muñeca.

—Si lo tocas, estás muerta.

—¿Por qué nos decís que no sabéis nada sobre este lugar y luego camináis por él como si hubierais vivido aquí desde que nacisteis? —inquirió la mord-sith, ceñuda.

Richard parpadeó. Hasta entonces no había reparado en ello.

—Por ti.

—¡Por mí!

—Sí —respondió Richard, sin salir de su asombro—. Mientras hablo contigo mi mente consciente está distraída. Escucho con atención lo que me dices y pienso sobre ello, por lo que me dejo guiar por el don. Ni siquiera era consciente de lo que hacía. Ahora que hemos llegado hasta aquí ya conozco los peligros y el camino de vuelta. Cuando quiera podemos regresar. —Le apretó un hombro y añadió—: Gracias, Berdine.

—¿Para qué están los amigos? —repuso ella, sonriendo de oreja a oreja.

—Creo que ya hemos pasado por lo peor. Vamos por aquí.

Al final del túnel dorado se alzaba una torre redonda de al menos treinta metros de diámetro, con una escalera de caracol que ascendía por la parte interior del muro exterior. A intervalos irregulares la escalera quedaba interrumpida por pequeños descansillos en los que se abría una puerta. Unos pocos rayos de luz hendían el vasto y lúgubre espacio superior. Casi todas las ventanas eran pequeñas, aunque había una verdaderamente enorme. Richard no estaba seguro de cuánto medía la torre pero calculó que debían de ser unos sesenta metros. Abajo, el pozo circular descendía en la fría y húmeda oscuridad.

—Esto me da mala espina —dijo Berdine, asomándose por el borde de la baranda de hierro en uno de los descansillos—. Diría que ésta es la peor parte.

A Richard le pareció distinguir movimiento en las tinieblas del fondo.

—No te apartes de mí y mantén los ojos bien abiertos. —Richard hablaba con la vista clavada en el punto en el que le había parecido que algo se movía, tratando de verlo de nuevo—. Si algo me ocurre, trata de salir.

Berdine le echó una mirada de desaprobación por encima de la baranda.

—Lord Rahl, nos ha costado horas llegar hasta aquí. Hemos cruzado más escudos de los que puedo recordar. Si algo ocurre, ya puedo darme por muerta.

Richard consideró sus opciones. Tal vez sería mejor envolverse en su capa de mriswith.

—Espérame aquí. Voy a echar un vistazo.

Berdine lo agarró por la camisa y de un violento tirón lo obligó a darse la vuelta y mirarla directamente a sus encendidos ojos.

—No —dijo con furia—, no iréis solo.

—Berdine...

—Soy vuestra protectora. No iréis solo. ¿Entendido?

Berdine lo miraba con aquella penetrante mirada acerada que asustaría incluso al más pintado. Finalmente soltó un suspiro.

—De acuerdo. Pero no te apartes de mí y haz lo que te diga.

La mord-sith ladeó la cabeza.

—Yo siempre hago lo que decís.

11

Con su caballo balanceándose suavemente, Tobias Brogan contemplaba distraídamente a los cinco mensajeros del Creador, que caminaban algo adelantados y procurando mantenerse a un lado del camino. No era usual verlos. Desde que aparecieron, cuatro días antes, nunca se alejaban mucho pero raramente se dejaban ver, e incluso cuando se hacían visibles costaba distinguirlos: de día porque se confundían con la nieve, y de noche porque se confundían con la oscuridad. Era asombroso cómo eran capaces de desvanecerse ante sus mismos ojos. Ciertamente el poder del Creador era milagroso.

Pero no comprendía por qué había elegido a aquellos mensajeros. En sueños el Creador le había advertido que no cuestionara sus planes y, gracias a los espíritus, finalmente había aceptado las súplicas de perdón de Tobias por haber osado preguntar. Cualquier persona prudente temería al Creador, y desde luego Tobias Brogan era muy prudente. No obstante, no podía dejar de pensar que aquellos seres con escamas eran muy poco apropiados para ser los mensajeros de la voluntad divina.

De pronto se irguió sobre la silla de montar. Pues claro. El Creador trataba de ocultar sus intenciones a los profanos eligiendo discípulos que en nada revelaban su bondad. Los malvados esperarían sufrir el acoso de la belleza y la gloria del Creador, pero no pensarían en esconderse al ver a discípulos de esa guisa.

Brogan dejó escapar un suspiro de alivio mientras observaba a los mriswith deliberar entre ellos y con la bruja entre susurros. Por mucho que ella se hiciera llamar Hermana de la Luz, no era más que una hechicera, una *streganicha*, una bruja. Brogan podía llegar a entender que el Creador usara a mriswith como sus mensajeros, pero no que pudiera conferir a una *streganicha* tal autoridad.

Ojalá supiera de qué hablaban todo el tiempo. Desde que la *streganicha* se les unió, el día anterior, había buscado la compañía de los cinco mriswith y apenas había intercambiado dos palabras con el lord general de la Sangre de la Virtud. Los mriswith y la *streganicha* se mantenían aparte, como si fuesen dos grupos sin ningún tipo de relación entre sí que sólo por casualidad viajaban en la misma dirección.

Brogan había visto cómo un puñado de mriswith masacraba a cientos de soldados de D'Hara por lo que no se sentía muy seguro acompañado solamente por dos destacamentos de los suyos. El resto de sus fuerzas, más de cien mil soldados, esperaba a poco más de una semana de distancia de Aydindril. En la primera noche que Brogan pasó con su ejército el Creador le había ordenado en sueños que sus hombres debían quedarse atrás para participar en la conquista de Aydindril.

—Lunetta —dijo en voz baja sin quitar ojo a la Hermana, que gesticulaba con un mriswith.

Lunetta aproximó su caballo por la derecha. Siguiendo su ejemplo también procuró no alzar la voz.

—¿Sí, lord general?

—Lunetta, ¿has visto a la Hermana usar su poder?

—Sí, lord general, cuando apartó los obstáculos del camino.

—¿Pudiste evaluar su poder? —Lunetta asintió—. ¿Posee tanto poder como tú, hermana?

—No, Tobias.

—Es bueno saberlo —replicó Brogan con una sonrisa. Echó una mirada en torno para asegurarse de que no había nadie cerca y de que los mriswith seguían siendo visibles—. Me siento desconcertado por algunas de las cosas que el Creador me ha dicho estas últimas noches.

—¿Quieres contárselas a Lunetta?

—Sí, pero no ahora. Ya hablaremos de eso más tarde.

Lunetta se acariciaba despreocupadamente sus «galas».

—Tal vez cuando estemos solos. Supongo que pronto nos detendremos.

A Brogan no se le escapó la implícita oferta asociada a la recatada sonrisa de la mujer.

—Esta noche seguiremos avanzando hasta tarde. —Brogan alzó la nariz al frío aire y olisqueó—. Está tan cerca que casi puedo olerla.

Richard fue contando los descansillos a medida que descendía para no perderse. Se veía capaz de recordar el camino de salida del Alcázar, pues el paisaje interior iba variando, pero en el interior de la torre era fácil desorientarse. Olía a podredumbre, como una profunda ciénaga, seguramente porque el agua que entraba por las ventanas abiertas se acumulaba en el fondo.

A medida que se aproximaba al siguiente descansillo percibió un trémulo resplandor. A la luz que arrojaba la esfera que sostenía en una mano percibió algo a un lado. El contorno relucía a la zumbadora luz. Aunque no era una figura sólida Richard se dio cuenta de que se trataba de un mriswith envuelto en su capa.

—Bienvenido, hermano de piel —siseó.

Berdine se estremeció.

—¿Qué ha sido eso? —susurró, alarmada.

Pese a ello trató de colocarse delante de él, agiel en mano, pero Richard se lo impidió cogiéndola por la muñeca y apartándola a un lado.

—No es más que un mriswith —contestó.

—¡Un mriswith! —exclamó la mord-sith en un ronco susurro—. ¿Dónde?

—Allí mismo, en el descansillo, junto a la baranda. No temas. No te hará ningún daño.

Berdine se aferró a la capa negra de Richard después de que éste la obligara a bajar la mano con la que empuñaba el agiel. Ambos bajaron hasta el descansillo.

—¿Has venido a despertar a la sliph? —preguntó el mriswith.

Richard frunció el entrecejo.

—¿La sliph?

El mriswith se abrió la capa para señalar hacia abajo con el cuchillo de triple hoja que sujetaba en una garra. Al abrirse la oscura capa se tornó sólido y perfectamente visible con sus oscuras escamas.

—La sliph está allí abajo, hermano de piel. —El mriswith clavó en Richard sus ojos redondos como cuentas—. Por fin podemos llegar hasta ella. Muy pronto llegará el momento de que el *yabree* cante.

—*¿Yabree?*

El mriswith levantó el cuchillo de triple hoja y lo agitó ligeramente. La hendidura que tenía en lugar de boca esbozó algo semejante a una sonrisa.

—*Yabree.* Cuando el *yabree* cante, será la hora de la reina.

—¿Qué reina?

—La reina te necesita, hermano de piel. Debes ayudarla.

Richard notaba el tembloroso cuerpo de Berdine pegado al suyo. Era preferible marcharse antes de que se asustara aún más, por lo que siguió bajando escalones.

Dos descansillos más abajo Berdine se seguía aferrando a él.

—Se ha ido —le susurró la mord-sith al oído.

Richard miró hacia arriba y vio que Berdine tenía razón.

La mord-sith lo empujó hacia el vano de una puerta, le aplastó la espalda contra la plancha de madera y clavó en él sus penetrantes y en esta ocasión agitados ojos azules.

—Lord Rahl, eso era un mriswith.

Richard asintió un tanto desconcertado por los entrecortados jadeos de la mord-sith.

—Lord Rahl, los mriswith matan a la gente. Vos siempre lucháis con ellos.

—Eso no iba hacernos ningún daño, ya te lo dije. No nos atacó, ¿verdad? No había ninguna necesidad de batirme con él.

En la frente de la mujer se marcaron arrugas de preocupación.

—¿Lord Rahl, os encontráis bien?

—Perfectamente. Vamos, creo que el mriswith nos ha dado una buena pista de lo que andamos buscando.

Pero la mord-sith no le permitió moverse.

—¿Por qué os llamó «hermano de piel»?

—No lo sé. Supongo que es porque él tiene escamas y yo tengo piel. Y lo de «hermano» debió de ser porque sabía que no iba a hacerle daño. Él quería ayudar.

—¿Ayudar? —repitió Berdine con tono incrédulo.

—No trató de detenernos, ¿verdad?

Finalmente la mord-sith le soltó la camisa, pero sus ojos azules siguieron manteniéndolo cautivo bastante más tiempo.

En el fondo de la torre encontraron una pasarela con baranda de hierro que rodeaba el muro exterior. En el centro acechaban oscuras aguas salpicadas aquí y allí por rocas. Las salamandras se agarraban a la piedra por debajo de la pasarela, parcialmente sumergidas. Por las espesas y negras aguas nadaban insectos, que esquivaban las burbujas que de vez en cuando ascendían y estallaban liberando ondas.

Habían recorrido la mitad de la pasarela cuando Richard supo que había hallado lo que buscaba, algo fuera de lo corriente, ni las bibliotecas ni siquiera las extrañas salas y corredores.

Ante una puerta vio una ancha plataforma cuajada con fragmentos de piedra, esquirlas y polvo, todo ello cubierto con una capa de hollín. Grandes trozos de madera de la puerta flotaban en las negras aguas. El mismo vano de la puerta había sufrido una explosión y se había convertido en un hueco de tal vez el doble de su tamaño original. Los recortados bordes se veían ennegrecidos, y en algunos puntos la piedra se había fundido como la cera de una vela. Desde el hueco de la puerta partían retorcidas vetas por la pared en todas direcciones; era como si un relámpago hubiera caído sobre la pared y la hubiera quemado.

—Esto no es antiguo —comentó Richard, pasando un dedo por el negro hollín.

—¿Cómo lo sabéis?

—Mira. ¿Ves aquí? La roca aparece pelada, sin limo, y el moho aún no ha tenido tiempo de volver a crecer. Esto ha ocurrido recientemente, en los últimos meses.

Dentro, la habitación era redonda y de poco menos de sesenta metros de diámetro. Sobre las paredes se observaban recortadas líneas chamuscadas, como si un relámpago hubiera caído en su interior. El centro lo ocupaba un muro de piedra circular semejante a un enorme pozo que abarcaba casi la mitad de la habitación. Richard se asomó por encima del muro, que le llegaba a la cintura, sosteniendo la esfera en una mano. Las paredes eran lisas y parecían no acabarse nunca. Se veían metros y metros hasta que la luz ya no podía penetrar más. De hecho, era como un pozo sin fondo.

El techo era una bóveda casi tan alta como ancha era la habitación. No había ninguna otra ventana ni puerta. En el extremo más alejado Richard vio una mesa y algunos estantes.

Al dar la vuelta al pozo distinguió el cuerpo tendido en el suelo junto a una silla. No quedaban más que huesos cubiertos por algunos harapos. Casi toda la ropa se había podrido mucho tiempo antes, pero no así el cinturón de piel que rodeaba el esqueleto. También las sandalias se habían conservado. Al tocar los huesos, se desmenuzaron como si fuesen tierra cocida.

—Lleva mucho tiempo aquí —comentó Berdine.

—Sí, tienes razón.

—Lord Rahl, mirad.

Richard se puso en pie y miró hacia la mesa que Berdine señalaba. Vio un tintero, que quizá se hubiera secado siglos atrás, una pluma y un libro abierto. Richard se inclinó sobre él y sopló para limpiarlo de polvo y de esquirlas de piedra.

—Está escrito en d'haraniano culto —declaró, sosteniendo el libro cerca de la esfera luminosa.

—Dejadme ver. —La mord-sith estudió los extraños caracteres—. Sí, es d'haraniano culto.

—¿Qué pone?

Berdine alzó cuidadosamente el libro con ambas manos.

—Es muy antiguo. Es un dialecto más antiguo que cualquiera que haya visto. Rahl el Oscuro me mostró un dialecto que, según él, tenía más de dos mil años. Pero éste es más antiguo aún —declaró, alzando la vista.

—¿Puedes leerlo?

—Podía entender un poco del libro que encontramos al entrar en el Alcázar. —Dicho esto estudió la última página escrita—. Pero éste apenas puedo leerlo —confesó, pasando las páginas hacia atrás.

Richard hizo un gesto impaciente.

—¿Pero entiendes algo?

Berdine dejó de hojear el libro y escrutó lo escrito.

—Creo que dice algo sobre que al fin ha tenido éxito, pero ese éxito significa que quien lo escribe morirá aquí. ¿Veis? —preguntó señalando una palabra—. *Drauka*. Es la palabra que significa «muerte», creo. —Berdine examinó la cubierta de piel negra, luego volvió a abrirlo y pasó páginas. Al fin alzó su azul mirada.

»Diría que es un diario. Es el diario del hombre que murió aquí.

Richard notó que se le ponía carne de gallina en los brazos.

—Berdine, esto es lo que buscaba. No es un libro normal y corriente como los otros que hemos visto en la biblioteca. ¿Puedes traducirlo?

—No sé, quizás un poco —admitió Berdine, decepcionada—. Lo siento, lord Rahl. No conozco los dialectos más antiguos. Es el mismo problema que tendría con el primer libro que encontramos. No conozco suficientes palabras para llenar correctamente los espacios en blanco. No sería más que una suposición.

Richard se mordió el labio inferior, pensativo. Bajó la vista hacia los huesos y se preguntó qué estaba haciendo el mago en aquella habitación, qué la mantenía sellada y, sobre todo, qué habría roto el sello.

—¡Berdine! El libro de arriba... yo conozco ese libro. Conozco la historia. Si te ayudo diciéndote lo que recuerdo que pone, ¿te serviría para descifrar las palabras y luego usar esas palabras para traducir el diario?

Tras una breve reflexión el rostro de la mord-sith se iluminó.

—Si trabajamos juntos, quizá lo consiga. Si me decís qué pone en una frase, podría deducir el significado de las palabras que no reconozco. Creo que podemos intentarlo.

Richard cerró cuidadosamente el diario.

—Guarda esto con tu vida. Yo llevaré la luz. Vamos, salgamos de aquí. Ya tenemos lo que vinimos a buscar.

Cuando Richard y Berdine cruzaron el último de los escudos, Cara y Raina a punto estuvieron de echarse a llorar por el alivio. Richard se fijó en que incluso Egan y Ulic cerraban los ojos con un suspiro, y supuso que dirigían una silenciosa plegaria de agradecimiento a los buenos espíritus.

—Hay mriswith en el Alcázar —informó Berdine a sus compañeras, que la acosaban con preguntas.

Cara ahogó una exclamación.

—¿A cuántos tuvisteis que matar, lord Rahl?

—A ninguno. No nos atacaron. El peligro no han sido los mriswith, sino otros. —Con un ademán desestimó sus apremiantes preguntas—. Ya hablaremos de eso más tarde. Con la ayuda de Berdine he encontrado lo que buscaba —anunció, dando golpecitos al diario que Berdine llevaba en las manos—. Tenemos que volver y empezar a traducirlo. —Al pasar junto a la mesa cogió el libro escrito en d'haraniano y se lo dio a Berdine.

Ya se dirigía a la salida cuando se detuvo y se volvió hacia Cara y Raina.

—Esto... cuando estaba allí abajo, pensando que si me equivocaba no saldría con vida, me inquietaba pensar que moriría sin deciros algo a las dos.

Richard se metió las manos en los bolsillos y se aproximó a ellas.

—Cuando estaba allí abajo me di cuenta de que no os he pedido perdón por cómo os he tratado a las dos.

—Vos no sabíais que Berdine estaba hechizada, lord Rahl —dijo Cara—. No os culpamos por querer mantenernos a distancia.

—Cierto, entonces no sabía que Berdine estaba hechizada pero ahora sí lo sé, y quiero que sepáis que me equivoqué al desconfiar de vosotras. Nunca me disteis motivo. Lo siento. Os pido perdón.

Cara y Raina sonrieron cálidamente. Richard pensó que jamás habían tenido menos aspecto de mord-sith que en ese momento.

—Os perdonamos, lord Rahl —dijo al fin Cara, y Raina asintió—. Gracias.

—¿Qué ha pasado allí abajo, lord Rahl? —inquirió Raina.

—Hemos tenido una charla sobre la amistad —contestó Berdine.

Al final del camino que conducía hacia el Alcázar, donde nacía la ciudad de Aydindril y partían otras carreteras, se había montado un pequeño mercado mucho más modesto que el de la calle Stentor, pero que proporcionaba diversas mercancías a los recién llegados.

Richard pasaba junto al mercado, rodeado por sus cinco guardaespaldas y seguido por las tropas, cuando algo le llamó la atención a la tenue luz del atardecer y se detuvo ante una desvencijada mesa.

—¿Queréis una de vuestras tortas de miel, lord Rahl? —preguntó una voz infantil que le resultaba familiar.

Richard sonrió a la niña.

—¿Cuántas me debes todavía?

—¿Cuántas son abuela? —preguntó la niña, volviéndose.

La anciana se levantó, envuelta en su harapienta manta. Sus desvaídos ojos azules estaban fijos en Richard.

—Vaya, vaya —dijo esbozando una sonrisa que dejó al descubierto los huecos donde le faltaban dientes—. Lord Rahl tiene derecho a todas las que quiera, querida. —Dirigió una inclinación de cabeza a Richard antes de añadir—: Me alegra comprobar que seguís bien, lord Rahl.

—Yo también... —Hizo una pausa, esperando que la anciana le dijera su nombre.

—Valdora. Y ésta es Holly —dijo, acariciando con una mano el cabello castaño claro de la niña.

—Encantado de volveros a ver, Valdora y Holly. ¿Por qué estáis aquí y no en la calle Stentor?

Valdora se encogió de hombros debajo de la manta.

—Ahora que gracias a lord Rahl la ciudad es más segura, cada vez llega más gente, y es posible que vuelva a haber actividad en el Alcázar del Hechicero. Esperamos atraer a algunos de los recién llegados.

—Bueno, yo que vosotras no confiaría en que el Alcázar vuelva pronto a ser lo que era; pero, desde luego, estáis en una situación inmejorable para atraer a los visitantes recién llegados a Aydindril. ¿Cuántas tortas me quedan? —preguntó, examinando las tortas que se exhibían encima de la mesa.

Valdora soltó una risita.

—Tendré que hornearlas día y noche para daros todas las que os debo, lord Rahl.

Richard le guiñó un ojo y propuso:

—¿Sabes qué? Da una a estos cinco amigos, otra a mí y estaremos en paz.

La mirada de Valdora se posó alternativamente en los cinco guardaespaldas, tras lo cual humilló de nuevo la cabeza.

—Trato hecho, lord Rahl. Me habéis dado más satisfacción de la que os podéis imaginar.

12

Mientras avanzaba presurosa hacia la verja de acceso al complejo de la Prelada, Verna reparó en Kevin Andellmere, que montaba guardia en la oscuridad. Estaba impaciente por llegar al santuario y decir a Ann que por fin había dado con la respuesta y sabía casi con absoluta certeza qué Hermanas eran leales a la Luz, pero no había visto a Kevin en muchas semanas. Pese a su prisa y su impaciencia se detuvo.

—¿Kevin, eres tú?

El joven soldado la saludó con una inclinación de cabeza.

—Sí, Prelada.

—No te había visto en mucho tiempo, ¿verdad?

—Cierto, Prelada. Bollesdun, Walsh y yo recibimos órdenes de presentarnos ante el comandante.

—¿Por qué?

Kevin rebulló, inquieto.

—No estoy seguro. Mi comandante sentía curiosidad por el conjuro que rodea el palacio, creo. Hace casi quince años que lo conozco y ha envejecido. Quería comprobar con sus propios ojos si es verdad que nosotros no habíamos envejecido. Dijo que Bollesdun, Walsh y yo teníamos el mismo aspecto que la primera vez que nos vio, y de eso hace ya quince años. Añadió que cuando se lo contaron no se lo podía creer, pero que después de vernos, lo creía. Llamó a sus oficiales, que nos conocían, para que lo vieran.

Verna sintió que la frente se le perlaba de sudor y se quedó helada al comprender, de repente, qué buscaba el emperador en el Palacio de los Profetas. Tenía que decírselo a la Prelada. No había tiempo que perder.

—¿Kevin, eres leal a la Orden Imperial?

Kevin deslizó una mano por la pica en dirección ascendente. Su voz vaciló.

—Sí, Prelada. Cuando la Orden conquistó mi país natal no tuve elección; me convirtieron en un soldado de la Orden. Durante un tiempo luché en el norte, cerca de la Tierra Salvaje. Luego, cuando la Orden conquistó nuestro reino, me dijeron que era un soldado de la Orden y me asignaron al palacio.

»Sería imposible trabajar en un lugar mejor que éste. Me alegro de ser guardián de vuestro complejo, Prelada. También Bollesdun y Walsh se alegran de haber vuelto.

»Mis oficiales siempre me han tratado decentemente, al menos, recibo siempre mi paga. No es mucho pero nunca falla, mientras que veo a un montón de gente que no tiene trabajo y apenas tiene para comer.

—¿Kevin, qué opinas de Richard?

—¿Richard? —El joven soldado sonrió—. Me gusta Richard. Solía comprarme bombones de los caros para que se los regalara a mi novia.

—¿Eso es todo lo que significa para ti? ¿Bombones?

Kevin se rascó una ceja.

—No... no quería decir eso. Richard era... era un buen hombre.

—¿Sabes por qué te compraba esos bombones?

—Porque era amable. Se preocupaba por la gente.

Verna asintió.

—Sí, es cierto. Él esperaba que si te regalaba los bombones, cuando llegara el momento de escapar tú lo considerarías un amigo y no tratarías de detenerlo, porque en ese caso no tendría más remedio que matarte. Richard no quería que lo vieras como un enemigo y trataras de matarlo.

—¿Matar a Richard? Prelada, yo nunca hubiera...

—Si no hubiese sido amable contigo, es posible que tú hubieras sido ante todo leal a palacio y hubieras tratado de detenerlo.

Kevin clavó la mirada en el suelo.

—He visto cómo maneja la espada. Supongo que me regaló más que unos simples bombones.

—Eso es. Kevin, si llega el momento de elegir entre Richard o la Orden Imperial, ¿a quién elegirías?

—Prelada, soy un soldado —respondió Kevin, angustiado y lanzó un gruñido—. Pero Richard es amigo mío. Supongo que, llegado el momento, me costaría mucho levantar un arma contra un amigo. A mí y a cualquiera de la guardia de palacio. A todos les gusta Richard.

Verna le apretó un brazo.

—Sé leal a tus amigos, Kevin, y no te pasará nada. Sé leal a Richard y eso será tu salvación.

Kevin asintió.

—Gracias, Prelada. Pero creo que no me veré obligado a hacer esa elección.

—Kevin, escúchame. El emperador es un hombre malvado. —Kevin no dijo nada—. No lo olvides. Y no digas a nadie lo que acabo de decirte, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Prelada.

Cuando Verna entró en la oficina de sus administradoras Phoebe a punto estuvo de saltar de su silla.

—Buenas noches, Prelada —la saludó.

—Debo rezar para que el Creador me guíe, Phoebe. No quiero que nadie me moleste.

De pronto algo que le había dicho Kevin se le antojó muy extraño. Era ilógico.

—Se ha asignado a los guardias Bollesdun y Walsh al complejo de la Prelada pese a que ahora no tenemos profeta. Averigua por qué y quién lo ha ordenado. Espero el informe a primera hora de mañana. No lo olvides. —Verna agitó un admonitorio dedo.

—Verna... —Phoebe se desplomó en la silla y clavó los ojos en la mesa. La hermana Dulcinia, blanca como el papel, desvió la mirada y se fingió profundamente interesada en los informes—. Verna, han venido a verte unas Hermanas. Te esperan dentro.

—¡No he dado permiso a nadie para que esperara en mi despacho!

—Lo sé, Prelada, pero... —Phoebe no osaba alzar la vista.

—Ya me ocupo yo. Gracias, Phoebe.

Verna irrumpió en su despacho hecha una furia. Nadie podía entrar allí si no era con su autorización expresa. No podía perder el tiempo en tonterías. Se le había ocurrido cómo desenmascarar a las Hermanas de las Tinieblas y también había descubierto por qué el emperador Jagang visitaba Tanimura y el Palacio de los Profetas. Tenía que enviar un mensaje a Ann. La Prelada sabría qué hacer.

En el despacho, a oscuras, la aguardaban cuatro figuras femeninas.

—¿Qué significa esto? —preguntó muy enfadada.

La hermana Leoma penetró en la zona iluminada por la luz de una vela.

Y entonces, en un cegador destello de dolor, la oscuridad se abatió sobre Verna.

—Haz lo que te digo, Nathan.

El Profeta se inclinó hacia ella —tuvo que agacharse bastante teniendo en cuenta la diferencia de estatura—, y replicó entre dientes:

—¡Al menos podrías permitirme usar el han! ¿Cómo voy a protegerte?

Ann observó la columna de quinientos hombres que seguían a lord Rahl por la oscura calle.

—No quiero que me protejas. No podemos correr ese riesgo. Ya sabes qué hacer. No debes interferir hasta que él me haya rescatado, o no tendremos ninguna oportunidad de capturar a alguien tan peligroso.

—¿Y si no te «rescata»?

Ann prefería no pensar en esa posibilidad, ni tampoco en lo que ocurriría incluso si los acontecimientos seguían la bifurcación correcta.

—¿Debo darte a ti, un profeta, lecciones de profecía? Debes dejar que ocurra. Después te liberaré. Vamos, ahora conduce a los caballos a una cuadra para pasar la noche y asegúrate de que los alimentan.

Nathan le arrebató bruscamente las riendas.

—Como quieras, mujer —dijo, y le dio la espalda—. Si algún día me quito este maldito collar, tú y yo tendremos una larga charla. Claro que más bien será un monólogo, porque tú estarás atada y amordazada.

Ann se rió entre dientes.

—Nathan, sé que eres un buen hombre. Confío en ti. Y tú debes confiar en mí.

—Si logras que te maten... —la advirtió el Profeta.

—Lo sé, Nathan.

—Y luego dicen que soy yo el que está loco —rezongó el hombre—. Al menos come algo. No has comido nada en todo el día. Mira, ahí mismo hay un mercado. Prométeme que te comprarás algo para comer.

—No puedo...

—¡Prométemelo!

Ann suspiró.

—De acuerdo, Nathan. Si eso te hace feliz, comeré algo. Pero te advierto que no tengo mucha hambre. —Como Nathan alzaba de nuevo un dedo admonitorio se apresuró a añadir—: He dicho que lo prometo. Ahora vete.

Cuando finalmente Nathan hubo desaparecido junto con los caballos, hecho un basilisco, Ann emprendió camino hacia el Alcázar. El temor a lanzarse de cabeza a la profecía con los ojos cerrados le encogía el estómago. No le gustaba ni pizca la idea del volver al Alcázar pero aún le gustaba menos lo que la profecía auguraba. No obstante, tenía que hacerlo. No había otro modo.

—¿Una torta de miel, señora? Sólo cuestan un penique y están deliciosas.

Ann bajó la vista y vio a una niña de pie detrás de una desvencijada mesa, vestida con un abrigo demasiado grande para ella. Bueno, había prometido a Nathan que tomaría un bocado. Una torta de miel serviría.

—¿Estás sola aquí, de noche? —preguntó a la niña, sonriéndole amablemente.

—No, señora, mi abuela está conmigo.

La niña señaló a una mujer achaparrada que dormía hecha un ovillo, cubierta con una harapienta manta. Ann rebuscó en el bolsillo y se sacó una moneda.

—Toma, bonita, una moneda de plata. Pareces necesitarla más que yo.

—Oh, muchísimas gracias, señora. Por favor, tomad ésta. —La niña sacó una torta de debajo de la mesa—. Es una de las especiales, con mucha más miel. Las guardo para los clientes que son más amables.

Ann cogió la torta sin dejar de sonreír.

—Gracias, querida.

Mientras Ann iniciaba el ascenso hacia el Alcázar, la niña empezó a recoger el puesto.

Ann saboreó el dulce de miel mientras contemplaba a la gente que pululaba por aquel pequeño mercado, preguntándose quién sería de ellos. No vio a nadie que le pareciera peligroso aunque sabía que alguien lo era. Nuevamente centró su atención en el camino. Lo que tuviera que pasar, pasaría. Se preguntó si se sentiría más tranquila de saber cómo sucedería. Probablemente no.

En la oscuridad nadie la vio tomar el camino que conducía al Alcázar. Por fin estaba sola. Aunque deseaba que Nathan estuviera con ella, también era agradable estar de nuevo sola, por fin. En soledad podría pensar sobre su vida y en los cambios que iban a producirse después de tantos años.

De algún modo, lo que estaba haciendo equivalía a condenar a muerte a sus seres queridos. Pero no tenía elección.

Al acabar la torta se lamió los dedos. Pese a sus esperanzas, no le había caído bien en el estómago. Para cuando cruzaba el rastrillo de hierro, sentía unas fuertes punzadas en el estómago. ¿Qué le pasaba? No era la primera vez que se enfrentaba a peligros. Tal vez, a medida que envejecía, apreciaba más la vida y se aferraba a ella con más tenacidad por miedo a que se le escapara.

Una vez dentro del Alcázar, mientras encendía una vela, supo con certeza que algo malo ocurría. Se sentía arder. Los ojos le quemaban y las articulaciones le dolían. ¿Estaba enferma? Rezó al Creador para que no fuese así. En esos momentos necesitaba todas sus fuerzas.

Al notar una terrible punzada por debajo del esternón, se abrazó la cintura con un brazo y se dejó caer sobre una silla. La habitación daba vueltas. ¿Qué...?

La torta de miel.

No se le había ocurrido que llegaría de ese modo. Se había preguntado cómo la podrían dejar fuera de combate, pues después de todo poseía un han muy poderoso, acaso más poderoso que el de ninguna otra hechicera. ¿Cómo había sido tan estúpida? El dolor era tan intenso que se dobló sobre sí misma en la silla.

Entre brumas vio dos figuras que entraban en la habitación, una baja y la otra más alta. ¿Dos? No esperaba dos. Querido Creador, dos podían arruinarlo todo.

—Bueno, bueno, bueno. Mira a quién tenemos aquí.

Haciendo un esfuerzo Ann alzó la cabeza.

—¿Quién... eres...?

Las dos figuras se acercaron a ella.

—¿No me recuerdas? —La anciana envuelta en una manta lanzó una risa socarrona—. ¿Tan vieja y estropeada estoy que no me reconoces? Bueno, no te culpo por ello. En cambio tú no pareces haber envejecido ni un solo día. Si no fuese por ti, querida Prelada, también habría conservado mi juventud. Entonces sí me reconocerías.

Ann ahogó un grito cuando notó otra lacerante punzada de dolor.

—¿No te ha sentado bien la torta de miel?

—¿Quién...?

La anciana apoyó las manos en sus rodillas y se inclinó hacia ella.

—Vamos, Prelada, trata de recordar. Juré que pagarías por lo que me hiciste. No me digas que ni siquiera recuerdas la crueldad que cometiste conmigo. ¿Tan poco significó para ti?

Ann abrió mucho los ojos. Nunca la habría reconocido después de tantos años, pero la voz, aquella voz, seguía siendo la misma.

—Valdora.

La vieja se rió de nuevo.

—Bueno, querida Prelada, qué honor que reconozcas a alguien tan humilde como yo. —Hizo una reverencia exagerada y añadió—: Espero que también recuerdes mi juramento. Lo recuerdas, ¿verdad? Juré que te mataría.

Ann sintió que su cuerpo golpeaba el suelo mientras se retorcía agónicamente.

—Creí que... después... reflexionarías sobre... tus acciones... y verías que habías hecho mal. Pero ahora veo que... no me equivoqué al... expulsarte de palacio. No... no mereces ser una Hermana.

—Oh, no te preocupes por mí, Prelada. He construido mi propio palacio, y mi nieta es mi estudiante, mi novicia. Soy mejor maestra que cualquiera de tus Hermanas. Se lo enseño todo.

—¿A envenenar... a la gente?

Valdora se echó a reír.

—Oh, el veneno no te matará, sólo te mantendrá fuera de combate hasta que te atrape con mi hechizo. No morirás tan rápidamente. —La anciana se inclinó sobre ella y le espetó con malevolencia—: Tardarás mucho en morir, Prelada, quizá toda la noche. Una persona puede experimentar mil muertes en una única noche.

—¿Cómo has... sabido que... vendría?

Valdora se irguió.

—No lo sabía. Cuando vi a lord Rahl y me dio una de las monedas de palacio pensé que podría llevarme a una Hermana. Pero ni en sueños se me ocurrió pensar que podría ser la Prelada. Es un milagro. Me ha servido en bandeja a la mismísima Prelada. Nunca lo hubiera esperado. Me hubiera contentado con despellejar a una de tus Hermanas o incluso a tu estudiante, lord Rahl, para herirte. Pero ahora podré ver satisfechos mis más oscuros deseos.

Ann trató de apelar a su han. Pero a través de la capa de dolor se dio cuenta de que la torta de miel que había comido debía de contener más que simple veneno. Estaba hechizada.

Querido Creador, las cosas no iban bien.

La habitación se estaba oscureciendo. Sintió una sacudida en el cuero cabelludo y la piedra que le laceraba la espalda. Entonces vio la hermosa y sonriente cara de la niña que caminaba a su lado.

—Te perdono, pequeña —murmuró.

Luego se sumió en la oscuridad.

13

Kahlan corría agarrando con fuerza a Adie de una mano y la espada en la otra. En la oscuridad ambas tropezaron con el cuerpo de Orsk y cayeron al suelo de bruces. Kahlan apartó enseguida una mano de la cálida masa de entrañas del hombre desparramadas sobre la nieve.

—¿Cómo... cómo es posible que esté aquí? —se exclamó.

—Es imposible —replicó Adie, que jadeaba tratando de recuperar el aliento.

—La luna ilumina lo suficiente. Sé que no vamos en círculos. —En un raudo gesto se limpió con nieve la mano que había tocado las entrañas. A duras penas se puso en pie, arrastrando a Adie. La nieve estaba sembrada de cuerpos ataviados con capas rojas. Solamente había habido una lucha. No podía haber más cuerpos. Y, además, Orsk...

La mirada de Kahlan recorrió la línea de árboles en busca de los hombres montados.

—¿Adie, recuerdas la visión que tuvo Jebra? Me vio correr en círculos.

Adie se limpió el rostro de nieve.

—Pero ¿cómo?

Kahlan sabía que Adie había llegado al límite de sus fuerzas. Había usado su poder para luchar y estaba muerta de cansancio. La fuerza de su magia desatada había sembrado el terror entre sus atacantes, pero eran demasiados. Orsk mató a veinte o treinta él solo, pero luego Kahlan había visto cómo él mismo moría y ésa era la tercera vez que se topaban con su cadáver. Casi lo habían partido por la mitad.

—¿Por dónde crees que podemos escapar? —preguntó Kahlan a la hechicera.

—Ellos están ahí —respondió Adie señalando hacia atrás—, por tanto, debemos ir por allá.

—Eso creo yo también. Hemos estado haciendo lo que nos parecía mejor y no funciona. Tenemos que intentar otra cosa. Vamos. —Kahlan la empujó en dirección contraria—. Ahora haremos lo que nos parece mal.

—Podría tratarse de un conjuro —sugirió Adie—. Si lo es, tienes razón. Pero estoy demasiado cansada para percibir si lo es.

Se internaron entre las zarzas y, medio corriendo medio deslizándose sobre la nieve, descendieron una abrupta pendiente. Antes de saltar por el borde, Kahlan vio a los jinetes surgir de entre los árboles, donde se escondían. En el fondo la nieve se había amontonado formando taludes. Las dos mujeres se abrían paso trabajosamente hacia los árboles, pero era como tratar de correr en un cenagal.

Un hombre surgió repentinamente de la oscuridad y se lanzó por la pendiente tras ellas. Kahlan no esperó a que Adie usara su magia. Si fallaba, no tendrían tiempo para intentar nada más. Así pues, giró sobre sí misma describiendo un círculo con la espada. El hombre ataviado con capa carmesí alzó su propia espada en actitud de defensa y se lanzó contra ella. Llevaba un peto acorazado. Cualquier golpe contra la armadura sería inútil. Instintivamente el hombre se protegía el rostro, lo cual era un error fatal si se batía contra alguien como ella, entrenada por su padre, el rey Wyborn. Los hombres con armadura pecaban de exceso de confianza en la lucha.

Kahlan tiró una estocada baja. El acero se detuvo con una sacudida al entrar en contacto con el fémur de su rival. El hombre, con el músculo del muslo desgarrado, se desplomó sobre la pisoteada nieve lanzando un grito de impotencia.

Pero otro hombre se abalanzaba ya sobre Kahlan. La capa roja se desplegó como una vela en el aire de la noche. Kahlan llevó la espada hacia arriba y propinó un tajo al hombre en la cara interna del muslo, que le cortó la arteria. En el mismo momento que el hombre caía, rebasándola, Kahlan le cortó el tendón de la corva.

El primer jinete caído gritaba aterrorizado, mientras que el segundo vociferaba maldiciones y dirigía a Kahlan los peores insultos que ésta hubiera oído, arrastrándose sobre la nieve y blandiendo la espada, provocándola para enzarzarse en una lucha.

Kahlan recordó el consejo que le diera su padre: «Las palabras no pueden matarte, pero una espada sí. Lucha sólo contra el acero».

Así pues, no perdió tiempo en rematarlos; seguramente se desangrarían en la nieve y, de todos modos, estaban demasiado malheridos para seguirlas. Kahlan y Adie se cogieron del brazo y corrieron hacia los árboles.

Jadeando en la oscuridad fueron avanzando entre los pinos cubiertos por una capa de nieve. Kahlan se dio cuenta de que Adie temblaba, pues había perdido el ropón al principio de la batalla. La Madre Confesora se quitó su manto de piel de lobo y cubrió con él a Adie.

—No, hija, no —protestó la hechicera.

—Póntelo tú —ordenó Kahlan—. De todas maneras yo estoy sudando y me estorba para mover la espada. —De hecho, la espada le pesaba tanto que apenas podía alzarla y mucho menos blandirla. Era el terror el que le daba fuerzas y, por el momento, bastaba.

Kahlan ya no sabía en qué dirección corrían; simplemente huían para salvar la vida. Cuando quería ir a la derecha, iba a la izquierda. La arboleda era tan densa que les impedía ver las estrellas ni la luna.

No podía dejarse capturar. Richard corría peligro. Richard la necesitaba. Tenía que llegar hasta él. Kahlan calculó que Zedd ya habría llegado a Aydindril, pero también era posible que algo hubiera salido mal. Así pues, ella tenía que llegar como fuera a Aydindril.

Tras apartar la rama de un pino se abrió paso entre la maleza hasta un pequeño saliente en el que el viento se había encargado de despejar la nieve. Sobresaltada, se detuvo. Ante ella vio a dos caballos.

Tobias Brogan, el lord general de la Sangre de la Virtud, la miraba sonriendo. El otro caballo lo montaba una mujer cubierta con harapos multicolores.

—Vaya, vaya, vaya. Pero ¿a quién tenemos aquí? —dijo Brogan, atusándose el bigote.

—Somos dos viajeras —respondió Kahlan con voz tan gélida como el aire invernal—. ¿Desde cuándo la Sangre se dedica a robar y asesinar a viajeros indefensos?

—¿Viajeros indefensos? Lo dudo. Entre las dos debéis de haber matado a más de un centenar de mis hombres.

—Simplemente defendíamos nuestras vidas. La Sangre de la Virtud ataca a cualquiera que sea más débil que ella, aunque no lo conozca.

—Oh, pero yo te conozco, Kahlan Amnell, reina de Galea. Te conozco mejor de lo que piensas. Sé quién eres.

Kahlan agarró con más fuerza la empuñadura de la espada.

Brogan aproximó su enorme rucio pinto y sus labios dibujaron una truculenta sonrisa. Entonces apoyó una mano en el pomo de la silla y se inclinó hacia adelante. Sus ojos oscuros de malevolente mirada no se apartaban de Kahlan.

—Tú eres Kahlan Amnell, la Madre Confesora. Te veo como quién eres. La Madre Confesora.

Kahlan sintió cómo todos los músculos del cuerpo se tensaban, y el aire quedó prisionero en los pulmones. ¿Cómo podía saberlo? ¿Le había ocurrido algo a Zedd? Queridos espíritus, si algo le sucedía a Zedd...

Con un grito de furia describió un amplio arco con la espada. Al mismo tiempo la mujer vestida con harapos extendió una mano. Adie, gruñendo por el esfuerzo, conjuró un escudo. El estallido de aire que le había lanzado la mujer a caballo pasó rozando el rostro de Kahlan y le alborotó el pelo. El escudo de Adie la había salvado.

A la luz de la luna el acero de Kahlan lanzaba destellos. Un crujido resonó en el aire de la noche cuando la espada hendió la pata del caballo que montaba Brogan.

El animal gritó y se desplomó al suelo con un ruido sordo, arrojando a Brogan hacia los árboles. Simultáneamente una llamarada conjurada por Adie envolvió la cabeza del otro caballo. El aterrorizado animal se encabritó y desmontó a la mujer, que para entonces Kahlan sabía ya que era una bruja.

Kahlan agarró a Adie de la mano y tiró de ella. Ambas se internaron a toda prisa en la maleza. A su alrededor resonaba el ruido de hombres y caballos que las buscaban en la espesura. Kahlan simplemente corría, sin preguntarse ya adónde iban.

Sólo le quedaba un as en la manga: estaba reservando su poder como último recurso. Solamente podría utilizarlo una vez, y luego tendría que esperar varias horas para recuperarse. La mayoría de las Confesoras necesitaban un día o dos para regenerar su magia. El hecho de que Kahlan fuera capaz de recuperar su poder en sólo dos o tres horas la convertía en una de las más poderosas Confesoras de todos los tiempos. Pero en la situación en la que se encontraban ese poder no parecía mucho. Sólo era una oportunidad.

—Adie. —Kahlan jadeaba—. Si nos alcanzan, trata de frenar a una de las mujeres, si puedes.

Adie no necesitaba más explicaciones. Lo entendió. Las dos mujeres que las perseguían eran brujas. Si Kahlan tenía que usar su poder, ése sería el mejor modo de hacerlo.

Kahlan se agachó para evitar un rayo de luz. Junto a ellas un árbol se desplomó con un ensordecedor estrépito. Cuando las tumultuosas nubes de nieve desaparecieron, la otra mujer, la que iba a pie, avanzó hacia ellas.

Iba acompañada de un ser oscuro y con escamas medio humano medio lagarto. A Kahlan se le escapó un grito y notó un escalofrío que le recorría hasta la última fibra de su cuerpo.

—Ya basta de tonterías —dijo la mujer, avanzando hacia ellas, flanqueada por el escamoso ser.

Un mriswith. Tenía que ser un mriswith. Richard se los había descrito. Ese ser de pesadilla sólo podía ser un mriswith.

Adie se lanzó velozmente hacia adelante en tanto que lanzaba una chispeante ráfaga de luz contra la mujer. La mujer sacudió una mano con aire indiferente, las chispas cayeron sobre la nieve sin causarle ningún daño, y Adie se desplomó.

Acto seguido la mujer se inclinó, cogió la muñeca de Adie y la lanzó por los aires como quien arroja a un lado un pollo que tiene intención de desplumar más tarde. Kahlan eligió ese momento para entrar en acción y se lanzó al ataque con la espada.

El monstruo, el mriswith, pasó ante ella como una ráfaga de viento. Kahlan distinguió su capa negra que se abría al girar sobre sí mismo y pasar junto a ella, y oyó un ruido metálico.

De pronto se dio cuenta que estaba de rodillas. Sostenía la espada rota, que le transmitía una sensación de cosquilleo y pinchazos. ¿Cómo podía el mriswith moverse tan rápido? Al alzar la vista, la mujer estaba más cerca. Alzó una mano y el aire titiló. Kahlan sintió un golpe en la cara.

La sangre le caía en los ojos. Kahlan parpadeó y vio que la mujer alzaba de nuevo la mano y curvaba los dedos.

De repente la mujer separó mucho los brazos cuando algo la golpeó por detrás. Haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, Adie le había lanzado una invisible andanada mágica, dura como un martillo, que lanzó a la mujer de bruces sobre la nieve. Rápidamente Kahlan le cogió una mano y, pese a los esfuerzos de la mujer por desasirse, no se la soltó.

Demasiado tarde. En la mente de Kahlan todo quedó quieto. La bruja pareció quedarse suspendida en el aire, con Kahlan agarrándole una muñeca. El tiempo jugaba a favor de Kahlan, que tenía todo el tiempo del mundo.

La bruja empezó a ahogar una exclamación, empezó a alzar la vista y a encogerse. Desde el centro de calma de su poder y su magia Kahlan tenía el control. La bruja no tenía ninguna oportunidad.

Kahlan la observó mientras sentía cómo su magia de Confesora desgarraba todas las fibras de su ser, gritando para ser liberada.

Desde ese lugar de su mente en el que el tiempo no existía, Kahlan liberó su poder.

Un silencioso rayo estalló en la noche.

Mientras la sacudida se propagaba por el aire incluso las estrellas parecieron tambalearse, como si un puño celestial hubiera tocado la enorme y silenciosa campana del cielo nocturno.

Los árboles se estremecieron y se formó una nube de nieve con una onda expansiva hacia fuera.

El impacto derribó al mriswith.

La mujer alzó la vista, con los ojos muy abiertos y los músculos flácidos.

—¿Qué ordenáis, ama? —susurró.

Los hombres de la Sangre se aproximaban con estrépito, y el mriswith se ponía en pie tambaleante.

—¡Protégeme!

La bruja se levantó de un salto y giró sobre sí misma con una mano extendida. La noche se inflamó.

Los árboles caían derribados por rayos; los troncos estallaban cuando la quebrada línea de luz los atravesaba. En el aire giraban fragmentos de madera que dejaban una estela de humo. Los hombres estaban tan impotentes ante aquella violencia como los mismos árboles. Si lograban emitir un grito, éste quedaba ahogado en el pandemónium.

El mriswith saltó sobre ella. El aire se llenó de escamas, como las plumas de un pájaro abatido por un tiro de honda.

En la noche rugía el fuego, y el aire estaba cuajado de llamas, carne y hueso.

Kahlan se limpió la sangre de los ojos para tratar de ver, mientras reculaba a toda prisa sobre la nieve. Tenía que irse de allí. Tenía que encontrar a Adie.

Chocó con algo que creyó un árbol. Pero un puño la agarró por el pelo. Inmediatamente trató de usar su poder pero se había agotado.

Escupió sangre. Los oídos le zumbaban y sentía dolor. Era incapaz de levantarse. Era como si le hubiera caído un árbol encima de la cabeza. Oyó una voz encima de ella.

—Lunetta, acaba con esto.

Kahlan volvió la cabeza y vio cómo la bruja tocada por su poder parecía crecer y finalmente se hacía pedazos; los brazos salieron despedidos en direcciones contrarias. Eso fue todo lo que Kahlan pudo ver cuando una nube roja tiñó el aire en el espacio que antes ocupaba la mujer.

Entonces se dejó caer sobre la entumecedora nieve. No. No podía darse por vencida. Se retorció para apoyarse sobre las rodillas y empuñó su cuchillo. Brogan le propinó un tremendo puntapié en el abdomen.

Con la vista fija en las estrellas Kahlan trató de respirar. No podía. Un pánico frío se apoderó de ella mientras intentaba tomar aire y no lo conseguía. Pese a que los músculos del abdomen se contraían espasmódicamente no podía respirar.

Brogan se arrodilló junto a ella y la alzó agarrándola por la blusa. Finalmente Kahlan pudo respirar aunque convulsivamente, tosiendo, y recuperó la respiración con jadeos convulsivos, acompañados por accesos de tos y sensación de ahogo.

—Por fin —susurró Brogan—, por fin he conseguido el mayor de los trofeos: la discípula preferida del Custodio, la mismísima Madre Confesora. Oh, no tienes ni idea de cómo he soñado con este día. —Dicho esto le propinó un revés en la mandíbula—. Ni te lo imaginas.

Kahlan trataba de respirar mientras Brogan le retorcía la mano para arrebatarle el cuchillo. Ella luchaba por no perder el sentido; tenía que permanecer consciente para poder pensar y luchar.

—¡Lunetta!

—Sí, lord general, estoy aquí.

Kahlan sintió cómo los botones de la blusa saltaban cuando el hombre se la desgarró. Débilmente alzó un brazo para tratar de apartar aquellas manos, pero Brogan desvió el brazo. Kahlan era incapaz de resistirse.

—Lunetta, lo primero es dominarla antes de que recupere su poder. Luego tendremos todo el tiempo del mundo para interrogarla antes de que pague por sus crímenes.

Brogan se inclinó más hacia ella a la luz de la luna apoyando una rodilla contra el vientre de Kahlan para inmovilizarla. Kahlan apenas podía respirar, pero fue capaz de lanzar un grito cuando los brutales dedos del hombre se cerraron sobre su pezón izquierdo.

Entonces vio el cuchillo alzarse en la otra mano.

Con ojos desorbitados contempló un blanco resplandor ante la sonrisa de Brogan. La luz de la luna iluminó tres hojas delante de la pálida faz del hombre. Las miradas de Kahlan y Brogan se posaron en los dos mriswith que se cernían sobre ellos.

—Ssssuéltala o morirássss —siseó el mriswith.

Brogan obedeció. Kahlan se cubrió el seno, en el que sentía un lacerante dolor. Le dolía tanto que los ojos se le anegaron de lágrimas. Al menos las lágrimas ayudaban a limpiar la sangre.

—¿Qué significa esto? —gruñó Brogan—. La mujer es mía. ¡El Creador quiere castigarla!

—Obedece al Caminante de lossss Sueñossss o morirássss.

—¿Son sus deseos? —El mriswith asintió—. No lo entiendo...

—¿Te oponessss?

—No, no, claro que no. Seguiré tu consejo, sagrado mensajero.

Kahlan no se atrevía ni a incorporarse. Esperaba que el mriswith ordenara a Brogan que la soltara. El lord general se puso en pie y se alejó unos pasos.

Otro mriswith apareció con Adie, a la que lanzó al suelo junto a Kahlan. Tocándole un brazo la hechicera le dijo sin palabras que, pese a los moretones y cortes que presentaba, estaba perfectamente. La hechicera le pasó un brazo alrededor de los hombros y la ayudó a levantarse.

A Kahlan le dolía todo el cuerpo. La mandíbula le palpitaba donde Brogan la había golpeado, el estómago le dolía y notaba pinchazos en la frente. La sangre le seguía entrando en los ojos.

Uno de los mriswith eligió dos collares de los varios que le colgaban de una muñeca y los lanzó a la bruja vestida con andrajos, a la que Brogan había llamado Lunetta.

—La otra ha muerto. Debesss hacerlo tú.

Lunetta cogió los collares, desconcertada.

—¿Hacer qué?

—Usa tu don para ponérselos alrededor del cuello y tenerlas dominadas.

Lunetta tiró y uno de los collares se abrió con un chasquido. Parecía agradablemente sorprendida. A continuación se inclinó sobre Adie.

—*Por favor, hermana* —susurró Adie en su lengua natal—. *Yo también soy de Nicobarese. Ayúdanos.*

Lunetta se detuvo y miró a Adie a los ojos.

—¡Lunetta! —Brogan le propinó un puntapié en el trasero—. Date prisa. Haz lo que el Creador desea.

Lunetta ciñó el collar alrededor del cuello de Adie, tras lo cual hizo lo propio con Kahlan. Kahlan se quedó boquiabierta al contemplar la infantil sonrisa que Lunetta le dedicó.

Después de que la bruja se retirara, Kahlan se llevó una mano al collar. A la luz de la luna le había parecido que lo reconocía, pero cuando lo palpó y no pudo notar ninguna juntura estuvo segura: era un rada'han, un collar idéntico al que las Hermanas de la Luz colocaron a Richard. Sabía que las Hermanas, que también eran hechiceras, lo usaban para dominarlo, por lo que dedujo que a ella se lo habían puesto por lo mismo. De repente se dio cuenta de que no recuperaría su poder en cuestión de horas.

Cuando llegaron al coche vieron a Ahern con el cuchillo de un mriswith amenazándolo. El cochero había intentado una treta audaz y valerosa: dijo a Kahlan, Adie y Orsk que saltaran del coche en una curva, de modo que el enemigo persiguiera al coche y no a ellos. Pero no había resultado.

Kahlan pensó, muy aliviada, que había ordenado a todos que se dirigieran a Ebinissia. Después de encomendar a Cyrilla a los cuidados de Jebra, había dejado en manos de sus hombres la tarea de hacer renacer a Ebinissia de sus cenizas. Su hermana estaba en casa. Si ella moría, Galea no se quedaría sin reina.

De haberse hecho acompañar por cualquiera de aquellos aguerridos jóvenes, los mriswith —aquellos invisibles seres de pesadilla— los habrían destripado como a Orsk.

Al recordar a Orsk sintió el aguijón del pesar, pero inmediatamente una garra la empujó hacia el coche, seguida por Adie. Tras una breve conversación Lunetta también subió al vehículo y se sentó frente a ellas. Un mriswith fue a sentarse al lado de Lunetta; sus ojos redondos como cuentas las vigilaban. Kahlan se cerró la blusa y trató de limpiarse la sangre de los ojos.

Oyó más voces fuera que discutían sobre si reemplazar los patines del vehículo por ruedas. Por la ventana vio cómo Ahern, a punta de espada, subía al pescante, luego el hombre de la capa roja y por último un mriswith.

Kahlan notó cómo las rodillas le temblaban. ¿Adónde las llevaban? Estaba ya tan cerca de Richard... Apretó los dientes y reprimió un gemido. Era tan injusto. Una lágrima le rodó por la mejilla.

Adie deslizó una mano entre sus piernas y mediante un leve apretón trató de transmitirle consuelo.

El mriswith se inclinó hacia ellas, y la hendidura que tenía por boca pareció distenderse en una espantosa sonrisa. Alzó el cuchillo de triple hoja con una garra y lo agitó ante sus ojos.

—Si tratáissss de escapar, os cortaré los piesss —dijo, ladeando su lisa testa—. ¿Comprendido?

Kahlan y Adie asintieron.

—Y si habláissss, os cortaré la lengua —añadió.

Ambas asintieron de nuevo.

—Sella su poder mediante el collar y tu don, tal como te he enseñado —ordenó entonces a Lunetta—. ¿Comprendido? —inquirió, colocando una garra sobre la frente de la bruja.

Lunetta sonrió.

—Claro que sí.

Kahlan oyó un gruñido de Adie y al mismo tiempo sintió algo que le atenazaba el pecho, allí donde antes solía sentir su poder. Consternada, se preguntó si algún día volvería a sentirlo. Recordaba la sensación de vacío y desamparo que la invadió cuando el mago kelta usó magia para impedirle que conectara con su poder. Kahlan sabía qué esperar de eso.

—Está sangrando —dijo el mriswith a Lunetta—. Cúrala. El hermano de piel no querrá verla marcada.

Kahlan oyó el restallar del látigo y el silbido de Ahern. El coche se puso en marcha con un bandazo. Lunetta se inclinó hacia adelante para curarle la herida.

Queridos espíritus, ¿adónde las llevaban?

14

Con las lágrimas que le escocían en los ojos Ann lanzó un escalofriante grito. Hacía tiempo que había renunciado a no gritar. ¿Quién, excepto el Creador la oiría o se preocuparía por ello?

—¿Te hago daño? —Valdora alzó el cuchillo totalmente cubierto de sangre y rió, exhibiendo su desdentada sonrisa—. ¿Qué se siente cuando otra persona tiene tu destino en sus manos? Eso es lo que tú hiciste; elegiste el modo en que moriría. Me negaste la vida, la vida que podría haber tenido en palacio. Aún sería joven, pero tú elegiste dejarme morir.

Ann se encogió al notar la punta del cuchillo en el flanco.

—Te he hecho una pregunta, Prelada. ¿Qué se siente? ¿Te gusta?

—No más que a ti, supongo.

—Excelente —replicó Valdora, nuevamente sonriendo—. Quiero que experimentes el dolor que yo he sentido todos estos años.

—Te concedí la misma vida que tiene todo el mundo. Una vida para que hicieras con ella lo que quisieras. Te devolví lo que el Creador te otorgó, que es lo mismo que da a cualquiera que nace en este mundo. Podría haberte ejecutado.

—¡Por ejecutar un conjuro! ¡Soy una hechicera! ¡Simplemente usé lo que el Creador me dio!

Ann sabía que era inútil discutir, aunque era mejor eso que Valdora siguiera torturándola en silencio.

—Usaste lo que el Creador te dio para arrebatar a los demás aquello que no estaban dispuestos a darte voluntariamente. Robaste su afecto, su corazón, su vida. No tenías ningún derecho. Paladeabas su adoración como quien saborea dulces en una feria. Los unías a ti mediante conjuros de amor y, cuando te cansabas, los descartabas y te buscabas otros.

Sintió otro pinchazo del cuchillo.

—¡Y por eso me desterraste!

—¿Cuántas vidas arruinaste? Te aconsejamos, te advertimos, te castigamos y, no obstante, no te enmendabas. Te ganaste a pulso la expulsión del Palacio de los Profetas.

Ann notaba un dolor sordo en los hombros. Estaba desnuda, tumbada sobre un tablero de madera con las muñecas sujetas con magia por encima de la cabeza y los tobillos también inmovilizados. El hechizo tejido por Valdora le rozaba más la piel de lo que lo hubiera hecho una basta soga de cáñamo. Estaba tan indefensa como un puerco que se cuelga para ser sacrificado.

Valdora había usado un hechizo aprendido quién sabía dónde para bloquear el han de la Prelada. La sensación era la misma que un cálido fuego en una noche invernal que uno ve al otro lado de la ventana, justo ahí, insoportablemente tentador, pero fuera del alcance.

Ann alzó la mirada hacia la ventana situada cerca de la parte superior de la pared de la pequeña estancia de piedra. Empezaba a clarear. ¿Por qué no llegaba? Ya debería haber acudido al rescate, tras lo cual ella, de algún modo, lo capturaría. Pero él no se había presentado.

Aún no había amanecido. Tal vez llegara. Ann suplicó al Creador que llegara pronto.

A no ser que fuese el día equivocado. El pánico se apoderó de ella. ¿Y si se habían equivocado en sus cálculos? Imposible. Nathan y ella habían revisado las tablas. Ése era el día y, además, no era el día en sí sino los acontecimientos los que alimentaban la profecía. El hecho de haber sido capturada indicaba que ése era el día correcto, del mismo modo que si hubiese sido capturada una semana antes, ése habría sido el día. Ese día estaba prefijado en la misma situación. La profecía se estaba cumpliendo. Pero ¿dónde estaba él?

Ann se dio cuenta de que el rostro de Valdora había desaparecido. Ya no estaba a su lado. Debería haberla hecho hablar más. Debería...

Sintió un súbito, intenso y lacerante dolor cuando el cuchillo le cortó la planta del pie izquierdo. Todo su cuerpo se sacudió, tratando de librarse de las ataduras mágicas. Su frente se perló de nuevo de sudor, que le goteaba por el cuero cabelludo. El dolor de otro corte le hizo lanzar un impotente chillido.

Sus gritos resonaron contra la piedra cuando Valdora le arrancó una tira de carne de la planta del pie.

Ann se agitaba de manera incontrolable, y la cabeza le colgaba a un lado. La niña, Holly, la miraba a los ojos. Ann sintió cómo las lágrimas le caían por el puente de la nariz, le entraban en el otro ojo y luego desaparecían.

Temblorosa, contempló los ojos de la pequeña, preguntándose qué maldades le estaría enseñando Valdora. Conseguiría convertir en piedra el corazón de aquella inocente criatura.

—Mira, Holly —dijo Valdora, sosteniendo en alto la tira de carne—. Fíjate lo fácil que sale si lo haces como yo te digo. ¿Te gustaría probarlo a ti, pequeña?

—¿Abuela, tenemos que hacer esto? Ella no nos ha hecho ningún daño. Ella no es como los otros; no ha tratado de hacernos daño.

—Vaya si lo ha hecho —protestó Valdora, subrayando sus palabras con el cuchillo—. Ella me ha hecho mucho daño: me robó mi juventud.

Holly echó un vistazo a Ann, que seguía estremeciéndose por efecto del dolor. Para tratarse de alguien tan joven su rostro era una extraña máscara de calma. Habría podido ser una excepcional novicia y, con el tiempo, una excelente Hermana.

—Ella me dio una moneda de plata. No ha intentado hacernos daño. Esto no me gusta. No quiero hacerlo.

Valdora se rió entre dientes.

—Bueno, pues yo sí. Escucha con atención a tu abuela —la exhortó Valdora, agitando el cuchillo—: se lo merece.

Holly miró fríamente a la anciana.

—Sólo porque seas más vieja que yo no significa que tengas razón. No pienso seguir mirando. Me marcho afuera.

Valdora se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras. Esto es entre la Prelada y yo. Si no quieres aprender nada, vete afuera a jugar.

La niña salió. Ann sintió deseos de besarla por su valentía.

—Nos hemos quedado solas, Prelada —dijo Valdora, aproximándose a su víctima. Apretaba la mandíbula—. ¿No crees que ya es hora de que vayamos al grano? —Cada palabra iba acompañada de un ligero pinchazo con el cuchillo en el costado. Ladeó la cabeza para mirar a Ann a los ojos y añadió—: Se acerca el momento de la muerte, Prelada. Me encantaría que murieras gritando. ¿Lo intentamos?

—¡Allí! —Zedd trató de señalar lo mejor que pudo, pese a que apenas podía moverse—. Hay luz en el Alcázar.

Aunque el alba empezaba a iluminar el cielo, aún se distinguía claramente en la oscuridad el resplandor amarillo que salía de varias ventanas. Gratch vio lo mismo que Zedd y viró hacia la fortaleza.

—Córcholis —murmuró el mago—, si ese chico ya está en el Alcázar, lo...

Gratch gruñó ante aquella evidente referencia a Richard. Más que oírlo Zedd sintió el gruñido en la espalda, pegada al pecho del gar. Entonces bajó la vista hacia el suelo, muy abajo.

—Lo salvaría. Eso es lo que iba a decir, Gratch. Si Richard está en apuros, bajaré hasta allí para salvarlo.

Gratch gorjeó de satisfacción.

Ojalá Richard no estuviera en apuros. Después de una semana de esfuerzo para mantener el hechizo que permitía que Gratch pudiera transportarlo, se sentía casi sin fuerzas. No se veía capaz de aguantar mucho más, y menos aún de usar su magia para salvar a nadie. Necesitaba descansar varios días.

—Yo también quiero a Richard, Gratch —dijo al gar, acariciando los enormes brazos peludos que lo rodeaban—. Nosotros lo ayudaremos. Entre los dos lo protegeremos. ¡Gratch! —exclamó Zedd, muy asustado—. ¡Mira por dónde vas! ¡Frena, frena!

Zedd alzó los brazos para protegerse la cara al tiempo que el gar bajaba en picado hacia la muralla. Al aventurar una miradita entre los dedos, comprobó que la piedra se aproximaba a una velocidad alarmante y ahogó un grito. Gratch lo agarró con más fuerza mientras aleteaba, tratando de frenar la caída en picado.

El mago se dio cuenta de que no podía seguir manteniendo el hechizo. Se sentía tan exhausto que pesaba demasiado y Gratch no podía llevarlo. Desesperado trató de mantenerlo, pero era como tratar de atrapar un huevo que está a punto de caerse por el borde de la mesa.

En el último segundo logró atrapar el conjuro antes de que desapareciera y lo controló de nuevo.

Finalmente el aleteo de Gratch consiguió generar aire suficiente para frenar, y remontó el vuelo antes de estrellarse. Agitando elegantemente sus enormes alas correosas, el gar se posó sobre la muralla. Zedd sintió que los peludos brazos de Gratch se apartaban de su túnica empapada en sudor.

—Lo siento, Gratch. He estado a punto de perder el control del hechizo y hacer que nos estrellásemos.

Gratch asintió, distraído. Sus ojos verdes escrutaban la oscuridad. Estaban rodeados por muros y cientos de lugares en los que esconderse. Gratch parecía examinarlos todos.

En la garganta del gar empezó a resonar un grave gruñido. El resplandor verde de sus ojos se intensificó. Zedd fijó la vista en los oscuros huecos, pero no vio nada. Gratch sí.

El mago se estremeció cuando el gar de pronto lanzó un bramido y se lanzó hacia la oscuridad.

Sus impresionantes garras hendieron el aire de la noche, mientras que sus colmillos desgarraban la nada.

Poco a poco Zedd empezó a distinguir formas en el aire que giraban alrededor del gar. Las capas se hinchaban con el movimiento y los cuchillos destellaban.

Eran mriswith.

Los monstruos siseaban con ruiditos secos mientras atacaban a la enorme bestia peluda. Gratch los cogía entre sus garras, despedazaba sus escamosos cuerpos, derramando su sangre y sus entrañas. Zedd sentía un escalofrío en la columna vertebral cada vez que un mriswith lanzaba un aullido al morir.

Zedd notó que algo pasaba rozándolo, e inmediatamente otro mriswith se lanzó contra el gar. El mago extendió una mano y lanzó una bola de fuego líquido que acertó al mriswith, prendió su capa, y luego las llamas se extendieron al resto del cuerpo.

De pronto la muralla se convirtió en un hervidero de mriswith. Zedd ahondó en lo más profundo de sí para reunir poder con el que lanzar una línea de denso aire, que precipitó a varios al abismo. Gratch arrojó a otro contra el muro con tal violencia que el cuerpo del mriswith reventó al chocar contra la piedra.

Zedd no estaba preparado para librar esa batalla campal que de pronto había estallado a su alrededor. Exhausto y mentalmente aturdido, Zedd buscaba frenéticamente ideas, pero no engendraba nada más ingenioso que simple magia con fuego y aire.

De repente un mriswith lo atacó con sus cortantes garras. Zedd le lanzó una línea de aire tan afilada como el filo de un hacha, que le cercenó la cabeza. A continuación tejió una red para apartar a otros de Gratch y lanzarlos por el borde de la muralla. Desde el muro externo en el que se encontraban había una caída en picado de miles de metros.

En su mayor parte, los mriswith hacían caso omiso de Zedd y solamente parecían interesados en acabar con el gar. ¿Por qué esa obsesión? Por el modo en que Gratch los masacraba, parecía sentir un odio visceral hacia ellos.

Una cuña de luz hendió súbitamente la oscuridad previa al alba al tiempo que se abría una puerta. Una pequeña figura se recortó contra la luz. La iluminación permitió ver a Zedd cómo todos los mriswith se abalanzaban sobre el gar. Zedd embistió lanzando una bola de fuego que envolvió a tres de los escamosos seres que giraban hacia adelante haciendo centellear sus cuchillos.

Un mriswith pasó junto a él dándole un empellón en el hombro que le hizo perder el equilibrio. Aún tuvo tiempo de ver cómo los mriswith se amontonaban sobre el gar y lo derribaban contra el almenado muro.

La furiosa masa se tambaleó en el borde y cayó al negro abismo justo cuando Zedd se golpeaba la cabeza contra la piedra.

La puerta se abrió con un chirrido. Ann aprovechó que Valdora interrumpió la labor de tortura para recuperar la respiración y al mismo tiempo luchar contra la oscuridad que trataba de envolver su mente. No podía seguir aguantando. Había llegado al límite. Ya ni siquiera era capaz de seguir gritando. Querido Creador, no podía soportarlo más. ¿Por qué no había acudido a su rescate?

—Abuela. —Con gran esfuerzo Holly arrastraba algo centímetro a centímetro—. Abuela, ha pasado algo.

Valdora se volvió hacia la niña.

—¿Dónde lo has encontrado?

Ann hizo un esfuerzo por alzar la cabeza. Entre resoplidos Holly alzó a un enjuto anciano cogiéndolo por la túnica granate y lo apoyó contra la pared. Sangraba por un lado de la cabeza, y también la sangre empapaba su mata de pelo blanco ondulado totalmente alborotado.

—Es un mago, abuela. Está casi muerto. Le vi luchar con un gar y otros seres cubiertos de escamas.

—¿Por qué piensas que es un mago?

Holly se enderezó, jadeando. El anciano quedó tendido en el suelo.

—Usaba su don. Lanzaba bolas de fuego.

—¿De veras? Un mago. Qué interesante. ¿Y qué pasó con el gar y los otros seres? —inquirió, rascándose la nariz.

Holly describió la batalla haciendo grandes aspavientos.

—Y luego todos saltaron sobre el gar, y todos cayeron por el borde. Yo me acerqué y miré abajo, pero ya no pude verlos. Todos cayeron por la montaña —concluyó.

Ann apoyó la cabeza sobre la mesa con un ruido sordo. Querido Creador, aquél era el mago que se suponía que debía rescatarla.

Qué gran fracaso. Iba a morir en vano. ¿Cómo había podido ser tan vanidosa para creer que podía correr ese riesgo y salirse con la suya? Nathan tenía razón.

Nathan. Ann se preguntó si el profeta llegaría a encontrar su cuerpo y averiguar qué había sucedido, o si lamentaría la muerte de su guardiana. No era más que una tonta, una vieja tonta que se había pasado de lista. Había interferido con las profecías una vez más, y las profecías le habían devuelto el golpe. Nathan tenía razón. Debería haberlo escuchado.

Ann se estremeció al ver a Valdora que se inclinaba sobre ella con una cruel sonrisa en los labios. Con la punta del cuchillo le alzó el mentón.

—Bueno, querida Prelada, parece que tengo un mago que despachar. —La bruja pasó la punta del cuchillo por la garganta de su víctima. Ann sintió cómo el acero tiraba de su piel, se la cortaba y se la arañaba.

—Por favor, Valdora, pide a Holly que se marche. No quiero que tu nieta vea cómo matas.

—¿Quieres mirar, verdad querida? —preguntó Valdora a su nieta.

Holly tragó saliva.

—No, abuela. Ella no nos ha hecho ningún daño.

—Ya te he dicho que a mí sí.

—Lo he traído hasta aquí para que lo ayudes —dijo la niña señalando al mago.

—Oh, no. Eso no puede ser. Él también debe morir.

—¿Qué te ha hecho él de malo?

Valdora se encogió de hombros.

—Si no quieres mirar, vete. Tranquila. No herirás mis sentimientos.

Holly se dio media vuelta y se detuvo un instante para echar un vistazo al anciano tendido en el suelo. Extendió una mano y le tocó un hombro, como si quisiera consolarlo, tras lo cual salió corriendo.

Valdora se volvió hacia la mesa. Colocó la hoja del cuchillo sobre la mejilla de Ann, bajo un ojo.

—¿Qué te parece si primero te saco los ojos?

Ann cerró los ojos, incapaz de seguir siendo espectadora de aquel macabro ritual.

—¡No! —Valdora la pinchó levemente—. ¡No cierres los ojos! ¡Quiero que mires! Si no abres los ojos, te los arrancaré.

Ann abrió los ojos. Valdora la contemplaba mordiéndose el labio inferior. Entonces alzó el cuchillo sobre el pecho de la Prelada, preparada para descargar el golpe final.

—Por fin —susurró—. Venganza.

Con el cuchillo en alto hizo una breve pausa para inspirar.

De repente todo su cuerpo se retorció a la par que la hoja de una espada brotaba del centro de su pecho. Sus ojos se desorbitaron y dejó escapar un gorgoteante quejido, al tiempo que el cuchillo caía al suelo.

Nathan apoyó un pie en la espalda de Valdora y retiró la espada de su cuerpo. La mujer se desplomó.

Ann lanzó un gemido de alivio. Se echó a llorar cuando las ataduras mágicas que le sujetaban las muñecas y los tobillos se rompieron.

Nathan la contempló con aire grave.

—Mujer estúpida —musitó—. Pero ¿qué te han hecho?

El Profeta la tomó entre sus brazos. Ann lloraba como una niña contra el pecho de Nathan. En aquellos momentos los brazos del Profeta le parecían tan dulces como los del mismo Creador.

Cuando se hubo calmado un poco, Nathan se apartó de ella, y Ann vio que le había manchado toda la pechera con su sangre.

—Libera mi han, luego túmbate y trataré de curarte.

—No —repuso Ann, apartándole la mano—. Primero debo hacer lo que vine a hacer. Es él —anunció, señalando al anciano en el suelo—. Es el mago que he venido a buscar.

—¿No puede esperar?

Ann se limpió las lágrimas y la sangre de los ojos.

—Nathan, he aguantado lo peor de esta terrible profecía. Déjame acabar. Por favor.

Con un asqueado suspiro Nathan se metió una mano en una bolsa que le colgaba del cinto, junto a la funda de la espada, y se sacó un rada'han. Mientras Ann bajaba de la mesa, se lo tendió. Cuando los pies de la Prelada tocaron el suelo, el dolor la hizo doblarse en dos. Nathan tuvo que sostenerla con un fornido brazo y ayudarla a arrodillarse junto al mago inconsciente.

—Ayúdame, Nathan. Ábrelo tú. Tengo casi todos los dedos rotos.

Con mano trémula Ann colocó el collar en torno al cuello del mago. Apretando con las palmas finalmente logró cerrarlo con un chasquido, activando así su magia. La profecía se había cumplido.

—¿Ha muerto la abuela? —preguntó Holly, parada en el umbral.

Ann se apoyó sobre los talones y respondió.

—Sí, querida. Lo siento. ¿Te gustaría ver cómo se cura a la gente en vez de hacerle daño? —le preguntó tendiéndole una mano.

Holly le cogió la mano con delicadeza.

—¿Y a él? —se refería al mago inconsciente—. ¿También lo curarás a él?

—Sí, Holly, a él también.

—Para eso lo traje hasta aquí. Para ayudarlo. No para que lo matara. A veces la abuela ayudaba. No siempre era tan mala.

—Lo sé.

—¿Qué será ahora de mí? —susurró la niña, con lágrimas en los ojos.

Ann sonrió entre las lágrimas.

—Soy Annalina Aldurren, Prelada de las Hermanas de la Luz desde hace mucho tiempo. He acogido a muchas niñas que poseen el don, como tú, y les he enseñado a ayudar a sus semejantes y curar. Me encantaría que te unieras a nosotras.

Holly asintió y, pese a las lágrimas, también ella sonrió.

—La abuela cuidaba de mí, pero a veces era mala con otras personas. Sobre todo con quienes trataban de hacernos daño o de engañarnos, pero tú no lo intentaste. Se equivocó al hacerte daño. Siento mucho que no fuera más amable contigo. Y siento que fuese mala y tuviese que morir.

Ann besó la mano de la niña.

—Yo también. Yo también.

—¿Tengo yo el don? —le preguntó Holly, mirándola con sus grandes ojos tristes—. ¿Puedes enseñarme a curar con él?

—Será un honor.

Nathan recogió su espada y con florido ademán la guardó de nuevo en su funda.

—Bueno, ¿quieres que te cure sí o no? ¿O prefieres morir desangrada para que practique el difícil arte de la resurrección?

Ann se encogió de dolor al ponerse en pie.

—Cúrame, salvador mío.

Nathan la miró con ojos entrecerrados.

—En ese caso permíteme acceder a mi poder, mujer. No puedo curarte con la espada.

Ann cerró los ojos y alzó una mano, centrando su sentido interior en el rada'han para desbloquear el flujo del han de Nathan.

—Ya está.

—Lo sé perfectamente —rezongó el Profeta—. Vuelvo a sentirlo, ¿sabes?

—Ayúdame a subir a la mesa, Nathan. —Holly le sostuvo una mano mientras Nathan la ayudaba.

—Bueno, por fin lo tienes —comentó Nathan, mirando al mago en el suelo—. Por lo que sé, éste nunca ha llevado un collar. —Sus penetrantes ojos azules se posaron de nuevo en la Prelada para añadir—: Ahora que tienes a un mago de Primera Orden podrás seguir adelante con tu loco plan.

Ann suspiró al sentir, por fin, el suave roce sanador de las manos de Nathan.

—Lo sé. Confiemos en que Verna lo tenga todo bajo control en palacio.

15

Zedd abrió los ojos de repente, lanzó un grito ahogado y se incorporó bruscamente. Pero una manaza sobre el pecho lo obligó a echarse de nuevo.

—Tómatelo con calma, anciano —dijo una voz muy grave.

Zedd contempló con ojos desorbitados un rostro de mandíbula cuadrada. Los cabellos blancos del hombre, que le llegaban hasta los hombros, cayeron hacia adelante cuando se inclinó sobre Zedd y colocó las manos a ambos lados de la cabeza del mago.

—¿A quién llamas «anciano», carcamal?

Los penetrantes ojos azules que brillaban bajo un intimidador entrecejo de halcón sonrieron junto con el resto del rostro. Era un semblante formado por elementos dispares que a Zedd se le antojó perturbador.

—Bueno, ahora que lo mencionas, creo que soy mayor que tú —replicó el hombre.

Había algo familiar en aquel rostro. De pronto supo qué. Apartó las manos de un manotazo, se incorporó y señaló con un huesudo dedo al hombre alto situado junto a la mesa.

—Te pareces a Richard. ¿Por qué te pareces a Richard?

Las mejillas del desconocido se distendieron en una amplia sonrisa, aunque el entrecejo seguía recordando a un ave de presa.

—Porque somos parientes.

—¡Parientes! ¡Recórcholis! —Zedd lo examinó más atentamente—. Alto, musculoso, ojos azules, pelo de la misma textura, la mandíbula y, sobre todo, la mirada. Eres un Rahl —sentenció cruzándose de brazos.

—Muy bien. Ya veo que conoces a Richard.

—¡Conocerlo! Soy su abuelo.

El desconocido enarcó una ceja.

—Abuelo... Querido Creador —musitó, pasándose una de sus manazas por la cara—, ¿en qué nos ha metido esa maldita mujer?

—¿Mujer? ¿Qué mujer?

Lanzando un suspiro el hombre retiró la mano del rostro, sonrió de nuevo y ejecutó una reverencia. «Buena reverencia, sí señor», pensó Zedd.

—Permíteme que me presente, soy Nathan Rahl —declaró—. ¿Puedo saber tu nombre, amigo?

—¡Amigo!

Nathan dio unos golpecitos a Zedd en la frente con los nudillos.

—Acabo de curarte el cráneo fracturado. Supongo que eso cuenta, ¿no?

—Vale, tienes razón —rezongó Zedd—. Gracias, Nathan. Soy Zedd. Sabes curar, si es que realmente tenía el cráneo fracturado.

—Pues claro que sí. Últimamente he tenido que practicar bastante mis artes curativas. ¿Cómo te encuentras?

Zedd se evaluó a sí mismo antes de responder.

—Bien. Estoy bien. Creo que he recuperado las fuerzas... —De pronto recordó lo ocurrido—. Gratch. Queridos espíritus tengo que salir de aquí.

Nathan se lo impidió colocándole una manaza en el pecho.

—Antes debemos tener una pequeña charla, amigo. Al menos, espero que seamos amigos. Por desgracia tenemos mucho en común, aparte de ser ambos parientes de Richard.

—¿Como qué? —inquirió Zedd.

Nathan se desabrochó la parte superior de su camisa con volantes. Tenía la pechera completamente cubierta de sangre seca. Entonces metió un pulgar bajo un collar de pálida plata que llevaba al cuello y lo alzó un poco.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó Zedd con tono sombrío.

—Eres un tipo muy listo, de eso no hay duda, o no serías tan valioso.

Zedd posó de nuevo la vista en los ojos azules de Nathan.

—¿Y qué es esa cosa que, por desgracia, tenemos en común?

Nathan extendió una mano y dio un leve tirón a algo que Zedd llevaba al cuello. Inmediatamente Zedd se llevó las manos allí y notó el liso collar metálico sin ninguna juntura.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué me lo has puesto?

—No he sido yo, Zedd —repuso Nathan con un profundo suspiro—, sino ella.

Nathan señalaba a una mujer mayor, baja y achaparrada, con el pelo gris sujeto flojamente a la nuca. Acababa de aparecer en el umbral. Llevaba de la mano a una niña.

—Ah —dijo, mientras que con los dedos se tocaba la parte superior del vestido marrón oscuro que llevaba abrochado hasta el cuello—. Ya veo que Nathan te ha curado. Me alegro mucho. Estábamos muy preocupados por ti.

—¿De veras? —respondió Zedd diplomáticamente.

—Pues sí. —La anciana sonrió, posó su mirada en la niña y le acarició el pelo castaño claro y liso—. Ésta es Holly. Ella te trajo hasta aquí. Te salvó la vida.

—Creo que ahora recuerdo haberla visto. Gracias por tu ayuda, Holly. Tienes mi gratitud.

—Me alegro de que ya estés bien —repuso la niña—. Temía que ese gar te hubiera matado.

—¿Gar? ¿Viste al gar? ¿Está bien?

Holly negó con la cabeza.

—Cayó de la muralla junto a todos esos monstruos.

—Córcholis —musitó Zedd entre dientes—. Ese gar era amigo mío.

La anciana enarcó una ceja.

—¿Un gar amigo? Bueno, en ese caso lo siento.

—¿Por qué me has puesto el collar? —preguntó a la mujer, fulminándola con la mirada.

—Siento haberlo hecho. Pero de momento es necesario.

—Quiero que me lo quites ahora mismo.

La mujer seguía sonriendo.

—Entiendo tu inquietud pero, de momento, debes llevarlo. Me temo que no nos hemos presentado —añadió, enlazando las manos sobre la cintura—. ¿Cómo te llamas?

—Soy el Primer Mago Zeddicus Zu'l Zorander —respondió Zedd con voz grave y amenazante.

—Yo soy Annalina Aldurren, Prelada de las Hermanas de la Luz. Puedes llamarme Ann —dijo con una cálida sonrisa—. Todos mis amigos me llaman Ann, Zedd.

Sin apartar los ojos de la mujer el mago bajó de la mesa de un brinco.

—Tú no eres amiga mía. —Ann retrocedió un paso—. Y debes llamarme mago Zorander.

—Tranquilo, amigo —lo advirtió Nathan.

Zedd le lanzó una mirada tan iracunda que Nathan cerró la boca y enderezó la espalda.

Ann se encogió de hombros.

—Como desees, mago Zorander.

—Quítame esto enseguida —le ordenó Zedd dando golpecitos al collar.

—Debes llevar el collar —insistió ella, aguantando la sonrisa.

Zedd empezó a salvar la distancia que los separaba. Nathan se adelantó para detenerlo. Sin apartar los ojos de la Prelada Zedd levantó un brazo y apuntó a Nathan con un delgado dedo. El hombretón se tambaleó hacia atrás agitando los brazos, resbalando como si se encontrara sobre una superficie helada en pleno vendaval, hasta quedar aplastado contra la pared más alejada.

Entonces el mago alzó la otra mano y el techo se iluminó con un resplandor azulado. A medida que iba bajando la mano un plano de luz muy delgado, semejante a la superficie de un lago, también fue descendiendo y pasó sobre ellos. Ann abrió mucho los ojos. El plano de luz descendió hasta posarse en el suelo, donde se convirtió en una borboteante y tumultuosa capa de luz. La luz se fue fusionando en puntos brillantes.

De esos puntos surgieron relámpagos. Restallantes líneas de fuego blanco treparon por los muros de la estancia y la llenaron de acre aroma. Zedd describió un círculo con un dedo y los relámpagos saltaron de las paredes hacia el collar que llevaba. Al entrar en contacto con el metal brotaron destellos. Toda la estancia tembló en armonía con aquella danzante tempestad. El aire se llenó de polvo de piedra.

La mesa se elevó y estalló en una nube de polvo que fue absorbida en las corrientes de aquella luz que se retorcía sobre sí misma. La estancia tembló y gimió cuando enormes bloques de piedra se soltaron y empezaron a salirse de sus huecos en las paredes traqueteando.

Pese a la furia del poder desatado, Zedd se dio cuenta de que no funcionaba. En vez de romperse, el collar absorbía toda la energía. El mago extendió un brazo y puso fin a la barahúnda y a la luz. Sobrevino un resonante silencio. Enormes bloques de piedra colgaban de las paredes fuera de sus huecos. Todo el suelo se veía chamuscado y ennegrecido, pero ninguno de los presentes había sufrido daños.

Gracias al análisis que había realizado a través de la conexión de luz, Zedd había averiguado el verdadero alcance del poder de la Prelada, de la niña y de Nathan, así como sus puntos fuertes y sus puntos flacos. La Prelada no podía haber fabricado el collar, pues era el trabajo de magos, pero sabía cómo usarlo.

—¿Ya has acabado? —inquirió Ann, ya sin sonrisa.

—Acabo de empezar.

Zedd alzó los brazos. En caso necesario era capaz de canalizar poder suficiente para levantar una montaña. Nada ocurrió.

—Creo que ya es suficiente. —Ann recuperó parte de su sonrisa—. Ahora entiendo de dónde ha sacado Richard tanto genio.

—¡Tú! —la acusó Zedd señalándola con un dedo—. ¡Tú ordenaste que le pusieran el collar!

—Podría habérmelo llevado cuando era niño, pero dejé que creciera con tu amor y tus consejos.

Zedd podía contar con los dedos de una mano las veces que en toda su vida había perdido los estribos. Notaba que pronto iba a necesitar los dedos de la otra mano para seguir contando.

—No trates de apaciguarme con tus farisaicas excusas; nada justifica la esclavitud.

Ann lanzó un suspiro.

—Hay ocasiones en las que una Prelada, al igual que un mago, debe utilizar a sus semejantes. Lamento haberme visto obligada a utilizar a Richard, y ahora debo utilizarte a ti, pero no tengo elección. —Una nostálgica sonrisa le cruzó el semblante—. No te imaginas los problemas que me dio Richard mientras llevaba el collar.

—Si crees que Richard te dio problemas, espera a ver qué hago yo. El abuelo es capaz de mucho más que el nieto. Tú le pusiste uno de tus collares alrededor del cuello —prosiguió, muy enojado—. Te dedicas a secuestrar a niños de la Tierra Central. Has roto la tregua que existía desde hace miles de años. Ya conoces las consecuencias de eso. Las Hermanas de la Luz pagarán el precio.

Zedd se hallaba al borde del abismo, a punto de violar la Tercera Norma de un mago, pero no lograba actuar de un modo razonable. Y ésa era la única manera de violar la Tercera Norma.

—Conozco las consecuencias de que la Orden Imperial conquiste todo el mundo. Sé que ahora mismo no lo entiendes, mago Zorander, pero espero que te darás cuenta de que ambos luchamos en el mismo bando.

—Entiendo mucho más de lo que te imaginas. Ahora mismo estás ayudando a la Orden. ¡Yo nunca he tenido que convertir a mis aliados en prisioneros para que luchen por lo que es justo!

—¿De veras? ¿Y qué me dices de la *Espada de la Verdad*?

Zedd, totalmente colérico, se negó a discutir.

—Quítame ahora mismo el collar —exigió—. Richard me necesita.

—Richard tendrá que cuidar de él mismo solito. Es un chico listo, lo cual en parte te lo debe a ti. Por eso permití que creciera a tu lado.

—¡El chico necesita mi ayuda! Debo enseñarle a usar su poder. Si no hablo con él, es posible que se le ocurra entrar en el Alcázar. Podría morir. Richard no conoce los peligros del Alcázar, y tampoco sabe cómo usar su don. No puedo permitir que muera. Lo necesitamos.

—Richard ya estuvo en el Alcázar. Pasó gran parte del día de ayer aquí y salió ileso.

—«Primera vez afortunado, segunda vez confiado, tercera vez muerto» —citó Zedd.

—Ten más fe en tu nieto. Debemos ayudarlo de otros modos. No podemos perder tiempo. Debemos irnos.

—Yo no voy a ninguna parte contigo.

—Mago Zorander, te estoy pidiendo que ayudes, te estoy pidiendo que cooperes y vengas con nosotros. Hay mucho en juego. Por favor, haz lo que digo o me veré obligada a usar el collar, y eso no te gustaría.

—Hazle caso, Zedd —intervino Nathan—. Puedo asegurarte que no te gustaría. No tienes elección. Sé cómo te sientes pero será más sencillo si obedeces.

—¿Qué tipo de mago eres tú?

Nathan se enderezó.

—Soy un profeta.

Al menos el tipo era sincero. No se había dado cuenta del propósito de la conexión de luz y, por tanto, no sabía todo lo que Zedd había averiguado sobre él.

—¿Y te gusta ser un esclavo?

Ann soltó una carcajada pero Nathan no rió. Sus ojos reflejaban la serena pero mortífera cólera de un Rahl.

—Te aseguro que no soy esclavo por elección. Me he opuesto a ello toda la vida.

—Es posible que la Prelada sea capaz de subyugar a un mago profeta, pero no tardará en averiguar por qué soy Primer Mago. Me hice merecedor de ello en la última guerra. Ambos lados me llamaban «el viento de la muerte».

Había sido una de las contadas ocasiones en que había perdido los estribos.

Zedd apartó la vista de Nathan para posarla en la Prelada con tal expresión de fría amenaza que Ann tragó saliva y retrocedió un paso.

—Al romper la tregua has condenado a muerte a cualquier Hermana que descubra en la Tierra Central. Los términos de la tregua son muy claros. Ninguna de vosotras tendrá derecho a un juicio ni a la compasión. Cualquier Hermana será ejecutada al instante, sea quien sea.

Zedd alzó los puños. Unos relámpagos surcaron el despejado cielo y descargaron sobre el Alcázar en el que se encontraban. Resonó un ensordecedor aullido y un anillo de luz se expandió en el cielo, dejando tras de sí una estela de nubes semejantes a humo producido por el fuego.

—¡La tregua se ha roto! Ahora te hallas en territorio enemigo, bajo amenaza de muerte. Si me obligas a seguirte con el collar, te juro que iré al Viejo Mundo y reduciré a cenizas el Palacio de los Profetas.

La prelada Annalina Aldurren lo contempló en silencio unos momentos con expresión pétrea.

—No hagas promesas que no puedes cumplir —dijo al fin.

—¿Qué te apuestas?

Ann esbozó una distante sonrisa.

—Debemos irnos ya.

Con sombría mirada Zedd asintió y sentenció:

—Tú misma te has condenado.

Lentamente Verna se fue dando cuenta de que estaba despierta. La oscuridad era la misma con los ojos abiertos que cerrados. Parpadeó para comprobar que realmente estaba consciente.

Tras decidir que sí recurrió a su han para encender una llama. No lo logró. Entonces se sumió más profundamente en sí misma para extraer más poder.

Finalmente, esforzándose al máximo consiguió prender una pequeña luz en la palma de su mano. Había una vela en el suelo junto al camastro que ocupaba. Verna envió la llama hacia la mecha y sintió un enorme alivio al poder ver sin tener que soportar el tremendo esfuerzo que le suponía mantener la luz con su han.

Excepto por el camastro, una pequeña bandeja con pan y un vaso de agua, y lo que a primera vista parecía un orinal colocado junto a la pared más alejada, la celda estaba desnuda. Y tampoco era muy grande. No tenía ventanas, sólo una pesada puerta de madera.

Verna reconoció el lugar: era una de las celdas de la enfermería. Pero ¿qué estaba ella haciendo en la enfermería?

Al bajar la vista reparó en que estaba desnuda. Miró alrededor y descubrió sus ropas en una pila. Al volverse de nuevo sintió algo en el cuello. Alzó una mano y se lo palpó.

Era un rada'han.

Sintió un hormigueo en todo el cuerpo. ¡Querido Creador, llevaba un rada'han al cuello! Una oleada de pánico se apoderó de ella. Con las uñas se arañó el cuello tratando de librarse del collar. Mientras tironeaba frenéticamente del aro de metal gimoteaba de terror. Se le escapó un grito. El collar no cedía.

Totalmente horrorizada supo que eso mismo era lo que los muchachos sentían al verse prisioneros de aquel instrumento de dominio. ¿Cuántas veces había ella, Verna, usado un rada'han para obligar a alguien a hacer algo en contra de su voluntad?

Claro que ella actuaba movida por la voluntad de ayudarlos, por su bien. ¿Sentían también ellos ese miedo y esa impotencia?

Recordó que había usado el collar contra Warren.

—Querido Creador, perdóname —sollozó—. Yo sólo pretendía realizar tu obra.

Verna se secó las lágrimas y pugnó por recuperar el control. Tenía que averiguar qué estaba pasando. Quien le había puesto el rada'han no pretendía ayudarla sino controlarla.

Se palpó la mano a tientas. El anillo de Prelada había desaparecido. Se le cayó el alma a los pies; había fracasado en la custodia del anillo. Se besó el dedo desnudo implorando fuerzas.

En vista de que no conseguía accionar el pomo aporreó la puerta. A continuación reunió todo su poder para proyectarlo sobre el pomo, tratando de moverlo. Nada. Llena de furia lo intentó con las bisagras que sabía que estaban al otro lado. Nada. Lenguas de luz tan verde como la bilis mental que la alimentaba lamieron la puerta, introduciéndose por los resquicios y parpadeando bajo el espacio que quedaba con el suelo.

Verna recordó haber visto a la hermana Simona intentar eso mismo hora tras hora, sin obtener resultado, por lo que interrumpió el flujo de su han. Nadie que llevara un rada'han conseguiría romper el escudo de la puerta. Así que no iba a ser tan tonta como para malgastar sus fuerzas en un esfuerzo inútil. Tal vez Simona se había vuelto loca pero ella no.

Se dejó caer sobre el camastro. Aporreando la puerta no saldría de allí, y tampoco el don la sacaría. Era una prisionera.

¿Por qué la habían encerrado? Bajó la vista hacia el dedo en el que antes llevaba el anillo de Prelada. Ésa era la razón.

Sobresaltada, recordó que la verdadera Prelada, Ann, le había encomendado una misión y que confiaba en ella para alejar de palacio a las Hermanas de la Luz antes de que Jagang llegara.

Verna se inclinó sobre su ropa y la registró frenéticamente. Su dacra había desaparecido. Seguramente por eso la habían desnudado: para asegurarse de que no llevaba armas. Lo mismo le habían hecho a la hermana Simona por su propia seguridad, para que no pudiera hacerse daño. No podían permitir que una loca llevara un arma mortal.

Sus dedos encontraron el cinturón. Bruscamente lo apartó del resto de ropa, lo palpó y notó un bulto bajo la gruesa piel.

Trémula de esperanza, acercó el cinturón a la vela y abrió la falsa costura. Allí, dentro del bolsillo secreto, estaba el libro de viaje. Verna estrechó el libro contra su pecho, balanceándose sobre el camastro, dando gracias al Creador. Al menos eso no se lo habían quitado.

Cuando finalmente se hubo calmado, acercó su ropa a la tenue luz y se vistió. Con ropas no se sentía tan desvalida. No era más que una ilusión, claro, pero al menos no debía sufrir la indignidad de ser una prisionera desnuda. Por fin se empezaba a sentir un poco mejor.

Ignoraba cuánto tiempo había permanecido inconsciente, pero tenía un hambre canina. Devoró el pedazo de pan y se bebió toda el agua.

Después de satisfacer en pequeña medida su apetito se puso a pensar cómo había llegado a aquella celda. La hermana Leoma. Recordaba a la hermana Leoma y a otras tres que la esperaban en su despacho.

La hermana Leoma era una de las principales sospechosas en la lista de las posibles Hermanas de las Tinieblas. Aunque no la había sometido a ninguna prueba, el hecho de haberla encarcelado lo demostraba. Estaba oscuro y no había visto a las otras tres, pero tenía una lista de sospechosas en la cabeza. Phoebe y Dulcinia las habían dejado pasar contraviniendo sus órdenes, por lo que, sintiéndolo mucho, tenía que incluirlas también.

Verna empezó a dar vueltas por la pequeña celda. Se estaba enfadando. ¿Cómo osaban pensar que se saldrían con la suya?

Ya se habían salido con la suya.

No, pensó con determinación, aún no. Ann le había dado una responsabilidad y Verna no la defraudaría. Alejaría a las Hermanas de la Luz de palacio.

Se llevó una mano al cinturón. Debería enviar un mensaje. ¿Osaría hacerlo estando encerrada? Si la descubrían, todo se echaría a perder. No obstante, Ann debía saber lo que había pasado.

De pronto se detuvo. ¿Cómo iba a confesar a Ann que había fallado y que, por su culpa, todas las Hermanas de la Luz corrían peligro de muerte y que ella no podía hacer nada por remediarlo? Jagang se acercaba. Tenía que escapar. Mientras ella siguiera encerrada a ninguna de las Hermanas se le ocurriría huir.

Y entonces Jagang se apoderaría de todas ellas.

Richard desmontó de un salto apenas el caballo se detuvo tras dar un patinazo. Al echar la vista atrás comprobó que sus acompañantes aún galopaban tratando de alcanzarlo. Después de acariciar la nariz al caballo empezó a atar las riendas a una palanca de hierro que pertenecía al mecanismo de puerta levadiza.

Tras examinar los engranajes y las palancas se lo pensó mejor y ató las riendas al extremo del eje de un engranaje. La palanca que había elegido en principio era la que liberaba la enorme puerta. Un fuerte tirón, y el rastrillo podía caer sobre el animal.

Sin esperar a los demás Richard entró en el Alcázar del Hechicero. Estaba furioso porque nadie lo había despertado. Veían brillar una luz en las ventanas del Alcázar durante casi toda la noche y nadie se atrevía a despertar a lord Rahl.

Luego, apenas una hora antes, Richard había visto el relámpago y el estallido de luz que se propagó en círculo desde la fortaleza en el cielo despejado, dejando a su paso una humeante capa de nubes.

Antes de penetrar en la fortaleza un pensamiento lo hizo detenerse y bajar la vista hacia la ciudad. Al pie del camino que ascendía hasta el Alcázar nacían otros caminos que se alejaban de Aydindril.

¿Y si alguien había estado en el Alcázar? ¿Y si se había llevado algo? Sería mejor que dijera a los soldados que retuvieran a cualquiera que tratara de marcharse de la ciudad. Tan pronto como los demás llegaran al Alcázar, enviaría a uno de vuelta para que advirtiera a los soldados que sellaran los caminos y no dejaran alejarse a nadie.

Observó a los viajeros. En su mayor parte llegaban a la ciudad y no se iban. Los pocos que la abandonaban eran unas familias con carretillas que abandonaban Aydindril, soldados que salían a patrullar, un par de carros cargados con mercancías y cuatro caballos, muy juntos, que trotaban adelantando a los viajeros a pie. Tendrían que detenerlos a todos y registrarlos.

Pero ¿en busca de qué? Tal vez él mismo podría echarles una mirada, después de que los soldados los obligaran a volver, para comprobar si llevaban algún objeto mágico.

Richard se volvió hacia el Alcázar. No tenía tiempo. Debía averiguar qué había pasado en la fortaleza y, además, ¿cómo sabría él si llevaban o no un objeto mágico? Sería una pérdida de tiempo. Debería dedicarlo a ayudar a Berdine a traducir el diario en vez de registrar las pertenencias de unas pocas familias. Si esa gente prefería marcharse para no vivir bajo la autoridad de D'Hara, que se fuera.

Atravesó los escudos que protegían el Alcázar. Sabía perfectamente que sus cinco guardaespaldas no podrían seguirlo y les disgustaría que no los hubiera esperado. Bueno, tal vez así la próxima vez que vieran luz en el Alcázar lo despertarían.

Embozado en su capa de mriswith fue ascendiendo hacia donde había visto que el relámpago impactaba en el Alcázar. Procuraba evitar los pasillos que le parecían peligrosos y elegía otros que al menos no le erizaran los pelillos de la nuca. Varias veces sintió la presencia de los mriswith, pero ninguno se acercó.

Finalmente se detuvo al llegar a una amplia sala de la que partían cuatro pasillos. Varias puertas estaban cerradas. Un rastro de sangre conducía a una de ellas. Richard se agachó, examinó el rastro que se veía corrido, y determinó que en realidad se trataba de dos rastros: uno que conducía a la habitación y otro que se alejaba de ella.

Abrió la capa de mriswith y desenvainó la espada. El nítido sonido metálico resonó por los corredores. Con la punta del arma abrió la puerta.

Pese a estar vacía no era una habitación normal y corriente. El suelo de madera se veía chamuscado. Melladas líneas cubiertas de hollín se habían grabado en la piedra, como si dentro de la habitación se hubiera desatado una furiosa tormenta con rayos y relámpagos. Pero lo más desconcertante eran los enormes bloques de piedra de las paredes; algunos colgaban medio dentro medio fuera, como si hubieran estado a punto de caer. La impresión era la de un lugar arrasado por un terremoto.

Asimismo vio manchas de sangre por todo el suelo, y a un lado un gran charco. Pero debido al fuego que había chamuscado el suelo estaba tan seca como el polvo, por lo que apenas podía decirle nada.

Richard siguió el rastro de sangre fuera de la habitación hasta una puerta que se abría a la muralla exterior. Al salir al frío aire vio inmediatamente las salpicaduras de sangre en la piedra. Era reciente, de no más de un día de antigüedad.

La muralla azotada por el viento estaba llena de mriswith y partes de mriswith. Aunque se habían congelado, aún hedían. En un muro de metro y medio de altura vio una enorme salpicadura de sangre y, debajo, un mriswith muerto cuya escamosa piel había reventado. Si la mancha de sangre hubiera estado en el suelo en vez de en el muro, Richard hubiera creído que el mriswith había caído del cielo y había muerto del golpe.

La macabra escena le recordaba el escenario que quedaba tras una lucha de Gratch con mriswith. Consternado sacudió la cabeza, preguntándose qué debía de haber ocurrido allí.

El rastro de sangre lo condujo hasta un agujero en el almenado muro. La sangre manchaba la piedra a ambos lados. Richard entró en el agujero y se asomó al borde. La vista producía vértigo.

Los bloques de piedra del Alcázar caían casi en vertical, ensanchándose ligeramente hacia la lejana base, situada muy abajo. La fortaleza se alzaba sobre la misma roca de la montaña, que caía en vertical miles de metros. Desde el agujero en la muralla el rastro de sangre bajaba por la fachada y luego desaparecía en la distancia. En el mismo rastro se veían varias salpicaduras de mayor tamaño. Algo se había precipitado por el borde y había caído golpeándose varias veces contra los muros. Enviaría a soldados para descubrir qué o quién había caído.

Pasó un dedo por los diferentes rastros de sangre del borde; la mayor parte despedían hedor de mriswith. Pero otros no.

¿Queridos espíritus, qué había pasado allí arriba? Richard frunció los labios y sacudió la cabeza. Mientras se envolvía en su oscura capa de mriswith y se tornaba invisible, por alguna razón pensó en Zedd. Ojalá Zedd estuviera allí con él.

16

En esa ocasión, cuando Verna vio que se abría la trampilla inferior de la puerta ya estaba preparada. Se lanzó hacia ella, apartó la bandeja y pegó el rostro al suelo para tratar de ver algo.

—¿Quién está ahí? ¿Quién es? ¿Qué está pasando? ¿Por qué estoy encerrada? ¡Responde! —gritó. Verna distinguió unas botas de mujer y el dobladillo de un vestido. Probablemente se trataba de una Hermana que cuidaba de los internos de la enfermería. La mujer se enderezó—. ¡Por favor! ¡Necesito otra vela! ¡La que tengo casi se ha agotado!

Unos inconmovibles pasos se perdieron por el pasillo. Con dientes apretados y aporreando el suelo con el puño oyó el ruido de una puerta y luego del gran cerrojo que se aseguraba. Finalmente se desplomó en el camastro y se acarició la mano. En los últimos días la había usado demasiadas veces para aporrear la puerta. Era consciente de que el sentimiento de frustración se imponía a la razón.

En aquella celda sin ventanas no podía saber si era de día o de noche. Verna suponía que le llevaban la comida por el día, por lo que trataba de llevar cuenta del paso del tiempo guiándose por eso. No obstante, le parecía que a veces pasaban pocas horas hasta que le llevaban comida y otras casi la dejaban morir de hambre. Su deseo más acuciante era que retiraran de una vez el orinal.

Tampoco le llevaban comida suficiente. El vestido le quedaba holgado en las caderas y el busto. Durante los últimos años había deseado volver a estar tan delgada como veinte años antes, en el momento de iniciar su viaje. En su juventud había sido considerada una mujer atractiva. Para Verna, esos kilos de más eran un recordatorio constante de la juventud y la belleza perdidas.

Se echó a reír como una loca. Tal vez las Hermanas también lo creían y habían decidido poner a su Prelada a régimen. La risa murió al recordar cómo había deseado que Jedidiah viera lo que había dentro de ella y no sólo el exterior, y allí estaba ella, sintiendo nostalgia por su apariencia anterior, igual que él. Una lágrima le rodó por la mejilla. Warren siempre había sabido cómo era ella por dentro. Y era una estúpida.

—Ojalá estés bien, Warren —susurró a las paredes.

Deslizó la bandeja por el suelo hacia la vela. Precipitadamente cogió el vaso de agua. Antes de bebérsela de un trago se contuvo y se recordó que debía hacerla durar. Nunca le daban agua suficiente. Demasiadas veces Verna se la bebía de una vez y luego pasaba el resto del día tumbada en el camastro soñando despierta con que se zambullía en un lago con la boca abierta y bebía tanto como quería.

Así pues, se llevó el vaso a los labios y tomó un sorbito. Al dejarlo de nuevo en la bandeja vio una novedad; ahí había algo más que la media rebanada de pan de rigor. También había un cuenco con sopa.

Lo alzó reverentemente, inhalando su aroma. Era un simple caldo claro de cebolla, pero a ella le pareció un manjar digno de una reina. Casi llorando de alegría lo probó, degustando el dulce sabor. Partió un trozo de pan y lo sumergió en la sopa. Le pareció más sabroso incluso que una taza de chocolate. De hecho, era lo más delicioso que había probado en su vida. Partió el resto del pan y echó los trozos a la sopa. El pan absorbió el líquido, por lo que Verna creyó que no podría comer tanto. Se equivocaba.

Mientras comía se sacó el libro de viaje del bolsillo secreto en el cinturón y lo examinó. Nuevamente sus esperanzas se desvanecieron, pues no había ningún mensaje. Había comunicado a Ann lo ocurrido y había recibido una respuesta rápidamente garabateada que únicamente decía: «Escapa y saca a las Hermanas de palacio». Y desde entonces, ningún otro mensaje.

Inclinó el cuenco para apurar toda la sopa, tras lo cual apagó la vela a fin de no agotarla. Colocó el vaso medio lleno de agua detrás de la vela para asegurarse de que no la derramaría en la oscuridad. Luego se echó en el camastro y se frotó el estómago lleno.

Despertó de un sueño muy profundo al oír un sonido metálico en la puerta como si alguien levantara el pestillo. Verna se cubrió los ojos con el dorso de las manos para protegerlos de la cegadora luz que penetró en la celda. Mientras la puerta se cerraba, buscó el refugio de la pared. Una mujer sostenía un candil. Verna parpadeó para verla pese a la cegadora luz.

La mujer dejó el candil en el suelo, se enderezó y enlazó las manos a la altura de la cintura. Se quedó allí plantada sin decir nada.

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí?

—Hermana Leoma Marsick —fue la lacónica respuesta.

Finalmente los ojos de Verna se fueron acomodando a la luz. Sí, era Leoma. Verna distinguía su arrugada faz y su largo cabello blanco que le caía sobre los hombros.

Leoma la había atacado en el despacho de la Prelada. Ella la había encerrado.

Inmediatamente se le lanzó al cuello.

Confusa, le costó un momento darse cuenta de que volvía a estar sentada en el camastro y que el trasero le escocía por el brusco aterrizaje. Sintió la desagradable sensación de que el rada'han le impedía levantarse. Cuando trató de mover las piernas, no le respondieron. Era una sensación aterradora. Le costaba respirar y luchaba por reprimir un grito de pánico. Cuando dejó de resistirse, el pánico desapareció pero no así la inquietante sensación extrínseca.

—Espero que hayas tenido suficiente, Verna.

Verna se aseguró de que la voz no le temblara antes de replicar:

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—Eres prisionera hasta que concluya tu juicio.

¿Juicio? ¿Qué juicio? No. No daría a Leoma la satisfacción de preguntar.

—Sí, en ese caso es apropiado. —Ojalá pudiera levantarse; era humillante que Leoma la mirara de aquel modo desde arriba—. ¿Ya ha concluido?

—Por eso estoy aquí. He venido para informarte de cuál ha sido la decisión del tribunal.

Verna se tragó la mordaz réplica que tenía en la punta de la lengua. Era evidente que las Hermanas traidoras la habrían hallado culpable de algún cargo inventado.

—¿Y cuál es esa decisión? —preguntó.

—Has sido declarada culpable de ser una Hermana de las Tinieblas.

Verna se quedó sin habla. Simplemente clavó la vista en Leoma, incapaz de hablar, tal era el dolor que sentía al saber que otras Hermanas la acusaran de eso. Ella había trabajado casi toda la vida para ver al Creador honrado en este mundo. La rabia creció en su interior pero recordó la advertencia que le hiciera Warren sobre su genio, y la refrenó.

—¿Hermana de las Tinieblas? Entiendo. ¿Cómo es posible que haya sido condenada sin pruebas?

Leoma se rió entre dientes.

—Vamos, Verna. No creerías que podías cometer un crimen tan grave y no dejar ninguna prueba...

—No, supongo que os habréis inventado alguna. ¿Has venido sólo a decirme eso o para vanagloriarte de que al fin has conseguido ser la Prelada?

Leoma enarcó una ceja.

—Oh, no he sido nombrada Prelada. La elegida ha sido la hermana Ulicia.

Verna se estremeció.

—¡Ulicia! ¡Pero si Ulicia es una Hermana de las Tinieblas! ¡Huyó con cinco de sus colaboradoras!

—Al contrario. Las hermanas Tovi, Cecilia, Armina, Nicci y Merissa han regresado y han recuperado su rango de Hermanas de la Luz.

Por mucho que se esforzó, Verna no logró levantarse.

—¡Fueron descubiertas mientras atacaban a la prelada Annalina! ¡Ulicia la mató! ¡Todas huyeron!

Leoma suspiró, como si tuviera que explicar las cosas más simples a una ignorante novicia.

—¿Y quién las atrapó mientras atacaban a la prelada Annalina? —Hizo una pausa y se contestó ella misma—. Tú. Tú y Richard.

»Las seis Hermanas han testificado que una Hermana de las Tinieblas las atacó después de que Richard matara a la hermana Liliana, y que huyeron para salvarse pensando en regresar para salvar a palacio de tus mentiras. Ahora todo está claro.

»Fuiste tú, una Hermana de las Tinieblas, quien les tendiste una trampa. Tú y Richard fuisteis los únicos testigos. Fuiste tú quien mató a la prelada Annalina. Tú y Richard Rahl, a quien ayudaste a escapar. Varias Hermanas han testificado que oyeron cómo decías a uno de los guardias, Kevin Andellmere, que debía permanecer leal a Richard, tu cómplice, y no al emperador.

Verna sacudió la cabeza, incrédula.

—¿Habéis aceptado la palabra de seis servidoras del Custodio y, basándoos en eso, porque ellas son seis y yo sólo una, me sentenciáis?

—Nada de eso. Han sido muchos días de testimonios y pruebas. De hecho, eran tantos que tu juicio se ha prolongado dos semanas. En interés de la justicia y por la gravedad de los cargos, teníamos que estar seguras de que éramos totalmente imparciales y meticulosas. Han sido muchos los testigos que han dado fe de hasta dónde llegó tu nefando trabajo.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—Te has dedicado sistemáticamente a destruir la labor de palacio. Trataste de acabar de un plumazo con miles de años de tradición sólo para arruinar el trabajo de las Hermanas de la Luz. Has causado multitud de problemas.

»Los habitantes de la ciudad se amotinaron porque ordenaste que las mujeres que nuestros jóvenes magos dejaban embarazadas ya no recibirían ni una moneda más de palacio. Esos bebés son una de nuestras principales fuentes para conseguir chicos nacidos con el don. Como deseabas cortar esa fuente prohibiste que nuestros jóvenes fuesen a la ciudad para satisfacer sus necesidades y tener hijos que heredaran el don.

»La semana pasada el descontento desembocó en un disturbio que los soldados debieron reprimir. El pueblo se disponía a asaltar el palacio, enfurecido por la crueldad de las Hermanas al permitir que esas muchachas y sus hijos murieran de hambre. Muchos de nuestros jóvenes se unieron al levantamiento porque les negaste el oro de palacio.

Verna se preguntó qué tipo de «disturbio» había sido ése teniendo en cuenta que los jóvenes magos habían participado en él. Pero, desde luego, Leoma no iba a decirle la verdad. Verna sabía que entre los jóvenes magos había hombres buenos, y temía por su suerte.

—Nuestro oro corrompe la moral de cualquiera que lo toca —arguyó Verna, aunque sabía que perdía el tiempo tratando de defenderse. No podría convencer a Leoma con la razón ni con la verdad.

—Ha funcionado durante miles de años. Pero, como es natural, no deseas que siga funcionando, pues ello redunda en beneficio del Creador. Esas órdenes han sido revocadas, al igual que otras directivas tuyas que a punto han estado de arruinarnos.

»Querías que nuestros jóvenes magos fracasaran, por lo que decidiste que no pudiésemos determinar si estaban preparados para enfrentarse al mundo y anulaste la prueba de dolor. También esa orden ha sido revocada.

»Desde el mismo día que fuiste nombrada Prelada has profanado la doctrina de palacio. Primero mataste a la Prelada y después te serviste de tus trucos de magia del inframundo para ocupar tú el puesto y destruirnos.

»Te negaste a escuchar a tus consejeras, porque nunca tuviste ninguna intención de preservar el palacio. Ni siquiera te molestabas en leer los informes, sino que descargaste todo ese trabajo sobre

administradoras sin experiencia, mientras que tú te encerrabas en tu santuario privado para consultar con el Custodio.

Verna lanzó un suspiro.

—¿Se trata de eso? ¿Mis administradoras no querían trabajar tanto? ¿Resulta que personas avariciosas se han disgustado porque me negué a darles más oro del tesoro de palacio, solamente porque preferían quedarse embarazadas en vez de esperar a fundar su propia familia para echar hijos al mundo? ¿Algunas Hermanas están descontentas porque no permito que nuestros jóvenes estudiantes busquen su satisfacción personal sin ningún freno? ¿Acaso la palabra de seis Hermanas que huyen en vez de quedarse para ser interrogadas de pronto se toma en serio? ¡Y encima nombráis a una de ellas Prelada! ¿Y todo eso sin ninguna prueba firme?

Finalmente los labios de Leoma esbozaron una sonrisa.

—Oh, tenemos una prueba concluyente, Verna. Claro que la tenemos.

Con aire de suficiencia se sacó de un bolsillo un papel.

—Tenemos una prueba firme y condenatoria, Verna. —Solemnemente desplegó el papel mientras fijaba de nuevo su severa mirada en Verna—. Y también un testigo: Warren.

Verna se encogió como si acabaran de propinarle una bofetada. Recordó los mensajes de la Prelada y Nathan, ambos muy alarmados, en que le apremiaban a que alejara a Warren de palacio. Ann había insistido mucho en que Warren se marchara enseguida.

—¿Lo reconoces, Verna? —Verna no osaba hablar, ni siquiera mirar—. Creo que sí. Es una profecía. Sólo una Hermana de las Tinieblas tendría la arrogancia de dejar por ahí un documento tan incriminador. Lo encontramos en las criptas, dentro de un libro. ¿Has olvidado qué dice? Te refrescaré la memoria:

«Cuando la Prelada y el Profeta sean entregados a la Luz en el sagrado rito, las llamas llevarán a ebullición un caldero de engaño y promoverán el ascenso de una falsa Prelada, que reinará sobre los muertos del Palacio de los Profetas».

Leoma dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo.

—Sabías que Warren eran un profeta y, no obstante, le quitaste el collar. Permitiste que un profeta anduviera suelto, lo cual es una grave falta.

—¿Qué te hace creer que fue Warren quien dictó esa profecía? —inquirió Verna cautelosamente.

—Él mismo lo ha confesado. Costó un poco convencerlo de que admitiera ser el autor.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó Verna acaloradamente.

—Usamos el rada'han, como es nuestro deber, para descubrir la verdad. Al final confesó que la profecía era suya.

—¿El rada'han? ¿Le habéis vuelto a poner el collar?

—Naturalmente. Un profeta debe llevar el collar. Como Prelada, era tu deber hacerlo. Warren vuelve a llevar un rada'han y ocupa los aposentos del Profeta, custodiado por soldados y escudos, como debe ser.

»El Palacio de los Profetas avanza de nuevo por el buen camino. Esta profecía fue la última y definitiva prueba para condenarte. Demuestra la duplicidad de tus acciones y revela tus verdaderas intenciones. Es una suerte que pudiéramos intervenir antes de que llevaras a cabo esa profecía. Has fracasado.

—Sabes perfectamente que nada de eso es cierto.

—La profecía de Warren demuestra tu culpabilidad. Te acusa de ser una falsa Prelada y descubre tus planes para destruir el Palacio de los Profetas. Se armó un buen revuelo cuando fue leída ante el tribunal —prosiguió, sonriendo—. No podríamos tener una prueba más firme y condenatoria.

—Inmunda bestia. No pararé hasta verte muerta.

—No esperaba menos de ti. Afortunadamente no estás en posición de cumplir tus amenazas.

Verna clavó la vista en los ojos de Leoma mientras se besaba el dedo anular.

—¿Por qué no te besas el dedo, Leoma, para suplicar la ayuda del Creador en este tiempo de tribulación para el Palacio de los Profetas?

—Ya se han acabado las tribulaciones, Verna —replicó Leoma con una burlona sonrisa.

—Bésate el dedo, Leoma, y demuestra al Creador que te preocupa el bienestar de las Hermanas de la Luz.

Por supuesto Leoma no lo hizo. No podía, y Verna lo sabía.

—No he venido aquí para rezar al Creador.

—Claro que no, Leoma. Ambas sabemos que eres una Hermana de las Tinieblas, al igual que la nueva Prelada. Ulicia es la falsa Prelada que anuncia la profecía.

Leoma se encogió de hombros.

—Verna, eres la primera Hermana que es condenada por un crimen tan atroz. No hay duda. La sentencia es firme.

—Estamos solas, Leoma. Nadie puede oírnos detrás de todos esos escudos excepto, claro está, alguien que posea Magia de Resta. Y de ellos no tienes nada que temer. Las auténticas Hermanas de la Luz no pueden oír lo que decimos. Incluso si yo se lo dijera a alguien, nadie me creería.

»Así pues, deja de fingir, Leoma. Ambas sabemos la verdad.

—Continúa —dijo Leoma sonriendo apenas.

Verna inspiró hondo para tranquilizarse y cruzó las manos en el regazo.

—No me habéis matado como Ulicia mató a la prelada Annalina. No os habríais molestado en organizar toda esa farsa si quisierais matarme; podríais haberlo hecho en mi despacho. Es obvio que queréis algo. ¿Qué es?

Leoma se rió entre dientes.

—Ah, Verna, tú nunca has sido de las que se andan por las ramas. Pese a tu falta de experiencia, debo admitir que eres lista.

—Sí, sí, soy una lumbrera; por eso estoy aquí encerrada. ¿Qué desea de mí tu amo, el Custodio?

Leoma frunció los labios.

—Por el momento servimos a otro amo. Y él quiere algo importante de ti.

—¿Jagang? ¿Ahora habéis jurado servir a Jagang?

Leoma no pudo sostenerle la mirada.

—No exactamente, pero eso no importa ahora. Jagang quiere cosas y las va a conseguir. Mi deber es procurar que las consiga.

—¿Qué quiere de mí?

—Que renuncies a tu lealtad a Richard Rahl.

—Debes de estar soñando si crees que haré algo así.

Leoma esbozó una irónica sonrisa.

—Sí, los sueños tienen mucho que ver en todo esto. Pero eso es aparte. Debes romper el vínculo con Richard.

—¿Por qué?

—Richard es el único capaz de interferir en los planes del emperador. Verás, la lealtad hacia Richard bloquea el poder de Jagang. El emperador desea comprobar si es posible romper esa lealtad para penetrar en tu mente. Digamos que es un experimento. Mi deber es convencerte de que rompas esa lealtad.

—No pienso hacerlo. Nada me obligará a renunciar a mi lealtad hacia Richard.

—Oh, conozco muchos modos de obligarte —repuso Leoma con una siniestra sonrisa—. Estoy muy motivada. Antes de que llegue Jagang para establecer aquí su cuartel general romperé la lealtad que guardas hacia su enemigo.

—¿Cómo? ¿Impidiéndome el acceso a mi han? ¿Crees que de ese modo quebrarás mi voluntad?

—¿Tan fácilmente olvidas, Verna? ¿Has olvidado los otros usos del rada'han? ¿Olvidas la prueba de dolor? Más pronto o más tarde te arrodillarás y me suplicarás que te permita jurar fidelidad al emperador.

»No cometas el error de pensar que tendré escrúpulos en llegar hasta donde sea necesario. No cometas el error de olvidar qué soy, ni de pensar que me queda ni una pizca de compasión. Aún faltan semanas antes de que Jagang llegue. Tenemos tiempo de sobra. Esas semanas te parecerán años hasta que cedas, y cederás.

Verna se puso tensa. Había olvidado la prueba de dolor. Nuevamente sintió cómo el pánico le atenazaba la garganta. Ni que decir tiene que había visto cómo la aplicaban a jóvenes con el rada'han pero nunca duraba más de una hora, y entre prueba y prueba se dejaban transcurrir años.

Leoma avanzó unos pasos y derramó de un puntapié el vaso de agua.

—¿Empezamos ya, hermana Verna?

17

Richard se estremeció al ver cómo el muchacho caía inconsciente. Algunos espectadores lo apartaron a un lado y otro chico ocupó su lugar. Incluso desde el ventanal del Palacio de las Confesoras podía oír los gritos de ánimo de los niños que presenciaban el ja'la. Era el mismo juego que Richard había visto jugar en Tanimura.

En su país natal, la Tierra Occidental, nunca había oído hablar del ja'la, pero tanto los niños de la Tierra Central como los del Viejo Mundo eran muy aficionados. Era un juego enérgico, rápido y, por lo que parecía, apasionante, aunque Richard hubiese preferido otro que no les hiciera saltar los dientes.

—¿Lord Rahl? ¿Lord Rahl, estáis ahí? —llamó Ulic.

Richard se volvió y se echó a la espalda la negra capa de mriswith, abandonando así su reconfortante protección.

—Sí, Ulic. ¿Qué pasa?

El fornido guardaespaldas entró en la estancia al ver a Richard aparecer salido de la nada. Ya se había acostumbrado.

—Ahí fuera hay un general kelta que pide ser recibido. Es el general Baldwin.

—Baldwin, Baldwin —repitió Richard, tratando de hacer memoria—. Sí, ya lo recuerdo. Es el comandante en jefe de todas las fuerzas keltas. Le enviamos una carta sobre la rendición de Kelton. ¿Qué quiere?

—Me ha dicho que solamente hablará con lord Rahl.

Richard se volvió de nuevo hacia la ventana. Con una mano apartó la pesada cortina dorada mientras se apoyaba despreocupadamente contra el marco pintado de la ventana. Vio que un muchacho se doblaba por la cintura, tratando de recuperarse de un golpe de broc. Pasados unos momentos el chico se enderezó y se incorporó de nuevo al juego.

—¿Cuántos hombres han acompañado al general?

—Sólo un pequeño grupo de cinco o seiscientos soldados.

—Sabe que Kelton se ha rendido. Si buscara problemas, no hubiera acudido a Aydindril con tan pocos hombres. Supongo que tendré que recibirlo. —Se volvió hacia Ulic, que esperaba sus órdenes—. Berdine está ocupada. Que Raina y Cara escolten al general.

Ulic se golpeó el pecho con un puño y ya se marchaba cuando Richard lo llamó.

—¿Han encontrado algo más los hombres al pie de la montaña, debajo del Alcázar?

—No, lord Rahl; sólo pedazos de mriswith. Hay tanta nieve acumulada que tendremos que esperar a la primavera, cuando se funda, para descubrir qué más cayó del Alcázar. El viento pudo arrastrar cualquier cosa bastante lejos, y los hombres no saben dónde empezar a cavar. Solamente han encontrado brazos y garras de mriswith, que son tan ligeros que no se han hundido en la nieve. Cualquier otra cosa más pesada podría estar enterrada bajo diez metros de esa nieve blanda.

Richard asintió, decepcionado.

—Otra cosa. El palacio debe de tener costureras. Busca a la jefa de las costureras y envíamela, por favor.

Sin darse cuenta, Richard volvió a envolverse en su negra capa de mriswith y continuó observando el partido de ja'la. Esperaba con impaciencia la llegada de Kahlan y Zedd. Ya no podían tardar mucho. Debían de estar cerca. Gratch los habría encontrado y pronto volverían a estar todos juntos.

—¿Lord Rahl? —llamó Cara desde la puerta.

Richard se volvió al tiempo que abría la capa y se relajaba. Entre las dos mord-sith vio a un hombre alto y fornido, algo mayor ya. Exhibía un mostacho negro con hebras blancas que le llegaba hasta la línea inferior de la mandíbula, y el pelo cano le llegaba por debajo de las orejas. Allí donde el pelo empezaba a ralear, brillaba su calva.

Iba ataviado con una pesada capa semicircular de sarga forrada con suntuosa seda verde y sujeta sobre un hombro con dos botones. Llevaba doblado hacia fuera el alto cuello bordado del sobreveste marrón decorado con un símbolo heráldico partido en diagonal por una línea negra que dividía un escudo amarillo y azul. Las botas le llegaban hasta las rodillas. Llevaba unos guanteletes negros con puños acampanados vueltos al frente, metidos bajo un ancho cinturón de elegante hebilla.

El general palideció y se detuvo cuando Richard se materializó ante sus ojos. Richard lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Encantado de conoceros, general Baldwin. Soy Richard Rahl.

Por fin, el general recuperó la compostura y le devolvió el saludo.

—Lord Rahl, es un honor que me recibáis sin haber anunciado mi llegada con más tiempo.

—Por favor, Cara, trae una silla al general. Debe de estar cansado por el viaje.

Después de que Cara colocara una sencilla silla almohadillada frente a la mesa y que el general tomara asiento, Richard se sentó detrás de la mesa.

—¿Qué deseáis de mí, general?

El general echó un rápido vistazo a Raina, de pie a su izquierda, y a Cara, que se mantenía a su derecha. Ambas mujeres, que permanecían relajadas y en silencio con las manos enlazadas a la espalda, no mostraban la menor intención de marcharse.

—Podéis hablar con total libertad, general. Confío en ellas plenamente.

El general Baldwin tomó aire, aceptó la palabra de Richard y se relajó un tanto.

—Lord Rahl, he venido a propósito de la reina.

Era lo que Richard esperaba.

—Siento mucho lo ocurrido, general —declaró, cruzando las manos sobre la mesa.

El general apoyó a su vez un brazo sobre la mesa y se inclinó hacia adelante.

—Sí, ya he oído cosas de esos despreciables mriswith. Vi a algunos de esos monstruos clavados en picas fuera de palacio.

Richard a punto estuvo de replicar que tal vez eran monstruos, pero no eran despreciables. Al menos uno de ellos había matado a Cathryn Lumholtz cuando trataba de asesinarlo. Pero era poco probable que el general lo entendiera, por lo que en vez de eso dijo:

—Lamento profundamente que vuestra reina muriera cuando se hallaba bajo mi techo.

—No he venido a acusaros de nada, lord Rahl. Ahora lo que importa es que, después de la muerte de Cathryn Lumholtz, Kelton se ha quedado sin un rey ni una reina. La duquesa era la última sucesora al trono, por lo que su repentina muerte plantea un grave problema.

—¿Qué tipo de problema? —inquirió Richard tratando de que su voz sonara amistosa pero oficial—. Ahora Kelton forma parte de D'Hara.

El rostro del general se contrajo en una mueca.

—Sí, recibimos los documentos de rendición. Pero la reina que los firmaba ahora está muerta. Mientras ocupó el trono todos acatábamos sus decisiones, pero ahora no sabemos cómo proceder.

Richard frunció el entrecejo.

—¿Me estáis diciendo que necesitáis un nuevo rey o reina?

El general se encogió de hombros con aire de disculpa.

—Es la tradición de Kelton. Aunque después de rendirnos a D'Hara no sea más que una figura simbólica, el pueblo kelta desea tener un monarca. Sin rey o reina no son más que nómadas, sin raíces ni nada en común que los mantenga unidos.

»Puesto que ya no queda ningún Lumholtz en la línea de sucesión, otra de las casas nobles podría destacarse. Ninguna de ellas tiene derecho a reclamar el trono, pero es posible que una lo gane por la fuerza. Claro que también podría estallar una guerra civil.

—Comprendo. Espero que os deis cuenta de que sea quien sea el nuevo rey o reina, la rendición es irrevocable.

—No es tan sencillo. Por eso he venido a pediros ayuda.

—¿En qué puedo ayudar?

El general se acarició el mentón.

—Veréis, lord Rahl, la reina Cathryn se rindió ante vos, pero ahora está muerta. Hasta que no tengamos un nuevo monarca somos súbditos vuestros. Sois el equivalente de nuestro rey hasta que se nombre al verdadero rey. No obstante, la casa que acceda al trono puede ver las cosas de manera distinta.

Richard no hizo ningún esfuerzo por ocultar el tono de amenaza en su voz.

—Me da igual cómo lo vean ellos. Es una cuestión zanjada.

El general agitó una mano como si implorara paciencia.

—Yo creo que el futuro está con vos, lord Rahl. El problema es que si finalmente accede al trono el linaje equivocado, puede que tenga otra idea. Francamente, nunca hubiera imaginado que los Lumholtz eligieran ponerse de vuestro lado y del de D'Hara. Debéis de tener un gran poder de persuasión si pudisteis hacer entrar en razón a la reina.

»Parte de la alta nobleza de mi país es muy ducha en los juegos de poder, aunque no siempre tienen en cuenta el bien general. Los ducados son casi soberanos y sus súbditos solamente se inclinan ante el monarca. Si la casa equivocada sube al trono y declara inválida la rendición, no faltarán quienes traten de convencerlos de que sigan los dictados de la Corona y no de D'Hara. En ese caso podía estallar una guerra civil.

»Yo soy un militar y evalúo los acontecimientos con ojos de soldado. Lo que menos gusta a un soldado es luchar en una guerra civil. Tengo hombres procedentes de todos los ducados. Una guerra civil acabaría con la unidad del ejército, nos destruiría y nos haría vulnerables frente al auténtico enemigo.

—Os escucho. Continuad —dijo Richard tras un largo silencio.

—Como he dicho, comprendo el valor de la unidad, de la autoridad única, y creo que el futuro sois vos. Ahora mismo, hasta que no tengamos rey, vos sois la ley.

El general Baldwin se apoyó de lado en la mesa y bajó la voz para decir significativamente:

—Puesto que en estos momentos vos sois la ley, si nombráis un rey o una reina, nadie protestará. ¿Veis qué quiero decir? Las casas se verían obligadas a aceptar al nuevo monarca y os seguirían si el nuevo gobernante así lo decreta.

—Lo presentáis como si fuera una partida de ajedrez, general. Hay que mover una pieza del tablero para bloquear la pieza del contrario antes de que éste tenga tiempo de atacar.

El general se atusó el mostacho al tiempo que contestaba:

—Os toca mover, lord Rahl.

—Comprendo. —Richard se recostó en la silla y se quedó un momento pensativo, sin saber cómo resolver la situación. Tal vez debería pedir consejo al general sobre qué casa sería leal. No obstante, no consideró sensato confiar hasta ese punto en un hombre que se presentaba por las buenas y anunciaba su intención de ayudar. Podría ser una treta.

Miró a Cara, que permanecía de pie junto al general, algo retrasada. La mord-sith tenía los hombros ligeramente encorvados, callaba y parecía confundida. Al mirar a Raina se dio cuenta de que tampoco ella tenía sugerencias.

Richard se levantó, se aproximó a la ventana y miró a la gente de la ciudad. Ojalá Kahlan estuviera allí. Ella era una experta en temas de realeza y gobernantes. La anexión de la Tierra Central estaba resultando mucho más complicada de lo que había imaginado.

Podría limitarse a ordenar a los keltas que se dejaran de tonterías y enviar a tropas de D'Hara para imponer sus órdenes. Pero eso supondría malgastar soldados en un tema que ya estaba zanjado. Tampoco podía dejar el asunto sin resolver, pues era preciso que Kelton permaneciera leal; de eso dependía la rendición de otros países. Ya tenía a Kelton, pero si cometía un error todos sus planes podrían arruinarse.

Ojalá Kahlan se diera prisa y llegara pronto a Aydindril. Ella sabría qué hacer. Quizá debería usar tácticas dilatorias hasta que Kahlan y Zedd llegaran, escuchar su consejo y luego obrar en consecuencia. Kahlan no debería tardar mucho en llegar. La cuestión era: ¿llegaría a tiempo?

«Kahlan, ¿qué debo hacer?»

Kahlan.

—Puesto que Kelton necesita un monarca que sea el símbolo de la esperanza y guíe al pueblo de Kelton —declaró, volviéndose hacia el general—, elegiré a uno.

El general esperaba, expectante.

—Por mi autoridad como amo de D'Hara, a quien Kelton debe lealtad, nombraré una reina:

»A partir de este día Kahlan Amnell es la reina de Kelton.

El general Baldwin abrió mucho los ojos y se puso en pie de un salto.

—¿Nombráis a Kahlan Amnell nuestra reina?

Richard endureció la mirada y posó una mano sobre la empuñadura de la espada antes de responder.

—Así es. Kelton se inclinará ante ella. Al igual que vuestra rendición, esta orden es irrevocable.

El general Baldwin se hincó de hinojos y humilló la cabeza.

—Lord Rahl, apenas puedo creer que hagáis esto por mi pueblo. Os doy las gracias.

Richard, que se disponía ya a desenvainar la espada, detuvo el movimiento al oír las palabras del general. No se esperaba esa reacción.

Finalmente el general se levantó.

—Lord Rahl, debo partir al instante para comunicar esta gloriosa nueva a nuestras tropas. Los soldados se sentirán tan honrados como yo de ser súbditos de Kahlan Amnell.

Richard seguía receloso y no quiso definirse.

—Me complace que aceptéis mi elección, general Baldwin.

El general extendió los brazos.

—¿Aceptarla? Supera mis expectativas, lord Rahl. Kahlan Amnell es la reina de Galea. Kelton se sentía discriminado por el hecho de que la mismísima Madre Confesora sirviera como reina a nuestro rival, Galea. Pero ahora que también será nuestra reina, todos sabrán que lord Rahl nos tiene en tan alta estima como a Galea. Cuando os desposéis con ella no sólo os uniréis a los galeanos sino también a los keltas.

Richard se quedó rígido, sin poder articular palabra. ¿Cómo sabía el general que Kahlan era la Madre Confesora? Queridos espíritus, ¿qué había ocurrido?

El general kelta extendió su mano, cogió la mano que Richard tenía posada en la empuñadura de la espada y la estrechó calurosamente.

—Lord Rahl, mi pueblo jamás había recibido tan alto honor: la Madre Confesora será nuestra reina. Gracias, lord Rahl, muchísimas gracias.

El general Baldwin no cabía en sí de gozo, pero Richard se hallaba al borde de un ataque de pánico.

—General, espero que esto sellará nuestra unidad —se forzó a decir.

El general agitó una mano y rió, jubiloso.

—Ahora ya nada la podrá romper, lord Rahl. Si me excusáis, debo regresar inmediatamente para comunicar a mi pueblo la buena nueva.

—Naturalmente.

El general estrechó la mano de Raina y Cara antes de salir a toda prisa. Richard se había quedado aturdido.

—¿Lord Rahl, os ocurre algo? Estáis tan pálido como la cera.

Finalmente Richard apartó la mirada de la puerta por la que el general había salido y la posó en la mord-sith.

—El general sabía que Kahlan es la Madre Confesora.

Entonces fue Cara quien lo miró con expresión de absoluto desconcierto.

—Todo el mundo sabe que vuestra prometida, Kahlan Amnell, es la Madre Confesora.

—¿Qué? —susurró Richard—. ¿Vosotras también lo sabéis?

Cara y Raina asintieron.

—Naturalmente, lord Rahl —dijo Raina—. Tenéis mala cara. ¿Estáis enfermo? Tal vez deberíais sentaros.

Los ojos de Richard pasaron de la interrogadora faz de Raina a la de Cara.

—Kahlan estaba protegida por un hechizo. Nadie sabía que es la Madre Confesora. Nadie. Un gran mago usó magia para ocultar su identidad. Ni siquiera vosotras lo sabíais.

Cara frunció el entrecejo; las palabras de Richard la habían dejado perpleja.

—¿No lo sabíamos? Es muy extraño, lord Rahl. A mí me parece que siempre he sabido que era la Madre Confesora. —Raina asintió.

—Imposible —rebatió Richard—. ¡Ulic! ¡Egan!

Los dos guardaespaldas aparecieron casi inmediatamente en el umbral, en posición de combate.

—¿Qué ocurre, lord Rahl?

—¿Con quién voy a casarme?

Ulic y Egan denotaron su sorpresa.

—Con la reina de Galea, lord Rahl —respondió Ulic.

—Pero ¿quién es? —preguntó Richard, gritando.

Los dos d'haranianos intercambiaron un vistazo de incomprensión antes de que Egan contestara:

—Bueno, es Kahlan Amnell, la reina de Galea y la Madre Confesora.

—¡Se supone que la Madre Confesora está muerta! ¿No recordáis el discurso que pronuncié ante los representantes en las cámaras del Consejo? ¿No recordáis que les dije que deberían honrar la memoria de la fallecida Madre Confesora y unirse a D'Hara?

Ulic se rascó la cabeza, mientras que Egan clavó la vista en el suelo mientras se lamía la yema de un dedo, sumido en sus pensamientos. Raina miraba a los otros, esperando una respuesta. Finalmente el rostro de Cara se iluminó.

—Creo que lo recuerdo, lord Rahl —dijo—. Pero me parece que os referíais a las Madres Confesoras del pasado, no a vuestra futura esposa.

Todos asintieron.

—Mirad, sé que no lo comprendéis pero tiene que ver con la magia.

—En eso tenéis razón, lord Rahl —dijo Raina, poniéndose seria—. Si se trataba de un conjuro, la magia nos está engañando. Vos poseéis magia, por lo que sois consciente de la dificultad. Debemos confiar en vos en este asunto.

Richard se frotó las manos mientras que con mirada perdida reflexionaba. Algo iba mal. Algo iba terriblemente mal. Pero ¿qué? Tal vez Zedd había anulado el hechizo. Tal vez tenía una buena razón. Quizá no había pasado nada malo. Zedd estaba con ella. Zedd la protegería. Richard giró en redondo.

—La carta —dijo—. La carta que les envié. Quizá Zedd ha anulado el hechizo porque sabe que he arrebatado Aydindril a la Orden Imperial y cree que ya no es necesario continuar con la farsa.

—Parece razonable —comentó Cara.

Pero Richard se sentía abrumado por la inquietud. ¿Y si Kahlan estaba furiosa porque Richard había puesto fin a la alianza de la Tierra Central y había exigido que todos los países se rindieran a D'Hara? ¿Y si había insistido en que Zedd la liberara del hechizo para que todos supieran que la Tierra Central seguía teniendo una Madre Confesora? En ese caso, Kahlan no estaría en peligro sino enfadada con él. Lo prefería. Pero si estaba en peligro, tenía que ayudarla.

—Por favor, Ulic, busca al general Reibisch y tráemelo enseguida. —Ulic saludó y salió de la habitación—. Egan, quiero que vayas a ver a algunos de los oficiales y soldados. Actúa con normalidad y traba conversación con ellos, por ejemplo sobre mi matrimonio. Quiero que averigües si también ellos saben que Kahlan es la Madre Confesora.

Richard caminó de un lado a otro mientras esperaba la llegada del general Reibisch. ¿Qué debía hacer? Kahlan y Zedd debían de estar al caer, pero ¿y si algo había ido mal? Incluso si Kahlan estaba furiosa con él, eso no le impediría ir a Aydindril para tratar de disuadirlo, o echarle un sermón sobre la historia de la Tierra Central y sobre lo que estaba destruyendo.

O tal vez querría decirle que anulaba el compromiso y que no quería verlo nunca más. No. Era imposible. Kahlan lo amaba y, por muy enfadada que estuviera con él, nunca permitiría que nada se interpusiera entre ambos. Tenía que creer en su amor, como ella tenía que creer en el suyo.

La puerta se abrió y Berdine entró como buenamente pudo con los brazos cargados de libros y papeles. Sostenía una pluma entre los dientes. Hizo un amago de sonrisa pese a la pluma y descargó los papelajos sobre la mesa.

—Si no estáis ocupado, tenemos que hablar —susurró.

—Ulic ha ido a buscar al general Reibisch. Debo hablar con él urgentemente.

Berdine echó un vistazo a Cara, a Raina y luego a la puerta.

—¿Queréis que me vaya, lord Rahl? ¿Pasa algo malo?

Por lo que habían averiguado hasta entonces, Richard sabía ya que no se había equivocado al llevarse el diario del Alcázar. De todos modos, no podría hacer nada hasta que Reibisch se presentara.

—¿Con quién me voy a casar?

Berdine abrió un libro mientras tomaba asiento junto a la mesa y rebuscaba entre los papeles que había llevado.

—Con la reina Kahlan Amnell, la Madre Confesora. ¿Tenéis tiempo? —inquirió, mirándolo esperanzada—. Necesito vuestra ayuda.

Richard suspiró y fue a colocarse detrás de la mujer.

—Tengo tiempo hasta que el general Reibisch llegue. ¿Qué necesitas?

Con el extremo que no escribía de la pluma dio golpecitos al diario abierto.

—He traducido casi hasta aquí. Creo que es un pasaje muy importante, pero me faltan dos palabras. —Berdine cogió la versión en d'haraniano culto de *Las aventuras de Bonnie Day* y la colocó frente a ambos—. He encontrado un sitio en el que salen estas dos palabras. Espero que recordéis qué dice.

Las aventuras de Bonnie Day había sido el libro favorito de Richard. Lo había leído tantas veces que creía que lo sabía de memoria, pero descubrió que no era así. Aunque lo conocía muy bien, recordar las palabras exactas no era ni mucho menos tan sencillo como había imaginado. Recordaba el argumento pero no literalmente, palabra por palabra. Y a no ser que recordara las palabras exactas de una frase no podía ayudar a Berdine.

Varias veces había regresado al Alcázar en busca de una versión del libro en su idioma, para compararlo con la versión en d'haraniano culto, pero no había tenido éxito. Era frustrante no poder ser de más ayuda.

Berdine señaló un pasaje de *Las aventuras de Bonnie Day*.

—Necesito estas dos palabras. ¿Recordáis qué dice la frase?

Richard se animó. Los principios de capítulo eran los que mejor recordaba, pues todos empezaban de manera memorable.

—¡Sí! Éste es el capítulo en el que se van. Lo recuerdo. Empieza diciendo: «Por tercera vez en esa semana Bonnie violó la norma de su padre de ir al bosque sola».

Berdine se inclinó hacia adelante con la vista fija en la línea en cuestión.

—Sí, esta palabra es «violar», ésa ya la tenía. ¿Esta de aquí es «norma» y esta otra «tercera»?

Alzó la vista hacia Richard, que asintió. Muy nerviosa y emocionada, Berdine sumergió la pluma en el tintero y empezó a escribir en una de las hojas de papel, rellenando los huecos. Al acabar, lo deslizó frente a lord Rahl, orgullosa.

—Ésta es la traducción.

Richard cogió el papel y lo leyó a la luz que entraba por la ventana situada a su espalda.

Las discusiones están a la orden del día. La Tercera Norma de un mago: las pasiones dominan la razón. Temo que esta norma, la más insidiosa de todas, sea nuestra ruina. Incluso los que la tenemos en cuenta la estamos violando. Las diferentes facciones insisten en que la solución que ellos proponen se basa en la razón, pero me temo que todos actuamos llevados por las pasiones. Incluso Alric Rahl nos envía frenéticos mensajes en los que afirma tener la solución. Mientras tanto los Caminantes de los Sueños causan estragos entre nuestros hombres. Rezo para que podamos completar las torres o todos estaremos perdidos. Hoy me despedí de los amigos que parten hacia las torres. Lloré porque son buenos hombres y jamás volveré a verlos en este mundo. ¿Cuántos más morirán en las torres para defender la causa de la razón? Desgraciadamente sé que mucho peor sería que violásemos la Tercera Norma.

Cuando Richard acabó de leer se volvió hacia la ventana. Él había estado en esas torres. Sabía que había sido necesario que unos magos dieran su vida para activar los hechizos de las torres, pero hasta entonces no había visto a esos magos como personas de carne y hueso. Pero al leer las angustiosas palabras escritas por el autor del diario, muerto miles de años atrás, se le ponían los pelos de punta. Era como si el autor siguiera viviendo a través de las palabras.

Pensó en la Tercera Norma, tratando de entenderla solo. Para la primera había tenido a Zedd; y para la segunda, Nathan. Ambos le habían ayudado a comprender cómo se aplicaban en la vida real. Pero con la tercera tendría que apañárselas solo.

Recordó lo sucedido cuando habló con algunas de las personas que abandonaban la ciudad. Les había preguntado por qué huían de Aydindril, y ellos, aunque asustados, habían respondido que Richard era un monstruo que se dedicaba a matar por placer.

Cuando los presionó, admitieron que les habían llegado rumores de que lord Rahl mantenía niños esclavos en el palacio, que seducía a innumerables doncellas y luego las echaba a la calle, desnudas y aturdidas por la experiencia. Afirmaron conocer a jóvenes y adolescentes a las que Richard había dejado embarazadas, y además conocían a personas que habían visto con sus propios ojos los abortos de esas pobres muchachas: monstruos deformes, el fruto de su malvada semilla. Esa gente le había escupido por crímenes cometidos contra víctimas indefensas.

Richard quiso saber cómo era posible que se mostraran tan francos con él si lo creían un monstruo. Ellos respondieron que sabían que no les haría ningún daño, porque se decía que en público fingía ser compasivo para engañar a los demás. Así pues, delante de una multitud no les haría ningún daño. Se marchaban para alejar de sus malvadas garras a sus hijas, hermanas y esposas.

Cuanto más se esforzaba Richard por rebatir esas absurdas acusaciones, con más fuerza se aferraban ellos. Le dijeron que lo habían oído de boca de muchas personas, por lo que necesariamente tenía que ser verdad. Si tanta gente lo afirmaba, sería por algo. Era imposible que todos estuvieran equivocados. Defendían con tanta pasión sus creencias y sus temores que cerraban los oídos a los argumentos de la razón. Sólo pensaban en marcharse para ponerse bajo la protección que les ofrecía la Orden Imperial.

Sus pasiones los iban a llevar a la ruina. Tal vez era un ejemplo del mal que podía causar violar la Tercera Norma. Quizá no era un buen ejemplo, pues se mezclaba con la Primera Norma: la gente está dispuesta a creer cualquier cosa porque quiere que sea verdad o porque teme que pueda ser verdad. Quizá las diferentes normas se mezclaban y podían violarse al unísono, por lo que era imposible determinar dónde empezaba una y terminaba la otra.

Sus recuerdos retrocedieron hasta la Tierra Occidental. La señora Rencliff, que no sabía nadar, se desasió de los hombres que intentaban retenerla mientras llegaban las barcas y se lanzó a un río crecido para tratar de salvar a su hijo. Pocos minutos después aparecieron las barcas y salvaron al niño. Chad Rencliff tuvo que crecer sin madre; el cuerpo de la señora Rencliff nunca se encontró.

La piel le picaba, como si hubiera entrado en contacto con el hielo. Ya comprendía la Tercera Norma: las pasiones dominan la razón.

Hasta que, por fin, Ulic regresó acompañando al general Reibisch, Richard pasó un mal rato reflexionando sobre cómo las pasiones causaban perjuicio cuando se imponían a la razón y, aún peor, cómo la magia podía agravar la ecuación.

El general se golpeó el pecho a modo de saludo.

—Lord Rahl, Ulic me ha dicho que queríais verme con urgencia.

Richard asió el uniforme oscuro del general.

—¿Cuánto tardaríais en enviar a vuestros hombres en una misión de búsqueda?

—Lord Rahl, mis hombres son d'haranianos. Los soldados de D'Hara están siempre listos para partir en cualquier momento.

—Perfecto. ¿Conocéis a mi prometida, la reina Kahlan Amnell?

—Sí. La Madre Confesora.

Richard se estremeció.

—Eso es, la Madre Confesora. Se dirige hacia aquí desde el sudoeste. Ya debería haber llegado, por lo que temo que esté en dificultades. Antes contaba con un hechizo que ocultaba su verdadera identidad para que sus enemigos no la persiguieran. Pero de algún modo el hechizo ha sido anulado. Tal vez no sea nada, aunque también es posible que esté en peligro. Ahora sus enemigos saben que sigue viva.

El general se rascaba la barba bermeja. Finalmente alzó hacia Richard sus ojos grises y dijo:

—Entiendo. ¿Qué queréis que haga?

—Quiero que reunáis a la mitad de las tropas de Aydindril, al menos a cien mil hombres, y salgáis en su busca.

El general se acarició la cicatriz y lanzó un suspiro.

—Cien mil son muchos soldados, lord Rahl. ¿Creéis prudente alejar a tantos de la ciudad?

Richard paseaba sin descanso entre el general y la mesa.

—No sé exactamente dónde se encuentra. Si partís con pocos hombres, se os puede pasar por alto y no encontrarla nunca. Pero con cien mil hombres podemos cubrir todos los caminos y peinar el territorio.

—¿Nos acompañaréis?

Richard deseaba desesperadamente encontrar a Kahlan y a Zedd. No obstante, echó un vistazo a Berdine, la cual, sentada tras el escritorio seguía trabajando en la traducción. Entonces recordó las palabras de advertencia escritas tres mil años antes. La Tercera Norma de un mago: la razón.

Berdine lo necesitaba para seguir traduciendo el diario. Estaba averiguando datos de suma importancia acerca de la última guerra, de las torres y de los Caminantes de los Sueños. Nuevamente existía un Caminante de los Sueños.

Si partía y su grupo no encontraba a Kahlan, tardaría más en reunirse con ella que si se quedaba esperando en Aydindril. Además estaba el Alcázar. Algo había sucedido allí, y era su deber impedir que su magia cayera en malas manos.

El corazón le decía que fuera —deseaba desesperadamente partir en busca de Kahlan— pero en su mente se formó la imagen de la señora Rencliff, que se sumergía en las negras y turbulentas aguas porque no quería esperar la barca. Esos hombres eran su barca.

Las tropas encontrarían a Kahlan y la protegerían. Él no podría hacer más. La razón le decía que esperara en Aydindril. Por mucha ansiedad que le causara la espera era un líder, y debía comportarse como tal. Un líder debía actuar guiado por la razón, o todos pagarían el precio de sus pasiones.

—No, general, yo me quedaré en Aydindril. Reunid las tropas y llevaos a los mejores exploradores. No debo deciros lo importante que es esto para mí —confesó, mirando al general a los ojos.

—No, lord Rahl —respondió el general en tono compasivo—. No os preocupéis, la encontraremos. Yo personalmente acompañaré a los hombres para asegurarme de que la buscan con el mismo ahínco que pondríais vos. Todos daremos la vida para impedir que nada malo suceda a vuestra reina —prometió el general, llevándose un puño al corazón.

Richard posó una mano sobre el hombro de Reibisch.

—Gracias, general. Sé que no podría dejarlo en mejores manos. Que los buenos espíritus os acompañen.

18

—Por favor, mago Zorander.

El flacucho mago siguió comiendo tranquilamente sus judías con tocino sin ni siquiera alzar la vista. Era increíble la cantidad de comida que podía llegar a engullir.

—¿Me estás escuchando?

No era propio de ella gritar de aquel modo pero se le estaba acabando la paciencia. El mago le causaba más problemas de los que había imaginado. Aunque sabía que debía cultivar su hostilidad, eso pasaba ya de castaño oscuro.

Con un suspiro de satisfacción Zedd lanzó el cuenco de hojalata sobre las mochilas y dijo:

—Buenas noches, Nathan.

Nathan enarcó una ceja.

—Buenas noches, Zedd.

El mago Zorander se tapó con las mantas. Desde que había capturado al viejo mago, también era mucho más peligroso lidiar con Nathan. Eran dos contra una. Ann se levantó de un salto y con los brazos en jarras fijó su furiosa mirada en el pelo blanco que sobresalía de debajo de la manta.

—Mago Zorander, te lo suplico.

Era humillante tener que suplicar de aquel modo, pero había aprendido por las malas qué pasaba cuando usaba el rada'han para obligar a Zedd a hacer algo. Ann no comprendía cómo se las arreglaba el mago para jugarle aquellas malas pasadas pese a que el collar bloqueaba su poder. Pero, para regocijo de Nathan, lo lograba. Ann no le veía la gracia.

—Por favor, mago Zorander —insistió casi llorando.

Zedd alzó la cabeza. La luz del fuego proyectaba profundas sombras en las líneas de su huesudo rostro. Sus ojos color avellana se clavaron en la mujer.

—Abre el libro de nuevo y morirás.

Con sigilo casi sobrenatural Zedd colaba conjuros entre los escudos de Ann cuando ésta menos lo esperaba. La Prelada no podía comprender cómo había conseguido lanzar un conjuro de luz sobre el libro de viaje. Al abrirlo aquella noche había visto el mensaje de Verna en el que le comunicaba que la habían hecho prisionera y que le habían puesto un collar. Luego todo había ido mal.

Al abrir el libro había activado el conjuro de luz. Ann lo vio crecer y relucir. Luego un brillante y ardiente rescoldo salió disparado hacia lo alto, y el viejo mago le explicó con mucha calma que si no cerraba el libro cuando el resplandor tocara el suelo, moriría incinerada.

Vigilando con un ojo la sibilante chispa de luz que descendía, solamente había tenido tiempo de garabatear a toda prisa un mensaje en que decía a Verna que escapara y alejara a las Hermanas antes de cerrar el libro, justo a tiempo. Ann sabía que no bromeaba sobre la mortífera naturaleza del hechizo.

El libro de viaje seguía envuelto en un tenue resplandor. Nunca había visto un conjuro igual y ni siquiera llegaba a imaginar cómo había logrado el mago tejerlo pese al rada'han. Nathan tampoco lo entendía, pero le parecía muy curioso. A Ann no se le ocurría ningún modo de abrir el libro sin que la magia la matara.

—Mago Zorander —dijo, agachándose junto al mago—, sé que tienes buenas razones para oponerte a mí, pero se trata de una cuestión de vida o muerte. Es preciso que envíe un mensaje. Las vidas de las Hermanas están en peligro. Mago Zorander, por favor, las Hermanas podrían morir. Sé que eres un buen hombre y no quieres eso.

Zedd sacó un dedo de debajo de las mantas y la apuntó con él.

—Me has reducido a la esclavitud. Si algo pasa a las Hermanas, tú serás la única responsable. Te advertí que si persistías, romperías la tregua y las condenarías a muerte. Tú estás poniendo en peligro la vida de mis seres queridos; podrían morir porque me impides que los ayude. Me impides que proteja los objetos mágicos que se guardan en el Alcázar. Todos podrían morir.

—¿Es que no entiendes que las vidas de todos nosotros están ligadas? Debemos luchar juntos contra la Orden Imperial, no unos contra otros. No deseo hacerte ningún daño. Sólo quiero que me ayudes.

—No olvides lo que te he dicho —gruñó Zedd—. Os aconsejo que Nathan y tú hagáis turnos para dormir. Si te descubro dormida y él no está despierto para protegerte, no volverás a despertar. Te aviso, aunque no lo mereces.

Dicho esto se dio media vuelta y se cubrió con la manta.

Querido Creador, ¿era así como debía cumplirse la profecía o algo había salido terriblemente mal? Ann bordeó el fuego para acercarse a Nathan.

—¿Nathan, crees que podrías inculcarle un poco de sentido común?

El Profeta bajó la vista hacia ella.

—Te advertí que esta parte del plan era una locura. Poner el rada'han a un muchacho es una cosa, pero ponérselo a un mago de Primera Orden es algo muy distinto. Fue idea tuya, no mía.

—Verna podría morir. Y si ella muere, las Hermanas de la Luz también morirán —dijo Ann hablando entre dientes, agarrando a Nathan por la camisa.

Nathan tomó una cucharada de alubias.

—Yo he intentado disuadirte del plan desde el principio. En el Alcázar estuviste a punto de morir, y la parte de la profecía en la que nos encontramos es más peligrosa aun si cabe. He hablado con él y dice la verdad. Tal como él lo ve, estás poniendo a sus amigos en un peligro mortal. Si puede, te matará para escapar e ir en su ayuda. No tengas la menor duda.

—Nathan, después de todos estos años que llevamos juntos, ¿cómo puedes ser tan insensible?

—¿Quieres decir por qué me sigo rebelando después de todos estos años de ser prisionero?

Ann apartó el rostro para ocultarle una lágrima que le corría por la mejilla. Sentía un nudo en la garganta.

—Nathan —susurró—, en todo el tiempo que me conoces, ¿me has visto alguna vez ser cruel con alguien cuando no era estrictamente necesario, para proteger vidas? ¿Me has visto luchar por otra causa que no fuera la vida y la libertad?

—La libertad de todos menos la mía.

Ann carraspeó antes de replicar:

—Sé que tendré que responder ante el Creador por ello, pero lo hago porque es mi deber y también para protegerte. Nathan, sé qué te ocurriría si te dejase ir. La gente que no te entiende te perseguiría y te mataría.

Nathan arrojó su cuenco junto a los otros.

—¿Primera guardia o segunda?

—Si tanto deseas ser libre, ¿qué te impide quedarte dormido en tu guardia para que el mago me mate?

Los penetrantes ojos azules del Profeta la miraron con acritud.

—Quiero librarme del collar y pienso hacer lo que sea, menos matarte, para conseguirlo. He tenido miles de oportunidades para matarte, y tú lo sabes. Pero no estoy dispuesto a pagar ese precio.

—Lo siento, Nathan. Sé que eres un buen hombre y soy perfectamente consciente de que si sigo viva es gracias a ti. Se me rompe el corazón al tener que obligarte a que me ayudes.

—¿Obligarme? —Nathan rió—. Ann, eres la mujer más divertida que he conocido. No me lo hubiera perdido por nada del mundo. ¿Qué otra mujer me habría comprado una espada? ¿O me habría dado motivos para usarla?

»Esa insensata profecía dice que debes enfurecerlo, y estás haciendo un trabajo espléndido. Me temo que incluso puede salir bien. Yo me encargo de la primera guardia. No te olvides de revisar las mantas. A saber qué habrá escondido esta vez. Aún no me explico cómo conjuró Zedd las pulgas de nieve.

—Yo tampoco. Aún me pica. —Distraídamente se rascó el cuello—. Ya casi estamos en casa. Al paso que vamos, no tardaremos en llegar.

—Pues qué bien —comentó Nathan en tono burlón—. Y cuando lleguemos nos matarás.

—Querido Creador —musitó Ann—, ¿qué otra opción tengo?

Richard se recostó en la silla y bostezó. Estaba tan cansado que apenas podía mantener los ojos abiertos. Cuando se estiró y bostezó, Berdine, sentada junto a él, no pudo por menos de imitarlo. Raina, situada junto a la puerta, se contagió también de sus bostezos.

Alguien llamó. Richard se puso en pie de un salto.

—¡Adelante!

Egan asomó la cabeza.

—Ha llegado un mensajero.

A una señal de Richard, Egan desapareció. Un soldado d'haraniano ataviado con una pesada capa y oliendo a caballo entró corriendo y saludó llevándose un puño al pecho.

—Siéntate. Parece que has tenido un duro viaje —le dijo Richard.

El soldado puso derecha el hacha de guerra que le colgaba del cinto y echó un vistazo a la silla.

—Estoy bien, lord Rahl. Pero me temo que no os traigo ninguna novedad.

Richard se dejó caer en su silla.

—Comprendo. ¿No habéis encontrado ni rastro?

—Nada de nada, lord Rahl. El general Reibisch me manda deciros que están registrando el territorio centímetro a centímetro y quiere que estéis seguros de que a sus hombres no se les ha pasado nada por alto. Pero, de momento, no han hallado nada.

Richard lanzó un suspiro de decepción.

—De acuerdo. Gracias. Será mejor que ahora comas algo.

El soldado saludó y se marchó. Hacía ya dos semanas, desde una semana después de que las tropas partieran en busca de Kahlan, que Richard recibía cada día a los mensajeros que le llevaban noticias. Desde que las fuerzas se habían dividido para cubrir más territorio cada grupo enviaba un mensajero distinto. Aquél era el quinto del día.

Escuchar los informes de lo ocurrido semanas antes, cuando los mensajeros habían partido hacia Aydindril, era como ser espectador de la historia. Todo lo que oía era ya pasado. Por lo que él sabía, mientras él seguía recibiendo noticias negativas era posible que las tropas hubieran encontrado a Kahlan hacía una semana. Ésa era su máxima esperanza.

Para ocupar el tiempo y no volverse loco de preocupación se había volcado en la traducción del diario. La sensación era muy similar a la que tenía al escuchar los informes de los mensajeros que le llegaban cada día: ser espectador de la historia. A pasos agigantados Richard comenzaba a comprender mejor incluso que Berdine aquella forma de d'haraniano culto.

Debido a su conocimiento de *Las aventuras de Bonnie Day*, se habían dedicado a elaborar largas listas de palabras para luego utilizarlas en la traducción del diario. A medida que Richard iba aprendiendo nuevas palabras podía leer directamente más pasajes del libro. Ambos desentrañaban la redacción exacta, lo cual llenaba los espacios en blanco de su memoria, y a su vez le permitía aprender más vocablos.

En muchas ocasiones le resultaba más sencillo utilizar lo que había aprendido para traducir él mismo del diario que enseñárselo a Berdine y que lo hiciera ella. Había empezado a soñar en d'haraniano culto y a hablarlo cuando estaba despierto.

El mago que había escrito el diario nunca se refería a él mismo por su nombre; se trataba de un diario personal, no oficial, por lo que no había ninguna necesidad de nombrarse. Berdine y Richard empezaron a llamarlo Kolo, abreviación de *koloblicin*, que en d'haraniano significaba «consejero de confianza».

A medida que Richard se sumergía más y más en el diario, ante él surgía un cuadro aterrador. Kolo había escrito el diario en el curso de la antigua guerra que llevó a la creación de las Torres de Perdición en el valle de los Perdidos. En una ocasión la hermana Verna le dijo que esas torres habían guardado el valle durante tres mil años y que habían sido erigidas para poner fin a una gran guerra. Al averiguar la desesperación con la que los magos de tiempos remotos las activaron, a Richard lo llenaba de inquietud el haberlas destruido.

En un pasaje del diario Kolo mencionaba que había llevado un diario personal desde que era niño, un cuaderno por año, por lo que el que Richard había encontrado —el número cuarenta y siete— debió de haberlo escrito con cincuenta y pocos. Richard tenía intención de volver al Alcázar para buscar los otros diarios de Kolo, aunque el que tenía aún guardaba muchos secretos.

Al parecer, Kolo era el consejero de confianza de los demás magos del Alcázar. La mayor parte de ellos poseían ambos lados de la magia —de Suma y de Resta— aunque unos pocos solamente poseían Magia de Suma. Kolo sentía compasión por ellos y trataba de protegerlos. Muchos consideraban que aquellos «desafortunados magos», como él los llamaba, eran seres indefensos, pero Kolo creía que también eran muy valiosos a su modo y en su nombre solicitaba que se les concediera pleno estatus en el Alcázar.

En tiempo de Kolo vivían en el Alcázar centenares de magos. La fortaleza hervía de vida con familias, amigos y niños. En las salas ahora vacías habían resonado en otro tiempo risas, charlas y palabras desenfadadas. Varias veces Kolo mencionaba a Fryda, probablemente su esposa, así como a un hijo y una hija. A los niños se les prohibía el acceso a determinadas zonas del Alcázar y, además de las materias típicas como lectura, escritura y matemáticas, también se les enseñaba profecía y el uso del don.

Pero sobre esa enorme fortaleza rebosante de vida, trabajo y alegría familiar, se cernía la negra espada de la muerte. El mundo estaba en guerra.

Uno de los deberes de Kolo consistía en montar guardia junto a la sliph. Richard recordaba que el mriswith del Alcázar le había preguntado si había ido a despertar a la sliph. Luego, señalando hacia la estancia en la que habían encontrado el diario de Kolo, había dicho que por fin era accesible. Tanto el mriswith como Kolo se referían a la sliph en femenino; a veces Kolo mencionaba que «ella», hablando de la sliph, lo miraba mientras él escribía el diario.

Puesto que la traducción del diario escrito en d'haraniano culto presentaba tantas dificultades, procuraban no saltarse ningún pasaje, pues eso los confundía aún más. Era más sencillo empezar desde el principio y traducir cada palabra, pues así se familiarizaban gradualmente con el especial uso del lenguaje de Kolo y resultaba más fácil reconocer patrones y expresiones. Solamente habían traducido una cuarta parte del diario, aunque desde que Richard había empezado a aprender d'haraniano culto, el proceso era mucho más rápido.

Mientras Richard se recostaba contra el respaldo y nuevamente bostezaba, Berdine se inclinó hacia él.

—¿Qué significa esta palabra?

—Espada —respondió él sin dudarlo. La recordaba de *Las aventuras de Bonnie Day*.

—Hummm. Mirad esto. Creo que Kolo habla de vuestra espada.

Las patas delanteras de la silla que ocupaba Richard se apoyaron en el suelo con un ruido sordo. El joven tomó con impaciencia el diario y la hoja de papel en la que Berdine estaba escribiendo la traducción, la leyó y luego trató de leer el diario en las mismas palabras de Kolo.

Hoy ha fracasado el tercer intento de forjar una Espada de la Verdad. *Las mujeres y los niños de los cinco magos que han muerto lloran desconsoladamente por los pasillos del Alcázar. ¿Cuántos más morirán antes de que tengamos éxito o que nos demos por vencidos? Tal vez el objetivo merece la pena, pero el precio está siendo demasiado alto.*

—Tienes razón. Creo que habla de cuando forjaron la *Espada de la Verdad*.

Richard sintió un escalofrío al saber que habían muerto personas para crear la espada. De hecho, se sentía mareado. Para él la espada había sido siempre un objeto mágico. Se había imaginado que era una simple espada a la que un poderoso hechicero había imbuido de magia. Al descubrir que había costado vidas, se sentía avergonzado por no habérselo planteado antes.

Siguió leyendo el diario. Después de una hora de consultar listas, él y Berdine tradujeron:

Anoche nuestros enemigos enviaron asesinos a través de la sliph. Por suerte, el hombre de guardia estaba alerta y nos salvó, aunque él perdió la vida. Cuando las torres se activen, el Viejo Mundo quedará definitivamente aislado, y la sliph dormirá. Entonces será más fácil resistir. Hemos deducido que no hay modo de saber con certeza cuándo se activarán los hechizos de las torres, si es que se activan, o si hay alguien en la sliph, por lo que no se puede levantar la guardia en ningún momento. Cuando las torres cobren vida, el guardián de la sliph quedará enterrado con ella.

—Las torres. Cuando completaron las torres que separaron definitivamente el Viejo y el Nuevo Mundo esa habitación quedó sellada. Por eso encontramos los restos de Kolo; porque no pudo salir.

—¿Y por qué ahora está abierta? —preguntó Berdine.

—Porque yo destruí las torres. ¿Recuerdas que te comenté que parecía que la explosión que abrió la habitación de Kolo había sucedido pocos meses antes? ¿Que el moho de las paredes se había quemado y no había tenido aún tiempo de volver a crecer? Seguramente cuando destruí las torres la habitación de Kolo quedó accesible por primera vez en tres mil años.

—¿Qué razón tuvieron para sellar esa habitación con el pozo?

—Creo que esa sliph de la que tanto habla Kolo vive en el pozo.

—¿Qué es la sliph? El mriswith también la mencionó.

—No lo sé. Pero sea lo que sea la usaban para desplazarse a otros lugares. Kolo dice que el enemigo enviaba asesinos a través de la sliph. Luchaban contra un enemigo del Viejo Mundo.

Berdine, muy inquieta, bajó el tono de voz para que nadie más pudiera oírla.

—¿Me estáis diciendo que esos magos podían viajar desde aquí hasta el Viejo Mundo y regresar?

—No lo sé, Berdine —repuso él, rascándose la nuca—. Eso parece.

Berdine se lo quedó mirando como si esperara la prueba final de que se había vuelto completamente loco.

—Lord Rahl, ¿cómo podía ser eso posible?

—Ni idea. ¿Cómo quieres que yo lo sepa? Es tarde —añadió Richard tras echar un vistazo por la ventana—. Será mejor que vayamos a dormir.

—Sí —convino Berdine, bostezando—. Buena idea.

Richard cerró el diario de Kolo y se lo puso bajo el brazo.

—Me lo llevo para leerlo en la cama hasta quedarme dormido.

Tobias Brogan buscó con la mirada al mriswith encaramado al coche, al que iba dentro y a otros situados entre las columnas de hombres ataviados con reluciente armadura que brillaba al sol. Podía verlos a todos; ninguno era invisible, por lo que no podían acercarse a él y escuchar. La bilis le subió

hasta la garganta al distinguir parte de la cabeza de la Madre Confesora en el coche. Lo encolerizaba que siguiera aún con vida, y que el Creador le hubiera prohibido atentar contra su vida.

Tras echar un rápido vistazo a ambos lados para asegurarse de que Lunetta estaba lo suficientemente cerca para oírlo si hablaba en voz baja, dijo:

—Lunetta, esto empieza a olerme mal.

La mujer aproximó ligeramente su caballo, sin dejar de avanzar, para poder hablar con él. No obstante, evitó mirarlo por si acaso alguno de los mriswith los vigilaba. Por muy mensajeros del Creador que fueran, a Lunetta le daban escalofríos.

—Pero lord general, me dijisteis que el Creador os lo ordenó. Es un gran honor que el Creador os hable y poder cumplir su voluntad.

—Pienso que el Creador...

El mriswith subido al pescante se puso en pie y al remontar la colina señaló con una garra.

—¡Mirad! —exclamó con su sibilante voz, añadiendo un gutural chasquido al final.

Brogan alzó la mirada y contempló una gran ciudad que se extendía a los pies de la colina. El mar relucía al fondo. Un río de aguas doradas bañadas por el sol delimitaba en el centro de aquella vasta confluencia de edificios una isla en la que se alzaba un formidable palacio. El sol arrancaba destellos a sus torres y tejados. Brogan había visto muchas ciudades y palacios, pero nunca como aquéllos. Aunque no deseaba estar allí no pudo evitar sentirse sobrecogido.

—Qué hermosura —susurró Lunetta.

—Lunetta —musitó Brogan—, el Creador se me apareció anoche.

—¿De veras, lord general? Es maravilloso. Es un gran honor que últimamente os visite tan a menudo. El Creador debe de tener grandes planes para ti, hermano.

—Pero, por lo que me dice, es como si estuviera perturbado.

—¿Perturbado el Creador?

Finalmente los ojos de Brogan osaron posarse en los de su hermana.

—Lunetta, creo que ha ocurrido algo terrible. Creo que el Creador se está volviendo loco.

19

Cuando el coche se detuvo el mriswith se apeó y dejó la puerta abierta. Kahlan miró por las ventanillas, a ambos lados, y comprobó que los mriswith se reunían en un aparte para conferenciar. Por fin se habían quedado solas.

—¿Qué crees que está pasando? —preguntó en un susurro—. ¿Dónde estamos?

Adie se inclinó hacia un lado para mirar por la ventana.

—Queridos espíritus —musitó, consternada—, estamos en el corazón del territorio enemigo.

—¿Territorio enemigo? ¿De qué estás hablando? ¿Dónde estamos?

—En Tanimura. En el Palacio de los Profetas.

—¡El Palacio de los Profetas! ¿Estás segura?

—Del todo. Pasé algún tiempo aquí cuando era joven. De eso hace ya cincuenta años.

Kahlan la miraba con incredulidad.

—¿Estuviste en el Viejo Mundo? ¿En el Palacio de los Profetas?

—De eso hace mucho tiempo, hija mía. Y además, es una historia muy larga. Ahora no tenemos tiempo. Vine después de que la Sangre asesinara a mi querido Pell.

Cada día viajaban hasta bien entrada la noche y volvían a ponerse en marcha antes del amanecer, pero Kahlan y Adie eran afortunadas de poder dormir durante el día en el coche. Los jinetes no tenían tanta suerte. Un mriswith, y a veces Lunetta, no les quitaban ojo de encima, por lo que no habían podido intercambiar más que unas pocas palabras en semanas. Los mriswith las dejaban dormir pero les habían advertido qué les harían si hablaban, y Kahlan los creía capaces de cumplir su amenaza.

A medida que viajaban hacia el sur el tiempo había mejorado, por lo que ya no temblaban en el coche ni tenían que apretarse una contra la otra para darse un poco de calor.

—Me pregunto por qué nos han traído aquí —dijo Kahlan.

—Yo me pregunto por qué no nos han matado.

Kahlan echó un vistazo por la ventana y vio que un mriswith hablaba con Brogan y su hermana.

—Es evidente que les somos más útiles vivas.

—¿Útiles para qué?

—¿No te lo imaginas? Cuando traté de unir la Tierra Central enviaron un mago para matarme y tuve que huir dejando Aydindril en manos de la Orden Imperial. ¿Quién trata ahora de unir la Tierra Central contra ellos?

Adie enarcó las cejas sobre sus blancos ojos.

—Richard.

—Exactamente. No se me ocurre otra cosa. Ya habían empezado a conquistar la Tierra Central y habían conseguido que algunos países se les unieran. Pero Richard ha cambiado las reglas del juego y les ha estropeado los planes al exigir la rendición de la Tierra Central.

»Por mucho que me duela admitirlo —prosiguió, con la vista perdida por la ventana— seguramente Richard ha hecho lo único que podía hacer para salvar a los habitantes de la Tierra Central.

—¿Cómo crees que pretenden utilizarnos para llegar hasta Richard? Sé que él te ama, Kahlan, —dijo, dándole cariñosas palmaditas en una rodilla— pero no es estúpido.

—La Orden Imperial tampoco.

—¿Entonces?

Kahlan fijó la vista en los blancos ojos de la hechicera.

—¿Has visto alguna vez cómo los sanderianos cazan un león de montaña? Atan a un cordero a un árbol, que bala llamando a la madre. Luego se sientan y esperan.

—¿Crees que somos corderos atados a un árbol?

—No, eso no. La Orden es despiadada y cruel, pero no estúpida. Y a estas alturas tampoco pueden pensar que Richard lo sea. Richard no intercambiaría una vida por la libertad de todos. No obstante, también les ha demostrado que no teme actuar. Creo que nos utilizan como anzuelo para que trate de rescatarnos sin sacrificar nada.

—¿Y picará?

Kahlan suspiró.

—¿Tú qué crees?

Adie esbozó una triste sonrisa.

—Mientras tú sigas con vida, sería capaz de desenvainar la espada incluso en una tormenta con rayos y truenos.

Kahlan observó cómo Lunetta desmontaba. Los mriswith se alejaban hacia la retaguardia de las columnas de hombres ataviados con capa de color carmesí.

—Adie, tenemos que escapar o Richard tratará de rescatarnos. Eso es lo que espera la Orden, o ya nos habrían matado.

—Pero Kahlan, este maldito collar me impide incluso encender una lámpara con mi han.

Kahlan lanzó un suspiro de frustración a la par que echaba un nuevo vistazo por la ventana y veía a los mriswith internarse en el denso bosque. Mientras caminaban se envolvían con sus capas y desaparecían.

—Lo sé. Yo tampoco llego a mi poder.

—¿Y cómo podremos escapar?

Kahlan observó a la bruja vestida con retazos de tela de diferentes colores que se aproximaba al coche.

—Si pudiésemos poner a Lunetta de nuestro lado, nos ayudaría.

Adie soltó un gruñido de disgusto.

—Nunca se pondrá en contra de su hermano. Además —añadió, frunciendo el entrecejo con aire perplejo—, es un bicho raro. Hay algo muy extraño en ella.

—¿Extraño? ¿El qué?

—No sé, pero toca continuamente su poder.

—¿Continuamente?

—Sí. Tanto magos como hechiceras solamente recurren a su poder cuando lo necesitan. Pero ella es distinta. Por alguna razón está en contacto permanente con su han. Se envuelve siempre en él como en esos multicolores andrajos que lleva. Es muy raro.

Ambas guardaron silencio mientras Lunetta resoplaba por el esfuerzo de subir al coche. Una vez dentro se dejó caer en el asiento situado frente a ellas y les dirigió una amable sonrisa; parecía estar de buen humor. Kahlan y Adie le devolvieron la sonrisa. El coche dio un bandazo y se puso en marcha. Kahlan fingió acomodarse para tener la oportunidad de mirar nuevamente por la ventana. No vio a ningún mriswith, aunque eso no significaba nada.

—Se han ido —le dijo Lunetta.

—¿Qué? —inquirió Kahlan cautelosamente.

—Los mriswith se han ido. —Las tres se agarraron cuando el coche empezó a traquetear sobre las roderas—. Nos dijeron que continuáramos solos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Kahlan. Trataba de trabar conversación con Lunetta.

Los ojos de la bruja se iluminaron bajo su carnosa frente.

—Al Palacio de los Profetas. Está lleno de *streganicha* —declaró, inclinándose hacia adelante, emocionada.

—No son brujas —protestó Adie, con cara de pocos amigos.

Pero Lunetta no se dejó amilanar.

—Tobias dice que son *streganicha*. Tobias es el lord general. Tobias es un gran hombre.

—No somos brujas —insistió Adie—. Somos mujeres a las que el Creador de todas las cosas nos ha otorgado el don. El Creador no nos daría nada que fuese malo, ¿no crees?

Lunetta no vaciló ni por un instante.

—Tobias dice que el Custodio nos ha dado nuestra magia malvada. Tobias nunca se equivoca.

—Pues claro que no, Lunetta —replicó Adie, tratando de apaciguar a la airada Lunetta—. Tu hermano parece ser un hombre poderoso, como dices. —Adie se acomodó el vestido y cruzó una pierna—. ¿Tú te sientes malvada?

La interpelada se quedó un momento pensativa.

—Tobias dice que soy malvada. Él trata de ayudarme a hacer el bien para compensar la lacra del Custodio. Yo le ayudo a extirpar el mal para que pueda realizar la obra del Creador.

Era evidente que lo único que estaba consiguiendo Adie era enojar a Lunetta, por lo que Kahlan decidió cambiar de tema. Lunetta controlaba los collares y no les convenía hacerla enfadar.

—¿Has estado a menudo en el Palacio de los Profetas? —le preguntó.

—No, nunca. Ésta será la primera vez. Tobias dice que es un nido de víboras.

—¿Y entonces por qué nos lleva allí? —preguntó Kahlan como quien no quiere la cosa.

Lunetta se encogió de hombros.

—Los mensajeros nos lo han ordenado.

—¿Mensajeros?

—Sí, los mriswith. Son los mensajeros del Creador. Ellos nos dicen qué debemos hacer.

Kahlan y Adie se quedaron sin palabras. Cuando se recuperó, Kahlan inquirió:

—Si el palacio es un nido de víboras, es extraño que el Creador desee que vayamos allí. Parece que tu hermano no confía en los mensajeros del Creador. —Kahlan había sorprendido a Brogan lanzando iracundas miradas hacia los mriswith cuando se internaron en el bosque.

Los redondos y brillantes ojos de Lunetta se movieron de una a la otra.

—Tobias me ha dicho que no debo hablar de ellos.

—Los mensajeros no desean ningún daño a tu hermano, ¿verdad? Lo digo porque si ese palacio es un lugar lleno de maldad, como dice tu hermano y...

Lunetta la interrumpió.

—No se lo permitiría. Mamá me dijo que debía protegerlo siempre, porque Tobias es más importante que yo. Tobias es el elegido.

—¿Por qué tu mamá...?

—Ya basta de charla —ordenó Lunetta con tono amenazador.

Kahlan se relajó en el asiento y miró por la ventana. Lunetta se enfurecía muy fácilmente. Así pues, decidió no seguir presionándola. A instancias de Brogan Lunetta ya había experimentado con el poder que le conferían los collares sobre ellas.

Mientras contemplaba cómo los edificios de Tanimura desfilaban junto al coche trató de imaginarse a Richard viendo aquella misma escena. Al pensar que veía lo mismo que él había visto, se sentía más cerca de él y el ansia de verlo se hacía más soportable.

«Querido Richard, por favor, no caigas en esta trampa para salvarme. Deja que muera. Salva a la Tierra Central.»

Kahlan había visto muchas ciudades, de hecho conocía todas las grandes urbes de la Tierra Central, y Tanimura no se diferenciaba de ellas. En las afueras se alzaban destartaladas barracas que no eran más que simples chabolas adosadas a viejos edificios y almacenes. A medida que se internaban en la ciudad los edificios se iban haciendo más espléndidos, y había comercios de todo tipo. Asimismo pasaron junto a varios mercados de gran tamaño muy concurridos, frecuentados por gente ataviada con coloridos vestidos.

Por toda la ciudad se oía el incesante retumbar de los tambores. Era un ritmo lento que atacaba los nervios. Por el modo en que Lunetta miraba alrededor, buscando a los tamborileros, Kahlan se dio cuenta de que tampoco a ella le gustaba. El sonido era cada vez más intenso. Por la ventana Kahlan vio a Brogan, que cabalgaba cerca del coche, muy nervioso también por los tambores.

Las tres mujeres tuvieron que agarrarse de nuevo al coche cuando el vehículo atravesó traqueteando un puente de piedra. Las ruedas de hierro rodaban sobre la piedra con chirriante estrépito. Kahlan contempló por la ventana el palacio que se alzaba imponente sobre ellos.

El coche se detuvo en un amplio patio con verdes prados bordeados por árboles, cerca del imponente palacio. Los jinetes ataviados con capas de color carmesí se quedaron muy tiesos en las sillas, sin desmontar.

De repente la avinagrada cara de Brogan apareció en la ventana.

—Sal —gruñó—. No, tú no —dijo cuando Kahlan hizo ademán de levantarse—. Estoy hablando con Lunetta. Tú no te muevas hasta que yo te lo diga. Más pronto o más tarde caerás en mis manos y pagarás por tus sucios crímenes —prometió, atusándose el mostacho.

—Los mriswith no van a entregarme a su perrito faldero —replicó Kahlan—. El Creador no permitirá que alguien como tú me ponga sus sucias manos encima. No eres más que escoria del Custodio, Brogan, y el Creador lo sabe. El Creador te odia.

Kahlan sintió cómo el collar le enviaba un abrasador ramalazo de dolor a las piernas que le impedía moverse y otro a la garganta, ahogando su voz. Los ojos de Lunetta echaban chispas. Pero Kahlan ya había dicho lo que quería decir.

Si Brogan la mataba, Richard no caería en la trampa de tratar de rescatarla.

Brogan apretaba los dientes. Los ojos se le salían de las órbitas y tenía un rostro tan colorado como la capa. De repente extendió su manaza para cogerla. Pero Lunetta fingió creer que le tendía la mano a ella y se la tomó.

—¿Me ayudáis a bajar, lord general? Me duele la cadera por el traqueteo del coche. El Creador ha sido muy amable al daros tanta fuerza, hermano. Escuchad sus palabras.

Kahlan trató de seguir zahiriendo a Brogan, pero no podía hablar. Lunetta se lo impedía.

Brogan pareció despertar de un sueño y de mala gana ayudó a Lunetta a apearse. Se volvía de nuevo hacia el vehículo cuando reparó en que alguien se aproximaba. La mujer lo despidió con un arrogante ademán. Kahlan no oyó lo que le decía, pero Brogan agarró bruscamente las riendas de su caballo e hizo un seña a sus hombres para que lo siguieran.

Ahern recibió la orden de bajar del pescante y seguir a los soldados de la Sangre. Antes de alejarse les echó una mirada de simpatía. Kahlan rogó a los buenos espíritus que no lo mataran después de haber llegado ya a su destino. Súbitamente todos los jinetes se pusieron en marcha con estrépito en pos de Brogan y Lunetta.

Todo quedó en silencio en el aire de la mañana, y Kahlan sintió que la presión del collar al cuello se relajaba. Nuevamente la asaltó el angustioso recuerdo de cómo ella había obligado a Richard a ponerse uno de esos collares. Cada día daba gracias a los buenos espíritus porque finalmente Richard había entendido que había actuado movida por el deseo de salvarle la vida, para evitar que el don lo matara. Pero los collares que Adie y ella llevaban no eran para ayudarlas; no eran más que grilletes.

Una mujer joven se acercó a la puerta del coche y asomó la cabeza. Llevaba un ceñido vestido rojo que revelaba sus formas perfectas. La densa melena que le enmarcaba el rostro era tan oscura como sus ojos. En comparación con aquella despampanante y sensual mujer, Kahlan se sintió sucia y sin atractivo.

—Una hechicera —dijo la mujer con la mirada posada en Adie—. Bueno, tal vez nos puedas ser de utilidad. —A continuación su mirada se posó en Kahlan. Era evidente que sabía quién era—. Ven conmigo —le ordenó.

Sin decir ni media palabra más se dio media vuelta y echó a andar. Kahlan acusó una abrasadora punzada de dolor en la espalda que la lanzó fuera del coche y a punto estuvo de arrojarla al suelo. Se volvió justo a tiempo de tender una mano a Adie y no caer. Ambas corrieron para alcanzar a la mujer antes de que les infligiera más dolor.

Kahlan y Adie correteaban siguiendo los pasos de la mujer. Kahlan se sentía ridícula, pues el collar le agitaba las piernas obligándola a avanzar al ritmo que imprimía la mujer de rojo, que caminaba con la majestuosidad de una reina. Adie no sufría el mismo trato que Kahlan. Ésta apretó los dientes; tenía ganas de estrangular a aquella altiva mujer con sus propias manos.

Vio a otras mujeres y a un puñado de hombres, disfrutar de un agradable paseo matutino. La pulcritud de todos ellos le recordaba dolorosamente el polvo y la suciedad que había acumulado en el camino. No obstante, esperaba que no le permitieran tomar un baño pues de ese modo quizá Richard no la reconocería. O tal vez no iría a rescatarla.

«Por favor, Richard, protege la Tierra Central. No vengas.»

Recorrieron pasadizos techados limitados lateralmente con celosía cubierta con enredaderas de fragantes flores blancas. Finalmente fueron conducidas a través de una verja abierta en un alto muro. Los soldados que estaban de guardia las vieron, pero no hicieron gesto de detener a la mujer que las guiaba. Tras cruzar un umbroso sendero cubierto de frondosos árboles llegaron a un gran edificio que en nada tenía que ver con la mazmorra infestada de ratas que Kahlan habría esperado. Más bien parecía un ala destinada a los altos dignatarios que visitaban el palacio.

La mujer de rojo se detuvo frente a una puerta tallada empotrada en un marco de sólida piedra. Tras accionar el pomo entró delante de ellas. Era una habitación elegante, con pesados cortinajes que tapaban las ventanas situadas quizás a diez metros de altura del suelo. Asimismo había varias sillas ricamente tapizadas con un tejido de brocado dorado, una mesa y un escritorio de madera de caoba así como una cama con dosel.

—Éste será vuestro dormitorio —dijo la mujer a Kahlan, lanzándole una fugaz sonrisa—. Queremos que estéis cómodas. Seréis nuestras invitadas hasta que acabemos con vosotras.

»Si tratáis de atravesar los escudos de la puerta y la ventana, caeréis postradas de hinojos y vomitaréis hasta tener la sensación de que se os rompen las costillas. Ése será el castigo por la primera infracción. Después de eso, nos os quedarán ganas de volverlo a intentar. Estoy segura de que no querréis saber qué os ocurrirá si cometéis una segunda infracción.

La mujer apuntó con el dedo a Adie aunque su oscura mirada seguía posada en Kahlan.

—Si me causas problemas, tu amiga lo lamentará. Tal vez creas que ya lo has visto todo, pero te aseguro que no es así. ¿Entendido?

Kahlan asintió, pues temía hablar cuando no tocaba.

—Te he hecho una pregunta —dijo la mujer con malevolencia. Adie se derrumbó con un grito—. Espero respuesta.

—¡Sí! ¡Sí, lo entiendo! ¡No le hagas daño, por favor!

Adie jadeaba, tratando de recuperar el aliento. Cuando Kahlan trató de ayudarla, la mujer le ordenó que dejara que la «vieja» se recuperara sola.

De mala gana Kahlan la obedeció y dejó que Adie se levantara sola. La mujer la examinó de la cabeza a los pies con mirada crítica. Su sonrisa de suficiencia enfureció a Kahlan.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó al fin.

—No.

La mujer enarcó una ceja.

—Vaya, vaya, qué chico tan malo. Bueno, dadas las circunstancias, no me sorprende que no te haya hablado de mí.

—¿Qué circunstancias son ésas?

—Me llamo Merissa. ¿Te suena el nombre?

—No.

La mujer lanzó una risa suave, tan irritantemente elegante como el resto de su persona.

—Oh, qué chico tan travieso... No debería ocultar a su futura esposa sus lascivos secretos.

Kahlan deseó poder mantener la boca callada, pero no pudo.

—¿Qué secretos?

Merissa se encogió de hombros con aire de indiferencia.

—Cuando Richard estudiaba entre nosotras yo era una de sus maestras. Pasamos juntos mucho tiempo. —La sonrisa de suficiencia volvió a sus labios—. Pasamos muchas noches uno en los brazos del otro. Le enseñé muchas cosas. Era un amante fuerte y atento. Si alguna vez yaces con él, tendrás que agradecerme a mí muchas de sus... habilidades.

Merissa salió acompañada de su suave y cantarina risa, no sin antes dirigir a Kahlan una última mirada burlona.

Kahlan apretaba los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaban en la carne. Tenía ganas de gritar. Cuando Richard fue conducido por la fuerza al Palacio de los Profetas llevaba el collar que ella le había obligado a ponerse. Él creía que era porque ya no lo amaba. Creía que Kahlan lo había alejado de su lado y que no quería volverlo a ver.

¿Cómo podría haberse resistido a una mujer tan hermosa como Merissa? No tenía ninguna razón para hacerlo.

Adie la cogió por la camisa y la obligó a mirarla a la cara.

—No le hagas caso, Kahlan.

Kahlan sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Pero...

—Richard te quiere. Esa mujer sólo pretende atormentarte. Es cruel y le gusta hacerte sufrir. —Adie alzó un dedo y citó un antiguo proverbio—: «Nunca dejes que una mujer hermosa elija el camino por ti cuando tiene un hombre en su punto de mira». Merissa tiene a Richard en su punto de mira. Conozco esa mirada de deseo; ella no desea a Richard, sino su sangre.

—Pero...

Adie agitó el dedo.

—No pierdas tu fe en Richard por culpa de esa mujer. Eso es lo que ella quiere. Richard te ama.

—Y por mi culpa morirá.

Kahlan se lanzó en brazos de Adie sollozando desconsoladamente.

20

Richard se frotó los ojos. El diario era tan apasionante que deseó ser capaz de leer más rápidamente, pero aún le costaba. Tenía que pararse a pensar en muchas palabras y buscar el significado de otras, aunque a medida que pasaban los días se daba cuenta de que en vez de traducir leía. Pero cada vez que reparaba en que estaba leyendo d'haraniano culto sin hacer un esfuerzo consciente, volvía a tropezar con el significado de los vocablos.

Sobre todo le interesaban las ocasionales referencias a Alric Rahl. Al parecer, su antepasado ideó una solución al problema de los Caminantes de los Sueños. No era el único que trataba de hallar el modo de impedir que los Caminantes se apoderaran de la mente de los demás, pero se insistía mucho en que había dado con la solución.

Fascinado, Richard leyó cómo Alric Rahl había enviado un mensaje desde D'Hara en el que decía que ya había tejido un hechizo para proteger a su pueblo y que para que otros se beneficiaran asimismo de dicho conjuro tan sólo tenían que jurarle lealtad eterna. Ése era el origen del vínculo del pueblo de D'Hara con los Rahl. Alric Rahl había creado el conjuro para proteger a su pueblo de los Caminantes de los Sueños, no para esclavizarlo. Richard se sentía orgulloso de la magnanimidad de su antepasado.

Siguió leyendo el diario casi sin atreverse a respirar, esperando contra toda esperanza que le hubieran creído, aunque sabía que no había sido así. Kolo había pedido cautelosamente pruebas de lo que afirmaba, pues se mantenía receloso. Según escribía, la mayoría de los demás magos creían que era una trampa de Alric y declaraban que lo único que interesaba a un Rahl era gobernar el mundo. Richard lanzó un gruñido de decepción al leer que los magos del Alcázar se habían negado a jurar fidelidad a Alric.

Molesto por un persistente ruidito, Richard miró por la ventana y se dio cuenta de que era ya noche cerrada. Ni siquiera había reparado en que el sol se ponía y la vela, que tenía la impresión que acababa de encender, se había consumido hasta la mitad. El molesto ruidito era del agua que goteaba de carámbanos de hielo. La primavera estaba ganando la partida al invierno.

En cuanto apartó la mente del diario la inquietud por la suerte de Kahlan se apoderó de él. Cada día los mensajeros le llevaban malas noticias. Kahlan parecía haberse desvanecido.

—¿Ha llegado algún mensajero?

Cara miró al techo.

—Sí —repuso en tono de broma— varios esperan fuera, pero les he dicho que estabais demasiado ocupado cortejándome y no podíais ser molestado.

—Lo siento, Cara. Ya sé que si hubiera llegado un mensajero me habrías avisado. —Richard agitó un dedo admonitorio—. Incluso aunque esté dormido.

—Sí, lord Rahl, aunque estéis dormido.

Richard echó un vistazo en torno y puso ceño.

—¿Dónde se ha metido Berdine?

Cara puso los ojos en blanco.

—Hace horas os dijo que iba a descansar antes de su guardia, y vos le deseasteis unas buenas noches.

—Sí, supongo que sí.

Richard siguió leyendo. Kolo explicaba que los magos temían que la sliph transportara algo que les fuese imposible detener. Esa guerra resultaba un aterrador misterio para Richard. Un bando creaba seres mágicos con un determinado propósito —por ejemplo los Caminantes de los Sueños— y el otro bando tenía que reaccionar usando asimismo medios mágicos. Lo más terrible fue descubrir que algunas de esas

criaturas mágicas se crearon a partir de seres humanos, a partir de magos. Realmente estaban desesperados.

Cada día que pasaba aumentaba el temor de los magos de que, antes de que las torres quedaran acabadas, la sliph —que ellos mismos habían creado para desplazarse a grandes distancias y atacar al enemigo, aunque después resultó que el enemigo la utilizó en su contra— transportara al Alcázar algo contra lo cual no pudieran enfrentarse. Así pues, cuando las torres se completaran, dormirían a la sliph. Richard no dejaba de preguntarse qué era la sliph, cómo era posible que «durmiera» y cómo pensaban despertarla más adelante, cuando la guerra acabara.

Debido al peligro de que les llegara un ataque a través de la sliph, los magos tomaron la determinación de llevarse del Alcázar algunos de los objetos más importantes, más preciados o más peligrosos. El último de tales objetos, que consideraban imperativo proteger, ya había sido llevado a su refugio tiempo atrás cuando Kolo escribió:

Hoy, gracias al infatigable y brillante trabajo en común de casi un centenar de magos hemos cumplido uno de nuestros más anhelados deseos. Hemos llevado a lugar seguro aquellos objetos que bajo ningún concepto deben caer en manos enemigas. El júbilo nos invadió a todos cuando nos llegó el mensaje de que habíamos tenido éxito. Algunos no lo creían posible pero, para el asombro general, se ha conseguido: el Templo de los Vientos ha desaparecido.

¿Desaparecido? ¿Qué era el Templo de los Vientos y adónde había ido? Kolo no lo explicaba.

Richard se rascó la parte posterior del cuello y bostezó. Se le cerraban los ojos. Quería seguir leyendo pero necesitaba dormir. Ojalá encontraran pronto a Kahlan para protegerla del Caminante de los Sueños. Ojalá tuviera pronto a su lado a Zedd, para decirle todo lo que había averiguado.

Se levantó y se dirigió a la puerta arrastrando los pies.

—¿Os vais a dormir para soñar conmigo? —inquirió Cara.

—Eso siempre —repuso Richard esbozando una sonrisa—. Despiértame si...

—Si llega un mensajero. Sí, sí. Creo que ya lo habéis mencionado.

Richard asintió y se volvió hacia la puerta, pero Cara lo cogió por un brazo.

—Lord Rahl, la encontrarán. No le pasará nada. Dormid tranquilo; los d'haranianos la buscan y no fallarán.

Antes de irse Richard le dio unas afectuosas palmaditas en un hombro.

—Dejo el diario aquí para que cuando Berdine despierte pueda seguir traduciéndolo.

En el trayecto a su dormitorio, situado en aquel mismo pasillo, iba bostezando y frotándose los ojos. Al llegar solamente se quitó las botas y el tahalí, y dejó la *Espada de la Verdad* encima de una mesa antes de desplomarse en el lecho. Pese a la inquietud por la suerte que hubiera corrido Kahlan, se quedó dormido casi al instante.

Estaba temiendo una pesadilla sobre ella cuando un fuerte golpe en la puerta lo despertó. Se dio la vuelta. La puerta se abrió y el dormitorio quedó iluminado. Era Cara con una lámpara en la mano. La mord-sith se acercó al lecho y prendió otra lámpara.

—Despertad, lord Rahl. Despertad.

—Estoy despierto. —Richard se incorporó en la cama—. ¿Qué ocurre? ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Unas cuatro horas. Berdine lleva dos horas traduciendo el diario; de pronto se ha alterado mucho por algo y quería despertaros para que la ayudarais, pero yo no se lo he permitido.

—¿Y por qué me despiertas ahora? ¿Ha llegado un mensajero?

—Sí, eso es.

Richard se dejó caer de nuevo en el lecho. Los mensajeros nunca le llevaban novedades.

—Lord Rahl, levantaos. Os trae noticias.

Esas palabras fueron tan eficaces como una campana que sonara en su cabeza. Inmediatamente se sentó en la cama y se puso las botas a toda prisa.

—¿Dónde está?

—Ahora viene.

Justo entonces entró corriendo Ulic ayudando a un soldado que parecía haberse pasado las últimas semanas galopando. Apenas era capaz de mantenerse en pie solo.

—Lord Rahl, os traigo un mensaje. —Richard indicó con un gesto al joven soldado que se sentara en el borde de la cama, pero el soldado declinó la oferta. —Hemos encontrado algo. Antes que nada el general Reibisch me manda deciros que no os alarméis. No hemos hallado su cuerpo, por lo que aún debe de estar viva.

—¿Qué habéis encontrado? —gritó Richard. Se dio cuenta de que temblaba.

El hombre buscó en su uniforme y sacó algo. Richard se lo arrebató y lo desplegó para ver qué era. Era una capa de color carmesí.

—Hallamos los restos de una batalla con montones de cadáveres que llevaban capas como ésa. Había casi un centenar de muertos.

El soldado se sacó otra cosa y se la entregó. Richard la desplegó; era un recorte de tejido color azul pálido con cuatro borlas doradas en un borde.

—Lunetta —musitó—. Es de Lunetta.

—El general Reibisch me manda deciros que hubo una batalla. Muchos miembros de la Sangre de la Virtud murieron. Había árboles derribados por explosiones de fuego, como si se hubiera usado magia. También había cuerpos quemados.

»Solamente encontramos el cuerpo de alguien que no pertenecía a la Sangre de la Virtud. Un d'haraniano. Un hombretón tuerto y con una cicatriz sobre un ojo ciego.

—¡Orsk! ¡Es Orsk! ¡El guardaespaldas de Kahlan!

—El general Reibisch quiere que sepáis que no hay ningún indicio de que ni vuestra reina ni nadie de su séquito murieran. Todo indica que presentaron una fuerte resistencia, pero al final fueron capturados.

Richard agarró al soldado por un brazo.

—¿Tienen los rastreadores alguna idea de la dirección que tomaron? —Richard estaba furioso consigo mismo por no haber ido con los soldados. De haberlo hecho ya estaría tras la pista de Kahlan. En vez de eso le costaría semanas llegar hasta allí.

—Los rastreadores están casi convencidos de que marcharon hacia el sur.

—¿El sur? —Richard hubiera jurado que Brogan huiría con su presa hacia Nicobarese. Tantos cadáveres indicaban que Gratch se había batido como un león. Seguramente también lo habrían capturado a él.

—Dijeron que no podían estar completamente seguros, pues había sucedido hacía demasiado tiempo. Después de eso nevó más y ahora la nieve se está fundiendo, por lo que no es nada sencillo seguir un rastro. No obstante, creen que fueron hacia el sur. El general Reibisch ha partido en pos de vuestra reina.

—Sur, sur —murmuró Richard. Se pasaba una y otra vez los dedos por el cabello, tratando de pensar. Brogan había preferido huir antes que unirse a Richard y a su causa en contra de la Orden. La Sangre de la Virtud se había aliado con la Orden Imperial. La Orden Imperial gobernaba el Viejo Mundo. Y el Viejo Mundo caía hacia el sur.

El general Reibisch seguía el rastro de Kahlan hacia el sur; iba en pos de su reina hacia el sur.

¿Qué había dicho el mriswith del Alcázar?

La reina te necesita, hermano de piel. Debes ayudarla.

Los mriswith trataban de ayudarlos. Eran sus amigos y trataban de ayudarlo.

Richard asió la espada con gesto brusco y se puso el tahalí de cuero en bandolera.

—Debo ir.

—Vamos con vos —declaró Cara, y Ulic asintió.

—No podéis ir donde yo voy. Cuidad de todo en mi ausencia. ¿Dónde está tu caballo? —preguntó al mensajero.

—He dejado a mi yegua en el patio anterior. Pero se encuentra muy cansada.

—Sólo tiene que llevarme hasta el Alcázar.

—¡El Alcázar! —Cara le aferró un brazo—. ¿Por qué vais al Alcázar?

Richard se desasió.

—Es el único modo de llegar al Viejo Mundo a tiempo.

Cara quiso protestar pero Richard corría ya por el pasillo. Otros se le habían unido y corrían tras él. Richard oía a su espalda el tintineo de armaduras y armas, pero no aminoró la marcha. Tampoco escuchaba las súplicas de Cara, absorto como estaba en sus propios pensamientos.

¿Cómo iba a hacerlo? ¿Era posible? Tenía que serlo. Lo conseguiría.

Richard salió en tromba al exterior y se detuvo un brevísimo instante antes de salir corriendo hacia el patio en el que el mensajero había dejado la yegua. No se detuvo hasta tropezar casi con el animal en la oscuridad. Con una rápida palmada se presentó a la sudorosa yegua, que danzaba hacia un lado, y luego la montó de un brinco.

Mientras la obligaba a dar la vuelta tirando de las riendas, oyó la voz de Berdine que gritaba en la distancia.

—¡Lord Rahl! ¡Deteneos! ¡Quitaos la capa! —Richard espoleó al caballo. Berdine agitaba el diario de Kolo. Pero no tenía tiempo para escucharla—. ¡Lord Rahl! ¡Debéis quitaros la capa de mriswith!

«Ni hablar —se dijo Richard—. Los mriswith eran amigos.»

—¡Deteneos! ¡Lord Rahl, escuchadme! —La yegua se lanzó al galope con la negra capa de mriswith ondeando—. ¡Richard! ¡Quítatela!

Aquellas semanas de tediosa y paciente espera explotaron en un súbito arrebato de acción desesperada. En su anhelo por reunirse con Kahlan no veía nada más.

El ruido de los cascos al galope ahogó la voz de Berdine. El viento agitaba la capa, el palacio desfilaba a toda prisa y la noche lo engulló.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Brogan se volvió. No había oído a la Hermana acercarse por la espalda.

—Eso no es asunto tuyo —espetó a la mujer de pelo blanco recogido flojamente a la nuca.

La Hermana enlazó las manos antes de replicar:

—Ahora estás en nuestro palacio, por lo que creo que sí es asunto mío que uno de nuestros invitados trate de entrar en una zona que sabe que está prohibida.

Brogan la miró, iracundo.

—¿Tienes idea de con quién estás hablando?

La Hermana se encogió de hombros.

—Con un oficial insignificante que se da muchos aires y está tan pagado de sí mismo que no se da cuenta de cuándo pisa terreno peligroso. ¿Me equivoco?

Brogan salvó la distancia que los separaba.

—Soy Tobias Brogan, lord general de la Sangre de la Virtud.

—Vaya, vaya —se mofó la Hermana—. Qué impresionante. No obstante, no recuerdo haberte dicho: «No se permite visitar a la Madre Confesora a no ser que seas el lord general de la Sangre de la Virtud». Para nosotras no tienes más valor que el que queramos darte, y te limitarás a hacer lo que te ordenemos.

—¿Ordenarme a mí? ¡Mis órdenes provienen del mismo Creador!

La Hermana lanzó un burlón resoplido.

—¡El Creador! Es increíble tanto engreimiento. Eres parte de la Orden Imperial y cumplirás nuestras órdenes.

A Brogan le faltaba muy poco para cortar en mil pedazos a aquella grosera.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con un gruñido.

—Hermana Leoma. ¿Crees que serás capaz de recordarlo en tu cerebro de mosquito? Se te ha ordenado que permanezcas con tus elegantes soldaditos en las barracas. Vamos, fuera de aquí. Si te descubro de nuevo en este edificio, dejarás de ser de utilidad a la Orden Imperial.

Antes de que Brogan sufriera un acceso de rabia, la hermana Leoma se dirigió a Lunetta.

—Buenas tardes, querida.

—Buenas tardes —saludó Lunetta, recelosa.

—Hace días que quería hablar contigo, Lunetta. Como habrás comprobado, te encuentras en un palacio habitado por hechiceras. Aquí las mujeres que poseen el don son muy respetadas. El lord general no nos sirve para casi nada, pero alguien con tu talento sería muy bien recibido entre nosotras. Te ofrezco un lugar en palacio. Aquí gozarías de alta estima. Tendrías responsabilidades y respeto. Y nos ocuparíamos de ofrecerte mejores vestidos —añadió tras echar un vistazo a los harapos de Lunetta—. No tendrías que ir vestida con andrajos.

Lunetta abrazó los coloridos retales y se arrimó casi imperceptiblemente a su hermano.

—Yo soy fiel a mi lord general. Es un gran hombre.

—Sí, seguro que sí —replicó la hermana Leoma con una mueca.

—Y vosotras sois mujeres malas —añadió Lunetta con tono súbitamente firme y amenazador—. Mi mamá me lo dijo.

—Hermana Leoma —intervino Brogan—. Recordaré el nombre. Puedes decir al Custodio —agregó, dando golpecitos al estuche de trofeos que llevaba al cinto— que recordaré tu nombre. Yo nunca olvido el nombre de los poseídos.

Una malévola sonrisa asomó al rostro de la Hermana.

—La próxima vez que hable con mi amo, en el inframundo, le transmitiré tus palabras.

Brogan obligó a Lunetta a dar media vuelta y la condujo a la puerta. Volvería, y entonces tendría lo que buscaba.

—Debemos ir a hablar con Galtero —dijo Brogan—. Ya estoy harto de tanta tontería. Hemos exterminado nidos de poseídos mayores que éste.

Lunetta se tocó el labio inferior con gesto de preocupación.

—Pero, lord general, el Creador os ha ordenado que obedezcáis a esas mujeres. Él os ordenó que entregarais a la Madre Confesora.

Brogan avanzaba con grandes zancadas por la oscuridad exterior.

—¿Recuerdas qué te dijo mamá sobre esas mujeres?

—Bueno... dijo que... que son malas.

—Son poseídas.

—Pero, lord general, la Madre Confesora es una poseída. ¿Por qué el Creador os diría que se la entregarais si también ellas son poseídas?

Brogan bajó la mirada hacia Lunetta. En la penumbra vio que lo miraba confundida. Su pobre hermana no tenía cerebro suficiente para entenderlo.

—¿No es evidente, Lunetta? El Creador se ha descubierto con su traicionero proceder. Fue él quien creó el don. Ha tratado de embaucarme. Ahora soy el único capaz de extirpar el mal del mundo. Todos los poseedores del don deben morir. El Creador mismo es un poseído.

Lunetta, sobrecogida, ahogó un grito.

—Mamá siempre decía que estabas destinado a hacer grandes cosas.

Tras dejar la esfera luminosa encima de la mesa, se aproximó al gran pozo situado en el centro de la habitación. ¿Qué debía hacer? ¿Qué era la sliph y cómo podía llamarla?

Con la mirada fija en la silenciosa oscuridad del pozo dio vueltas alrededor del muro que le llegaba a la cintura. No vio nada.

—¡Sliph! —gritó hacia el agujero sin fondo que le devolvió el eco de su propia voz.

Siguió dando vueltas, mesándose los cabellos, buscando desesperadamente la solución. Un hormigueo en la piel lo avisó. Se detuvo, alzó la vista y vio a un mriswith parado cerca de la puerta.

—La reina te necesita, hermano de piel. Llámala. Llama a la sliph.

Richard corrió hacia la oscura y escamosa criatura.

—¡Ya sé que me necesita! ¡Pero cómo llamo a la sliph!

La rendija que tenía a modo de boca se extendió en un remedo de sonrisa.

—Hacía tres mil años que no nacía nadie con el poder necesario para llamarla. Ya has roto el escudo que nos separaba de ella. Ahora debes usar tu poder. Llama a la sliph con tu don.

—¿Con el don?

El mriswith asintió sin apartar sus ojos, redondos como cuentas, de Richard.

—Llámala con el don.

Finalmente Richard se alejó del mriswith y regresó junto al muro de piedra del insondable pozo. Trataba de recordar cómo había usado el don en el pasado; siempre se había guiado por el instinto. Nathan le había dicho que ése era el modo en que funcionaba con él, con un mago guerrero: por necesidad, por puro instinto.

Su necesidad debía guiar al don.

Para ello prendió la llama de la necesidad en su centro de calma y dejó que ardiera en él. No hizo nada por invocar su poder sino que fue como si lo convocara con un grito de furia.

Entonces alzó los puños en el aire y echó la cabeza hacia atrás. La necesidad inundaba todo su ser. No deseaba nada más. Abandonó toda limitación inconsciente y trató de dejar de pensar en qué debía hacer para simplemente hacerlo.

Necesitaba a la sliph.

«¡Ven a mí!», fue su silencioso grito de furia.

Liberó el poder, como quien suelta un profundo suspiro, invocando a la sliph.

Entre sus puños prendió una luz. Eso era, la llamada, lo sabía, lo sentía, lo comprendía. De pronto supo qué debía hacer. El suave resplandor giraba alrededor de sus muñecas en tanto que vetas de luz como de encaje se enroscaban por sus brazos, fluyendo hacia la fuerza que latía entre ambos.

Al notar que el poder llegaba a su punto álgido bajó las manos. Lanzando un aullido, la esfera luminosa se hundió vertiginosamente en la oscuridad.

A medida que descendía iba iluminando la piedra del pozo. El anillo de luz y la esfera se fueron haciendo más y más pequeños, y el aullido se fue perdiendo en la distancia, hasta que Richard ya no pudo ver ni oír lo que él mismo había liberado.

Allí se quedó, asomado al insondable abismo, pero todo era oscuridad y silencio. Solamente oía sus propios jadeos. Se enderezó y miró a sus espaldas. El mriswith lo observaba sin intención de ayudarlo; Richard tendría que apañárselas solo. Ojalá bastara con lo que ya había hecho.

En la quietud del Alcázar, en el silencio de la montaña de piedra muerta que lo rodeaba percibió un lejano retumbo.

Era un retumbo de vida.

Nuevamente se asomó al pozo y miró. Aunque no vio nada notó algo. La piedra bajo sus pies temblaba, y en el titilante aire flotaba polvo de piedra.

Al mirar otra vez vio un reflejo. El pozo se estaba llenando no de agua sino de algo que ascendía por el hueco a velocidad vertiginosa, rugiendo y aullando. El aullido fue creciendo en intensidad a medida que la cosa ascendía.

Justo a tiempo Richard se apartó del borde del pozo. Estaba seguro que esa cosa saldría disparada y atravesaría el techo. A aquella velocidad nada podría detenerse a tiempo. Pero se detuvo.

De repente todo quedó en silencio. Richard se levantó apoyándose con los brazos en el suelo.

El pozo aparecía coronado por un brillante montículo metálico. Entonces fue creciendo e hinchándose, como si fuese agua que se alzara en el aire, pero no era agua. Su reluciente superficie reflejaba todo lo que lo rodeaba, como una armadura pulida, distorsionando las imágenes que reflejaba. La cosa crecía y se movía.

Era como un montículo de mercurio vivo.

Aquella protuberancia, que se unía a un cuerpo aún en el pozo mediante un cuello, siguió con sus contorsiones, creando bordes y planos, pliegues y curvas. Finalmente formó un rostro femenino. Richard se quedó sin aliento. Por fin entendía por qué Kolo la llamaba la sliph.

La cara lo vio. Era como una estatua de lisa plata, excepto que se movía.

—Amo —dijo con una voz fantasmagórica que resonó en la estancia. Hablaba sin mover los labios, aunque sí podía sonreír. La faz plateada se combó en una expresión de curiosidad—. ¿Me has llamado? ¿Deseas viajar?

—Sí —respondió Richard, levantándose de un salto—. Viajar. Deseo viajar.

Nuevamente la sliph esbozó su afable sonrisa.

—Ven a mí y viajaremos.

Richard se frotó las manos contra la camisa para limpiarlas de polvo.

—¿Cómo? ¿Cómo vamos a... viajar?

La sliph frunció el entrecejo.

—¿No has viajado nunca hasta ahora?

—No. Pero ahora debo hacerlo. Debo viajar hasta el Viejo Mundo.

—Ah. He estado muchas veces allí. Ven y viajaremos.

Richard dudaba.

—¿Qué debo hacer? ¿Qué quieres que haga?

Una mano acabada de formarse se alzó y tocó la parte superior del muro.

—Acércate —dijo la sliph con voz resonante—. Yo te llevaré.

—¿Cuánto tardaremos?

—¿Tardar? —El plateado rostro frunció el ceño—. Iremos de aquí a allí. Puedo llevarte. Ya he estado allí.

—Quiero decir ¿cuántas horas, o días o semanas?

La sliph no comprendía.

—Los demás viajeros nunca me hablaron de eso.

—En ese caso no será mucho tiempo. Kolo tampoco lo menciona. —En ocasiones el diario resultaba frustrante, porque Kolo nunca explicaba lo que para él y su gente era obvio. Su intención no era enseñar ni transmitir información.

—¿Kolo?

Richard señaló los huesos.

—No conozco su nombre. Yo lo llamo Kolo.

La sliph sacó la cara del pozo para mirar.

—No recuerdo que estuviera allí.

—Bueno, ahora está muerto. Antes no tenía ese aspecto. —Richard decidió no explicarle quién era Kolo, pues podría empezar a recordar y disgustarse. No era el momento de despertar emociones. Tenía que llegar junto a Kahlan—. Tengo prisa. ¿Podríamos irnos ya?

—Acércate para que pueda decidir si puedes viajar.

Richard se aproximó al pozo y se quedó muy quieto mientras la mano de azogue le tocaba la frente. El joven se estremeció y reculó un paso. Estaba caliente. Él había esperado que estuviera fría. Se acercó de nuevo a la mano y dejó que la palma le recorriera la frente.

—Puedes viajar —declaró la sliph—. Posees ambos tipos de magia. Pero morirás si no dejas una parte.

—¿A qué te refieres?

La mano descendió y señaló la espada, aunque tuvo mucho cuidado de no tocarla.

—Ese objeto mágico es incompatible con la vida en la sliph. Si entra en mí, mataría toda la vida que hubiese en mi interior.

—¿Quieres decir que debo dejarla atrás?

—Si deseas viajar, sí, o morirás.

A Richard no le gustaba lo más mínimo la idea de dejar la *Espada de la Verdad* sin protección, especialmente cuando sabía que para forjarla habían muerto hombres que tenían familia. No obstante, se quitó el tahalí por la cabeza y se quedó mirando la funda que sostenía en las manos. Echó un vistazo de reojo al mriswith, que lo observaba. Tal vez podría pedirle a su amigo mriswith que le guardara la espada.

No. No podía pedir a nadie que cargara con la responsabilidad de guardar algo tan peligroso y codiciado. La *Espada de la Verdad* era su responsabilidad. Suya y de nadie más.

Richard desenvainó la espada con un nítido sonido metálico que reverberó en la estancia y se apagó lentamente. No obstante, la cólera de la espada no se apagó, sino que seguía latiendo con ímpetu en su interior.

Alzó el acero y lo recorrió con la mirada. Podía sentir cómo la palabra «VERDAD» repujada en oro se le clavaba en la palma de la mano. ¿Qué podía hacer? Tenía que llegar donde estaba Kahlan y encontrar un lugar seguro donde dejar la espada en su ausencia.

La necesidad le dio la respuesta.

Dio la vuelta a la espada, agarró la empuñadura con ambas manos y con un tremendo esfuerzo alimentado por la magia, por las tempestades de furia que engendraba, empujó la espada hacia el suelo.

Saltaron chispas y esquirlas cuando la espada se hundió hasta la empuñadura en un enorme bloque de piedra. Al retirar las manos, Richard continuaba sintiendo la magia de la espada en su interior. Se había visto obligado a dejar el objeto pero aún conservaba su magia; él era el auténtico Buscador.

—Sigo unido a la magia de la espada. Conservo la magia en mi interior. ¿Me matará eso?

—No. Sólo mata el objeto que genera la magia, no quien la recibe.

Richard se encaramó al muro de piedra. Empezaba a sentir temor. No, debía hacerlo. Era imprescindible.

—Hermano de piel. —Richard se volvió hacia el mriswith—. Estás desarmado. Toma esto. —El mriswith le arrojó uno de sus cuchillos de triple hoja. El arma describió un suave arco en el aire. Richard lo atrapó por el mango. Al asir la empuñadura transversalmente las guarniciones laterales le rozaron ambos lados de la muñeca. Sorprendentemente se notaba muy cómodo, como si el arma fuese una extensión de su brazo.

—El *yabree* te cantará. Pronto.

Richard asintió y le dio las gracias.

El mriswith sonrió lentamente.

—No sé si seré capaz de mantener la respiración el tiempo suficiente.

—Ya te lo he dicho; conmigo llegarás a donde desees.

—¿Pero y el aire? —Richard inhaló y exhaló para explicárselo—. Yo necesito respirar.

—Me respirarás a mí.

Richard escuchó la reverberación de aquella voz en la habitación.

—¿Qué?

—Para vivir, mientras dure el viaje debes respirarme. Como es la primera vez que viajas, tendrás miedo, pero debes hacerlo. Quienes no lo hacen, mueren en mí. No temas. Yo te mantendré con vida cuando me respires. Al llegar a nuestro destino tendrás que dejar de respirarme a mí e inhalar aire. Pero tendrás tanto miedo de hacerlo como al principio. Si no dejas de respirarme, morirás.

Richard se quedó mirándola, sin poderlo creer. ¿Respirar mercurio? ¿Cómo?

Pero debía llegar hasta Kahlan. Kahlan corría peligro. Debía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Tragó saliva y tomó una profunda bocanada de dulce aire.

—De acuerdo, estoy listo. ¿Qué debo hacer?

—Tú nada. Todo lo hago yo.

La sliph extendió hacia él un cálido brazo de plata líquida, que lo enlazó. El ondulante brazo lo alzó del muro y lo sumergió en la espuma plateada.

Richard tuvo una visión; recordó a la señora Rencliff justo antes de desaparecer en las embravecidas aguas.

21

Verna parpadeó cuando la puerta se abrió y la luz la deslumbró. Sintió cómo el corazón le subía hasta la garganta. Era demasiado pronto para que volviera Leoma. Ni siquiera había empezado la prueba del dolor y Verna temblaba ya de miedo y los ojos se le anegaban de lágrimas.

—Vamos, entra —ordenó Leoma a alguien.

Verna se levantó y vio que una mujer baja y delgada se recortaba en el umbral.

—¿Por qué tengo que hacer esto? —se quejó una voz familiar—. No quiero limpiar su celda. ¡Esto no es parte de mi trabajo!

—Yo tengo que trabajar aquí con ella, y el hedor es tan insoportable que apenas puedo respirar. Vamos, entra y limpia esta porquería o te encerraré con ella para que aprendas a mostrar el debido respeto a una Hermana.

Rezongando, la mujer entró en la celda con torpes andares, cargando un cubo con agua y jabón.

—Vaya si apesta —comentó—. Es el típico hedor de todos los de su ralea. Asquerosa Hermana de las Tinieblas. —La mujer dejó el cubo en el suelo con un ruido sordo.

—Vamos, da una pasada con agua y jabón. Date prisa. Porque tengo trabajo.

Verna alzó la vista y vio a Millie, que la observaba fijamente.

—Millie...

Aunque volvió la cara no pudo evitar el escupitajo de Millie. Verna se lo limpió con el dorso de la mano.

—¡Maldita seas! Y pensar que confié en ti... Pensar que te respetaba como Prelada... Y durante todo ese tiempo tú servías al Innombrable. Espero que te pudras aquí dentro. No eres más que un asqueroso cadáver andante que apesta. Espero que te arranquen la piel a tiras...

—Ya basta —intervino Leoma—. Limítate a limpiar y luego podrás alejarte de su abominable presencia.

—Cuanto antes mejor —rezongó Millie, asqueada.

—A nadie le gusta estar en la misma habitación que alguien tan malvado, pero tengo la obligación de interrogarla. Lo mínimo que puedes hacer, por consideración a mí, es que este lugar huela un poco mejor.

—Sí, Hermana, lo haré por vos, por una verdadera Hermana de la Luz, para que no tengáis que soportar su hedor. —Dicho esto, Millie la escupió de nuevo.

A Verna se le llenaron los ojos de lágrimas. Era humillante que Millie pensara esas cosas horribles de ella. Y no sólo Millie. Incluso la propia Verna empezaba a dudar de ella misma. Tenía la mente tan turbada por las pruebas de dolor que ya ni siquiera estaba segura de ser inocente. Tal vez se había equivocado al ser leal a Richard; después de todo, Richard no era más que un hombre.

Cuando Millie acabara de limpiar, Leoma volvería a la carga. Verna se oyó a sí misma sollozar de impotencia. Leoma la oyó y sonrió.

—Vacía ese apestoso orinal —ordenó.

Millie resopló.

—Vale, vale. Allá voy. Levantaos la falda.

Millie acercó el cubo con el agua al camastro de Verna y recogió el orinal, lleno hasta el borde. Entonces, tapándose la nariz, lo sacó afuera sosteniéndolo lo más lejos posible de ella.

Cuando sus pasos se perdieron por el pasillo, Leoma dijo:

—¿Notas algo distinto?

—No, Hermana.

Leoma enarcó las cejas.

—Los tambores. Han cesado.

Verna se quedó paralizada. Seguramente habían dejado de sonar cuando estaba dormida.

—¿Sabes qué significa?

—No, Hermana.

—Significa que el emperador está cerca y llegará muy pronto. Tal vez mañana. Querrá resultados de nuestro pequeño experimento. Esta noche debes renegar de Richard o rendirás cuentas ante Jagang. Se te ha acabado el tiempo. Piensa en ello mientras Millie acaba de limpiar tu porquería.

Mascullando maldiciones Millie regresó con el orinal vacío. Después de dejarlo en el rincón más alejado, continuó fregando el suelo; sumergía un trapo en el agua y frotaba el suelo, acercándose lentamente a Verna.

Verna se humedeció los resecos labios con la mirada fija en el agua. No le importaba que llevara jabón. Se preguntó si conseguiría beber un trago antes de que Leoma la detuviera. Probablemente no.

—No debería estar haciendo esto —refunfuñaba Millie con voz suficientemente alta para que Verna y Leoma la oyeran—. Ya es bastante malo tener que limpiar los aposentos del Profeta, ahora que tenemos otro. Creí que nunca más tendría que limpiar las habitaciones de un lunático. Ya es hora de que alguien más joven que yo se ocupe de eso. Qué hombre tan extraño. Todos los profetas están chiflados. Me gusta tan poco Warren como el que teníamos antes.

Verna estuvo a punto de echarse a llorar al oír mencionar a Warren. Lo echaba tanto de menos... Se preguntó si lo estarían tratando bien. Leoma respondió a su silenciosa pregunta.

—Sí, es algo peculiar, pero gracias al collar lo mantenemos a raya. Yo misma me encargo de ello.

Verna apartó los ojos de Leoma. También a él lo estaba torturando. ¡Pobre Warren!

Millie empujó el cubo hacia Verna con una rodilla, sin dejar de fregar.

—No me mires. No quiero sentir tus sucios ojos en mí. Me da escalofríos. Es como si el Innombrable me observara.

Verna bajó la vista. Millie arrojó el trapo al cubo y sumergió las manos en el agua para enjuagarlo. Mientras lo hacía echó una mirada de reojo.

—Ya queda poco. Cuanto antes salga de aquí, mejor. Así podréis dar su merecido a esta vil traidora. Y espero que seáis muy dura.

—Tendrá lo que se merece —contestó Leoma con una sonrisa.

Millie retiró las manos del agua.

—Perfecto. ¡Levanta los pies! —ordenó a Verna, pegando contra su muslo una de sus mojadas manos—. ¿Cómo quieres que limpie el suelo si te quedas ahí sentada sin moverte?

Cuando Millie hubo retirado la mano, Verna notó algo duro contra el muslo.

—Ese Warren también es un cerdo. Su habitación siempre está hecha un desastre. He estado hoy y apestaba casi tanto como esta pocilga.

Verna colocó las manos junto a las piernas y se sentó sobre ellas, como para guardar el equilibrio al mismo tiempo que levantaba los pies para que Millie pudiera limpiar. Sus dedos tocaron algo duro y fino. En un principio su pobre mente embotada no logró interpretar la sensación, pero de pronto supo qué era.

Un dacra.

Sintió que se ahogaba. Los músculos se le tensaron. Apenas podía respirar.

Súbitamente Millie le volvió a escupir en la cara. Verna se estremeció y volvió el rostro.

—¡No te atrevas a mirar a un mujer honesta como yo! Aleja tus ojos de mí.

Verna se dio cuenta de que Millie debía de haber visto cómo los ojos se le desorbitaban por la sorpresa.

—Ya está —anunció, enderezando su delgado pero enérgico cuerpo—, porque espero que no me pidáis que le dé un baño. Os advierto que por nada del mundo pienso tocar a esa perversa mujer.

—Recoge tus cosas y vete —le dijo Leoma, cada vez más impaciente.

Verna aferraba el dacra con tanta fuerza que notaba un cosquilleo en los dedos. El corazón le latía con tal fuerza que temía que le quebrara una costilla.

Millie salió de la celda arrastrando los pies y sin mirar atrás. Leoma cerró la puerta tras ella.

—Ésta es tu última oportunidad, Verna. Si te sigues negando, te entregaré al emperador y entonces puedes estar segura que desearás haber cooperado conmigo.

«Acércate —pensaba Verna— acércate más.»

Sintió la primera oleada de dolor que recorría su cuerpo y se desplomó sobre el camastro, tratando de apartarse de Leoma. «Acércate.»

—Siéntate y mírame cuando te hablo.

Verna solamente fue capaz de lanzar un débil grito pero se quedó inmóvil, esperando atraer así hacia ella a Leoma. No tendría ninguna oportunidad si se abalanzaba sobre la Hermana desde tan lejos; Leoma la dejaría fuera de combate. Tenía que estar más cerca.

—¡He dicho que te sientes! —Los pasos de Leoma se aproximaban.

«Por favor, Creador, que se acerque más.»

—Mírame a los ojos y dime que reniegas de Richard. Reniega de él para que el emperador pueda entrar en tu mente. No me mientas, pues él sabrá si realmente has roto tu lealtad.

Otro paso.

—¡Mírame cuando te hablo!

Otro paso. Una mano la agarró por el cabello y tiró bruscamente de ella hacia arriba. Tenía a Leoma a su alcance, pero el dolor en los brazos era tan intenso que no podía alzar la mano. «Oh, querido Creador, que no empiece la prueba con los brazos. Que empiece con las piernas. Necesito los brazos.»

En vez de empezar por las piernas el suplicio comenzó en los brazos. Verna trató con todas sus fuerzas de levantar la mano con el dacra, pero fue incapaz. Los dedos le temblaban con punzadas de dolor.

Por mucho que trató de impedirlo, finalmente se le abrieron los dedos por efecto de los espasmos, y el dacra se le cayó.

—Por favor —sollozó— en las piernas no. Te lo suplico, en las piernas no.

Leoma le echó bruscamente la cabeza hacia atrás, agarrándola por el pelo, y le golpeó la cara.

—Piernas, brazos, qué más da. Al final cederás.

—No puedes obligarme. No pienso... —Una tremenda bofetada la hizo enmudecer.

El lacerante dolor se desplazó a sus piernas, que empezaron a agitarse de manera incontrolable. Aunque el hormigueo en los brazos continuaba, al menos ya podía moverlos. Una mano palpó frenéticamente el camastro, a ciegas, en busca del dacra.

Lo tocó con el pulgar. Verna cerró los dedos alrededor del frío mango de metal y lo asió.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas y su valor hundió el dacra en el muslo de Leoma.

Leoma lanzó un grito y le soltó el pelo.

—¡Quieta! —ordenó Verna, jadeando—. Te he clavado un dacra. Estate quieta.

Una mano descendió lentamente para palpar el muslo por encima del dacra alojado en el músculo.

—No creerás que esto funcionará...

Verna tragó saliva, tratando de recuperar el aliento.

—Bueno, vamos a averiguarlo. Yo no tengo nada que perder, pero tú sí. La vida.

—Cuidado, Verna, o lamentarás lo que estás a punto de hacer. Vamos. Quítamelo y finjamos que esto no ha ocurrido. Quítamelo.

—Oh, no creo que sea un buen consejo, consejera.

—Tengo el control del rada'han. Todo lo que debo hacer es bloquear tu han. Si me obligas, las cosas serán mucho peores para ti.

—¿De veras, Leoma? Bueno, debo decirte que a lo largo de mi viaje de veinte años aprendí mucho acerca de cómo usar el dacra. Es cierto que puedes bloquear mi han mediante el collar, pero hay dos cosas que debes tener en cuenta.

»La primera es que no podrás bloquearlo con la suficiente rapidez para impedir que tenga acceso a una pequeñísima parte de mi don. Sé por experiencia que eso bastaría. Si toco mi han, puedes darte por muerta.

»Y la segunda es que para bloquear mi han antes debes llegar a él mediante el collar. Eso te permite manipularlo. Pero yo en tu lugar me preguntaría si tal vez, al bloquearlo, para lo cual debes acceder a él, activarás o no tú misma el dacra, lo cual te mataría. No estoy del todo segura pero estoy dispuesta a intentarlo. ¿Qué te parece? ¿Quieres que lo probemos, Leoma?

Sobrevino un largo silencio en la habitación tenuemente iluminada. Verna sentía la calidez de la sangre en la mano. Por fin Leoma habló con un hilo de voz:

—No. ¿Qué quieres que haga?

—Bueno, para empezar quiero que me quites el rada'han y después, puesto que eres mi consejera, vamos a tener una pequeña charla tú y yo. Quiero que me aconsejes.

—Yo te quito el collar y tú me quitas el dacra, y luego te diré todo lo que desees saber.

Verna alzó la vista hacia los aterrorizados ojos de la hermana Leoma.

—No estás en situación de exigir, Leoma. He acabado aquí porque he sido demasiado confiada. Ya he aprendido la lección. El dacra se queda donde está hasta que acabe contigo. Si no haces lo que digo, no me sirves de nada con vida. ¿Entendido, Leoma?

—Sí —respondió la Hermana con tono de resignación.

—Pues empecemos.

Pese a avanzar como una flecha, a una velocidad vertiginosa, asimismo se deslizaba con la morosa gracia de una tortuga que nada bajo el agua en una noche de luna. No tenía ni frío ni calor. Sus ojos percibían la luz y la oscuridad en una única y espectral visión, mientras sus pulmones se henchían con la dulce presencia de la sliph, a la que respiraba en su alma. Richard estaba extasiado.

Pero súbitamente cesó.

A su alrededor estallaron formas: árboles, rocas, estrellas, luna. Ante aquel panorama se sintió atenazado por el pánico.

«Respira», le susurró la sliph en su mente.

«No», pensó él, horrorizado.

«Respira», repitió ella.

Entonces recordó a Kahlan, recordó que debía encontrarla y expulsó de sus pulmones aquel dulce aliento que lo había sumido en éxtasis. De mala gana inspiró una profunda bocanada de aquel aire extraño.

Se encontró envuelto por sonidos dolorosos en su omnipresencia: el chirriar de los insectos, el trinar de los pájaros, el silbido de los murciélagos, el croar de las ranas y el susurro de las hojas al viento.

Un reconfortante brazo lo depositó sobre un muro de piedra, desde el que se fue acostumbrando al universo nocturno que lo rodeaba. Vio a sus amigos mriswith diseminados por el oscuro bosque, más allá de las ruinas en las que se alzaba el pozo. Unos pocos estaban sentados encima de bloques de piedra

caídos, y otros entre los restos de columnas. Parecían hallarse al borde de una antigua estructura en ruinas.

—Gracias, sliph.

—Estamos en el Viejo Mundo —dijo la sliph con una voz que resonó en el aire nocturno.

—¿Estarás... estarás aquí cuando desee regresar?

—Cuando estoy despierta siempre estoy preparada para viajar.

—¿Cuándo duermes?

—Cuando tú me lo ordenas, amo.

Richard asintió, aunque no estaba muy seguro de por qué asentía. Mientras bajaba del pozo examinó con la vista los alrededores. Reconoció el bosque, no porque el lugar le resultara familiar sino por la sensación que le provocaba. Estaba en el bosque Hagen, aunque debía de hallarse en lo más profundo de la floresta, pues nunca había visto aquella estructura de piedra. Guiándose por las estrellas llegaría a Tanimura.

Los mriswith afluían en gran número hacia las ruinas desde el sombrío bosque. Muchos lo saludaban con un «Bienvenido, hermano de piel», al pasar junto a él, y hacían chocar con el suyo sus cuchillos de triple hoja, que tintineaban.

—Que tu *yabree* cante pronto, hermano de piel —le decían.

—Gracias —contestaba Richard a falta de algo mejor que decir.

A medida que más y más mriswith iban desfilando junto a él dirigiéndose a la sliph y golpeando su *yabree*, el metálico zumbido se prolongaba más. Richard sentía un agradable ronroneo que le calentaba el brazo. Cuando los mriswith se aproximaban, él alteraba su rumbo para hacer entrechocar los *yabree*.

Alzó la vista para observar la luna y la posición de las estrellas. Acababa de anochecer, por lo que hacia el oeste aún se distinguía un leve resplandor. Había partido de Aydindril en plena noche. No podía ser la misma noche. Seguramente era la siguiente. Había pasado casi un día entero en la sliph.

Hizo una pausa para dejar que otro mriswith golpeara su *yabree*. A su espalda los mriswith penetraban en la sliph, y los que esperaban formaban una larga cola. Cada pocos segundos otro mriswith saltaba dentro del pozo y se hundía en el titilante mercurio.

Richard se detuvo para sentir el cálido ronroneo que el *yabree* enviaba a todo su cuerpo. No pudo evitar sonreír al percibir aquel cantarino zumbido y la agradable canción que resonaba en sus oídos y sus huesos.

De pronto un perturbador anhelo interrumpió la feliz canción.

—¿Dónde me necesitan? —preguntó a un mriswith que pasaba por su lado.

El mriswith señaló con su *yabree*.

—Ella te llevará. Ella conoce el camino.

Richard tomó la dirección que le había indicado el mriswith. En la oscuridad, cerca de un muro desmoronado, esperaba alguien. El son del *yabree* lo impulsó a seguir adelante.

No era un mriswith sino una mujer. A la luz de la luna le pareció que la reconocía.

—Buenas noches, Richard.

Richard retrocedió un paso.

—¡Merissa!

—¿Cómo le va a mi estudiante? —preguntó ella con una afable sonrisa—. Ha pasado mucho tiempo. Espero que estés bien y que el *yabree* cante para ti.

—Sí —balbució Richard—, entona un canto de anhelo.

—La reina.

—¡Sí! La reina. La reina me necesita.

—¿Estás listo entonces para ayudarla? ¿Para liberarla?

Richard asintió. Merissa dio media vuelta y lo condujo hacia las ruinas. Varios mriswith se les unieron cuando traspasaron las entradas rotas. Los rayos de luz de luna entraban a través de los huecos en las paredes bordeados de plantas trepadoras, pero cuando los muros se hicieron tan macizos que no dejaban pasar la luz de la luna, la mujer encendió una llama en la palma de la mano. Richard la siguió por escaleras que ascendían en espiral por las lúgubres ruinas, así como por pasillos que, por su aspecto, se diría que nadie había transitado en miles de años.

Súbitamente penetraron en una enorme sala en la que la mágica iluminación se tornó insuficiente. Merissa envió la pequeña llama a prender las teas que colgaban a ambos lados y que iluminaron la vasta estancia con trémula luz. Galerías cubiertas de polvo y telarañas ribeteaban la sala, convertida en una charca de suelo embaldosado. Las baldosas otrora habían sido blancas, pero se habían oscurecido con manchas de suciedad y polvo. El agua era turbia y sucia. El techo, parcialmente abovedado, estaba abierto por el centro y unas estructuras se alzaban hacia lo alto por esa abertura.

Los dos mriswith se deslizaron a la espalda de Richard. Ambos hicieron chocar su *yabree* con el del joven. El agradable son resonó en el centro de calma de su interior.

—Aquí está la reina —dijo uno de ellos—. Nosotros vamos a ella, y cuando las crías nacen también ellas pueden irse, pero la reina no se puede mover de aquí.

—¿Por qué? —quiso saber Richard.

El otro mriswith se adelantó y señaló con una garra. Ésta entró en contacto con algo invisible, y un escudo de luz se iluminó con un suave fulgor. El escudo encajaba a la perfección en la bóveda de piedra pero no tenía ningún orificio en el centro. Cuando el mriswith retiró su negra garra, el escudo se tornó de nuevo invisible.

—El tiempo de la vieja reina toca a su fin; está muriendo. Todos hemos comido su carne, y de la última de sus crías surgió otra reina. La nueva reina nos canta a través del *yabree* y nos dice que es joven y fértil. Es hora de que la nueva reina establezca una nueva colonia.

»La gran barrera ha caído, y la sliph ha despertado. Debes ayudar a la reina a conquistar nuevos territorios.

—Sí. Necesita liberarse. Siento su anhelo. Me siento lleno de su canto. ¿Por qué no la habéis liberado vosotros?

—Porque no podemos. Del mismo modo que sólo tú podías neutralizar las torres y despertar a la sliph, sólo tú puedes liberar a la reina. Debes hacerlo si deseas empuñar dos *yabree* y que ambos te canten.

Guiándose por el instinto, Richard avanzó hacia una escalera lateral. Notaba que el escudo era más fuerte en la base, por lo que debería romperlo por su parte superior. Mientras trepaba por los escalones de piedra sostenía el *yabree* contra su pecho, tratando de imaginarse qué maravilloso sería empuñar dos. Su reconfortante son lo tranquilizaba, aunque el anhelo de la reina le daba alas. Los mriswith se quedaron atrás, pero Merissa lo siguió.

Richard se sentía como si ya hubiera estado allí antes. La escalera conducía al exterior y después ascendía en espiral junto a las columnas en ruinas. La luz de la luna creaba sombras de formas caprichosas entre las escarpadas piedras que se alzaban en la devastación general.

Por fin llegaron a lo alto de una pequeña torre circular de observación. Los pilares que se alzaban a sus lados conectaban encima de sus cabezas con los restos de un entablamento decorado con gárgolas. Daba la impresión de que en el pasado rodeaba toda la cúpula y conectaba torres como la que en ellos se encontraban. Desde lo alto Richard podía mirar hacia abajo a través de la abertura en la cúpula. El techo curvo estaba erizado con enormes columnas, semejantes a pinchos, que apuntaban hacia fuera y hacia abajo en hileras.

Merissa, vestida de rojo, como era su costumbre cuando le impartía lecciones, se arrimó a él por la espalda y echó un silencioso vistazo a la oscura cúpula.

Richard sentía la presencia de la reina en las turbias aguas del fondo, llamándolo, instándolo a que la liberara. El *yabree* cantaba a través de sus huesos.

El joven bajó una mano y dejó que ese anhelo fluyera hacia abajo. El otro brazo lo proyectó al frente, con los dedos y el *yabree* señalando hacia abajo. Las hojas de acero tañeron y vibraron por efecto del poder que irradiaba desde su interior.

Las hojas del *yabree* sonaron. El metálico tintineo fue subiendo de tono hasta que la misma noche chilló. Era un sonido doloroso, pero Richard no permitía que se apaciguara, sino que lo alentaba. Merissa se dio media vuelta y se cubrió los oídos, mientras que en el aire resonaba el aullido del *yabree*.

El escudo de la bóveda tembló. A medida que vibraba más y más, relucía. En su superficie aparecieron chispeantes grietas que se expandían rápidamente. Finalmente, con un ensordecedor retumbo el escudo se hizo pedazos; las piezas, semejantes a reluciente cristal, llovieron sobre las aguas, lanzando chispas en el descenso.

El *yabree* calló, y todo fue de nuevo quietud en la noche.

Abajo algo enorme se movió y se agitó para liberarse de una capa de algas y lodo. Unas alas se desplegaron para probar su fuerza y entonces, con frenéticos aleteos, la reina remontó el vuelo. Batiendo las alas con fuerza se elevó hasta el borde de la cúpula y se aferró a la piedra con sus garras. Desplegando parcialmente las alas, que acababa de probar, empezó a trepar por la piedra de la torre en la que se hallaban Richard y Merissa. Lenta pero segura izó su enorme y brillante corpachón por la columna, agarrándose con las zarpas en grietas, salientes y ranuras de la piedra.

Finalmente se detuvo. Se quedó pegada al pilar junto a Richard como una salamandra que se aferrara con las garras a un viscoso tronco. A la brillante luz de la luna Richard vio que era tan roja como el vestido de Merissa. Una cresta formada por escamas entrelazadas le iba desde el extremo de la cola hasta las largas y flexibles púas que le nacían en la parte posterior de la cabeza. Sobre ésta se apreciaba una protuberancia coronada con hileras de carne sin escamas, que al exhalar se agitaban.

La reina movía la cabeza cual serpiente, mirando, buscando. Desplegó las alas y las agitó lentamente en el aire nocturno. Quería algo.

—¿Qué buscas? —inquirió Richard.

La reina volvió la cabeza hacia él, situado más abajo, y le lanzó su aliento, que le envolvió en su extraño aroma. De algún modo aquella vaharada le transmitió el anhelo de la reina; su aroma tenía un significado que él entendía: «Deseo ir a ese lugar».

Entonces la mriswith volvió la cabeza hacia la oscuridad, más allá de los pilares. Exhaló y emitió un largo, grave y vibrante murmullo que pareció estremecerse en el aire. Por las franjas de carne en la cabeza expelía aire. Cuando la reina barritaba, se agitaban y generaban ese sonido. Con los pulmones aún llenos de aquel embriagador aroma, Richard observó la noche que se extendía más allá de la torre.

El aire titiló y brilló a medida que una imagen se formaba rápidamente ante él. La reina barritó de nuevo, y la imagen se hizo más brillante. Era una escena que Richard reconoció: Aydindril vista a través de una fantasmagórica bruma color ocre. Podía distinguir los edificios de la ciudad, el Palacio de las Confesoras y, cuando la reina barritó de nuevo, la brillante imagen que flotó ante él en el cielo nocturno le mostró el Alcázar del Hechicero que se erguía en la ladera de la montaña.

Nuevamente la reina volvió la cabeza y exhaló otro aroma, diferente del primero. Éste decía: «¿Cómo llego hasta allí?».

Richard sonrió. Se sentía fuera de sí de dicha porque había podido entender el significado del aroma y sabía que podía ayudarla.

Extendió un brazo y de su mano brotó un resplandor que iluminó la sliph.

—Allí. Ella te llevará.

La reina aleteó, saltó de la columna y, una vez se hubo alejado de las ruinas, desplegó por completo las alas y bajó planeando hasta la sliph. Era evidente que la reina no podía volar muy bien. Usaba las alas para moverse mejor, pero no podría volar hasta Aydindril. Necesitaba ayuda para llegar hasta allí. La sliph rodeó a la reina, que había plegado las alas. La masa plateada la engulló.

Richard se quedó allí, sonriendo, llenó aún del placer que le proporcionaba el *yabree* que cantaba en su mano. El son del arma vibraba en sus huesos.

—Nos veremos abajo, Richard —le dijo Merissa. Entonces notó que lo agarraba por el cuello de la camisa, atrás, y con el poder de su han lo arrojaba por un lado de la torre.

Instintivamente Richard alargó una mano y en plena caída se aferró al borde de la abertura en la bóveda. Se quedó colgando por los dedos a una altura de al menos treinta metros. El *yabree* repiqueteó al estrellarse contra el suelo de piedra. El pánico se adueñó súbitamente de él. Se sentía como si acabara de despertar de una pesadilla.

Sin el son del *yabree* en su mente, recuperó de repente la plena conciencia y se estremeció, aterrado, al darse cuenta de que había sido víctima de una pérfida seducción y de lo que había hecho bajo aquel influjo.

Merissa se asomó por el borde de la torre, lo vio colgando sobre el vacío y le lanzó una ráfaga de fuego. Richard alzó los pies, y las llamas le pasaron rozando. Pero sabía que la mujer no cometería el mismo error dos veces.

Frenéticamente palpaba bajo el borde de la bóveda, buscando un asidero. Por fin sus dedos encontraron un nervio acanalado de soporte. Desesperado por huir del alcance de Merissa, se agarró a él y se balanceó debajo de la bóveda justo cuando otro rayo surcaba el aire e impactaba en las turbias aguas del fondo, levantando una cortina de espuma.

Poco a poco, espoleado no sólo por el temor que le inspiraba Merissa sino también por el vértigo, fue descendiendo por el nervio. Merissa se dirigió a la escalera. A medida que descendía, el nervio se inclinaba más y más hasta que cerca ya del borde inferior de la bóveda era casi vertical.

El joven gruñía por el esfuerzo, tratando de darse la mayor prisa posible. Los dedos le dolían. Estaba avergonzado. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? ¿En qué estaba pensando? De pronto lo comprendió y la verdad le dio escalofríos.

La capa de mriswith.

Berdine había corrido tras él, agitando el diario de Kolo y gritándole que se quitara la capa. En el diario había leído que no sólo los magos del Alcázar sino también sus enemigos habían creado objetos mágicos que producían ciertas mutaciones para proporcionar determinadas cualidades, por ejemplo mayor fuerza y resistencia, el poder de enfocar una línea de luz en un determinado punto con fines destructivos o la capacidad para ver de muy lejos incluso en la oscuridad.

Seguramente la capa de mriswith era uno de esos objetos que los magos usaban para tornarse invisibles. Kolo mencionaba que muchas de las armas que habían desarrollado al final se les habían ido de las manos. La otra posibilidad era que los mriswith hubiesen sido creados por el enemigo.

Queridos espíritus, ¿qué desastre habría causado? ¿Qué había hecho? Tenía que quitarse enseguida la capa. Berdine había tratado de advertirle.

Tercera Norma de un mago: la razón. Tanto deseaba rescatar a Kahlan que no había usado la razón y había hecho caso omiso de la advertencia de Berdine. ¿Cómo iba a detener a la Orden después de eso? Con su insensatez la había ayudado.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para sostenerse en el nervio, que caía casi a pico. Tres metros más.

Merissa apareció en el umbral de una puerta. Richard vio que un rayo luminoso surcaba la bóveda. Se soltó y cayó al suelo, rezando todo el tiempo para caer lo más rápidamente posible. El rayo, que a punto estuvo de arrancarle la cabeza, estalló muy cerca de él con un ruido ensordecedor. Tenía que escapar. Tenía que alejarse de ella.

—He conocido a tu futura esposa, Richard.

Richard se quedó paralizado.

—¿Dónde está?

—Sal de ahí y hablaremos. Quiero decirte cuánto voy a disfrutar oyendo sus chillidos.

—¿Dónde está? —bramó Richard.

La risa de Merissa reverberó en la bóveda.

—Aquí mismo, Richard. En Tanimura.

En un acceso de furia Richard le lanzó un rayo. Éste iluminó la cámara y tronó por la cámara hacia donde la había visto por última vez. Humeantes esquirlas de piedra volaron por el aire. El joven se preguntó cómo había sido capaz de hacer eso. Pero lo sabía. Por necesidad.

—¿Por qué? —gritó—. ¿Por qué quieres hacerle daño a ella?

—Oh, Richard, no es ella la que me interesa. Eres tú. Su dolor te causará a ti sufrimiento; es así de sencillo. Ella no es más que un medio para hacerte daño.

Richard escrutó con la mirada los pasadizos.

—¿Por qué quieres matarme?

Apenas había formulado la pregunta cuando se agachó y corrió hacia un pasadizo.

—Porque lo estropeaste todo. Tú enviaste de nuevo a mi amo al inframundo. Yo iba a tener mi recompensa. La inmortalidad. Yo cumplí con mi parte del trato, pero tú lo echaste a perder todo.

Un sinuoso rayo negro se comió parte del muro situado justo a su lado. Merissa estaba usando Magia de Resta. Era una hechicera de inimaginable poder y era capaz de localizarlo; lo sentía. Pero ¿por qué fallaba?

—Pero lo peor —añadió, dándose golpecitos al anillo de oro que le atravesaba el labio inferior— es que por tu culpa tuve que servir a ese cerdo de Jagang. No te imaginas las cosas que me hizo, ni las cosas que aún me obliga a hacer. ¡Todo es por tu culpa! ¡Es culpa tuya, Richard Rahl! Pero me las pagarás. He jurado que me bañaré en tu sangre, y lo haré.

—¿Y Jagang? ¿No se enfadará si me matas?

Tras él estallaron las llamas, que lo persiguieron hasta la siguiente columna.

—Al contrario. Ahora que ya has cumplido tu papel, ya no le sirves para nada. Como recompensa puedo hacer contigo lo que desee, y ni te imaginas qué deseos albergo hacia ti.

Richard se dio cuenta de que de ese modo no iba a escapar de ella. Aunque se escondiera detrás de un muro, Merissa lo localizaría con el han.

Pensó una vez más en Berdine mientras alzaba una mano y cogía la capa de mriswith para quitársela. Pero se detuvo. Merissa no lo vería con su han si se envolvía en la capa. Pero la magia de esa capa era la fuerza que había creado a los mriswith.

Kahlan estaba prisionera. Merissa había dicho que la torturaría para hacerle daño a él. No iba a permitirlo. No tenía otra opción.

Así pues, se envolvió en la capa y desapareció.

22

—Te prometo que ésta es la última.

Verna miró a los ojos a aquella mujer a la que conocía desde hacía ciento cincuenta años. Era evidente que no la conocía bien, ni a ella ni a tantas otras.

—¿Qué quiere Jagang del Palacio de los Profetas?

—Jagang no posee más poder que una persona normal y corriente excepto su habilidad como Caminante de los Sueños —respondió Leoma con voz trémula, pero siguió adelante—. Debe utilizar a sus semejantes, especialmente a quienes poseen el don, para lograr lo que desea. Piensa utilizar nuestro conocimiento para descubrir qué profecías le darán la victoria, y luego asegurarse de que sucede lo que debe suceder para conducir al mundo hacia las bifurcaciones que le convienen.

»Es un hombre muy paciente. Le costó casi veinte años conquistar el Viejo Mundo. Durante todo ese tiempo perfeccionó sus habilidades, exploró la mente de los demás y reunió la información que necesitaba.

»No sólo codicia las profecías que guardamos en las criptas sino que piensa instalarse para siempre en el Palacio de los Profetas. Conoce el hechizo; emplazó a varios de sus hombres aquí para asegurarse de que también funcionaba en quienes no poseen el don y que no se producen efectos secundarios adversos. Piensa vivir aquí y desde este palacio conquistar el resto del mundo con la ayuda de las profecías.

»Una vez que todos los países hayan caído, tendrá cientos y cientos de años para disfrutar de su dominio sobre el mundo y de las prebendas de la tiranía. Para él es lo más grande que nadie haya soñado y mucho menos logrado anteriormente. Será lo más próximo a la inmortalidad que puede conseguir un gobernante.

—¿Qué más puedes decirme?

Leoma se retorcía las manos.

—Nada más. Te he dicho todo lo que sé, Verna. Ahora déjame ir.

—Bésate el dedo anular y suplica el perdón del Creador.

—¿Qué?

—Reniega del Custodio. Es tu única esperanza, Leoma.

Pero la Hermana sacudió la cabeza.

—No puedo hacer eso, Verna, y no lo haré.

Verna no tenía tiempo que perder. Sin más palabras ni discusiones tocó su han. Los ojos de Leoma parecieron iluminarse desde el interior. Un segundo más tarde se desplomó en el suelo sin vida.

Sigilosamente Verna se dirigió al extremo del pasillo, vacío, donde estaba la celda de la hermana Simona. Con la euforia que le daba ser capaz de manipular de nuevo su han a voluntad, rompió el escudo. Para no asustarla, llamó a la puerta antes de abrirla. Simona corrió a refugiarse en un rincón.

—Simona, soy Verna. No tengas miedo, querida.

Simona lanzó un grito de terror.

—¡Ya llega! ¡Ya llega!

Verna prendió en su palma una suave luz.

—Lo sé. No estás loca, hermana Simona. Es cierto que él viene.

—¡Tenemos que escapar! ¡Tenemos que irnos de aquí! —sollozó Simona—. Por favor, tenemos que irnos antes de que él llegue. Se me aparece en sueños para atormentarme. Tengo tanto miedo... —En un arrebato se besó el anular incontables veces.

Verna cogió a la Hermana en sus brazos. Simona temblaba.

—Simona, escúchame con atención. Conozco el modo de salvarte del Caminante de los Sueños. Si haces lo que te digo, estarás a salvo de él. Nos iremos de aquí.

Simona se calmó y la miró a los ojos.

—¿Entonces me crees?

—Sí. Sé que dices la verdad. Pero también tú debes creerme a mí cuando te digo que conozco la magia que te protegerá del Caminante de los Sueños.

Simona se secó las lágrimas de sus sucias mejillas.

—¿De veras que es posible? ¿Cómo?

—¿Recuerdas a Richard? ¿El joven con el que regresé?

Simona, acurrucada contra Verna, asintió con una sonrisa.

—¿Quién podría olvidarlo? Problemas y prodigios en un mismo paquete.

—Pues escucha. Además del don, Richard posee un tipo de magia heredada de sus antepasados, que lucharon contra los primeros Caminantes de los Sueños. Esa magia protege de los Caminantes no sólo a él sino a cualquiera que le jure fidelidad, a cualquiera que le sea realmente leal. Ésa fue la razón por la cual fue tejido el hechizo: para luchar contra los Caminantes de los Sueños.

—No puede ser tan simple como eso —replicó una incrédula Simona.

—Leoma me tenía encerrada en una celda, al final del pasillo. Me puso un rada'han al cuello y trató de doblegar mi voluntad con la prueba del dolor para que renegara de Richard. Me dijo que el Caminante de los Sueños quería visitarme en sueños, como hace contigo, pero mi lealtad hacia Richard lo impidió. Funciona, Simona. No sé cómo pero funciona. Yo estoy protegida frente al Caminante de los Sueños, y tú también puedes, si quieres.

La hermana Simona se apartó unos mechones de pelo cano de la cara.

—Verna, no estoy loca. Quiero librarme del rada'han y escapar antes de que llegue el Caminante de los Sueños. Debemos irnos. ¿Qué debo hacer?

Verna abrazó con más fuerza a la menuda mujer.

—¿Nos ayudarás? ¿Ayudarás al resto de las Hermanas de la Luz a escapar?

Simona se besó el dedo anular con sus labios partidos.

—Lo juro por el Creador.

—Entonces debes jurar lealtad a Richard. Debes vincularte a él.

Simona se apartó, se arrodilló y apoyó la frente en el suelo.

—Juro fidelidad a Richard. Le entrego mi vida con la esperanza de que el Creador me acoja en su seno en el otro mundo.

Verna instó a Simona a levantarse. Entonces colocó las manos a ambos lados del rada'han y proyectó su han sobre él, uniéndose con él. Se oyó un zumbido. Luego un chasquido y el collar cayó al suelo.

Simona lanzó un grito de alegría y se abrazó a Verna. Ésta la estrechó contra sí. Comprendía perfectamente su gozo al verse libre del odiado rada'han.

—Simona, debemos irnos. Tenemos mucho que hacer y poco tiempo. Necesito tu ayuda.

Simona se enjuagó las lágrimas.

—Estoy lista. Gracias, Prelada.

Al llegar a la puerta con el cerrojo bloqueado mediante una intrincada red, Verna y Simona unieron esfuerzos para romperla. Aquella red había sido tejida por tres Hermanas y, pese a todo el poder de Verna, sería todo un reto quebrarla. Pero con la ayuda de Simona la red cedió fácilmente.

Los dos soldados apostados al otro lado de la puerta se sobresaltaron al ver aparecer a las mugrientas prisioneras. Al instante bajaron las picas.

Verna reconoció a uno de ellos.

—Walsh, tú me conoces. Levanta la pica.

—Sé que habéis sido declarada culpable de ser una Hermana de las Tinieblas.

—Sé que tú no crees eso.

La punta de la pica estaba peligrosamente cerca de su rostro.

—¿Qué os hace pensar eso?

—Porque, si fuese cierto, os habría matado a ambos para escapar.

El soldado se quedó un momento en silencio, pensando.

—Continuad —dijo.

—Estamos en guerra. El emperador desea someter el mundo entero. Ha llegado el momento de elegir bando. Aquí y ahora debes decidir a quién eres leal: a Richard o a la Orden Imperial.

El soldado frunció los labios. En su mente se libraba una dura batalla. Finalmente apoyó en el suelo el extremo romo de la pica.

—A Richard —declaró.

Los ojos del otro soldado saltaban de Walsh a Verna. Súbitamente se lanzó al ataque con el grito de «¡A la Orden!».

Verna estaba preparada. Antes de que el arma la tocara, lanzó al soldado contra la pared con tanta fuerza que se le abrió la cabeza. Cuando tocó el suelo ya estaba muerto.

—Creo que he elegido bien —dijo Walsh.

—Así es. Tenemos que reunir a las auténticas Hermanas de la Luz y a los jóvenes magos que nos son leales y alejarnos de palacio cuanto antes. No hay tiempo que perder.

—Vamos —dijo Walsh, que con la pica preparada abría camino.

En el exterior, una menuda figura esperaba sentada en un banco en el cálido aire nocturno. Cuando los reconoció se puso de pie de un salto.

—¡Prelada! —susurró con lágrimas de alegría en los ojos.

Verna abrazó a Millie con tanta fuerza que la anciana chilló que la soltara.

—Oh, Prelada, perdonadme por esas cosas tan horribles que os dije. No lo decía en serio, lo juro.

Verna, al borde de las lágrimas, volvió a abrazarla y luego le besó la frente una docena de veces.

—Gracias, Millie. El Creador no podía haber enviado a nadie mejor que tú para ayudarme. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí y por las Hermanas de la Luz. Ahora debemos escapar. El emperador piensa tomar el palacio. Por favor, ¿vendrás con nosotras para que no te pase nada?

Millie se encogió de hombros.

—¿Queréis a una vieja como yo? ¿Queréis que os ayude a escapar de las sanguinarias Hermanas de las Tinieblas y de monstruos mágicos?

—Por favor.

Millie sonrió de oreja a oreja.

—Suena más divertido que fregar suelos y vaciar orinales.

—Perfecto, escuchadme todos, vamos a...

Una alta sombra asomó por la esquina del edificio. Todos callaron y se quedaron inmóviles mientras la figura se aproximaba.

—Bueno, Verna, parece que has hallado el modo de escapar. Ya contaba con ello. —Al acercarse más, vieron que se trataba de la hermana Philippa, la otra consejera de Verna. Se besó el dedo anular y sus finos labios esbozaron una sonrisa—. Gracias al Creador. Bienvenida de vuelta, Prelada.

—Philippa, tenemos que sacar a las Hermanas de palacio esta misma noche, antes de que Jagang llegue, o nos capturará para utilizarnos.

—¿Qué vamos a hacer, Prelada?

—Escuchad todos con atención. Debemos darnos prisa y ser muy precavidos. Si nos atrapan, nos pondrán collares a todos.

Richard acabó sin resuello la carrera por el bosque Hagen, y decidió aminorar el paso para recuperar el aliento. Vio que unas Hermanas merodeaban por los jardines del palacio pero ellas no podían verlo. Pese a que la capa de mriswith lo protegía, no podía registrar todo el edificio; tardaría días en recorrerlo de arriba abajo. Tenía que averiguar dónde tenían prisioneros a Kahlan, a Zedd y a Gratch, liberarlos y regresar a Aydindril. Una vez allí Zedd sabría qué hacer.

Probablemente Zedd se pondría furioso y le echaría una buena reprimenda, aunque Richard sabía que se la merecía. Tenía el estómago encogido por la enormidad de lo que había provocado. Si seguía vivo, desde luego no era por haber actuado con inteligencia. Con su insensatez y temeridad había puesto en peligro infinitas vidas.

Seguramente Kahlan estaría más que furiosa con él. Y con razón.

Richard se estremeció al pensar qué querían hacer los mriswith en Aydindril y sintió una punzada de temor por sus amigos. Quizá los mriswith sólo deseaban establecer un nuevo hogar, como el bosque Hagen, del que no saldrían. Pero una voz interior se reía de tan absurdas ilusiones. Debía regresar a Aydindril.

«Deja de pensar en el problema —se reprendió—. Piensa en la solución.»

No podía imaginarse por qué las Hermanas habrían apresado a Kahlan, Zedd y Gratch, aunque no dudaba de las palabras de Merissa; la Hermana creía que lo tenía en su poder, por lo que no tenía razón alguna para mentir. ¿Por qué las Hermanas de las Tinieblas mantenían a sus prisioneros en un lugar en el que corrían peligro de ser descubiertas?

Richard se detuvo. Un pequeño grupo de personas cruzaban el prado. A la luz de la luna no podía distinguir quiénes eran, pero antes de decidirse a averiguarlo se dijo que ante todo debía encontrar a Ann. La Prelada lo ayudaría. Dejando de lado a la prelada Annalina y la hermana Verna, no sabía en quién podía confiar. Así pues esperó hasta que el grupo entró en un corredor cubierto antes de seguir adelante.

Cuando meses antes abandonó el Palacio de los Profetas sabía que aún podían quedar Hermanas de las Tinieblas. Seguramente eran ellas las que habían capturado a Kahlan, pero no sabía quiénes eran. Podría buscar a Verna, pero ignoraba dónde estaría. Pero sí sabía dónde encontrar a la Prelada, y por allí empezaría.

Si era necesario, echaría abajo el Palacio de los Profetas, sin dejar piedra sobre piedra, a fin de encontrar a Kahlan y sus amigos. No obstante, por temor a violar de nuevo la Tercera Norma de un mago, decidió intentar al menos actuar guiado por la razón y no por las pasiones.

Pero ¿dónde acababa una y empezaban las otras?

Kevin Andellmere montaba guardia en la verja exterior del complejo de la Prelada. Richard lo conocía y estaba razonablemente seguro de que podía confiar en él. Pero estar «razonablemente seguro» no bastaba, por lo que se mantuvo oculto y se deslizó sin ser visto al interior del complejo. En la distancia distinguía las estentóreas risas de varios hombres que se aproximaban por un sendero, pero aún se hallaban bastante lejos.

Richard conocía a las antiguas administradoras de la Prelada. Una de ellas murió cuando la otra, la hermana Ulicia, atacó a la Prelada. Tras el ataque, Ulicia y otras cinco Hermanas de las Tinieblas huyeron a bordo de un barco, el *Lady Sefa*. Pero los escritorios de la oficina de la Prelada se veían vacíos.

No había nadie en el pasillo, ni en la antesala, y la puerta del despacho de la Prelada estaba abierta, por lo que Richard se abrió la capa de mriswith y relajó la concentración. Quería que Ann lo reconociera.

A la luz de la luna que entraba por las puertas dobles situadas al fondo del oscuro despacho vio que la Prelada estaba sentada tras su escritorio. A la tenue luz distinguió que tenía la cabeza inclinada hacia abajo. Se debía de haber quedado dormida.

—Prelada —dijo con voz suave para no sobresaltarla. La mujer despertó, alzó ligeramente la cabeza y levantó una mano—. Tengo que hablar contigo, Prelada. Soy Richard. Richard Rahl.

Una luz prendió en la palma de la mujer.

—¿Has venido a hablar? —inquirió una sonriente Ulicia—. Qué interesante. Bueno, me encantará hablar contigo.

Richard retrocedió un paso ante aquella perversa sonrisa, y su mano buscó la empuñadura de la espada.

No llevaba espada.

Oyó un portazo a su espalda.

Dio bruscamente media vuelta y vio a cuatro de sus antiguas maestras: Tovi, Cecilia, Armina y Merissa. Al acercarse a él, observó que todas ellas exhibían un aro que les perforaba el labio inferior. Sólo faltaba Nicci. Todas sonreían como niños hambrientos que contemplan los dulces que les esperan al final de un ayuno de tres días.

Richard notó una necesidad que se encendía en su interior.

—Antes de que hagas algo estúpido, Richard, escucha o morirás.

—¿Cómo has logrado adelantarme? —preguntó a Merissa, conteniéndose.

La Hermana arqueó una ceja y lo miró con sus malévolos ojos oscuros.

—He regresado con mi caballo.

—Lo teníais todo planeado, ¿verdad? —dijo a Ulicia—. Habéis hecho esto para atraparme.

—Pues claro, muchacho. Y debo decir que tú has cumplido tu papel a la perfección.

—¿Cómo sabías que no moriría cuando Merissa me lanzara abajo desde la torre?

La sonrisa de Ulicia se desvaneció al tiempo que lanzaba una iracunda mirada a Merissa. Al ver esa mirada, Richard supo que Merissa no había seguido las instrucciones.

—Lo importante es que estás aquí —prosiguió Ulicia—. Ahora será mejor que te calmes y no te pasará nada. Aunque hayas nacido con los dos lados del don, también nosotras tenemos ambos tipos de magia. Podrías matar a una o dos de nosotras, pero no podrías con todas, y en ese caso Kahlan moriría.

—Kahlan... —Richard la fulminó con la mirada—. Te escucho.

—Verás, Richard —empezó Ulicia, cruzando las manos—, resulta que tienes un problema. Pero por suerte para ti nosotras también tenemos un problema.

—¿Qué tipo de problema?

La mirada de Ulicia se endureció y adoptó una expresión amenazadora para responder:

—Jagang.

Las otras se reunieron con Ulicia detrás de la mesa. Ninguna de ellas sonreía ya. A la mención del nombre de Jagang prendió tal odio en sus miradas que incluso los ojos de las en apariencia amables Tovi y Cecilia podrían fundir piedra.

—Verás , Richard, ya es casi hora de acostarnos.

—¿Qué?

—A ti el emperador Jagang no te visita en tus sueños. Pero a nosotras sí. Y se está convirtiendo en un problema.

Richard notó que la hermana Ulicia luchaba por controlar el tono de voz. Era obvio que deseaba algo más que la propia vida.

—No me digas que tienes problemas con un Caminante de los Sueños, Ulicia. Bueno, yo duermo tan plácidamente como un bebé.

Por lo general Richard se daba cuenta de cuándo alguien tocaba su han; lo sentía o lo leía en sus ojos. El aire que rodeaba a aquellas mujeres casi crepitaba. Tras aquellos cinco pares de ojos había

suficiente poder reprimido como para fundir una montaña. Pero, por lo visto, no bastaba. Un Caminante de los Sueños debía de ser un temible rival.

—De acuerdo, Ulicia, vayamos al grano. Yo quiero a Kahlan y vosotras queréis algo. ¿El qué?

Ulicia se toqueteó el aro del labio al tiempo que desviaba la vista.

—Debemos llegar a un acuerdo antes de que nos durmamos. Acabo de comunicar a mis hermanas lo que se me ha ocurrido. No hemos podido dar con Nicci para incluirla. Si nos quedamos dormidas antes de resolver esto y alguna de nosotras sueña con esta conversación...

—¿Resolver? Yo quiero a Kahlan. ¿Qué queréis vosotras?

Ulicia carraspeó antes de responder:

—Queremos jurarte lealtad.

Richard se quedó de piedra. No daba crédito a lo que acababa de oír.

—Pero sois Hermanas de las Tinieblas. Me conocéis, y deseáis mi muerte. ¿Cómo podéis romper vuestro juramento al Custodio?

Ulicia clavó en él su acerada mirada.

—Yo no he dicho que queramos hacer eso. He dicho que queremos jurarte lealtad en esto, en el mundo de los vivos. En la situación en la que nos encontramos, yo no veo que sea incompatible.

—¿Que no es incompatible? ¡Estás loca!

—¿Acaso quieres morir? —le preguntó Ulicia con una inquietante mirada—. ¿Quieres que Kahlan muera?

Richard hizo un esfuerzo por serenarse.

—No.

—En ese caso calla y escucha. Nosotras tenemos algo que tú quieres; y tú tienes algo que nosotras queremos. No obstante, tanto tú como nosotras exigimos condiciones. Por ejemplo, tú quieres recuperar a Kahlan sana y salva. ¿Me equivoco?

La mirada de Richard fue digna de una Hermana de las Tinieblas.

—En absoluto. Pero ¿qué te hace creer que haré un pacto contigo? Intentaste matar a la prelada Annalina.

—No sólo lo intenté sino que lo conseguí.

Richard cerró los ojos y soltó un angustiado gruñido.

—Acabas de admitir que asesinaste a la Prelada. ¿Cómo esperas que confíe en ti para...?

—Se me está acabando la paciencia, jovencito, y a tu prometida no le queda mucho tiempo. Si no te la llevas antes de que llegue Jagang, no volverás a verla nunca más, te lo aseguro. No tienes tiempo para buscarla.

Richard tragó saliva.

—De acuerdo. Habla.

—Tú cerraste de nuevo la puerta que había abierto el Custodio en este mundo y frustraste nuestros planes. Al hacerlo, disminuiste el poder del Custodio en el mundo de los vivos y restableciste el equilibrio entre él y el Creador. Jagang ha aprovechado ese equilibrio para tratar de adueñarse del mundo.

»También se ha adueñado de nosotras. Puede hacer con nosotras lo que desee. Somos sus prisioneras estemos donde estemos. Ya nos ha demostrado lo desagradable que puede ser cuando quiere. Sólo existe un modo de escapar de él.

—Te refieres al vínculo.

—Exacto. Ahora, mientras hagamos lo que Jagang nos ordena, no se enfada con nosotras y no nos castiga. Por... desagradable que sea, seguimos vivas. Nosotras deseamos vivir.

»Si te juramos lealtad, podremos romper el lazo con el que Jagang nos mantiene prisioneras y escapar.

—Quieres decir que queréis matarlo.

Ulicia negó con la cabeza.

—No queremos volver a ver su cara nunca más. Nos da igual lo que haga, sólo deseamos vernos libres de él.

»Te seré sincera. Cuando seamos libres continuaremos trabajando para conseguir que nuestro amo, el Custodio, prevalezca. Si tenemos éxito, nos recompensará. No sé si es posible, pero ése es un riesgo que tendrás que correr.

—¿Cómo que «tendré» que correr? Si os vinculáis a mí, tendréis que luchar por mis objetivos, que son combatir al Custodio y a la Orden Imperial.

Ulicia esbozó una aviesa sonrisa.

—No, jovencito, no. Lo he pensado muy despacio. Ésta es mi oferta: nosotras te juramos lealtad, tú nos preguntas dónde está Kahlan y nosotras te lo decimos. A cambio, no podrás pedirnos nada más y nos permitirás marcharnos al instante. Tú no nos verás más y nosotras no te veremos más.

—Pero si lucháis para liberar al Custodio, eso va contra mí y rompe el vínculo. ¡No funcionará!

—Lo estás viendo a través de tus ojos. Si tu vínculo proporciona protección es porque la persona que lo invoca está convencida de que con sus actos no está rompiendo la lealtad que te debe.

»Tú deseas conquistar el mundo. Crees que es por el bien de la gente de todo el mundo. ¿Acaso todos aquellos que has tratado de ganarte han creído en ti y te han apoyado? ¿O acaso algunos han considerado un abuso tus benevolentes ofertas y han huido porque te temen?

Richard recordó a las familias que habían abandonado Aydindril.

—Supongo que entiendo lo que quieres decir, pero...

—Nosotras no vemos la lealtad a través de tu filtro moral, sino en función de nuestros propios principios. Para nosotras, Hermanas de las Tinieblas, mientras no hagamos nada directamente en tu contra no estaremos violando el juramento de lealtad. Si no vamos en tu contra, te estamos ayudando.

—Tú deseas liberar al Custodio. Eso va en mi contra directamente.

—Es cuestión del cristal con que se mire, Richard. Nosotras anhelamos poder, como tú, da igual las moralinas en las que pretendes envolver tu ambición.

»Nuestros esfuerzos no van dirigidos contra ti. Si resulta que tenemos éxito y el Custodio prevalece, todos se someterán, incluido Jagang, por lo que no importa si casualmente perdemos la protección del vínculo. Tal vez a ti te parezca inmoral, pero a nosotras no, y por ello el vínculo funcionará para nosotras.

»Y quién sabe. Es posible que, por algún milagro, ganes la guerra contra la Orden y mates a Jagang. En ese caso ya no necesitaremos el vínculo. Tendremos paciencia suficiente para ver en qué acaba todo. Eso sí, te aconsejo que no cometas la estupidez de regresar a Aydindril. Jagang la está recuperando, y no hay nada que tú puedas hacer para impedirlo.

Richard seguía receloso.

—Pero... si accedo os dejaría libres para seguir trabajando para la causa del mal.

—El mal según lo que tú entiendes. La verdad es que nos darás la oportunidad de intentarlo, pero eso no significa que lo consigamos. No obstante, eso os daría a ti y a Kahlan la oportunidad de tratar de detener a la Orden Imperial y tratar asimismo de frustrar nuestros planes de nuevo. Ya lo conseguiste en el pasado.

»Es decir, ambos conseguiremos algo muy importante: nosotras, la libertad; y tú, Kahlan. Creo que es un trato justo.

Richard consideró en silencio aquella demencial oferta. Estaba tan desesperado que no descartaba aceptarla.

—Suponiendo que me juráis lealtad, me decís dónde está Kahlan y luego huís, ¿qué prueba tendré de que realmente me habéis dicho la verdad sobre su paradero?

Ulicia ladeó la cabeza con una astuta sonrisa.

—Es muy sencillo. Nosotras juramos y tú preguntas. Si mentimos a una pregunta directa tuya, el vínculo se romperá y volveremos a caer en las garras de Jagang.

»Por esa razón la condición es que solamente podrás hacernos una pregunta: dónde está Kahlan. Si preguntas más o nos traicionas, te mataremos. No estaremos peor de lo que estamos ahora. Tú mueres, y Jagang consigue a Kahlan para hacer con ella lo que le plazca. Y te advierto que tiene gustos perversos. Pregúntale si no a Merissa —añadió, mirando a la joven Hermana situada a su lado.

Richard también la miró y vio que palidecía. Entonces se bajó el vestido para mostrarle la parte superior de un seno. Richard notó cómo él también palidecía y tuvo que apartar la mirada.

—Solamente permitió que me curaran la cara. El resto debe quedar tal como está porque... le divierte. Y esto es lo menos grave que me hizo. Y todo por tu culpa, Richard Rahl —dijo Merissa con voz gélida.

Richard tuvo una fugaz visión de Kahlan con el aro de Jagang en el labio inferior y aquellas terribles marcas en su cuerpo. Bastaba con imaginárselo para que las rodillas le temblaran.

Se mordió el labio inferior mientras fijaba de nuevo los ojos en Ulicia.

—Tú no eres la Prelada —le espetó—. Dame su anillo. —Sin dudarlo, Ulicia se lo quitó y se lo entregó—. El trato es que me juraréis lealtad, me diréis dónde está Kahlan y luego os marcharéis.

—Eso es.

—Trato hecho —declaró Richard con un suspiro.

Una vez que Richard hubo cerrado la puerta a sus espaldas Ulicia cerró los ojos y dejó escapar un suspiro de alivio. Eran libres. Que Richard liberara a Kahlan, no le importaba; ya tenían lo que querían. Por fin iba a poder dormir sin miedo a que Jagang la visitara en sueños.

Cinco vidas a cambio de una. Una ganga.

Y ni siquiera había sido preciso revelárselo todo. No obstante, le había dicho más de lo que deseaba. De todos modos había sido una ganga.

—Hermana Ulicia —dijo Cecilia en un tono de seguridad que no tenía desde hacía meses—, has logrado lo imposible. Nos has librado de Jagang. Las Hermanas de las Tinieblas son libres, y no nos ha costado nada.

—Yo no estaría tan segura de eso. Acabamos de poner un rumbo incierto a través de un territorio inexplorado. Pero, por el momento, somos libres. No debemos malgastar esta oportunidad. Partiremos al instante.

La puerta se abrió de golpe.

Un sonriente capitán Blake irrumpió en la oficina, seguido por dos marineros igualmente sonrientes. Uno de ellos manoseó a Armina. La Hermana no hizo nada para defenderse.

Con paso tambaleante el capitán llegó hasta el escritorio, apoyó las manos encima y se inclinó hacia Ulicia. Apestaba a licor.

—Bueno, bueno, moza. Nos volvemos a encontrar —dijo mirándola con expresión lasciva.

—Eso parece —replicó Ulicia, inexpresiva.

—El *Lady Sefa* acaba de atracar en el puerto —anunció el capitán, con su hambrienta mirada posada en los pechos de la mujer—. La vida de un marino es muy solitaria y nos gustaría un poco de compañía por esta noche. Los muchachos disfrutaron tanto de la última vez que les gustaría volver a repetirlo todo.

—Espero que esta vez seáis más amables —dijo Ulicia con fingido tono medroso.

—Bueno, moza, para serte sincero los muchachos creen que la última vez no os sacamos suficiente jugo. —El capitán se inclinó más, extendió la mano derecha, agarró a Ulicia por el pezón y la obligó a acercarse. El grito de la mujer provocó en él una sonrisa—. Vamos, putas, moved vuestros traseros hasta el *Lady Sefa* antes de que me enfade.

Rápidamente Ulicia clavó un cuchillo en el dorso de la mano del capitán, inmovilizándola contra la mesa. Entonces se llevó el dedo de la otra mano al aro del labio inferior y con un flujo de Magia de Resta lo hizo desaparecer.

—De acuerdo, capitán Blake, iremos al *Lady Sefa*. Nos encantará ver de nuevo a toda la tripulación.

Con un puño mágico le propinó un tremendo golpe hacia atrás. El cuchillo que tenía clavado le cortó la mano en dos. El capitán quiso gritar, pero una mordaza de aire se lo impidió.

23

—Algo pasa ahí fuera —susurró Adie—. Deben de ser ellos. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó, fijando sus blancos ojos en Kahlan—. Yo estoy dispuesta pero...

—No nos queda otro remedio —repuso Kahlan, echando un vistazo al fuego para asegurarse de que ardía con intensidad—. Tenemos que escapar. Y si morimos en el intento, bueno, al menos ya no seremos el anzuelo que debe atraer a Richard a la trampa. De ese modo se quedará donde está y con la ayuda de Zedd protegerá la Tierra Central.

—De acuerdo. Lo intentaremos. Sé lo que está haciendo pero no sé por qué.

Adie le había explicado que Lunetta se comportaba de modo muy peculiar: se envolvía en su poder continuamente. Para conseguir algo tan extraordinario se requería un talismán imbuido de magia. Tratándose de Lunetta, el talismán sólo podía ser una cosa.

—Aunque no sepas el porqué, Adie, no lo haría si no fuese importante.

Kahlan se llevó un dedo a los labios, conminando al silencio, cuando se oyó el crujir del suelo de madera del pasillo. El cabello negro y gris de Adie, que le llegaba hasta la mandíbula, osciló cuando la hechicera se inclinó sobre la lámpara para apagarla, tras lo cual se colocó detrás de la puerta. El fuego iluminaba la estancia pero las sombras se movían a las titilantes llamas, lo cual se sumaría a la confusión.

La puerta se abrió. Kahlan, de pie en el extremo más alejado, de cara a Adie, inspiró profundamente para armarse de valor. Ojalá antes de entrar hubiesen roto el escudo, o todo eso no serviría para nada.

Dos figuras entraron en la habitación. Eran ellos.

—¿Qué estás haciendo tú aquí, asqueroso bufón? —vociferó Kahlan.

Brogan, con Lunetta a la zaga, se volvió contra Kahlan. Ésta le escupió a los ojos.

Rojo de rabia, el general fue a por ella. Kahlan lo golpeó con la bota en la entrepierna. Brogan lanzó un alarido, y Lunetta corrió en su ayuda. Por detrás, Adie estrelló un tronco en la cabeza de la bruja, que se había agachado.

Brogan se abalanzó sobre Kahlan. Ambos forcejearon. El general le propinaba puñetazos en las costillas. Entretanto, Adie aprovechó que Lunetta caía al suelo para tirar de su curioso atavío de retales. Con un tremendo esfuerzo fruto de la desesperación, Adie logró arrancar el vestido de la bruja, que casi estaba inconsciente.

Lunetta, aturdida y aletargada, logró lanzar un grito cuando Adie se dio media vuelta y arrojó el vestido al rugiente fuego.

Mientras ella y Brogan caían al suelo, Kahlan alcanzó a ver cómo los retales multicolores eran pasto de las llamas. Al estrellarse contra el suelo logró quitarse de encima al general e inmediatamente se puso en pie. Cuando Brogan trató de hacer lo propio, Kahlan le lanzó un puntapié a la cara.

Lunetta emitía angustiosos chillidos. Kahlan no quitaba ojo a Brogan, que, sangrando por la nariz, se disponía a lanzarse contra ella de nuevo. No obstante, vio a su hermana detrás de Kahlan y se quedó paralizado.

Kahlan osó echar una fugaz mirada tras de sí. Vio una mujer tratando desesperada y vanamente de recuperar unos retales de colores del fuego.

Pero esa mujer no era Lunetta. Era una mujer atractiva y de más edad que Lunetta, vestida con un holgado vestido blanco.

También Kahlan se quedó de piedra. ¿Qué le había pasado a Lunetta?

—¡Lunetta! —vociferó Brogan, fuera de sí—. ¿Cómo te atreves a hacer un sortilegio delante de otras personas? ¿Cómo osas usar tu magia para que te vean hermosa? ¡Ya basta! ¡Tu lacra es horrorosa!

—Lord general —sollozaba Lunetta—, mis galas. Mis galas se están quemando. Por favor, hermano, ayúdame.

—¡Maldita *streganicha*! ¡Acaba con esto de una vez!

—No puedo —sollozaba Lunetta—. Sin mis galas, no puedo.

Lanzando un gruñido de furia, Brogan apartó a Kahlan de su camino y corrió al fuego. Allí alzó a Lunetta por el pelo y la golpeó con el puño. La mujer cayó al suelo, arrastrando consigo a Adie.

Brogan pateó a su hermana, que trataba de levantarse.

—¡Ya me he hartado de tu desobediencia y de tu impía lacra!

Kahlan cogió un tronco y lo blandió contra Brogan, pero éste se agachó y recibió el impacto en los hombros. De un puñetazo en el vientre Brogan la lanzó hacia atrás.

—¡Cerdo asqueroso! —resopló Kahlan, tratando de recuperar el aliento—. ¡Deja en paz a tu hermosa hermana!

—¡Está como una cabra! ¡Es Lunetta, la lunática!

—¡No le hagas caso, Lunetta! ¡Tu nombre significa «pequeña luna»! ¡No le hagas ningún caso!

Brogan, gritando furioso, extendió los brazos hacia Kahlan. Un estruendoso relámpago estalló en la habitación y solamente falló porque se movía sin ningún control, a tontas y a locas. El aire se llenó de yeso y otros restos.

Kahlan se quedó tan estupefacta que apenas podía moverse. Tobias Brogan, el lord general de la Sangre de la Virtud, el hombre que había jurado exterminar la magia, poseía el don.

Gritando de nuevo, Brogan lanzó contra Kahlan un puñetazo de aire que le golpeó en pleno pecho y la arrojó contra la pared. La mujer cayó al suelo, desmadejada, aturdida y casi sin sentido.

Al ver qué había hecho Brogan, Lunetta gritó más fuerte.

—¡No, Tobias! ¡No uses la lacra!

Brogan cerró las manos alrededor del cuello de su hermana y le golpeó la cabeza contra el suelo.

—¡Has sido tú! ¡Estás usando la lacra! ¡Es uno de tus conjuros! ¡Tú has lanzado el rayo!

—No, Tobias, has sido tú. No debes usar el don. Mamá me dijo que no debías usarlo.

Brogan la levantó cogiéndola por el blanco vestido.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué te dijo mamá, malvada *streganicha*?

La atractiva mujer jadeaba y resoplaba.

—Que tú eres el elegido, hermano. Que estás llamado a hacer grandes cosas. Dijo que yo debía procurar no llamar la atención, para que toda la gloria fuese tuya. Dijo que tú eras el importante, pero que no debía permitir que usaras el don.

—¡Mentirosa! ¡Mamá nunca dijo tal cosa! ¡Mamá no sabía nada!

—Sí lo sabía, Tobias. También ella poseía un poco de magia. Las Hermanas vinieron para llevarte. Pero nosotras te amábamos y no queríamos que se llevaran a nuestro pequeño Tobias.

—¡Yo no tengo la lacra!

—Es cierto, hermano. Las Hermanas afirmaron que tenías el don y querían llevarte al Palacio de los Profetas. Mamá me dijo que si se marchaban con las manos vacías, vendrían otras. Así pues, las matamos, mamá y yo. Así es como te hiciste esa cicatriz junto a la boca, en nuestra lucha con ellas. Mamá dijo que teníamos que matarlas o enviarían a otros. También me dijo que no te dejara usar nunca el don, o regresarían para llevarte.

Brogan respiraba agitadamente, enfurecido.

—¡Todo mentira! ¡Tú has lanzado el rayo y estás usando un sortilegio!

—No —sollozó Lunetta—. Me han quemado las galas. Mamá dijo que estabas destinado a hacer grandes cosas, pero que todo podía echarse a perder. Ella me enseñó a usar mis galas para ocultar mi aspecto e impedirte usar el don. Las dos queríamos que fueses un gran hombre.

»Tú has lanzado el rayo. Yo, sin mis galas, no podría.

Brogan tenía ojos de loco y parecía estar viendo algo que nadie más podía ver.

—No es la lacra —musitó—. Sólo soy yo. La lacra es maldad. Esto no es malo. Sólo soy yo.

Los intentos de Kahlan por ponerse en pie le llamaron la atención. Una cegadora luz estalló en la estancia al lanzar otro relámpago. Éste arañó la pared, por encima de la cabeza de Kahlan, que se echó al suelo para esquivarlo. Brogan se levantó de un salto y fue a por ella.

—¡Tobias! ¡Detente! ¡No debes usar el don!

Tobias Brogan miró a su hermana con una inquietante calma.

—Esto es una señal. Ya ha llegado la hora. Siempre he sabido que llegaría. —Brogan alzó una mano ante el rostro y entre las yemas de sus dedos parpadearon destellos azules—. Esto no es la lacra, Lunetta, sino poder divino. La lacra sería algo feo, y esto es hermoso.

»El Creador ha perdido el derecho de darme órdenes. El Creador es un poseído. Ahora el poder es mío. Ya ha llegado la hora de usarlo. Ha llegado la hora de que yo juzgue a la humanidad. —El hombre se volvió hacia Kahlan y anunció—: Ahora yo soy el Creador.

Lunetta levantó un brazo en actitud implorante.

—Tobias, te lo ruego...

Brogan se volvió hacia ella. Mortíferas serpientes de luz se retorcían en sus manos.

—Poseo algo glorioso. ¡No pienso oír ni una más de tus sucias mentiras! Tú y mamá sois poseídas. —Tobias Brogan desenvainó la espada y la blandió en el aire. La luz se enroscó alrededor de la hoja.

—No debes usar tu poder, Tobias. No debes —protestó Lunetta. Con gran esfuerzo mental apagó los destellos luminosos.

—¡Pienso usar lo que es mío! —Nuevamente la luz prendió en sus dedos y ascendió por la espada—. Ahora yo soy el Creador. ¡Tengo el poder y digo que debes morir!

Sus ojos brillaban como los de un loco mientras contemplaba, totalmente embelesado, la luz que crepitaba en la yema de sus dedos.

—En ese caso, eres un verdadero poseído y debo detenerte, tal como me has enseñado —murmuró Lunetta.

De una de sus manos brotó una refulgente línea de luz rosada que atravesó el corazón de Brogan.

En la humeante quietud el hombre dio su última bocanada y se desplomó, muerto.

Ignorando cuál sería la reacción de Lunetta, Kahlan no se movió sino que permaneció tan quieta como un cervatillo en un prado. Adie tendió una mano a la hechicera y trató de consolarla en su lengua nativa.

Pero era como si Lunetta no la oyera. Con rostro inexpresivo se arrastró hasta el cuerpo de su hermano y apoyó la cabeza de Brogan en su regazo. Kahlan contemplaba la escena con angustia.

Súbitamente Galtero hizo acto de aparición.

Agarró a Lunetta por el pelo y la obligó a inclinar la cabeza hacia atrás. No vio a Kahlan en los escombros junto a la pared, a su espalda.

—*Streganicha* —murmuró cruelmente.

Lunetta no trató de resistirse. Se mostraba aturdida. Kahlan se lanzó al suelo para coger la espada de Brogan. Con frenéticos movimientos la asió. Pero no fue lo suficientemente rápida.

Galtero rebanaba ya el pescuezo a Lunetta con su cuchillo.

Antes de que el cuerpo de Lunetta tocara el suelo, Kahlan atravesó al asesino con la espada.

Mientras caía, retiró la espada.

—¿Adie, estás herida?

—No por fuera, hija mía.

—Lo entiendo, pero ahora mismo no podemos dejarnos vencer por la pena.

Kahlan cogió a Adie de la mano y después de asegurarse de que realmente Lunetta había retirado el escudo antes de entrar, salieron al pasillo.

Los cuerpos de dos Hermanas yacían a ambos extremos: sus guardianas. Lunetta las había matado a las dos.

Kahlan oyó el ruido de unas botas que subían la escalera. Ella y Adie saltaron por encima de los sangrientos despojos y bajaron a la carrera por la escalera de servicio. Al salir a la oscuridad exterior no vieron a nadie, pero en la lejanía oyeron alboroto: el entrechocar del acero. Juntas, cogidas de la mano, corrieron para salvarse.

Mientras corría Kahlan se dio cuenta de que estaba llorando.

Con la cabeza gacha para que la Hermana no la reconociera, Ann salvó la distancia a la tenue luz que reinaba en las criptas. Zedd le pisaba los talones. La mujer sentada detrás de la mesa se levantó con expresión de recelo y avanzó hacia ellos.

—¿Quién es? —inquirió lacónicamente la hermana Becky—. No se permite a nadie el acceso a las criptas. Todo el mundo está advertido.

Becky le lanzó un empellón con su han en la espalda para detenerla, al mismo tiempo que corría para cortarle el paso. Cuando Ann alzó la cabeza, Becky se quedó atónita.

Inmediatamente Ann le hundió el dacra. Los ojos de la Hermana parecieron iluminarse desde el interior, y se desplomó.

—¡La has matado! —exclamó Zedd—. ¡Acabas de matar a una mujer embarazada!

—Has sido tú —susurró la Prelada—. Tú la condenaste a muerte. Sólo rezo para que fuese una Hermana de las Tinieblas y no una Hermana de la Luz.

Zedd la obligó a darse media vuelta estrujándole un brazo.

—¡Es que te has vuelto loca, mujer!

—Ordené a todas las Hermanas de la Luz que abandonaran palacio. Les ordené que escaparan. Te he suplicado una y mil veces que me permitieras usar el libro de viaje para cerciorarme que mis órdenes se habían cumplido. Puesto que me lo negaste, debo suponer que mis instrucciones se han puesto en práctica.

—¡Eso no es excusa para matarla! ¡Podrías haberla incapacitado!

—Si mis órdenes han sido cumplidas, Becky era una Hermana de las Tinieblas. No tendría ninguna posibilidad en una lucha limpia contra una de ellas. Y tú tampoco. No podía correr ese riesgo.

—¿Y si no era sierva del Custodio? —insistió Zedd, muy alterado.

—No puedo poner en riesgo a todos por una probabilidad.

Los ojos de Zedd despedían chispas.

—Estás loca —sentenció.

Ann enarcó una ceja.

—¿Ah sí? ¿Acaso tú pondrías en peligro la vida de miles de personas si alguien trata de detenerte y sólo estás un noventa por ciento seguro de que es tu enemigo? ¿Has llegado a Primer Mago tomando ese tipo de decisiones?

Zedd la soltó.

—Vale, me has pillado. ¿Qué quieres de mí?

—Primero debemos asegurarnos de que no hay nadie más.

Se dividieron. Ann registró entre las hileras de librerías, pero sin perder de vista al anciano mago y asegurarse de que la obedecía. Si Zedd trataba de escapar, el rada'han se lo impediría, y él lo sabía.

Sentía simpatía por el abuelo de Richard pero era preciso que cultivara su odio. Era preciso que Zedd estuviera furioso y deseoso de aceptar la oportunidad que Ann iba a brindarle.

Llegaron al fondo de las tenebrosas criptas sin encontrar a nadie más. Ann se besó el dedo anular, donde llevara durante tantos años el anillo de Prelada, y dio gracias al Creador. Para alejar los remordimientos de haber matado a la hermana Becky se dijo que no le hubieran encomendado la vigilancia de las criptas de no ser una servidora del Custodio y del emperador. En cuanto al inocente nonato, mejor no pensar en ello.

—¿Y ahora qué? —le espetó Zedd cuando se reunieron en el fondo, cerca de una de las pequeñas cámaras de acceso restringido.

—Nathan hará su parte. Te he traído aquí para que tú hagas el resto.

»Este palacio está envuelto en un encantamiento tejido hace tres mil años. Con el tiempo he deducido que se trata de una red bifurcada.

Zedd enarcó las cejas. Su curiosidad pudo más que la indignación.

—Ésa es una afirmación muy osada. No sé de nadie capaz de tejer una red bifurcada. ¿Estás segura?

—Es cierto que en la actualidad nadie puede, pero los magos de antaño poseían mucho más poder.

Zedd se acarició el lampiño mentón con el pulgar, reflexionando.

—Sí, imagino que tenían poder suficiente para eso. —Clavó de nuevo los ojos en Ann e inquirió—: Pero ¿para qué?

—El encantamiento altera el lugar sobre el que se alza el palacio. El escudo exterior, donde hemos dejado a Nathan, es la concha que lo rodea por completo. Ese escudo crea el entorno en el que esta mitad puede existir en el mundo. El encantamiento que pesa sobre esta isla está conectado con otros mundos y, entre otras cosas, altera el tiempo. Por eso envejecemos más despacio que la gente que vive fuera de él.

—Sí —caviló el viejo mago—, eso lo explicaría.

Ann desvió la mirada.

—Tanto Nathan como yo tenemos casi mil años. Yo he sido Prelada de las Hermanas de la Luz durante casi ocho siglos.

—Había oído hablar de ese hechizo y de cómo prolonga la duración de la vida para daros el tiempo suficiente para completar vuestra inmunda obra.

—Zedd, cuando los magos de antaño empezaron a guardar celosamente su poder y se negaron a enseñar a los jóvenes nacidos con el don, para evitar que no se convirtieran en una amenaza, se crearon las Hermanas de la Luz para ayudar a esos jóvenes, pues de otro modo morirían. A no todos les gusta, pero ahí estamos.

»Si no hay un mago que los ayude, la tarea recae en nosotras. Pero como no poseemos el han masculino necesitamos mucho tiempo para enseñarles. El collar los mantiene con vida e impide que el don les haga daño o los vuelva locos hasta que adquieran los conocimientos necesarios.

»El encantamiento que rodea palacio nos da el tiempo que necesitamos. Fue obra de unos cuantos magos que hace tres mil años se adhirieron a nuestra causa. Ellos poseían el poder para tejer una red bifurcada.

Zedd se sentía cada vez más intrigado.

—Sí, sí, entiendo lo que quieres decir. La bifurcación invierte la fuerza, como quien retuerce una cuerda, y crea un área en cuyo centro se pueden lograr cosas extraordinarias. Los magos del pasado realizaron hazañas para mí inimaginables.

Ann no dejaba de vigilar para asegurarse de que estaban solos.

—Cuando se bifurca una red, ésta se dobla sobre sí misma y crea una zona interior y otra exterior. Asimismo se crean dos nodos, como cuando se retuerce una cuerda, que es donde la red se dobla: uno en el escudo exterior y otro en el interior.

—Pero el nodo de la mitad interior, donde de veras es efectivo el hechizo, sería un punto vulnerable —objetó Zedd—. Sería un punto débil: necesario pero peligroso. ¿Sabes dónde está localizado?

—Estamos en él.

Zedd se enderezó y miró en torno.

—Ya veo por qué lo colocaron aquí, en el lecho de roca bajo palacio; el lugar más protegido.

—Por eso prohibimos el fuego de hechicero en toda la isla Halsband, para evitar la remota posibilidad de que el nodo se dañara y se produjera un desastre.

Zedd rechazó tal posibilidad con un distraído ademán.

—No, no. El fuego de hechicero no podría dañar un nodo así. ¿Por qué me has traído hasta aquí? —inquirió con recelo.

—Te he traído para darte la oportunidad de hacer eso que tanto deseas: destruir el encantamiento.

Zedd se quedó mirándola fijamente, parpadeó y la miró de nuevo. Por fin tomó la palabra.

—No. No estaría bien.

—Mago Zorander, no podrías haber elegido peor momento para los dilemas morales.

Zedd cruzó sus enjutos brazos.

—Este encantamiento fue realizado por magos de una grandeza que yo jamás alcanzaré y que ni siquiera me atrevo a imaginar. Es una maravilla, una obra maestra, y yo no pienso destruirla.

—¡He roto la tregua!

—Con ello has condenado a muerte a cualquier Hermana que ponga un pie en el Nuevo Mundo. Pero ahora no estamos en el Nuevo Mundo. Por los términos en que fue redactada la tregua, su ruptura no me da derecho a venir al Viejo Mundo y causar daño.

Ann lo miró con sombría mirada.

—Me prometiste que si te obligaba a acompañarme con el rada'han, poniendo así en peligro a tus amigos, vendrías a mi tierra natal y reducirías a escombros el Palacio de los Profetas. Ahora puedes hacerlo.

—No fue más que un arrebato de ira. Ya he recuperado la razón. Te has servido de todo tipo de artimañas y astutos engaños para convencerme de que eres una vil y despreciable criminal, pero no he picado. Tú no eres malvada.

—¡Te he encadenado! ¡Te he secuestrado!

—No pienso matarte ni asolar tu hogar. Si destruyo el encantamiento, alteraría el patrón de vida de las Hermanas de la Luz y, en el fondo, pondría fin a sus vidas prematuramente. Las Hermanas y sus estudiantes viven conforme a unos patrones de tiempo que a mí me parecen extraños, pero que para ellos son normales.

»La vida es percepción. Si un ratón, que sólo vive unos pocos años, tuviera el poder de acortar mi vida a semejanza de la suya, yo creería que me está matando, aunque él consideraría que me está otorgando una duración de vida normal. A eso se refería Nathan cuando dijo que lo estabas matando.

»Si destruyo el hechizo, las Hermanas tendrán una vida tan corta o tan larga como el resto de humanos, pero por sus expectativas y el juramento que han realizado, eso equivaldría a matarlas antes de darles la oportunidad de vivir. No pienso hacerlo.

—Es preciso, mago Zorander. Usaré el collar para causarte dolor hasta que accedas.

Zedd se sonrió con suficiencia.

—Ni te imaginas las pruebas de dolor que tuve que pasar antes de convertirme en mago de Primera Orden. Vamos, adelante.

Ann frunció los labios, exasperada.

—¡Tienes que hacerlo! ¡Te he puesto un collar al cuello! ¡Te he hecho cosas terribles para enfurecerte! ¡La profecía dice que nuestro hogar será destruido por un mago enfurecido!

—Me has tomado por estúpido—. Los ojos castaños del mago se acercaron amenazadores a la Prelada—. Ya me he cansado de tus jueguecitos.

—La verdad es que el emperador Jagang piensa establecerse en el Palacio de los Profetas. Es un Caminante de los Sueños y se ha adueñado de la mente de las Hermanas de las Tinieblas. Su intención es usar las profecías para encontrar las bifurcaciones que necesita para ganar la guerra, y después vivir bajo el hechizo de palacio cientos de años, gobernando el mundo con su puño de acero.

Zedd la miró iracundo.

—Ahora sí que me hierve la sangre. Ésa es una razón de peso para arrasar el palacio. Córcholis, mujer, ¿por qué no me dijiste la verdad en un buen principio?

—Nathan y yo hemos trabajado en esta profecía en concreto durante siglos. La profecía pronostica que un mago destruiría el palacio en un ataque de furia. Si eso no ocurre, el mundo se sumirá en tiempos de tinieblas, por lo que no podíamos correr riesgos. Así pues, decidí enfurecerte lo suficiente para que desearas destruir el Palacio de los Profetas. —Ann se frotó los cansados ojos y añadió—: Fue un acto desesperado nacido de una necesidad desesperada.

—Un acto desesperado. —Zedd sonrió—. Me gusta. Me gusta una mujer capaz de apreciar que a veces es necesario realizar un acto desesperado. Demuestra que tienes espíritu.

—¿Lo harás? —imploró Ann—. No podemos perder tiempo. Los tambores han callado; Jagang puede llegar en cualquier momento.

—Sí, lo haré. Pero será mejor que volvamos a la entrada.

Al llegar cerca de la enorme puerta redondeada que permitía el acceso a las criptas, Zedd se metió la mano en un bolsillo y sacó lo que parecía ser una piedra. La arrojó al suelo.

—¿Qué es eso?

—Supongo que has dicho a Nathan que lance un conjuro de luz.

—Sí. Aparte de Nathan, unas pocas Hermanas y yo misma, nadie sabe cómo hacerlo. Creo que Nathan posee poder suficiente para quebrar el nodo exterior una vez que tú inicies la cascada de luz aquí dentro, lo cual sólo tú puedes hacerlo. Por eso tenía que traerte hasta aquí; me temo que sólo un mago de Primera Orden posee el poder necesario.

—Bueno, haré lo que pueda —refunfuñó Zedd— pero te diré algo, Ann, por vulnerable que sea el nodo, estamos hablando de un encantamiento realizado por magos de un poder inimaginable.

El mago giró un dedo, y la piedra del suelo empezó a crecer rápidamente entre estallidos y chasquidos hasta convertirse en una roca plana de considerable tamaño. Zedd se subió a ella.

—Sal de aquí. Espérame fuera. Asegúrate de que Holly no sufre ningún daño. Si algo sale mal y no puedo controlar la cascada de luz, no tendréis tiempo de salir de aquí.

—¿Un acto desesperado, Zedd?

El mago respondió con un gruñido, le dio la espalda y alzó los brazos. De la roca surgían chispas de colores que lo envolvían en espirales de ronroneante luz.

Ann había oído hablar de rocas de hechicero, pero nunca había visto ninguna ni cómo se usaban. Desde el mismo instante que el viejo mago se había subido a ella, Ann había sentido el poder que empezaba a emanar de él.

Holly le echó sus delgados brazos al cuello cuando Ann se reunió con ella en la negra oquedad.

—¿Has visto a alguien?

—No, Ann —susurró Holly.

—Perfecto. Bueno, nos quedaremos aquí las dos, bien juntitas, hasta que el mago Zorander acabe con su trabajo.

—Chilla mucho, dice muchas palabrotas y agita los brazos como si fuera a provocar una tormenta contra nosotras, pero a mí me parece que es un buen hombre.

—¿Ya han dejado de picarte las pulgas de nieve? —Ann se sonrió en el oscuro escondrijo entre la roca—. Pero sí, creo que tienes razón.

—A veces la abuela se enfadaba cuando alguien trataba de hacernos daño, pero yo me daba cuenta de que no iba en serio. Tampoco el mago Zorander va en serio. Sólo finge.

—Eres más perspicaz que yo, hija mía. Vas a ser una magnífica Hermana de la Luz.

Con la cabeza de Holly apoyada en el hombro de Ann, ambas esperaron en silencio. La Prelada rezaba para que el mago se apresurara. Si las descubrían en las criptas, no podrían escapar y, pese a su poder, sabía que nada podría hacer contra las Hermanas de las Tinieblas.

El tiempo fue transcurriendo con exasperante lentitud. Por su respiración lenta y regular, se dio cuenta de que Holly se había quedado dormida. La pobre niña apenas había podido dormir, de hecho ninguno de ellos había podido, pues habían viajado durante el día y la mayor parte de la noche para llegar a Tanimura antes que Jagang. Todos estaban exhaustos.

Se sobresaltó cuando alguien tiró de ella por el hombro.

—Vámonos de aquí —susurró Zedd.

Llevando a Holly, Ann salió del escondrijo.

—¿Lo has conseguido?

Zedd, más que enfadado, miró por la enorme puerta redonda hacia las criptas.

—Ha sido imposible, maldita sea. Es como tratar de encender un fuego bajo el agua.

—Zedd, tiene que funcionar —insistió Ann, desesperada.

El mago posó en ella una mirada de inquietud.

—Lo sé. Pero quienes tejieron esa red poseían Magia de Resta. Yo sólo tengo la de Suma. He probado todo lo que sé. Es una red tan estable que me es imposible romperla. Lo siento mucho.

—Pero yo misma he realizado un conjuro de luz en palacio. Puede hacerse.

—Yo no he dicho que no haya lanzado un conjuro, he dicho que no puedo activarlo. Al menos, no aquí abajo, en el nodo.

—¿Has tratado de activarlo? ¡Estás loco!

Zedd se encogió de hombros.

—Un acto desesperado, ¿recuerdas? Como no estaba seguro de que funcionara, tenía que comprobarlo. Y menos mal o me habría ido pensando que lo había logrado. Si se activa, será definitivo; no se expandirá para consumir el encantamiento.

Ann se dio por vencida.

—Bueno, si alguien entra ahí, y esperemos que sea Jagang, lo matará. Al menos hasta que descubran lo que has hecho y vacíen el escudo. Luego todo volverá a la normalidad en las criptas.

—No les será tan sencillo. He colocado algunos «trucos». De hecho, las criptas se han convertido en una trampa mortal.

—¿No podemos hacer nada más?

—Lo que he hecho no basta para hacer estallar el palacio, pero es la mecha. Si las Hermanas de las Tinieblas realmente poseen Magia de Resta, como dices, podríamos pedir a una de ellas que tratara de encenderla por nosotros.

—No hay nada más que podamos hacer. Tendremos que rezar para que los trucos que has dejado los maten. Tal vez baste con eso, aunque no podamos destruir el palacio. Será mejor que salgamos de aquí —declaró, cogiendo a Holly de la mano—. Nathan nos está esperando. Tenemos que escapar antes de que Jagang llegue o que las Hermanas nos descubran.

24

Verna se agachó detrás de un banco de piedra al percibir el resplandor del acero a la luz de la luna. Los ruidos de la batalla que se libraba en palacio ascendían por los jardines hasta donde ella se encontraba. Sabía por otros que recientemente habían llegado a palacio unos soldados de capas de color carmesí para unirse a la Orden Imperial, pero de repente habían empezado a matar a todos los que encontraban.

Dos hombres con capas de color carmesí surgieron de la oscuridad y echaron a correr hacia arriba. Desde la dirección contraria a la que había visto el destello, alguien saltó y los abatió al instante.

—Son dos de la Sangre —susurró una voz femenina. Era una voz que le sonaba familiar—. Vamos, Adie.

Otra figura, más delgada, emergió de las sombras. La mujer había usado la espada, y Verna tenía su han para defenderse. Decidió correr el riesgo y se plantó ante ellas.

—¿Quién anda ahí? Mostraos.

La espada centelleó al alzarse.

—¿Quién quiere saberlo?

Ojalá no estuviera arriesgándose tontamente, pero aún tenía amigas entre las Hermanas.

—Soy Verna —declaró, presto el dacra.

La figura en las sombras se detuvo.

—¿Verna? ¿La hermana Verna?

—Sí. ¿Quién eres tú? —inquirió en susurros.

—Kahlan Amnell.

—¡Kahlan! No es posible. —Verna corrió hacia la zona iluminada por la luna y se detuvo ante la mujer—. Querido Creador, es cierto. —Verna la abrazó—. Oh, Kahlan, creía que te habían matado.

—Verna, no puedes ni imaginarte cómo me alegro de ver una cara amiga.

—¿Quién te acompaña?

—Ha pasado mucho tiempo —dijo la anciana— pero aún te recuerdo muy bien, hermana Verna.

Verna se la quedó mirando, tratando de situarla.

—Lo siento, pero no te reconozco.

—Soy Adie. Pasé un tiempo en palacio en mi juventud. De eso hace ya cincuenta años.

—¡Adie! Sí, recuerdo a Adie.

Lo que no dijo Verna fue que la Adie que ella recordaba era una mujer joven. Hacía mucho tiempo que había aprendido a guardarse para sí ese tipo de comentarios; el tiempo pasaba mucho más deprisa para quienes vivían en el mundo exterior.

—Seguramente recuerdas mi nombre, pero no mi rostro. Hace mucho tiempo. Pero tú sigues igual. —Adie abrazó a Verna cariñosamente—. Fuiste muy amable conmigo cuando estuve aquí.

Kahlan interrumpió las evocaciones de ambas.

—¿Verna, qué está pasando aquí? La Sangre de la Virtud nos trajo, y hemos conseguido escapar. Tenemos que huir pero parece que se ha declarado una batalla.

—Es una historia muy larga y ahora no hay tiempo. Ni siquiera estoy segura de conocerla toda. Pero tienes razón: debemos huir enseguida. Las Hermanas de las Tinieblas han tomado el palacio, y el

emperador Jagang de la Orden Imperial llegará en cualquier momento. Tengo que llevarme de aquí a las Hermanas de la Luz. ¿Queréis acompañarnos?

Kahlan escudriñó los alrededores en busca de posibles atacantes.

—Sí, pero antes debo ir a buscar a Ahern. No puedo dejarlo atrás; se ha portado muy bien con nosotras. Apuesto a que estará tratando de recuperar su coche y el tiro de caballos.

—Yo aún no he acabado de reunir a todas las Hermanas leales —repuso Verna—. Hemos convenido reunirnos allí, al otro lado de ese muro. El soldado que se oculta al otro lado, junto a la verja, es leal a Richard, al igual que todos los demás que vigilan las puertas del muro. Se llama Kevin. Es de fiar. Cuando regreses, dile que eres amiga de Richard. Es la contraseña y te dejará entrar en el complejo.

—¿Es leal a Richard?

—Sí. Date prisa. Yo tengo que entrar para rescatar a un amigo. No puedes permitir que ese cochero trate de atravesar con su coche por aquí. Los jardines se han convertido en un campo de batalla. Nunca lo conseguiría.

»Las cuadras están en el extremo norte. Es por donde pensamos huir. Algunas de mis Hermanas guardan el pequeño puente de piedra que hay ahí. Condúcelo hacia el norte, hacia la primera granja situada a la derecha, rodeada por un muro de piedra. Ése es el segundo punto de reunión y es seguro. Al menos de momento.

—Me daré prisa —prometió Kahlan.

Verna la cogió por el brazo.

—Si no has vuelto a tiempo, no te podremos esperar. Yo tengo que rescatar a un amigo y después huiremos.

—No quiero que me esperéis. No te preocupes, yo también debo huir. Creo que soy el anzuelo para atraer a Richard.

—¡Richard!

—Es otra larga historia. Tengo que alejarme de aquí si quiero impedir que me usen como cebo para atrapar a Richard.

La noche se iluminó de repente, como si cayeran silenciosos relámpagos, pero no se extinguieron como si lo fueran. Todas se volvieron hacia el sudeste y vieron enormes bolas de fuego que se elevaban hacia el cielo nocturno. En el aire se formaron densas nubes de humo negro. Era como si todo el puerto estuviera en llamas. Los navíos se alzaban en el aire impulsados por colosales columnas de agua.

De pronto el suelo tembló y al mismo tiempo se oyeron atronadoras explosiones en la distancia.

—Queridos espíritus, ¿qué sucede? —murmuró Kahlan. Tras echar un nuevo vistazo alrededor, añadió—: Se nos acaba el tiempo. Adie, tú quédate con las Hermanas. Espero volver pronto.

—Puedo quitarte el rada'han —le gritó Verna, pero Kahlan ya no podía oírla. Había desaparecido tragada por la oscuridad.

»Ven conmigo —dijo a Adie—. Te llevaré con otras Hermanas, al otro lado del muro. Una de ellas te quitará esa maldita cosa mientras yo entro dentro.

El corazón de Verna latía desaforadamente mientras avanzaba por los corredores, en el interior del complejo del Profeta. A medida que se internaba más y más en los mortecinos pasillos, se preparaba ante la posibilidad de que Warren estuviera muerto. Ignoraba qué habían podido hacerle o si habían decidido eliminarlo. Si encontraba su cadáver, dudaba que pudiera soportarlo.

Pero no. Jagang necesitaba un profeta que lo ayudara a interpretar los libros. La misma Ann la había avisado que debía alejarlo de palacio. Pero eso parecía haber sucedido mucho tiempo atrás.

Aunque tal vez Ann quería alejar a Warren de palacio para evitar que las Hermanas de las Tinieblas lo asesinaran por saber demasiado. No obstante, apartó esos perturbadores pensamientos de su mente y escrutó los pasillos en busca de alguna Hermana de las Tinieblas que se hubiera refugiado allí para escapar de la batalla.

Al llegar a la puerta de los aposentos del Profeta, Verna inspiró profundamente, tras lo cual penetró en el pasillo interior a través de las varias capas de escudos que habían mantenido a Nathan prisionero en ese lugar durante casi mil años y ahora encarcelaban a Warren.

Traspasó la puerta y entró en una estancia en penumbra. En el extremo más alejado de la amplia sala la puerta doble que comunicaba con un pequeño jardín estaba abierta. Por ella entraba el cálido aire nocturno y un rayo de luna. En una mesa ardía una vela que apenas alumbraba.

El corazón amenazaba con salírsele por la boca cuando alguien se levantó de una silla.

—¿Warren?

—¡Verna! —El joven corrió hacia ella—. ¡Gracias al Creador que has escapado!

La consternación la atenazó cuando sus esperanzas y anhelos suscitaron sus viejos temores. Pero en el último momento se sobrepuso.

—Pero ¿cómo se te ocurre enviarme tu dacra? —lo amonestó acaloradamente—. ¿Por qué no lo usaste para salvarte tú y escapar? Fue una impudencia enviármelo. ¿Y si alguien lo hubiera interceptado? ¿Cómo pudiste correr ese riesgo? ¿En qué estabas pensando, por el amor del Creador?

Warren sonrió.

—Yo también me alegro mucho de verte, Verna.

Verna ocultó sus sentimientos con una brusquedad fingida.

—Respóndeme.

—Bueno, en primer lugar, yo nunca he usado un dacra, por lo que tenía miedo de hacer algo mal y perder nuestra única oportunidad. En segundo lugar, llevo un rada'han y a no ser que me lo quite no puedo atravesar los escudos. Temía que Leoma prefiriera morir antes que quitármelo, y entonces todo habría sido en vano.

»Y, en tercer lugar —añadió, dando un cauteloso paso hacia ella—, si sólo uno de nosotros tenía la oportunidad de escapar, quería que fueses tú.

Verna se quedó mirándolo un instante eterno, mientras notaba que se le formaba un nudo en la garganta. Sin poder contenerse por más tiempo, le echó los brazos al cuello.

—Oh, Warren, te amo. Te amo con todo mi corazón.

Warren le devolvió el abrazo.

—No te imaginas cuánto tiempo he soñado con oírte decir eso, Verna. Yo también te amo.

—¿Y mis arrugas?

Warren esbozó aquella sonrisa dulce, cálida y esplendorosa tan típica de él.

—Te amaré igual si algún día te salen arrugas.

Por eso y todo lo demás, Verna se dejó ir y lo besó.

Un grupo de hombres ataviados con capas de color carmesí dobló la esquina a todo correr. Iban a por él. Richard giró hacia ellos, propinó un puntapié a uno en la rodilla mientras hundía el cuchillo en el abdomen de un segundo. Antes de que pudieran cortarle el paso con sus espadas ya había rebanado el pescuezo a otro y roto una nariz de un codazo.

La furia rugía en su interior, y Richard se había abandonado por completo a ella.

Aunque no empuñaba la *Espada de la Verdad*, su magia seguía en él, pues era el verdadero Buscador, y estaba irrevocablemente unido a la magia de la espada. Ésta fluía por sus venas con furia asesina. Las profecías lo llamaban *fuer grissa ost drauka*, «el portador de la muerte», y en esos momentos se movía como si realmente fuese la sombra de la muerte. Pero fin comprendía el porqué de tal apelativo.

Giró como una exhalación entre los soldados de la Sangre de la Virtud como si fuesen meras estatuas a las que un furioso vendaval iba derribando.

En un instante todo quedó de nuevo en silencio.

Richard se quedó jadeando de rabia sobre los cadáveres, deseando que fuesen Hermanas de las Tinieblas en vez de simples peones. Si cogía a esas cinco...

Le habían revelado dónde tenían prisionera a Kahlan, pero cuando llegó allí ya no estaba. En el aire aún flotaba el humo de la batalla, y el dormitorio parecía haber sido arrasado por el furor de la magia desatada. Encontró los cuerpos sin vida de Brogan, Galtero y de una mujer a la que no reconoció.

Si Kahlan había estado encerrada allí, ya había escapado. No obstante, Richard temía que las mismas Hermanas se la hubieran llevado, que siguiera siendo una prisionera, que le hicieran daño o, lo peor de todo, que la entregaran a Jagang. Tenía que encontrarla. Para ello debía dar con una Hermana de las Tinieblas y obligarla a hablar.

Alrededor del palacio se libraba una encarnizada y confusa batalla. Era como si la Sangre de la Virtud atacara indiscriminadamente, matando por igual a soldados, criados y Hermanas.

Asimismo había visto a multitud de soldados de la Sangre muertos. Las Hermanas de las Tinieblas no tenían piedad con ellos. Richard había presenciado cómo una Hermana detenía al instante la carga de casi un centenar de ellos. Aunque otro implacable ataque lanzado desde todas direcciones había aplastado a otra Hermana; la Sangre la despedazó como haría una jauría de perros con un zorro.

Pero cuando Richard trató de llegar junto a la Hermana que había frenado el ataque, la mujer se había desvanecido, por lo que buscaba otra. Una de ellas iba a decirle dónde estaba Kahlan. Aunque tuviera que matar a todas las Hermanas de las Tinieblas de palacio, una de ellas hablaría.

Dos soldados de la Sangre lo vieron y se precipitaron hacia él. Richard los esperó tranquilamente. Las espadas enemigas hendieron el aire. Richard los despachó con el cuchillo, casi sin pensar, y siguió con su busca antes de que el segundo de los hombres acabara de caer de bruces en el suelo.

Había perdido la cuenta del número de soldados de la Sangre que había matado. Solamente lo hacía si ellos lo atacaban, pero eran tantos que no podía evitar a todos los que veía. Él no los provocaba; si lo atacaban, era por propia voluntad. No era a ellos a quien quería, sino a una Hermana.

Cerca de un muro Richard se refugió en las sombras que la luna proyectaba bajo un macizo de plantas aromáticas, que luego se extendía bajo los avellanos, mientras se dirigía a uno de los senderos cubiertos. Al divisar una oscura figura que salía corriendo del sendero, se aplastó contra una pilastra del muro. Cuando estuvo más cerca supo, por la ondeante melena y la forma, que se trataba de una mujer.

Por fin una Hermana.

Le salió al paso e inmediatamente percibió el destello de un arma dirigida contra él. Sabía que todas las Hermanas llevaban un dacra, por lo que seguramente era eso y no un simple cuchillo. Los dacras eran armas mortíferas que las Hermanas usaban con increíble habilidad. Así pues, no podía tomarse esa amenaza a la ligera.

Richard dibujó un semicírculo con la pierna y le arrancó el arma de las manos de un puntapié. Podría haberle roto asimismo la mandíbula para que no gritase pidiendo ayuda, pero en ese caso no podría decirle nada. Si actuaba con rapidez, la Hermana no podría dar la alarma.

Le agarró una muñeca, se colocó de un salto a su espalda, le agarró la otra muñeca, que la mujer había alzado contra él, y se las sujetó con una sola mano. Entonces le pasó el brazo derecho por la garganta y se tiró al suelo. Aterrizó sobre la espalda, con la mujer sobre su pecho, y la rodeó con las piernas para impedir que le diera patadas. En un abrir y cerrar de ojos la Hermana estaba inmovilizada e indefensa.

—Te advierto que estoy de muy mal humor —le dijo apretando los dientes y colocando el filo del cuchillo contra el cuello de la mujer—. Dime dónde está la Madre Confesora o morirás.

La mujer jadeó, tratando de recuperar la respiración.

—Estás a punto de cortarle el cuello, Richard.

Su mente tardó una eternidad en filtrar esas palabras a través del velo de ira, intentando comprenderlas. Se le antojaba un acertijo.

—¿Vas a besarme o piensas rebanarme el cuello? —preguntó la mujer, aún acezante.

Era la voz de Kahlan. Inmediatamente le soltó las muñecas. Ella se dio la vuelta, con el rostro a escasos centímetros del suyo. Era ella. Era realmente ella.

—Queridos espíritus, gracias —musitó, antes de besarla.

Su ira se apagó tan súbitamente como una llama bajo el agua. La estrechó contra sí embargado por una sensación de dicha absoluta. Le acariciaba suavemente la cara, como si aún creyera estar soñando. Los dedos de Kahlan recorrieron su mejilla, mirándolo con intensidad. Las palabras sobraban. Por un momento el mundo se detuvo.

—Kahlan —dijo él al fin—. Sé que estás furiosa conmigo, pero...

—Bueno, si no hubiera roto mi espada y no hubiera tenido que luchar con un cuchillo, no te lo habría puesto tan fácil. Pero no estoy furiosa.

—No me refiero a eso. Deja que te explique...

—Sé a qué te refieres, Richard. No estoy enfadada. Confío en ti. Tienes que explicarme algunas cosas, pero no estoy enfadada ni furiosa. Sólo me enfadaré si vuelves a alejarte más de tres metros de mi lado.

—En ese caso, no te daré nunca motivos para que te enfades —replicó un risueño Richard. Pero enseguida la sonrisa se marchitó y dejó caer la cabeza pesadamente contra el suelo—. Oh, sí que vas a enfadarte. No te imaginas el desastre que he provocado. Queridos espíritus, es que he...

Kahlan lo besó de nuevo. Fue un beso tierno, delicado y cálido. Richard le acarició con una mano la larga y espesa melena. Entonces la apartó de sí y declaró:

—Kahlan, tenemos que escapar. Enseguida. Estamos metidos en un buen lío.

La mujer rodó sobre un costado y se irguió.

—Lo sé. La Orden está muy cerca. Tenemos que darnos prisa.

—¿Dónde están Zedd y Gratch? Reunámonos con ellos y vámonos.

—¿Zedd y Gratch? ¿No están contigo?

—¿Conmigo? No. Yo creía que estaban contigo. Envié a Gratch con una carta. Por todos los espíritus, no me digas que no has recibido mi carta. No me extraña que no estés enfadada conmigo. En la carta...

—La recibí. Zedd hizo magia para volverse muy ligero y que Gratch pudiera transportarlo. Partieron hacia Aydindril hace semanas.

Richard sintió náuseas al recordar a todos los mriswith muertos en la muralla del Alcázar.

—No los he visto —susurró.

—Tal vez te marchaste antes de que ellos llegaran. Habrás tardado semanas en llegar aquí.

—Dejé Aydindril ayer.

—¿Qué? —musitó ella, atónita—. ¿Cómo...?

—La sliph me trajo. Llegamos en menos de un día. Bueno, creo que fue menos de un día. Tal vez fueron dos. No puedo saberlo, pero la luna tenía el mismo aspecto que...

Richard se dio cuenta de que estaba empezando a divagar y se interrumpió. Veía la faz de Kahlan desdibujada, y su propia voz le sonaba hueca, como si fuera otro el que hablara.

—Encontré los restos de una lucha en el Alcázar. Había un montón de mriswith muertos. Recuerdo que pensé que parecía una carnicería digna de Gratch. Estaban en el borde de una alta muralla.

»Encontré sangre en una abertura en el muro y por la fachada exterior del Alcázar. La examiné. La sangre de mriswith apesta. Parte de esa sangre no era de mriswith.

Kahlan lo consoló entre sus brazos.

—Zedd y Gratch —susurró él—. Seguro que fueron ellos.

—Lo siento, Richard —le dijo Kahlan, estrechándolo con más fuerza.

Richard se desasió, se puso en pie y le tendió una mano para ayudarla.

—Tenemos que irnos de aquí. He hecho algo terrible, y Aydindril está en peligro. Tengo que regresar.

La mirada de Richard se posó en el rada'han.

—¿Qué haces con esa maldita cosa al cuello?

—Tobias Brogan me capturó. Es una larga historia.

Antes de que Kahlan acabara de hablar Richard posó una mano alrededor del collar. Inconscientemente, dejándose guiar por el anhelo y la furia, sintió cómo de su centro de calma brotaba el poder y le recorría el brazo.

El collar se hizo pedazos como barro secado al sol.

Kahlan se palpó el cuello y dejó escapar un suspiro que más bien parecía un gemido.

—Lo siento de nuevo —murmuró, llevándose una mano al pecho—. Siento mi poder de Confesora. Puedo tocarlo de nuevo.

Richard la agarró por un brazo y la apremió.

—Vámonos de aquí.

—Acabo de liberar a Ahern. Así rompí mi espada; luchando contra uno de la Sangre. Tuvo una mala caída —explicó ante el gesto de incomprensión de Richard—. He dicho a Ahern que se dirigiera al norte para reunirse con las Hermanas.

—¿Hermanas? ¿Qué Hermanas?

—Encontré a la hermana Verna. Está reuniendo a las Hermanas de la Luz, a los estudiantes, las novicias y los guardianes, para escapar todos juntos. Yo iba a reunirme también con ella. Adie está también allí. Si nos damos prisa, los alcanzaremos antes de que se marchen. No están lejos.

Kevin se quedó absolutamente boquiabierto cuando apareció de detrás del muro para cortarles el paso y vio a quién tenía delante.

—¡Richard! —susurró—. ¿Eres tú de verdad?

Richard sonrió.

—Siento mucho no haberte traído bombones, Kevin.

El soldado le estrechó calurosamente la mano.

—Yo te soy leal, Richard. Casi todos los guardianes lo son.

—Yo... me siento honrado, Kevin.

El soldado se dio media vuelta y anunció en un alto susurro:

—¡Es Richard!

Apenas habían traspasado la verja, cuando a su alrededor se congregó una pequeña multitud. A la trémula luz del distante fuego que ardía en los muelles vio a Verna, e inmediatamente la abrazó.

—¡Verna, qué alegría verte! Pero necesitas un baño —observó, apartándola.

Verna se echó a reír. Fue agradable oírlo, pues hacía mucho que no reía. Warren se adelantó y abrazó a Richard, jubiloso.

Richard cogió una mano de Verna, depositó en su palma el anillo de Prelada y le cerró los dedos alrededor de él.

—Ya sé que Ann murió. Lo siento. Éste es su anillo. Supongo que tú sabrás qué hacer con él.

Verna se aproximó la mano a los ojos con la vista fija en la joya.

—¿Richard... de dónde lo has sacado?

—Obligué a la hermana Ulicia a que me lo entregara. No es ella quien debe llevarlo.

—Obligaste a...

—Verna fue nombrada Prelada, Richard —le explicó Warren.

Richard sonrió.

—Estoy orgulloso de ti, Verna. Vamos, póntelo.

—Richard, Ann no está... Me quitaron el anillo... Un tribunal me condenó... y me destituyó del cargo.

La hermana Dulcinia se adelantó.

—Verna, tú eres la Prelada. En el juicio todas las Hermanas que están con nosotras votaron por tu inocencia.

Verna escrutó todos aquellos rostros que la observaban.

—¿De veras?

—Sí —repuso Dulcinia—. Las otras nos desautorizaron, pero todas creíamos en ti. Fuiste nombrada por la prelada Annalina. Necesitamos una Prelada. Vamos, ponte el anillo.

Todas las demás Hermanas se adhirieron a la petición. Aunque las lágrimas le impedían hablar, Verna inclinó la cabeza en señal de gratitud. Se lo puso y lo besó.

—Tenemos que alejar a todo el mundo de aquí. La Orden Imperial está a punto de tomar el palacio.

Richard la agarró por un brazo y la obligó a dar media vuelta.

—¿Qué quieres decir con que la Orden Imperial está a punto de tomar el palacio? ¿Para qué quieren el Palacio de los Profetas?

—Por las profecías. El emperador Jagang pretende usarlas para conocer las diversas bifurcaciones y alterar así los sucesos a su conveniencia.

Todas las Hermanas lanzaron gritos ahogados. Warren se golpeó la frente con la palma de una mano y gimió.

—Y piensa vivir aquí, bajo el encantamiento de palacio, para gobernar el mundo después de que las profecías lo ayuden a aplastar toda oposición —añadió Verna.

—No podemos permitirlo —declaró Richard—. Si manipula las profecías, no tendremos ninguna oportunidad. El mundo sufriría su tiranía durante siglos.

—No podemos hacer nada para evitarlo. Si no escapamos, nos matará a todas, y entonces no podremos seguir luchando.

Richard observó a las Hermanas, muchas de las cuales conocía, y finalmente posó de nuevo los ojos en Verna.

—Prelada, yo podría destruir el palacio.

—¿Qué? ¿Podrías hacer eso?

—No lo sé. Pero destruí las torres, que también habían sido erigidas por los magos de la antigüedad. Tal vez haya una manera.

Verna se humedeció los labios, pensativa. Las Hermanas esperaban en silencio. Phoebe se abrió paso entre sus compañeras para decir:

—¡Verna, no puedes permitirlo!

—Tal vez sea el único modo de detener a Jagang.

—Pero no puedes —insistió Phoebe, al borde de las lágrimas—. Es el Palacio de los Profetas. Nuestro hogar.

—A partir de ahora será el hogar del Caminante de los Sueños, si no lo impedimos.

—Pero Verna —continuó Phoebe, agarrándole los brazos— sin el encantamiento, envejeceremos. Moriremos, Verna. Nuestra juventud pasará en un abrir y cerrar de ojos. Envejeceremos y moriremos sin tener tiempo de vivir.

Verna le secó una lágrima con el pulgar.

—Todo debe morir, Phoebe, incluso el palacio. No puede existir eternamente. Ya ha servido a su propósito y ahora, si no hacemos algo, ese propósito hará mucho daño.

—¡Verna, no! ¡Yo no quiero hacerme vieja!

Verna abrazó a la joven.

—Phoebe, somos Hermanas de la Luz. Nuestra misión es servir al Creador en este mundo para hacer mejores las vidas de nuestros semejantes. Ahora, solamente podremos seguir cumpliendo esa misión si nos equiparamos con el resto de los hijos del Creador y vivimos entre ellos.

»Comprendo tu miedo, Phoebe, pero confía en mí cuando te digo que no es tan malo como crees. Bajo el encantamiento de palacio el tiempo se percibe de otra forma. No sentimos el lento paso de los siglos, como se imaginan quienes viven fuera, sino el rápido ritmo de la vida. De hecho, la sensación no cambia tanto si vives fuera o dentro.

»Nuestro juramento implica servir, no simplemente vivir muchos años. Si deseas vivir una vida larga pero vacía, quédate con las Hermanas de las Tinieblas. Si deseas vivir una vida con sentido, plena y dedicada a los demás, ven con nosotras, con las Hermanas de la Luz e inicia una nueva vida con nosotras.

Phoebe se quedó en silencio. Lloraba. En la distancia se oía el fragor del fuego y la noche se veía rota por esporádicas explosiones. Los gritos de la batalla sonaban cada vez más cerca.

—Soy una Hermana de la Luz —dijo al fin Phoebe— e iré con mis Hermanas... a donde sea que me lleven. El Creador velará por nosotras.

Verna sonrió y le acarició cariñosamente una mejilla.

—¿Alguien más? —preguntó a las demás Hermanas—. ¿Alguien más tiene alguna objeción? Si la tenéis, hablad ahora. Después no os quejéis de que no os di la oportunidad. Ahora la tenéis.

Todas las Hermanas negaron con la cabeza y expresaron su conformidad. Verna alzó la mirada hacia Richard, haciendo girar el anillo de Prelada en su dedo.

—¿Crees que podrás destruir el palacio y el hechizo?

—No lo sé. ¿Recuerdas la primera vez que nos vimos y cómo Kahlan lanzó aquel rayo azul? La magia de las Confesoras contiene un elemento de Magia de Resta. Si yo no puedo, tal vez ella sí pueda.

—Richard —le susurró Kahlan—, no creo que sea capaz de hacerlo. Invoqué el rayo azul para salvarte, para defenderte. No creo que pueda invocarlo por otra razón.

—Tenemos que intentarlo. Y, si no lo logramos, al menos quemaremos los libros de profecías. De ese modo Jagang no podrá usarlos contra nosotros.

Un grupito de mujeres y media docena de muchachos llegaron hasta la verja a todo correr. Tras susurrar la contraseña, «amigos de Richard», Kevin los dejó pasar. Todos estaban sin aliento.

—¿Philippa, ya están todos? —preguntó Verna.

—Sí. —La espigada mujer hizo una pausa para recuperar la respiración—. Tenemos que irnos. La guardia del emperador ya ha llegado a la ciudad, y algunos han empezado a cruzar los puentes meridionales. Están librando una encarnizada batalla con la Sangre de la Virtud.

—¿Habéis visto qué está pasando en los muelles?

—Ulicia y algunas de las Hermanas de las Tinieblas están asolando el puerto. Han desatado un verdadero infierno. —Philippa cerró los ojos un momento y se tapó los labios con temblorosos dedos—. Tienen a la tripulación del *Lady Sefa*. —La voz le falló—. No os podéis imaginar lo que están haciendo con esos pobres hombres.

La Hermana se dio media vuelta, cayó de hinojos y vomitó. Dos de las Hermanas que habían regresado con ella la imitaron.

—Querido Creador —logró musitar Philippa entre los accesos de náuseas—, es inconcebible. Tendré pesadillas el resto de mi vida.

—Verna —dijo Richard al oír cada vez más cerca los gritos y el fragor de la batalla—, tenéis que iros de aquí enseguida. No hay tiempo que perder.

Verna asintió.

—¿Tú y Kahlan os reuniréis con nosotros más tarde?

—No. Kahlan y yo tenemos que ir a Aydindril enseguida. Ahora no hay tiempo para explicaciones, pero tanto ella como yo poseemos la magia necesaria para hacerlo. Me encantaría llevaros con nosotros, pero es imposible. Dirigíos al norte sin dilación. Un ejército de cien mil soldados d'haranianos se dirige al sur en busca de Kahlan. Ellos os protegerán y vosotras a ellos. Decid al general Reibisch que Kahlan está conmigo.

Adie se adelantó y cogió a Richard por una mano.

—¿Cómo está Zedd?

Richard se quedó sin palabras y tuvo que cerrar los ojos por el dolor que sentía.

—Lo siento mucho, Adie, pero no he visto a mi abuelo. Temo que murió en el Alcázar.

Adie se secó una mejilla y carraspeó antes de replicar:

—Yo también lo siento, Richard —susurró con su voz rasposa—. Tu abuelo era un buen hombre, pero corría demasiados riesgos. Ya le avisé.

Richard estrechó contra su pecho a la anciana hechicera, que lloraba silenciosamente.

—Tenemos que irnos ahora mismo o luchar —anunció Kevin.

—Idos —dijo Richard—. No podremos ganar la guerra si perecemos en esta batalla. Debemos luchar según nuestras propias normas y no las de Jagang. El emperador no sólo cuenta con soldados, sino con personas dotadas del don.

Verna se volvió hacia las Hermanas, novicias y jóvenes magos reunidos allí. Dos de las más jóvenes parecían necesitar que las tranquilizara, por lo que les cogió de la mano.

—Escuchadme todos: Jagang es un Caminante de los Sueños. Lo único que puede protegernos de él es el vínculo con Richard. Richard nació con el don y con un tipo de magia heredada de sus antepasados que protege contra los Caminantes de los Sueños. Leoma trató de quebrar ese vínculo para que Jagang pudiera penetrar en mi mente y adueñarse de ella. Antes de irnos, todos debéis inclinaros y jurar fidelidad a Richard. Eso os protegerá de nuestro enemigo.

—Si deseáis hacerlo libremente —dijo Richard—, seguid las instrucciones de Alric Rahl, quien creó el vínculo y la protección. Si de veras lo deseáis, deberéis pronunciar las palabras de la oración creada para ello.

Richard les dijo las palabras, las mismas que él había recitado tantas veces, tras lo cual guardó silencio, sintiendo el peso de la responsabilidad no sólo hacia quienes tenía delante sino hacia las miles de personas en Aydindril que dependían de él. Las Hermanas de la Luz y sus estudiantes se pusieron de rodillas y, todos a una, proclamaron el vínculo. Sus voces acallaron por unos momentos los ruidos de la batalla.

—Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rahl, protégenos. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas.

25

Richard aplastó a Kahlan contra la pared del oscuro, frío y húmedo corredor de piedra mientras esperaba que el grupo de soldados ataviados con capas de color carmesí pasaran la intersección. Cuando el eco de sus pasos se desvaneció en la distancia, Kahlan se puso de puntillas y susurró:

—Esto no me gusta nada. ¿Crees que saldremos con vida de aquí?

—Pues claro que sí. —Richard estampó un fugaz beso en las arrugas de preocupación que surcaban la frente de su amada—. Te lo prometo—. Dicho esto, la cogió por la mano y se agachó por debajo de una viga baja—. Vamos, las criptas están ahí delante.

La piedra del lúgubre pasadizo presentaba unas pálidas manchas amarillas allí donde el agua se filtraba entre las junturas y sobre los bloques. En algunos puntos del techo colgaban carámbanos de hielo de color de yema de huevo, que en ocasiones goteaban sobre ondulantes montones de escombros en el suelo. Tras dejar atrás dos antorchas, el pasadizo se ensanchaba y el techo ascendía para acomodar la enorme puerta redonda que permitía el acceso a las criptas.

Al llegar cerca de la puerta de piedra de casi dos metros de grosor Richard supo que algo iba mal. No era solamente por la fantasmagórica luz, sino porque los pelillos de la nuca se le habían erizado y sentía en los brazos el roce de la magia como telas de araña.

—¿No notas nada raro? —preguntó a Kahlan mientras se rascaba los brazos.

—Nada especial. Pero esa luz es un poco extraña.

Kahlan titubeó. Richard vio el cuerpo al mismo tiempo que ella. Una mujer yacía en el suelo hecha un ovillo, como si durmiera, pero Richard sabía que no dormía. Estaba inmóvil como la piedra.

Al acercarse más a la puerta abierta vieron más allá del muro, a su derecha, los cuerpos de casi una docena de soldados de la Sangre de la Virtud esparcidos por el suelo. Richard se estremeció y notó el estómago revuelto. Todos estaban partidos limpiamente por la mitad a través de armadura, capa y uniforme. El suelo era un inmenso charco de sangre.

A cada paso que daba hacia la abertura excavada en la roca su sensación de aprensión aumentaba.

—Espera, primero tengo que ir a buscar algo. Tú quédate aquí. Sólo tardaré unos minutos.

Pero Kahlan lo detuvo tirándole de la manga.

—Ya conoces las normas.

—¿Qué normas?

—Durante el resto de tu vida no se te permite alejarte más de tres metros de mí o me enfadaré.

—Prefiero verte enfadada que muerta —declaró Richard, mirándola a los ojos.

—Dices eso porque no me has visto enfadada —replicó ella, ceñuda—. ¿Crees que después de esperar tanto tiempo para verte voy a permitir que entres ahí solo? ¿Qué hay ahí dentro tan importante? Podemos intentar destruir el palacio desde donde estamos. Yo qué sé, arrojar antorchas encendidas para incendiarlo o algo así. Todo ese papel arderá como la yesca. No es preciso que entremos.

—¿Te he dicho alguna vez cuánto te quiero? —repuso Richard, risueño.

Kahlan le propinó un golpe en el brazo.

—Habla. ¿Para qué vamos a arriesgar nuestras vidas?

Por fin Richard se dio por vencido.

—En el fondo de las criptas se guarda un libro de profecías escrito hace más de tres mil años. Contiene profecías que se refieren a mí. En el pasado me fue de utilidad. Aunque quememos todos los demás libros, me gustaría llevarme ése. Puede ayudarme de nuevo.

—¿Qué dice sobre ti?

—Me llama *«fuer grissa ost drauka»*.

—¿Qué significa eso?

—El portador de la muerte —contestó Richard, dándole la espalda.

Kahlan se quedó un momento silenciosa.

—¿Cómo entraremos?

—Bueno —repuso Richard, echando un vistazo a los soldados muertos—, andando no. Algo los partió por la mitad a esa altura —añadió, alzando una mano a la altura del pecho—. No podemos entrar de pie.

En las criptas, a la altura que había señalado Richard flotaba una neblina muy fina, como una capa de humo estratificada, que brillaba, como si algo la iluminara, aunque Richard no pudo distinguir el qué.

Entraron arrastrándose sobre pies y manos, pasando por debajo de la extraña luz. Para evitar los charcos de sangre fueron avanzando junto a la pared hasta llegar a las librerías. Bajo la reluciente neblina, la sensación aún era más peculiar. No se parecía a ninguna niebla ni humo que Richard hubiera visto anteriormente, sino que parecía compuesta por luz.

Un chirriante sonido los impulsó a detenerse y quedarse inmóviles. Richard miró a sus espaldas y vio cómo la puerta de piedra de casi dos metros de grosor empezaba a cerrarse. Aunque corrieran no llegarían a tiempo para salir.

—Nos hemos quedado encerrados —dijo Kahlan—. ¿Cómo vamos a salir? ¿Hay otra puerta?

—No, es la única. Pero sé cómo abrirla. La puerta funciona en conjunción con un escudo. Tengo que apoyar la palma de la mano en la placa metálica de la pared y la puerta se abrirá.

—¿Estás seguro, Richard? —inquirió Kahlan, clavando en él su verde mirada.

—Bastante seguro. Por lo menos, las otras veces siempre ha funcionado.

—Richard, después de todo lo que hemos pasado, ahora que estamos juntos no quiero que muramos aquí.

—Tranquila, saldremos de ésta. Debemos hacerlo; mucha gente depende de nosotros.

—¿En Aydindril?

Richard asintió mientras buscaba el mejor modo de decirle lo que debía comunicarle, las palabras que salvaran el abismo que seguramente se había abierto entre ellos por su culpa.

—Kahlan, te prometo que no abolí la alianza de la Tierra Central por razones egoístas. Sé que te he hecho mucho daño, pero no se me ocurrió nada más antes de que fuera demasiado tarde. Creía sinceramente que era nuestra única oportunidad para impedir que la Tierra Central cayera en las garras de la Orden Imperial.

»Sé perfectamente que el propósito de las Confesoras no es ejercer la autoridad sino proteger al pueblo. Actué confiando en que te darías cuenta de que yo también deseaba proteger a la gente, no dominarla. No obstante, me rompe el corazón haberte causado tanto daño.

Sobrevino un largo silencio en la sala de piedra.

—Richard, cuando recibí tu carta admito que me quedé destrozada. Soy la depositaria de un deber sagrado y no deseaba pasar a la historia como la Madre Confesora que perdió la Tierra Central. Pero de camino hacia aquí, con el rada'han al cuello, tuve mucho tiempo para pensar.

»Esta noche las Hermanas han hecho algo muy noble. Han sacrificado un legado de tres mil años por una razón más elevada: ayudar a sus semejantes. No me alegra lo que hiciste, y aún tienes que explicarme muchas cosas, pero puedes estar seguro de que te escucharé con todo mi amor, no sólo hacia ti sino hacia todas las personas de la Tierra Central que nos necesitan.

»Durante las semanas que duró el viaje me di cuenta de que debemos vivir mirando al futuro, no al pasado. Yo deseo que el futuro sea un lugar en el que todos podamos vivir en paz y seguridad. Eso es lo realmente importante. Te conozco y sé que no hubieras actuado como lo hiciste por razones egoístas.

Richard le acarició suavemente las mejillas.

—Estoy orgulloso de ti, Madre Confesora.

Kahlan le besó los dedos.

—Más adelante, cuando no haya nadie que trate de matarnos y tengamos tiempo, me cruzaré de brazos, pondré mala cara y daré golpecitos con el pie contra el suelo, como se supone que debe hacer la Madre Confesora, y te escucharé mientras tú te explicas balbuceando. Pero de momento me conformo con salir de aquí.

Ya más tranquilo, Richard sonrió y siguió gateando hacia el fondo de la cripta. La delgada capa de reluciente neblina que flotaba por encima de ellos cubría la cripta por entero. Richard ignoraba si esa sensación de peligro que lo embargaba era una percepción real o no. Pero estaba aprendiendo a confiar en sus instintos sin necesidad de pruebas.

Al entrar en la pequeña cámara del fondo, Richard examinó con la mirada los libros colocados en las estanterías y dio con el que buscaba. Por desgracia, estaba situado por encima de la neblina. Aunque no sabía qué era exactamente, no se le ocurría ni por asomo tratar de alcanzarlo a través de ella. Era algún tipo de magia, y ya había visto sus efectos en los soldados.

Con ayuda de Kahlan balancearon la librería hasta tumbarla. El mueble se estrelló contra la mesa y los libros salieron despedidos en todas direcciones, pero el que le interesaba quedó sobre la mesa a apenas unos centímetros por debajo de la reluciente neblina. Muy cuidadosamente Richard pasó la mano por el tablero, percibiendo el cosquilleo de la magia que flotaba justo por encima del brazo. Por fin alcanzó el libro con los dedos y lo tiró al suelo.

—Richard, algo va mal.

Richard recogió el libro y lo hojeó rápidamente para asegurarse de que era el que buscaba. Aunque ya era capaz de leer d'haraniano culto y reconocía algunas palabras, no tenía tiempo de ponerse a pensar en lo que decía.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Fíjate en la niebla. Cuando entramos nos llegaba al pecho. Seguramente fue eso lo que partió a los soldados en dos. Mírala ahora.

La niebla había descendido justo a la altura de la mesa. Richard se metió el libro en el cinto.

—Sígueme. Deprisa —dijo.

Ambos salieron a toda prisa de la cámara. Richard no sabía qué sucedería si la mágica neblina los tocaba, pero podía imaginárselo.

Kahlan lanzó un grito. Richard se dio media vuelta y la vio despatarrada en el suelo.

—¿Qué te pasa?

Kahlan trató de arrastrarse impulsándose con los codos, pero no logró moverse.

—Algo me tiene cogida por el tobillo.

Richard regresó junto a ella y la cogió por la muñeca.

—Se ha ido. Tan pronto como me has tocado, me ha soltado.

—Cógete de mi tobillo y salgamos de aquí.

—¡Richard! Mira.

Cuando Richard la tocó, el fulgor que brillaba sobre sus cabezas descendió, como si la magia hubiera notado el contacto, oliera a su presa y descendiera para cazarla. Apenas podían gatear. Richard, con Kahlan cogida de su tobillo, corrió hacia la puerta.

El nivel de la neblina fue descendiendo más y más, hasta el punto que Richard notaba su calor en la espalda.

—¡Al suelo!

Kahlan se tumbó boca abajo y así, arrastrándose sobre el vientre, avanzaron hasta la puerta. Cuando al fin llegaron, Richard se dejó caer sobre la espalda. La neblina flotaba a escasos centímetros sobre ellos.

Kahlan lo agarró por la camisa y lo acercó a ella.

—Richard, ¿qué vamos a hacer?

El joven alzó la vista hacia la placa metálica que quedaba por encima de la refulgente capa que se extendía de pared a pared. Era imposible tocar la placa sin atravesar la inquietante luz.

—Tenemos que salir de aquí, o nos matará como mató a los soldados. Me pondré de pie.

—¿Te has vuelto loco? ¡No puedes hacer eso!

—Llevo la capa de mriswith. Tal vez con ella, la luz no me encontrará.

Kahlan lo detuvo con un brazo contra el pecho.

— ¡No!

—Si no lo intento, moriremos.

—¡Richard, no!

—¿Se te ocurre algo mejor? Se nos acaba el tiempo.

La mujer lanzó un gruñido de rabia y extendió una mano hacia la puerta. De su puño estalló un rayo azul. La puerta crepitó con haces de luz azul que recorrían su perímetro.

La delgada neblina luminosa retrocedió, como si estuviera viva y el contacto con la magia de Kahlan le resultara doloroso. Pero la puerta no cedió.

Aprovechando que la luz se retiraba y se replegaba en el centro de la sala, Richard se puso de pie de un salto y colocó la palma de la mano encima de la placa metálica. La puerta gruñó y empezó a abrirse. Los chisporroteantes destellos azules de Kahlan se extinguieron cuando la puerta se abrió un poco. Nuevamente la neblina se dispuso a extenderse.

Richard agarró a Kahlan de la mano. Se escurrió por la exigua abertura, tirando de la mujer. Ambos cayeron al suelo al otro lado, jadeando y cogidos de la mano.

—Ha funcionado —dijo Kahlan, pugnando por recuperar la respiración después del mal rato—. Mi magia ha funcionado porque sabía que estabas en peligro.

Cuando la puerta acabó de abrirse, la neblina luminosa se filtró afuera, hacia ellos.

—Tenemos que alejarnos —dijo Richard.

Ambos se levantaron y fueron avanzando de espaldas, sin perder de vista la niebla que se arrastraba hacia ellos. Ambos lanzaron un gruñido al unísono cuando se estrellaron contra una barrera invisible. Richard la palpó y no halló ninguna abertura. La neblina estaba a punto de alcanzarlos.

Con una furia nacida de la necesidad, Richard extendió los brazos hacia adelante.

De sus dedos brotaron negras ráfagas luminosas, ondulantes espacios vacíos en la existencia de la luz y la vida, como la misma muerte eterna, que avanzaban retorciéndose y serpenteando. El estallido de esos rayos formados por Magia de Resta fue atronador. Kahlan se estremeció, se cubrió los oídos y apartó la vista.

En el centro de la cripta, la refulgente neblina empezó a arder. Richard sintió un intenso golpe grave en el pecho y el temblor de la piedra bajo sus pies.

Una explosión arrojó las librerías hacia atrás, lanzando al aire un vendaval de papeles que ardían y se consumían al instante, como las miles de chispas de una hoguera. La luz aullaba como si tuviera vida propia. Richard sintió cómo el negro rayo estallaba desde su interior con un poder y una furia que escapaban de su comprensión, atravesaba ardiendo su cuerpo y volaba sinuoso hacia la cripta.

Kahlan tuvo que tirar de él para alejarlo de allí.

—¡Richard! ¡Richard! ¡Corre, Richard! ¡Richard, escúchame! ¡Corre!

La voz de Kahlan parecía llegarle de muy lejos. Las negras ráfagas de Magia de Resta cesaron de repente. El mundo inundó de nuevo el vacío de su conciencia, y Richard se sintió nuevamente vivo. Vivo y muy asustado.

La barrera invisible que les cortaba el paso había desaparecido. Richard cogió a Kahlan de la mano y echó a correr. Detrás de ellos el núcleo de luz temblaba y ululaba, haciéndose cada vez más brillante a medida que el aullido se hacía más agudo.

«Queridos espíritus, ¿qué he hecho?», se preguntó.

Corrieron por pasadizos, subieron escaleras y recorrieron corredores que, a medida que ascendían de nivel, eran más lujosos, recubiertos con paneles de madera, el suelo alfombrado e iluminados por lámparas en vez de antorchas. Delante de ellos se extendían sus sombras alargadas, pero no era por la luz de las lámparas sino por la luz viva que los perseguía.

Salieron precipitadamente al exterior, donde se libraba una encarnizada batalla. Hombres ataviados con capas de color carmesí luchaban contra hombres a brazo descubierto que Richard no había visto en la vida. Algunos eran barbudos, y la mayoría llevaban la cabeza rapada, aunque lo que todos compartían era un anillo que les atravesaba la aleta izquierda de la nariz. Con sus extraños cintos y correas de cuero, algunas equipadas con pinchos, y cubiertos con pellejos y pieles parecían salvajes. Y como salvajes luchaban: esbozaban crueles sonrisas y apretaban los dientes mientras blandían espadas, hachas y mayales, golpeando a sus oponentes, parando golpes y abriéndose paso con rodelas provistas de largas púas en el centro.

Aunque era la primera vez que los veía, Richard supo que eran de la Orden Imperial.

Sin detenerse, fue abriéndose paso a través de los huecos que se formaban en la batalla, tirando de Kahlan. Corrían buscando un puente. Uno de los soldados de la Orden Imperial lo atacó, tratando de detenerlo con un tremendo puntapié. Pero Richard lo esquivó, pasó un brazo bajo la pierna del hombre y lo arrojó hacia un lado; todo ello sin apenas detenerse en su precipitada huida. Otro lo atacó, pero Richard lo apartó dándole un codazo en el rostro.

En el centro del puente oriental, que conducía a los campos y también al bosque Hagen, medía docena de hombres de la Sangre forcejeaban contra un número igual de la Orden. Cuando uno de ellos le lanzó una estocada, Richard se agachó y lo lanzó por el borde del puente al río, tras lo cual corrió para aprovechar el hueco que había dejado.

A su espalda, por encima de los ruidos de la lucha, del entrechocar de las armas y de los gritos de los combatientes, percibía el aullido de la luz. Corría tan velozmente como si sus piernas tuvieran vida propia y desearan huir de algo mucho peor que espadas o cuchillos. Kahlan no necesitaba ayuda para mantener el ritmo; corría junto a él.

Habían cruzado el río y apenas se habían internado en la ciudad, cuando la noche se esfumó en una deslumbradora luz que arrojaba de pronto sombras de una insondable negrura que se alejaban del palacio. Ambos se refugiaron tras el muro enlucido de una tienda cerrada, agachados, tratando de recuperar el aliento. Richard se asomó por la esquina del edificio y vio un cegador resplandor que emanaba de todas las ventanas del palacio, incluso de las situadas en las altas torres. Era como si la luz se escapara entre las junturas de la piedra.

—¿Puedes seguir corriendo? —preguntó, jadeante.

—No he sido yo quien ha parado.

Richard conocía bien la ciudad que se extendía desde el palacio hasta campo abierto. Así pues, pudo guiar a Kahlan entre la masa de gente confusa y aterrada que profería alaridos, tanto por estrechas calles limitadas por edificios como por avenidas flanqueadas por árboles hasta llegar a las afueras de Tanimura.

Habían ascendido hasta la mitad de la ladera de una de las colinas que rodeaban el valle en el que se asentaba la ciudad, cuando Richard sintió una sacudida en el suelo, acompañada por un ruido sordo que a punto estuvo de derribarlo. Sin mirar atrás pasó un brazo alrededor de Kahlan y se lanzó con ella hacia un corte profundo en el granito. Sudorosos y exhaustos se abrazaron mientras el suelo temblaba.

Asomaron la cabeza justo a tiempo de contemplar cómo la luz desgajaba las macizas torres y los sólidos muros de piedra del Palacio de los Profetas como hojas de papel en un huracán. Fue como si toda la isla Halsband se hiciera mil pedazos. Trozos de árboles y enormes pedazos de los jardines volaban por el aire junto a piedras de todos los tamaños y medidas. Un cegador destello levantó una cúpula de oscuros escombros. El río se quedó sin agua y sin puentes.

La cortina de luz se expandió como un anillo con un tremendo estruendo. La ciudad situada más allá de la isla soportó como buenamente pudo el desastre.

El cielo se iluminó, como si la bóveda celeste llameara en solidaridad con el deslumbrante núcleo de ras de tierra. Los lados de la trémula campana de luz que se formó en el cielo descendían en cascada hasta el suelo a kilómetros de distancia de la ciudad. Richard recordó qué era aquel límite; era el escudo exterior que nadie que llevara un rada'han podía atravesar.

—Realmente eres el portador de la muerte —musitó Kahlan, mirando sobrecogida el espectáculo—. No tenía ni idea de que fueras capaz de algo así.

—Ni yo —replicó Richard, casi sin aliento.

Una ráfaga de aire ascendente arrancó la hierba que cubría la ladera de la colina. Ambos se agacharon hasta que la rugiente nube de arena y tierra hubo pasado.

Cuando todo quedó en silencio, cautelosamente asomaron la cabeza. La noche había regresado. En la súbita oscuridad apenas se distinguía nada, aunque tampoco era necesario ver para saberlo: el Palacio de los Profetas había sido borrado de la faz de la tierra.

—Lo has logrado —dijo al fin Kahlan.

—Lo hemos logrado —repuso él, con la vista fija en el oscuro agujero que se había abierto en el centro de las luces de la ciudad.

—Me alegra que entraras a buscar el libro. Ardo en deseos de saber qué más dice sobre ti. Bueno —comentó con una sonrisa—, creo que Jagang tendrá que buscarse otro hogar.

—Eso es cierto. ¿Estás bien?

—Perfectamente. Pero me alegro de que haya pasado. —Me temo que sólo acaba de empezar. Vamos, la sliph nos llevará de vuelta a Aydindril.

—Aún no me has dicho qué es esa sliph.

—No lo creerías. Tendrás que verla con tus propios ojos.

—Estoy impresionada, mago Zorander —comentó Ann, apartando la vista.

—No he sido yo —rezongó Zedd, quitándose el mérito.

Ann se enjugó las lágrimas y dio gracias a que estaba oscuro y el mago no las viera, aunque le costaba mantener una voz serena.

—Tal vez no has prendido tú la hoguera, pero has hecho un excelente trabajo amontonando leña. Realmente impresionante. Había visto una red de luz destrozar una habitación, pero esto...

Zedd le colocó una consoladora mano sobre el hombro.

—Lo siento, Ann.

—Sí, bueno, no quedaba otro remedio.

Zedd se apretó el hombro como para decirle que lo entendía.

—Me pregunto quién encendió la pira —comentó el mago.

—Las Hermanas de las Tinieblas poseen Magia de Resta. Supongo que una de ellas activó accidentalmente la red.

—¿Accidentalmente? —Zedd lanzó un incrédulo resoplido y retiró la mano.

—No hay otra explicación.

—Yo diría que no ha sido un accidente —susurró Zedd. Ann creyó detectar un tono de orgullo y nostalgia en la voz del mago.

—¿Qué supones tú?

Zedd hizo caso omiso de la pregunta.

—Será mejor que nos reunamos con Nathan.

—Sí —replicó Ann, acordándose de repente del Profeta. Apretó la mano de Holly—. Lo dejamos aquí. No puede andar muy lejos.

Ann miró hacia las lejanas colinas iluminadas por la luz de la luna. Vio un grupo que se dirigía al norte: un coche y personas, en su mayoría a caballo. Eran tantas que las sintió: Hermanas de la Luz. Gracias al Creador habían podido escapar después de todo.

—Pensaba que podías localizarlo mediante ese infernal collar.

—Así es —replicó Ann, que empezó a buscar entre la maleza—, y por eso sé que tiene que estar aquí, en alguna parte. Tal vez está herido por la explosión. Puesto que el hechizo ha sido destruido, Nathan debió de cumplir con la parte que le correspondía con el escudo exterior. Ayúdame a buscar.

También Holly buscaba, pero sin alejarse. Zedd se dirigió hacia un lugar despejado y plano. Guiándose por las ramas y los arbustos inclinados o rotos, buscaba cerca del centro del nodo, donde debía de concentrarse el poder. Ann miraba entre las rocas. Zedd la llamó.

La Prelada cogió a Holly de la mano y corrió hacia el viejo mago.

—¿Qué has encontrado?

Zedd señaló. Incrustado en una hendidura en un bloque redondo de granito, de pie para que no dejaran de verlo, había algo redondo. Ann lo sacó y lo observó, incrédula.

—Es el rada'han de Nathan.

Holly ahogó un grito.

—Oh, Ann, tal vez está muerto. Tal vez la magia lo mató.

Ann examinó el collar. Estaba cerrado.

—No, Holly —la tranquilizó, y le acarició el pelo—. Si hubiera muerto, encontraríamos algún indicio. ¿Qué le habrá pasado?

—¿Que qué le habrá pasado? —Zedd se rió entre dientes—. Pues que se ha liberado. Metió el collar en esa roca para asegurarse de que lo vieras; es su modo de dedicarte un corte de mangas. Nathan quería que supiéramos que se ha quitado el collar él solito. Supongo que enlazó el poder del nodo con el collar, o algo así. Bueno —suspiró—, sea como sea, se ha marchado. Ahora quítame el mío.

Ann bajó la mano con la que sostenía el rada'han y fijó la mirada en la oscuridad.

—Tenemos que encontrarlo.

—Primero quítame el collar como me prometiste, y luego vete a buscarlo. Pero sin mí, desde luego.

Ann sintió que la sangre le hervía.

—Tú te vienes conmigo.

—¿Qué? ¡Ni hablar! ¡No pienso hacerlo!

—Te digo que vienes.

—¿Vas a romper tu promesa?

—No, pienso cumplirla tan pronto como encontremos a ese irritante Profeta. No tienes ni idea de los líos que puede llegar a armar.

—Pero ¿para qué me necesitas a mí?— gritó Zedd.

—Vendrás conmigo quieras o no, y no hay más que hablar. Cuando lo encontremos te quitaré el collar. Pero antes no.

Zedd blandió los puños, furioso, mientras Ann iba a por los caballos. Su mirada se dirigió hacia la lejana colina, hacia el grupo de Hermanas que se dirigían al norte. Al llegar junto a los caballos, se agachó delante de Holly.

—Holly, tu primer deber como novicia de las Hermanas de la Luz será cumplir una misión urgente y de vital importancia.

—¿Qué es, Ann? —preguntó la niña, muy seria.

—Es imperativo que Zedd y yo encontremos a Nathan. Espero que no tardemos mucho, pero debemos darnos prisa, antes de que se aleje demasiado.

—¡Antes de que se aleje! —vociferó Zedd a su espalda—. Ha tenido horas. Nos lleva demasiada ventaja. A saber dónde estará. No lo alcanzaremos nunca.

—Tenemos que encontrarlo —se limitó a decirle Ann. Enseguida se volvió hacia la niña—. Holly, debemos apresurarnos. No tengo tiempo de ponerme en contacto con las Hermanas de la Luz que van por esa colina de ahí. Quiero que te reúnas con ellas y le cuentes a la hermana Verna todo lo que ha ocurrido.

—Pero ¿qué le digo?

—Todo lo que has visto y oído mientras estabas con nosotros. Dile la verdad, sin inventarte nada. Es importante que Verna sepa qué está pasando. Dile que Zedd y yo vamos en pos de Nathan y que cuando podamos nos reuniremos con ellas. Pero nuestra prioridad es encontrar al Profeta. Dile que se dirijan al norte, como están haciendo, para huir de la Orden Imperial.

—Podré hacerlo.

—No están lejos. Sigue este camino, que te llevará hasta el sendero por el que ascienden. Así darás con ellas. La yegua te conoce y le gustas; te cuidará bien. Alcanzarás a las Hermanas en una o dos horas. Ellas te protegerán y te querrán mucho. La hermana Verna sabrá qué hacer.

—Te echaré mucho de menos —dijo la niña, muy emocionada.

Ann la abrazó.

—Oh, pequeña, yo también te echaré mucho de menos. Ojalá pudieras ir con nosotros, porque nos has ayudado mucho. Pero debemos partir enseguida si queremos encontrar a Nathan. Las Hermanas, sobre todo la prelada Verna, deben saber qué ha ocurrido. Es importante. Por eso debo enviarte con ellas.

Holly se secó las lágrimas.

—Lo entiendo —dijo con valentía—. No te fallaré, Prelada.

Ann la ayudó a montar, le besó la mano y le tendió las riendas. Luego se quedó mirándola y diciéndole adiós con la mano, mientras Holly se alejaba al trote.

—Será mejor que nos pongamos en marcha si queremos atraparlo —dijo al rabioso mago, y le dio palmaditas en un huesudo hombro—. No tardaremos mucho. Tan pronto como lo encontremos, te quitaré el collar, lo prometo.

26

El bosque Hagen seguía tan lúgubre e inhóspito como siempre, aunque Richard estaba seguro de que los mriswith ya no lo habitaban. Mientras se adentraban en la sombría floresta Richard no había sentido la presencia de ninguno. Pese a su siniestra atmósfera, el bosque estaba desierto; todos los mriswith habían partido a Aydindril. El joven se estremeció al pensar qué significaba eso.

Kahlan suspiró, nerviosa, y retorció los dedos mientras contemplaba fijamente la amable y sonriente faz plateada de la sliph.

—Richard, antes de hacer esto, por si algo sale mal, quiero que sepas que estoy al corriente de lo que ocurrió cuando estabas cautivo en el palacio y que no te lo reprocho. Creías que no te amaba y estabas solo. Lo entiendo.

—Pero ¿de qué estás hablando? ¿De qué estás al corriente?

Kahlan carraspeó antes de contestar:

—Merissa me lo contó todo.

—¡Merissa!

—Sí. Lo entiendo y no te culpo. Estabas convencido de que nunca más volverías a verme.

Richard parpadeó, completamente atónito.

—Merissa es una Hermana de las Tinieblas y desea mi muerte.

—Ella me dijo que cuando estuviste en palacio fue tu maestra. También dijo que vosotros... Bueno, es una mujer muy hermosa y tú te sentías solo. No te culpo.

Richard la cogió por los hombros y la obligó a dejar de mirar a la sliph para mirarlo a él.

—Kahlan, no sé qué mentiras te ha contado Merissa, pero yo te digo la verdad: te amo desde el día que nos conocimos. Eres la única mujer a la que he querido. La única. Cuando me obligaste a ponerme el collar y yo creí que nunca volvería a verte, me sentí muy solo, pero nunca traicioné tu amor, aunque pensaba que lo había perdido. Aunque creía que no deseabas verme nunca más, yo nunca... ni con Merissa ni con nadie.

—¿De verdad?

—De verdad.

Kahlan le sonrió de esa manera especial que reservaba para él y sólo para él.

—Adie trató de convencerme de lo mismo, pero yo temía que moriría sin volver a verte, por lo que quería que supieras que, hicieras lo que hicieses, yo te amo. Una parte de mí tiene miedo; me asusta ahogarme ahí abajo.

—La sliph te ha probado y afirma que puedes viajar. Posees un elemento de Magia de Resta. Sólo quienes poseen ambos lados de la magia pueden viajar. Todo saldrá bien, ya lo verás —la animó Richard con una sonrisa—. No hay nada que temer, te lo prometo. Es algo distinto a cualquier cosa que hayas sentido antes. Es maravilloso. ¿Qué, te sientes mejor ahora?

—Sí, mucho mejor. —Kahlan le echó los brazos al cuello y lo abrazó con tanta fuerza que lo dejó sin respiración—. Pero si me ahogo, quiero que sepas lo mucho que te quiero.

Richard la ayudó a encaramarse al muro de piedra que rodeaba el pozo y echó un último vistazo al oscuro bosque que se extendía más allá de las ruinas. Tenía una sensación extraña, como si alguien los vigilara aunque no podían ser los mriswith, pues sentiría su presencia. Finalmente decidió que era simple aprensión debida a sus experiencias previas en el bosque Hagen.

—Estamos listos, sliph. ¿Sabes cuánto tiempo tardaremos?

—¿Tiempo? —inquirió a su vez la sliph.

Richard suspiró y apretó con más fuerza la mano de Kahlan.

—Sigue las instrucciones. —Kahlan asintió e inspiró las últimas bocanadas de aire—. Yo estaré contigo. No temas.

El brazo de mercurio los alzó, y la noche se tornó realmente oscura. Mientras se sumergían Richard mantenía apretada la mano de Kahlan, pues recordaba cuánto le había costado respirar a la sliph la primera vez. Cuando ella le devolvió el apretón, viajaban ya por el ingrávido vacío.

Richard recuperó la ya familiar sensación de velocidad y flotación, lo cual le indicó que regresaban a Aydindril. Como en la vez anterior no experimentaba ni frío, ni calor, ni tampoco la sensación de que la humedad de la sliph lo empapara. Sus ojos percibían la luz y la oscuridad como una sola cosa en una única visión espectral, mientras que sus pulmones se llenaban con la dulce presencia de la sliph al inhalar su aterciopelada esencia.

Su gozo era mayor al saber que Kahlan compartía con él esa misma sensación de éxtasis; lo sentía por la ligera presión en la mano. Finalmente se soltaron para nadar en aquel calmo torrente.

Richard nadaba entre la oscuridad y la luz. Kahlan lo cogió de un tobillo y se dejó arrastrar por él.

El tiempo ya no contaba. Podría haber transcurrido un solo instante o todo un año mientras flotaba vertiginosamente con Kahlan cogida a su tobillo. Como la otra vez, acabó de repente.

La estancia del Alcázar cobró vida a su alrededor súbitamente, pero no se sintió aterrorizado pues ya lo esperaba.

—Respira —dijo la sliph.

Richard vació los pulmones de la dulce y embriagadora esencia de la sliph, e inspiró una bocanada del extraño aire.

Sintió que Kahlan ascendía tras él, y en el silencio de la habitación de Kolo la oyó expeler a la sliph e inhalar aire. Richard se asomó por el pozo, y la sliph se desligó de él después de ayudarlo a encaramarse al muro y salvarlo. Cuando sus pies tocaron el suelo se dio media vuelta y se inclinó para echar una mano a Kahlan.

En ese momento vio a Merissa, que le sonreía. Richard se quedó de piedra. Su mente tardó unos segundos en recuperarse.

—¿Dónde está Kahlan? —gritó, fingiéndose furioso—. ¡Responde! ¡Me juraste lealtad!

—¿Kahlan? —replicó la Hermana con melodiosa voz—. Está aquí mismo —dijo, metiendo una mano en el mercurio—. Pero ya no la vas a necesitar. Además, estoy cumpliendo un juramento; un juramento que me hice a mí misma.

Merissa alzó el cuerpo flácido y sin vida de Kahlan agarrándola por el cuello de la camisa. Sirviéndose de su poder, la sacó del pozo. Kahlan se golpeó contra el muro y se desplomó. No respiraba.

Antes de que Richard pudiera correr a ayudarla, Merissa golpeó las hojas de un *yabree* contra la piedra. El dulce son lo embargó, privándole de toda fuerza. Cautivado e impotente contemplaba la sonriente faz de Merissa.

—El *yabree* canta para ti, Richard. Su canción te llama.

La Hermana se aproximó a el, acercando asimismo el ronroneante *yabree*. Merissa sostenía en alto el resplandeciente objeto de su deseo y le daba vueltas, exhibiéndolo ante él, atormentándolo. Richard se humedeció los labios. En sus huesos resonaba el ronroneante zumbido del *yabree*. Aquel vibrante sonido lo tenía paralizado.

Merissa se acercó un poco más y por fin se lo ofreció. Richard lo tocó. Su son invadió hasta la última fibra de su cuerpo y embelesó su alma. La Hermana de las Tinieblas sonrió al ver que los dedos de Richard se cerraban alrededor del mango. Tan intenso era el placer que sentía al poder finalmente asirlo que todo él temblaba. Y al apretar los dedos, el placer se multiplicaba.

La mujer sacó otro *yabree* del plateado pozo.

—Sólo tienes la mitad, Richard. Necesitas ambos.

Merissa rió con su agradable risa cantarina mientras golpeaba el segundo *yabree* contra la piedra. Richard se sintió encandilado por el desesperado anhelo de tocarlo. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para que las rodillas lo aguantaran. Tenía que conseguir como fuera ese segundo *yabree*. Así pues se inclinó sobre el muro y trató de alcanzarlo.

La sonrisa de Merissa se burlaba de él, pero a Richard no le importaba. Lo único que quería y necesitaba era sostener en su otra mano el segundo *yabree*.

—Respira —dijo la sliph.

Richard miró con ojos de loco. La sliph miraba a la mujer desplomada en el suelo contra el muro. Iba a decir algo cuando Merissa volvió a golpear el segundo *yabree* contra la piedra.

Richard notaba las piernas de manteca. Apoyó el brazo izquierdo, el que sostenía el *yabree*, sobre el muro para aguantarse.

—Respira —repitió la sliph.

Pese al cautivador y ronroneante son que sentía hasta en los huesos, Richard se esforzaba por recordar quién era aquella mujer tirada contra el muro a la que la sliph hablaba. Tenía la impresión de que era alguien importante pero no recordaba por qué. ¿Quién era?

La risa de Merissa resonó en la estancia al golpear de nuevo el *yabree*.

Richard lanzó un grito que era tanto de éxtasis como de anhelo.

—Respira —dijo la sliph con más insistencia.

Aunque el son del *yabree* le embotaba la mente, por fin Richard recordó. De su interior brotó una necesidad que arrastró como impetuoso torrente la adormecedora melodía que lo mantenía cautivo.

Era Kahlan.

La miró. No respiraba. Una voz en su interior gritó que la ayudara.

Cuando el *yabree* cantó de nuevo, los músculos del cuello se le quedaron flácidos. Su mirada descendió hasta un objeto incrustado en la piedra.

La necesidad dio fuerza a sus músculos. Extendió una mano. Sus dedos tocaron el objeto, lo asieron y un nuevo anhelo le recorrió el cuerpo. Era un anhelo que conocía muy bien.

Con una explosión de furia arrancó la *Espada de la Verdad* del suelo de piedra. En la estancia vibró un nuevo son.

Merissa fijó en el una mirada asesina mientras golpeaba nuevamente el *yabree* contra la piedra.

—Morirás, Richard Rahl. He jurado bañarme en tu sangre, y por el Custodio que lo haré.

Con la última brizna de fuerza que le transmitía la furia de la espada, Richard se alzó apoyándose en el borde superior del muro, extendió el brazo hacia abajo y hundió la espada en la sliph.

Merissa aulló.

En su carne aparecieron vetas de mercurio. Sus alaridos resonaban en la redonda estancia de piedra, y agitaba los brazos en un frenético esfuerzo por escapar de la sliph. Pero era demasiado tarde. La metamorfosis era imparable. Poco a poco fue adquiriendo el mismo lustre que la sliph, como una estatua plateada en un lago de plata reflectante. Los angulosos rasgos de su rostro se fueron suavizando, y lo que había sido Merissa se disolvió en las chapoteantes ondas de la sliph.

—Respira —dijo la sliph a Kahlan.

Richard arrojó el *yabree* a un lado y corrió hacia ella. La cogió en sus brazos y la acercó al pozo. Allí la colocó sobre el muro, pasó ambos brazos sobre su abdomen y presionó.

—¡Respira, Kahlan, respira! —Volvió a presionar—. ¡Hazlo por mí! ¡Respira! ¡Por favor, Kahlan, espira!

Los pulmones de Kahlan expulsaron el mercurio, inspiró una súbita bocanada de aire y luego otra más.

Por fin se dio la vuelta en sus brazos y se dejó caer contra su pecho.

—Oh, Richard, tenías razón. Era tan maravilloso que olvidé que debía respirar. Me has salvado.

—Pero a la otra la ha matado —apuntó la sliph—. Ya le advertí sobre ese objeto mágico que lleva. No ha sido culpa mía.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Kahlan a la plateada faz.

—De quien ahora forma parte de mí.

—Habla de Merissa —le explicó Richard—. No es culpa tuya, sliph. Tuve que hacerlo o nos hubiera matado a ambos.

—En ese caso no tengo ninguna responsabilidad. Gracias, amo.

Kahlan se volvió bruscamente hacia él y bajó la mirada hacia la espada.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ocurrido con Merissa?

Richard se desligó el cordel que sujetaba la capa de mriswith y se despojó de ella.

—Nos siguió por la sliph. Trató de matarte y de... bueno dijo algo de darse un baño conmigo.

—¿Un baño?

—No —intervino la sliph—. Lo que dijo fue que quería bañarse en tu sangre.

Kahlan se quedó de una pieza.

—Bueno... ¿y qué ha pasado con ella?

—Ahora está conmigo —dijo la sliph—. Para siempre.

—Quiere decir que está muerta —le dijo Richard—. Ya te lo explicaré cuando tengamos tiempo. Gracias por tu ayuda, sliph, pero ahora debes dormir.

—Por supuesto, amo. Dormiré hasta que me volváis a llamar.

La reluciente faz plateada se suavizó y se fundió en la masa de mercurio. Sin ser consciente de lo que hacía, Richard cruzó las muñecas. La lustrosa masa brilló con más intensidad. La sliph se quedó inmóvil y luego empezó a sumergirse en el pozo, primero lentamente y luego cada vez más rápidamente hasta desaparecer.

—Tienes muchas cosas que explicarme, Richard Rahl —le dijo Kahlan.

—Prometo que lo haré, cuando tengamos tiempo.

—Por cierto, ¿dónde estamos?

—En los sótanos del Alcázar, debajo de una de las torres.

—¿En los sótanos?

—Eso es. Debajo de la biblioteca.

—¿Qué? ¡Nadie puede llegar hasta aquí! Que se sepa, ningún mago ha logrado traspasar los escudos que impiden el acceso a este nivel.

—Bueno, pues aquí estamos ahora. Ya hablaremos de eso más tarde. Ahora lo importante es bajar a la ciudad.

Abandonaron la estancia de Kolo, pero inmediatamente se aplastaron contra la pared. La reina mriswith flotaba en la piscina más allá de la baranda. Al verlos desplegó las alas con gesto protector sobre al menos un centenar de huevos grandes como melones y lanzó un berrido de advertencia que resonó por el interior de la enorme torre.

Por la tenue luz que penetraba por las aberturas superiores Richard supo que era por la tarde. Habían tardado menos de un día, o como mucho un día, en llegar a Aydindril. La luz le permitió ver asimismo la gran cantidad de huevos con manchas verdes y grises depositados sobre la roca.

—Es la reina mriswith —explicó rápidamente al mismo tiempo que se subía a la baranda—. Tengo que destruir esos huevos.

Kahlan gritó su nombre para tratar de detenerlo, pero él ya había saltado la baranda y se había sumergido en las negras y viscosas aguas, que le llegaban a la cintura. Mientras vadeaba la charca hacia las resbaladizas rocas del centro, desenvainó la espada. La reina se alzó sobre las garras y soltó un repiqueteante alarido.

Su cabeza se acercó al joven con serpenteantes movimientos, para tratar de propinarle un mordisco. Richard blandió la espada, y la grotesca testa retrocedió lanzándole una vaharada de acre aroma que transmitía un claro mensaje de advertencia. Sin darse por enterado, Richard siguió adelante. La reina abrió las fauces y dejó al descubierto unos largos y afilados colmillos.

Pero Richard no podía permitir que los mriswith tomaran Aydindril. Si no destruía aquellos huevos, nacerían muchos más mriswith con los que enfrentarse.

—¡Richard! ¡He tratado de conjurar el relámpago azul, pero aquí abajo no puedo! ¡Vuelve atrás!

La reina emitió un sibilante sonido y quiso morderlo. Cuando la cabeza se acercó, Richard trató de clavarle la espada; pero la reina se mantenía fuera de su alcance y rugía de rabia. El joven logró mantener esa cabeza a distancia mientras que con la otra mano buscaba un asidero.

Halló un peñasco al que agarrarse y trepó a las oscuras y resbaladizas rocas. Blandió la espada y cuando la amenazante testa retrocedió, la descargó sobre los huevos. Las gruesas y correosas cáscaras se rompían y de su interior manaba una pestilente yema.

La reina enloqueció. Agitó las alas y se elevó de la roca para alejarse de la espada de Richard. Al mismo tiempo agitaba furiosamente la cola a modo de enorme látigo. Cuando la cola trató de golpearlo, Richard esgrimió la espada para mantenerla a raya. Su máxima prioridad era destruir los huevos.

Los colmillos de la reina chasqueaban, tratando de morderlo. De refilón Richard le propinó una estocada en el cuello, que bastó para que reculara llena de rabia y dolor. Su frenético aleteo lanzó al joven de bruces sobre la roca. Rápidamente rodó hacia un lado para esquivar las afiladas garras. La reina trataba de morderlo y darle un tremendo coletazo. Richard se vio obligado a olvidarse de los huevos, al menos temporalmente, y defenderse. Si la mataba, todo sería más sencillo.

La reina chilló, angustiada. Un instante después Richard oyó un crujido. Se volvió hacia donde sonaba el ruido y vio a Kahlan destrozar huevos con una tabla que había pertenecido a la puerta de la estancia de Kolo. Richard avanzó a toda prisa sobre las resbaladizas rocas para interponerse entre Kahlan y la enfurecida reina. Cuando la reina trataba de morderlos, Richard lanzaba estocadas contra la cabeza del monstruo; contra la cola cuando quería derribarlo de las rocas; y contra las garras cuando trataba de clavárselas.

—Tú mantenla a raya y yo me ocupo de los huevos —dijo Kahlan sin dejar de esgrimir la tabla, que hundía en los huevos mientras vadeaba las aguas pegajosas y amarillentas.

Richard no quería que Kahlan se arriesgara de ese modo, pero era consciente de que estaba defendiendo su ciudad y no podía pedirle que se escondiera. Además, necesitaba ayuda. Tenía que llegar cuanto antes a Aydindril.

—Date prisa —le gritó entre un movimiento de evasión y otro de ataque.

La enorme bestia roja se abalanzó sobre él para tratar de aplastarlo contra la roca. Richard se lanzó a un lado, aunque no pudo evitar que la reina aterrizara sobre una de sus piernas. Lanzó un grito de dolor y se defendió con la espada de los colmillos de la reina.

De pronto la tabla golpeó las carnosas rendijas situadas en la parte superior de la cabeza de la mriswith. Ésta se tambaleó hacia atrás, aullando de dolor, aleteando salvajemente y hendiendo el aire con las garras. Kahlan le cogió de un brazo y lo ayudó a salir de allí aprovechando que la roja mole se alzaba. Ambos cayeron a las aguas estancadas.

—Ya están todos —dijo Kahlan—. Salgamos de aquí.

—Tengo que matarla o pondrá más.

Pero la reina mriswith, al ver todos sus huevos destruidos, decidió trocar el ataque en huida. Agitando las alas frenéticamente se alzó en el aire. Entonces se lanzó contra el muro, se sujetó a la piedra con las garras y empezó a trepar hacia la abertura que había en la parte de arriba.

Richard y Kahlan salieron de la hedionda piscina y se encaramaron a la pasarela. El joven trató de dirigirse a la escalera de caracol que ascendía por el interior de la torre, pero cuando apoyó el peso en una pierna, se desplomó al suelo. Kahlan lo ayudó a ponerse de pie.

—Tal como estás no podrás alcanzarla. Ya hemos destruido todos los huevos. Nos ocuparemos de ella más tarde. ¿Te has roto la pierna?

Richard se reclinó contra la baranda y se frotó la magullada pierna mientras contemplaba cómo la reina llegaba a la parte superior de la torre y salía por la abertura.

—No, sólo me la ha aplastado contra la roca. Tenemos que ir a la ciudad.

—Pero no puedes andar.

—Sí puedo. El dolor ya empieza a remitir. Vamos.

Richard cogió una de las esferas luminosas y apoyándose en Kahlan se dispuso a abandonar el vientre del Alcázar. Kahlan nunca había estado en las salas y los pasillos por los que la condujo Richard. Tenía que abrazarla para ayudarla a pasar los escudos y no dejaba de darle instrucciones sobre qué no tocar y dónde no pisar. Kahlan cuestionaba una y otra vez aquellas advertencias, pero cumplía las insistentes órdenes de Richard mascullando que no tenía ni idea de que existieran en el Alcázar aquellos lugares tan extraños.

Cuando por fin llegaron al nivel superior después de recorrer incontables estancias y pasillos, la pierna le seguía doliendo, pero estaba recuperando la fuerza en ella. Ya podía caminar, aunque cojeaba.

—Por fin sé dónde estamos —dijo Kahlan al llegar al largo corredor con las bibliotecas—. Ya me temía que no podríamos salir nunca de aquí.

Richard la condujo por la ruta por la que él siempre salía del Alcázar. Kahlan le advirtió que no debía ir por ahí, pero él insistió en que conocía el camino. Por fin Kahlan lo siguió aunque de mala gana. Tuvo que abrazarla para traspasar el escudo en el amplio corredor de la entrada, cosa que ambos agradecieron.

—¿Falta mucho? —preguntó ella, examinando la sala casi vacía.

—No. Ahí mismo está la puerta de salida.

Cruzaron la puerta y, una vez fuera, Kahlan giró dos veces sobre sí misma, sin llegar a creer dónde estaba. Atónita, lo cogió por la camisa y señaló la puerta.

—¿Por aquí? ¡No me digas que has entrado siempre por aquí al Alcázar!

—Pues sí. El sendero de piedras conduce hasta aquí.

Kahlan señaló airadamente el dintel de la puerta.

—¡Mira qué dice! ¿Cómo te has atrevido a entrar?

Richard miró las palabras grabadas en el dintel de piedra de la enorme puerta.

—No sé qué significan —admitió.

—*Tavol de ator Mortado*, o lo que es lo mismo «Sendero de la Muerte».

Richard echó un fugaz vistazo a las demás puertas que se abrían al otro lado de la extensión de grava y fragmentos de piedra. Recordaba perfectamente el ser que los había perseguido avanzando bajo la gravilla.

—Bueno, era la puerta más grande y el camino conduce directo a ella, por lo que pensé que era la entrada. Si te paras a pensarlo, es lógico. Después de todo, a mí me llaman «el portador de la muerte».

—Y pensar que teníamos tanto miedo de que te aventuraras en el Alcázar. Nos aterrorizaba la idea de que murieras al tratar de entrar. Por todos los espíritus, aún no comprendo cómo sigues vivo. Ni siquiera los magos pueden entrar por aquí. Sin tu ayuda, el escudo de dentro no me habría dejado pasar;

lo cual significa que detrás acecha un peligro mortal. Piensa que yo puedo atravesar los escudos que protegen los lugares más peligrosos.

Richard oyó un crujido en la grava y percibió movimiento. Algo avanzaba sinuosamente hacia ellos. Rápidamente el joven tiró de Kahlan hacia el centro de una pasadera.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

—Algo se acerca —respondió él, señalando el suelo.

Kahlan lo miró con ceño por encima del hombro y tranquilamente pisó la grava.

—Supongo que no tendrás miedo de esto, ¿verdad? —Kahlan se agachó, metió una mano en la grava y el ser fue hacia ella. La mujer movió la mano como quien acaricia una mascota.

—Pero ¿qué haces? —exclamó Richard muy alarmado.

Paro Kahlan seguía forcejeando juguetonamente contra el ser que se ocultaba bajo la grava.

—No es más que un sabueso de piedra. El mago Giller lo conjuró para ahuyentar a una mujer que lo perseguía sin tregua. A la mujer le daba miedo cruzar por la grava, y desde luego a nadie en su sano juicio se le ocurriría entrar en el Sendero de la Muerte. No me digas que te daba miedo el sabueso de piedra.

—Bueno... no, no exactamente. Es que...

Kahlan puso los brazos en jarras.

—¿Me estás diciendo que entraste en el Sendero de la Muerte y atravesaste todos esos escudos porque tenías miedo de un sabueso de piedra? ¿Por eso elegiste esa puerta y no otra?

—Kahlan, yo no sabía qué era esa cosa que se movía bajo la grava. Nunca había visto nada igual. Bueno, vale, admito que tenía miedo. Trataba de ir con cuidado. Además, como no entendía lo que hay grabado, no sabía que era una puerta peligrosa.

Kahlan miró al cielo.

—Richard, podrías haber...

—No he muerto, ¿verdad? Encontré a la sliph y fui a por ti. Vamos, tenemos que llegar a la ciudad.

Kahlan lo enlazó por la cintura.

—Tienes razón. Supongo que estoy muy nerviosa por... —Señaló la puerta con una mano—... por todo lo que ha ocurrido dentro. La reina mriswith me ha asustado mucho. Me alegro de que lo hayas logrado.

Cogidos del brazo corrieron hacia la enorme abertura en forma de arco que se abría en la muralla exterior.

Justo cuando pasaban a la carrera bajo el colosal rastrillo, una membruda cola roja apareció tras una esquina y los derribó a ambos con un tremendo latigazo. Antes de que Richard pudiera recuperar la respiración, unas alas se agitaron encima de él y unas garras se hundieron en su carne. El joven sintió un abrasador dolor en el hombro izquierdo. De un coletazo la reina lanzó a Kahlan a un lado.

Mientras aquella garra hundida en su hombro lo iba acercando cada vez más a las fauces abiertas de la reina mriswith, Richard desenvainó la espada. Instantáneamente la furia lo inundó y dio un tajo a un ala. La reina retrocedió y sacó la garra de su hombro. Gracias a la cólera de la magia, que le permitía olvidar el dolor, Richard se puso en pie de un salto.

Clavó el acero en la bestia, que se precipitó sobre él, haciendo chasquear los colmillos. Mientras el joven retrocedía, una masa de alas, colmillos, garras y cola amenazaba con aplastarlo. Richard la golpeó en un brazo, y la reina reculó por el dolor. No obstante, descargo sobre él un tremendo coletazo en la cintura que lo arrojó contra el muro. Richard golpeó la cola y logró cercenar el extremo.

La roja reina se alzó sobre las patas traseras bajo el rastrillo. Viendo la oportunidad, Richard se lanzó hacia la palanca y la accionó con todas sus fuerzas. Con un chirriante traqueteo el rastrillo cayó sobre la rabiosa bestia. La reina se dio cuenta y en el último instante logró evitar que le cayera encima de la espalda, pero se le clavó en un ala, inmovilizándola en el suelo. Sus aullidos sonaron más intensos que nunca.

Aterrado, Richard se percató entonces de que Kahlan estaba en el suelo, al otro lado del rastrillo. También la reina la vio y, con un tremendo esfuerzo, se desgarró ella misma el ala en largas tiras para poder salir de debajo de la verja.

—¡Kahlan! ¡Corre!

Aún aturdida, Kahlan trató de alejarse a gatas, pero la bestia saltó sobre ella y la agarró por una pierna.

Entonces se volvió hacia Richard y le lanzó una fétida vaharada. El significado era evidente: venganza.

Con fuerza nacida de la desesperación Richard tiró de la rueda que alzaba el rastrillo, que se fue elevando lentamente, centímetro a centímetro. Pero la reina se alejaba renqueando por el sendero, arrastrando a Kahlan por una pierna.

Entonces Richard soltó la rueda y, llevado por la furia de la magia, blandió la espada contra las barras del rastrillo. El aire se llenó de chispas y ardientes esquirlas de metal. Con un grito de rabia golpeó por segunda vez las barras de hierro, agrandando el tajo. Un tercer golpe bastó para acabar de cortar una pieza. Dando patadas la apartó y pasó por la abertura.

Enseguida se lanzó a todo correr en pos de la reina. Kahlan se agarraba al suelo en un intento desesperado por huir. Al llegar al puente la reina se subió al muro, y desde el borde le mostró los colmillos.

Seguía agitando las alas, como si no se diera cuenta de que en ese estado no podía volar. Sin dejar de correr Richard lanzó un grito cuando la reina se volvió y desplegó las alas, a punto de saltar del puente con su presa.

Los coletazos barrían el sendero por el que Richard debía acceder al puente. Con la espada Richard le cortó un trozo de casi dos metros. La reina giró sobre sí misma, sosteniendo a Kahlan boca abajo por una pierna como si fuera una muñeca de trapo. Richard, completamente fuera de sí, blandió la espada en un ataque de furia, defendiéndose de los colmillos de la bestia. Cubierto por la sangre de la mriswith, cortó de un tajo la mitad frontal de un ala. El hueso se quebró en blancos fragmentos. La reina plegó la otra ala destrozada y con la cola truncada trató de golpearlo.

Kahlan chilló mientras se estiraba para alcanzar a Richard, pero los dedos no le llegaban. El joven hundió el acero en el rojo abdomen de la reina. Una garra apartó a Kahlan justo cuando Richard trataba de cogerle la mano. De otra estocada le cercenó la otra ala a la altura del hombro. Un chorro de sangre salió disparado mientras la encolerizada bestia se retorcía, tratando de alcanzarlo. Ello le impedía hacer pedazos a Kahlan.

Cuando tuvo la cola cerca, Richard volvió a cortarle otro trozo. A medida que la pestilente sangre de la reina lo manchaba todo, sus movimientos se hacían más torpes, lo que permitía a Richard herirla con mayor facilidad.

Entonces se lanzó hacia adelante y cogió a Kahlan por la muñeca. La mujer se cogió asimismo a la suya mientras Richard hundía la espada hasta la empuñadura en la parte inferior del pecho de la acezante bestia. Fue un terrible error.

Aunque mortalmente herida, la reina no iba a soltar la pierna de Kahlan. La bestia se tambaleó y con lentitud de pesadilla se precipitó desde el borde del puente hacia el insondable abismo. Cuando la reina cayó, Richard sintió un tremendo tirón en el brazo que aplastó su estómago contra la piedra del muro.

El joven blandió la espada por el borde y, con un tremendo golpe, cercenó el brazo que sujetaba a Kahlan. La reina mriswith cayó en espiral entre los muros que caían a pico miles de metros, hasta que no fue más que un puntito rojo en la distancia.

Kahlan quedó colgada de su mano sobre el abismo. La sangre descendía por el brazo de Richard hasta sus manos. Podía sentir cómo la muñeca de Kahlan le resbalaba. Con los muslos hacía fuerza contra la piedra para no caer él también.

Con un soberano esfuerzo, la levantó algo más de medio metro.

—Agárrate al muro con la otra mano. No puedo sostenerte; resbalas.

Kahlan se cogió con la mano libre al borde del muro de piedra, aliviando así parte del peso. Richard arrojó la espada al sendero y le pasó la otra mano bajo el brazo. Apretando los dientes, y con la ayuda de Kahlan, la alzó sobre el muro y luego la bajó al sendero.

—¡Quítamelo! ¡Quítamelo! —gritaba Kahlan.

Richard abrió a la fuerza las garras y extrajo la pierna de Kahlan. A continuación arrojó el rojo brazo por el borde. Kahlan se desplomó entre sus brazos, jadeando, demasiado agotada para hablar.

Pese al dolor, Richard sintió una embriagadora sensación de alivio.

—¿Por qué no has usado tu poder... el rayo?

—En el interior del Alcázar no funcionaba, y una vez fuera esa bestia me dejó sin sentido. ¿Por qué no usaste tú tu poder? ¿Por qué no lanzaste uno de esos temibles rayos negros, como en el Palacio de los Profetas?

—No lo sé. No sé cómo funciona el don. Tiene algo que ver con el instinto. No puedo usarlo siempre que quiero. —El joven le acariciaba el pelo con los ojos cerrados—. Ojalá Zedd estuviera aquí. Él me enseñaría a usarlo y a controlarlo. Lo echo tanto de menos...

—Lo sé —susurró ella.

Por encima de los jadeos de Kahlan percibía en la lejanía gritos y el entrechocar del acero. Asimismo olía a humo. De hecho, formaba una bruma.

Haciendo caso omiso del punzante dolor en el hombro, ayudó a Kahlan a levantarse, y ambos corrieron hasta un cambio de rasante desde el que se divisaba la ciudad, a los pies de la montaña. Se detuvieron bruscamente en el borde. Kahlan ahogó un grito.

Horrorizado, Richard cayó de hinojos y susurró:

—Queridos espíritus, ¿qué he hecho, qué he hecho?

27

—¡Es lord Rahl! —El grito se fue propagando por la multitud de tropas de D'Hara—. ¡Agrupaos! ¡Es lord Rahl!

Los vítores resonaron en el aire vespertino. Miles de voces se alzaron sobre el fragor de la batalla y las armas se levantaron hacia el humeante aire.

—¡Lord Rahl! ¡Lord Rahl! ¡Lord Rahl!

Un adusto Richard marchó entre los soldados de la retaguardia. Hombres heridos o sangrando se ponían de pie tambaleándose y se unían a la muchedumbre que lo seguía.

A través de la bruma de acre humo, Richard distinguió más allá de las calles en pendiente la terrible batalla que libraban las tropas de D'Hara. Un mar rojo —la Sangre de la Virtud— anegaba la ciudad y obligaba a retroceder a los oscuros uniformes d'haranianos. Llegaba desde todas direcciones, implacable e imparable.

—Deben de ser más de cien mil —comentó Kahlan en voz baja.

Richard había enviado a cien mil soldados en pos de Kahlan. Esa fuerza se hallaba a semanas de distancia de la ciudad. Había enviado lejos a casi la mitad de la milicia de Aydindril. Y la Sangre de la Virtud se aprovechaba de su error.

No obstante, quedaban suficientes d'haranianos en la ciudad para hacerles frente. Algo raro ocurría.

Seguido por una creciente muchedumbre de heridos que se arrastraban tras él Richard llegó donde parecía librarse lo más encarnizado de la batalla. La Sangre de la Virtud atacaba desde todas partes. El Bulevar de los Reyes estaba en llamas. Rodeado por el mar de uniformes oscuros el Palacio de las Confesoras se alzaba en todo su blanco esplendor.

Los oficiales corrieron hacia él, contentos de verlo pero inquietos por el curso de la batalla. Los chillidos que sonaban desde la lucha le quemaban por dentro.

—¿Qué sucede? —preguntó con una calma que a él mismo le sorprendió—. Son soldados d'haranianos. ¿Por qué retroceden? El enemigo no los supera en número. ¿Por qué la Sangre de la Virtud ha llegado tan dentro de la ciudad?

—Mriswith —se limitó a responder el curtido comandante.

Richard apretó los puños. Los soldados nada podían hacer contra los mriswith. Un mriswith podía matar docenas de ellos en cuestión de pocos minutos. Y Richard había visto las largas hileras de mriswith que entraban en la sliph; cientos de ellos.

Tal vez al principio el enemigo no los superaba en número, pero tantas habían sido las bajas que el signo de la batalla había cambiado.

Las voces de los espíritus empezaron a hablarle, ahogando con sus voces los alaridos de dolor. Alzó la vista hacia el apagado disco solar que el humo ocultaba y calculó que les quedaban dos horas de luz.

Su mirada se encontró con la de tres de sus tenientes.

—Tú, tú y tú. Reunid a los hombres necesarios, escoltad a la Madre Confesora, mi reina, hacia palacio y protegedla.

La expresión de sus ojos revelaba bien a las claras la gravedad de la misión que les encomendaba y hacía innecesaria cualquier advertencia sobre las consecuencias del fracaso.

Kahlan gritó una protesta. Richard desenvainó la espada.

—Lleváosla.

Los tenientes se apresuraron a obedecer y se llevaron a Kahlan, que no dejaba de gritar. Pero Richard no la miraba ni oía sus palabras. Ya se había sumergido en la furia viva. Magia y muerte danzaban peligrosamente en sus ojos. Los soldados guardaban silencio y fueron dejándole espacio.

Richard manchó la hoja con la sangre de su brazo para que empezara a paladearla. La furia aumentó.

Volvió la cabeza; los ojos de la muerte buscaban a los muertos vivientes. Inmerso en la tempestad desatada por la ira de la espada y la suya propia, no oía nada excepto el aullido de la furia en su interior, pero sabía que aún no era suficiente. Fue derribando sucesivamente todas las barreras y liberó toda la magia, sin reprimirla en modo alguno. Se fundió con los espíritus, con la magia, con su anhelo. Era el verdadero Buscador, y más.

Era el portador de la muerte encarnado.

Empezó a abrirse paso hacia el frente entre los soldados vestidos con cuero oscuro que se batían valientemente con hombres ataviados con capas de color carmesí y reluciente armadura, que habían roto las líneas. También luchaban tenderos de la ciudad con espadas, jóvenes con picas e incluso simples muchachos con porras.

A medida que avanzaba únicamente mataba a los Sangre de la Virtud que trataban de cortarle el paso. Su enemigo era algo más mortífero.

Al llegar al centro de la refriega, saltó por encima de un carro volcado. Un enjambre de d'haranianos lo rodeó para protegerlo. Su mirada de halcón recorrió la escena con propósito mortal.

Ante él un mar de capas rojas inundaba la oscura orilla de d'haranianos muertos. El número de víctimas era atroz, pero Richard se hallaba sumergido en la magia, por lo que cualquier cosa que no fuera el enemigo se consumía en las llamas de su furia.

Algo en lo más profundo de su mente gritaba al ver tanta muerte, pero ese grito quedaba ahogado por los vientos de su ira.

Primero los sintió y luego los vio. Como rachas de viento segaban las vidas de sus soldados y recogían una cosecha de muerte. Tras ellos atacaba la Sangre de la Virtud y arrollaba a los diezmados d'haranianos.

Richard alzó la espada y se tocó la frente con la ensangrentada hoja. Todo su ser se abandonó a ella.

—Espada, no me falles hoy —susurró.

Era el portador de la muerte.

—Muerte, danza conmigo. Estoy listo.

Las botas del Buscador golpearon la calle. De algún modo los instintos de todos los anteriores poseedores de la espada se fundieron con los suyos, así como su conocimiento, experiencia y habilidad.

Dejó que la magia lo guiara, aunque lo que lo impulsaba eran las tempestades de furia y su voluntad. Liberó el anhelo de matar y se deslizó entre los combatientes.

Hábil como la misma muerte, la espada segó la vida del primer mriswith que encontró.

«No malgastes fuerzas matando a enemigos que otros pueden matar —le aconsejaron los espíritus—. *Mata a quienes ellos no pueden.»*

Richard hizo caso del consejo y fue localizando a los mriswith mediante su sexto sentido. Algunos se ocultaban bajo las capas. Danzaba con la muerte, y en ocasiones la muerte encontraba a los mriswith sin que éstos pudieran siquiera verlo. Mataba sin malgastar esfuerzos en estocadas inútiles ni movimientos fallidos.

Recorría las filas de hombres en busca de los escamosos seres que guiaban a la Sangre de la Virtud. Mientras avanzaba por las calles a la caza del mriswith, notaba el calor de los fuegos, y oía los siseos de sorpresa cuando caía sobre ellos. La nariz se le llenó del hedor de su sangre. A su alrededor todo se desdibujó en la lucha.

Pero en su interior sabía que no iba a ser suficiente. Tenía la sensación de que iba a ahogarse en su propio temor, pues él sólo era uno. El más mínimo error, y ni siquiera ese uno podría seguir luchando. Era como tratar de exterminar una colonia de hormigas aplastándolas una a una.

Algunos *yabree* empezaron a rozarlo, y mostraba las rojas marcas de dos de ellos en su carne. Pero lo peor de todo era que a su alrededor los soldados caían a centenares. La Sangre de la Virtud avanzaba tras los mriswith para eliminar a los heridos. La lucha no tenía fin.

Richard alzó la vista hacia el sol y vio que se ponía en el horizonte. La noche descendía como un sudario sobre las últimas bocanadas de los moribundos. Sabía que para él no habría un mañana.

Mientras giraba sobre sí mismo, notó un tajo en el costado. La cabeza de un mriswith estalló con un chorro de sangre al golpearla con la espada. Cada vez estaba más cansado, y los mriswith se le acercaban. Con un altibajo desgarró el vientre de otro. Richard era sordo a sus agónicos aullidos.

Recordó a Kahlan. Tampoco para ella habría un mañana. La muerte se los llevaría a ambos esa noche.

Con gran esfuerzo la apartó de su mente. No podía permitirse el lujo de distraerse. Vuelta. Espada arriba, una zarpa seccionada. Giro, tajo en el vientre. Giro completo, cabeza cercenada. Estocada. Agáchate. Otro tajo. Los espíritus le hablaban y él reaccionaba sin dudas ni vacilaciones.

Consternado, se dio cuenta de que los estaban empujando hacia el centro de Aydindril. Se volvió y miró más allá de la enorme explanada invadida por la agitación, la desorganización y el caos de la sangrienta batalla, hacia el Palacio de las Confesoras, que se alzaba a menos de un kilómetro de allí. Los mriswith no tardarían en romper las líneas y lanzarse en masa hacia el palacio.

Entonces oyó un estruendo y vio una masa de soldados d'haranianos detrás de las líneas enemigas que cargaban contra la Sangre de la Virtud desde una calle lateral, desviando la atención de los soldados de las capas de color carmesí. Un número igual de d'haranianos atacaba desde el otro lado, aislando a un numeroso grupo de soldados de la Sangre. Los d'haranianos aprovecharon ese espacio abierto para atacarlos.

Richard se quedó de piedra al ver que Kahlan dirigía el ataque lanzado desde la derecha. No sólo conducía a tropas d'haranianas sino a hombres y mujeres del personal de palacio. La sangre se le heló en las venas al recordar cómo todos los habitantes de Ebinissia defendieron la ciudad al final.

¿Qué hacía Kahlan allí? Tenía que estar en palacio, a salvo. Aunque el suyo había sido un audaz movimiento, sería fatal. Los soldados de la Sangre eran demasiados, y ella se quedaría atrapada entre ellos.

Antes de que eso sucediera, Kahlan retiró sus tropas. Richard cortó la cabeza a un mriswith. Justo cuando pensaba que Kahlan se había retirado a una posición segura, la mujer volvió a lanzar otro ataque relámpago desde otra calle y dirigido a otra línea de enemigos.

Los soldados de la Sangre que combatían al frente se volvieron hacia la nueva amenaza, pero también los atacaron por la espalda. No obstante, los mriswith frustraron la efectividad de la maniobra y no tardaron en abrirse paso con sus *yabree* hasta adelante con la misma mortífera habilidad que habían desplegado durante toda la tarde.

Richard avanzó en línea recta entre la masa de capas de color carmesí hacia Kahlan. Tras luchar con los mriswith, los hombres le parecían lentos y torpes en comparación. El único inconveniente era la distancia. Los brazos le pesaban, y las fuerzas se le agotaban.

—¡Kahlan! ¿Qué estás haciendo? —gritó con una rabia alimentada por la magia, y la agarró por un brazo—. ¡Te mandé a palacio para que estuvieras segura!

Kahlan se desasió. En la otra mano empuñaba una espada cubierta de sangre.

—No pienso morir encogida de miedo en un rincón de mi casa, Richard. Quiero luchar por mi vida. ¡Y no te atrevas a gritarme!

Richard giró sobre sí mismo al sentir la presencia. Kahlan se agachó. El aire se llenó de sangre y huesos.

La mujer se volvió y gritó órdenes. Los hombres se volvieron y atacaron.

—En ese caso moriremos juntos, mi reina —susurró Richard, pues no quería que ella oyera su tono de resignación.

A medida que las líneas eran obligadas a replegarse hacia la explanada, Richard sentía una creciente presencia de mriswith. La sensación era tan abrumadora que le impedía percibirlos individualmente. Por encima de las cabezas del mar de capas de color carmesí y brillantes armaduras vio algo verde en la distancia que avanzaba hacia la ciudad, pero no se le ocurrió qué podría ser.

Súbitamente empujó a Kahlan a un lado. La exclamación de protesta de la mujer se interrumpió al darse cuenta de que Richard atacaba a una línea de mriswith que se habían materializado justo frente a ellos. El Buscador ejecutó su mortífera danza, y los fue abatiendo tan deprisa como pudo.

En medio de su frenético ataque vio otra cosa a la que tampoco encontró sentido: puntos en el cielo. Pero se dijo que estaba tan cansado que imaginaba cosas.

Lanzó un grito de rabia cuando un *yabree* se le acercó demasiado. Cercenó un brazo y luego la cabeza del mriswith en rápida sucesión. Inmediatamente se agachó para esquivar otro, al que derribó al levantarse con la espada por delante. A otro le propinó un revés con el cuchillo que empuñaba en la otra mano. Antes de retirar la espada de un cuerpo, repelió de un puntapié al que le atacaba por detrás.

Con una rabia fría se dio cuenta de que finalmente los mriswith habían decidido que él era su única amenaza, y lo estaban rodeando. Oyó a Kahlan que gritaba su nombre. Por todas partes veía ojos como cuentas. Estaba perdido. Aunque quisiera huir, no tenía adónde. Notaba los pinchazos de los *yabree*, que se le acercaban demasiado sin que él pudiera evitarlo.

Eran demasiados. Queridos espíritus, eran demasiados.

Ni siquiera veía ningún soldado cerca. Estaba completamente rodeado por un muro de escamas y relucientes cuchillos de triple hoja que trataban de hundirse en su carne. Sólo la ira de la magia los mantenía a raya. Ojalá le hubiera dicho a Kahlan que la amaba en lugar de gritarle.

Por el rabillo del ojo le pareció ver una mancha marrón y oyó el alarido de un mriswith, que no provenía del que él había matado. Se preguntó si ésa era la confusión que uno sentía al morir. Se sentía mareado de tanto dar vueltas, de tanto blandir la espada y de tantos golpes que lo sacudían hasta los huesos.

Del cielo cayó una cosa enorme, y luego otra. Richard se limpió la sangre de mriswith de los ojos para tratar de ver qué pasaba. A su alrededor todos los mriswith aullaban.

Entonces vio alas, alas marrones. Súbitamente aparecieron en su campo de visión unos brazos peludos que retorcían cabezas. Las garras desgarraban escamas. Los colmillos se hundían en los cuellos enemigos.

Richard se tambaleó hacia atrás cuando un enorme gar aterrizó pesadamente justo frente a él, tumbando al mriswith.

Era Gratch.

Parpadeando, el joven miró a su alrededor. Había gars por todas partes, y llegaban más. Aquellos puntos en el cielo que había visto eran gars.

Gratch arrojó un destrozado mriswith contra la Sangre de la Virtud y se precipitó sobre otro. Los gars atacaban en masa, y aún más llovían desde el oscuro cielo encima de las líneas de mriswith. El campo de batalla era un mar de relucientes ojos verdes. Los mriswith se envolvieron en sus capas para tornarse invisibles, pero no les servía de nada pues los gars los encontraban. Estaban perdidos.

Richard contemplaba la escena espada en mano y boquiabierto. Los gars rugían, los mriswith aullaban y Richard reía.

—Te amo —le dijo Kahlan al oído, rodeándolo con sus brazos por la espalda—. Pensé que iba a morir sin poder decírtelo.

Richard se volvió y clavó la mirada en los húmedos ojos verdes de la mujer.

—Yo también te quiero.

Por encima de los ruidos de la batalla se oían gritos; el verde que había visto eran soldados. Decenas de miles de soldados cargaban contra la retaguardia de la Sangre de la Virtud, llegaban como impetuoso torrente y obligaban a los de las capas de color carmesí a retroceder. Los d'haranianos de Richard, libres de los mriswith, se reagruparon y atacaron a la Sangre con la mortífera habilidad por la que eran conocidos.

Una enorme cuña de hombres ataviados de verde hendió las filas de la Sangre de la Virtud, aproximándose a Richard y Kahlan. A ambos lados docenas de gars seguían destrozando a los mriswith. Uno de ellos era Gratch, que los embestía y los obligaba a recular. Richard se encaramó a una fuente para tener una mejor perspectiva de lo que sucedía, tendió una mano a Kahlan y la ayudó a subir. Los soldados fluían hacia ellos para protegerlos, batiendo en retirada al enemigo.

—Son keltas —dijo Kahlan—. Los soldados de uniforme verde son keltas.

Richard reconoció al hombre que dirigía el ataque desde la vanguardia kelta: el general Baldwin. Cuando el general los divisó encima de la fuente, él y un destacamento se separaron del grueso de las fuerzas, gritando órdenes, y se abrieron paso en línea recta entre los soldados de la Sangre. Sus caballos aplastaban a los hombres a pie como si se tratara de hojas de otoño. En un momento dado Baldwin tuvo que abrirse paso con la espada. Tras romper las líneas enemigas detuvo el caballo delante de la fuente a la que habían trepado Richard y Kahlan.

El general envainó la espada e inclinó la cabeza, sin desmontar. Su pesada capa de sarga, sujeta a un hombro con dos botones, le caía a un lado formando un pliegue, dejando a la vista el forro de seda verde. Fue hasta ellos y saludó golpeándose con un puño el sobreveste de cuero.

—Lord Rahl —dijo con reverencia—. Mi reina —dijo inclinándose ante Kahlan, con más reverencia aún.

Kahlan se dirigió a él en un tono que nada bueno presagiaba.

—¿Qué me habéis llamado?

Incluso la reluciente calva del general se ruborizó. Hizo una nueva reverencia y balbuceó.

—Mi... gloriosa y estimada reina y Madre Confesora.

Richard tiró de la parte posterior de la camisa sin darle tiempo a replicar.

—Le dije al general que había decidido nombrarte reina de Kelton.

—¿Reina de Kelton?

—Así es —intervino el general, echando un vistazo al curso de la batalla—. Gracias a ello Kelton se ha mantenido unido y nadie ha cuestionado la rendición. Tan pronto como lord Rahl me comunicó que tendríamos el honor de que la Madre Confesora fuese nuestra reina, al igual que ya lo era de Galea, lo cual demuestra su respeto y su aprecio hacia mi país, reuní un ejército para ayudar a proteger a lord Rahl, a nuestra reina y unirnos a la guerra contra la Orden Imperial. No quería que nadie pensara que nos negamos a colaborar.

Finalmente Kahlan asimiló las nuevas.

—Gracias, general. Vuestra ayuda ha llegado justo a tiempo. Os lo agradezco mucho.

El general se quitó los largos guanteletes negros y se los sujetó al cinto. A continuación besó la mano de su reina.

—Si me excusáis, majestad, debo regresar con mis hombres. Hemos desplegado la mitad de nuestras fuerzas en la retaguardia por si esos malditos traidores tratan de escapar. —Baldwin se sonrojó nuevamente—. Perdonad mi lenguaje, majestad. No soy más que un soldado.

Una vez el general se retiró, Richard observó la batalla. Los gars seguían buscando a los invisibles mriswith, pero apenas encontraban ya. Y los que encontraban, no duraban mucho.

Gratch había crecido casi treinta centímetros desde la última vez que lo había visto y era ya tan grande como cualquiera de los otros machos. Al parecer, él dirigía la busca. Richard estaba atónito, pero ante tal carnicería su júbilo se mantenía reprimido.

—¿Reina? —preguntó Kahlan—. ¿Me nombraste reina de Kelton? ¿A la Madre Confesora?

—En esos momentos me pareció una buena idea. Era el único modo de impedir que Kelton se pasara al enemigo.

Kahlan lo evaluó con una leve sonrisa y declaró:

—Muy bien hecho, lord Rahl.

Cuando finalmente Richard envainó la espada, distinguió tres puntos rojos que se abrían paso entre los uniformes oscuros de cuero de los d'haranianos. Eran las tres mord-sith. Con sus agiels en la mano corrían hacia él. Aunque llevaban el uniforme rojo, era tanta la sangre vertida ese día que éste no lograba ocultarla.

—¡Lord Rahl! ¡Lord Rahl!

Berdine se lanzó sobre él como una ardilla que salta hacia una rama. Le aterrizó encima, lo rodeó con brazos y piernas y lo hizo caer dentro de la fuente llena de nieve derretida.

—¡Lord Rahl! —exclamó, sentada sobre su estómago—. ¡Lord Rahl, lo hicisteis! ¡Os quitasteis la capa tal como os dije! ¡Oísteis mi aviso después de todo!

Nuevamente se arrojó sobre él y lo estrujó entre sus rojos brazos. Richard contuvo la respiración mientras se sumergía. Aunque aquella agua helada no era lo que habría elegido, al menos se quitaría de encima parte de la apestosa sangre de mriswith. Jadeó, tratando de respirar, cuando Berdine lo agarró por la camisa y lo sacó del agua. Entonces se le sentó en el regazo, rodeándole la cintura con las piernas y lo abrazó de nuevo.

—Berdine —susurró él—, tengo el hombro herido. No aprietes tanto, por favor.

—Bah, eso no es nada —replicó Berdine con el típico desprecio de las mord-sith hacia el dolor—. Estábamos tan preocupadas... Cuando se inició el ataque creímos que no os volveríamos a ver. Pensamos que habríais fracasado.

Kahlan carraspeó, y Richard procedió a las presentaciones.

—Kahlan, éstas son mis guardaespaldas: Cara, Raina y la que está encima de mí es Berdine. Señoras, os presento a Kahlan, mi reina.

—Yo soy la favorita de lord Rahl —anunció Berdine con una sonrisa, al parecer definitivamente instalada en el regazo de Richard.

Kahlan cruzó los brazos y su verde mirada se ensombreció.

—Berdine, deja que me levante.

—Aún oléis como un mriswith. —La mord-sith volvió a sumergirlo en el agua y nuevamente lo sacó tirando de la camisa. Entonces olió y declaró—: Mucho mejor. Si volvéis a partir de nuevo de ese modo sin hacer caso a mis advertencias, no me limitaré a daros un baño.

—¿Por qué tantas mujeres se empeñan en bañarte, Richard? —comentó Kahlan tranquilamente.

—Ni idea. —Nuevamente Richard escrutó la batalla que se seguía librando, tras lo cual posó la mirada en los azules ojos de Berdine y la abrazó con el brazo sano—. Lo siento. Debería haberte escuchado. El precio de mi estupidez ha sido demasiado alto.

—¿Estáis bien? —le susurró la mord-sith al oído.

—Berdine, quita de encima. Deja que me levante.

—Según Kolo —le informó, mientras se dejaba caer a un lado—, los mriswith eran magos enemigos que cambiaron su magia por el poder de la invisibilidad.

—También yo estuve a punto —dijo Richard, y le tendió una mano para ayudarla a levantarse.

Berdine se puso de puntillas en el agua, le apartó el cuello de la camisa y le inspeccionó el pescuezo, tras lo cual suspiró aliviada.

—Ha desaparecido. Estáis a salvo. Kolo describe cómo empieza el cambio, cómo la piel empieza a escamarse. También dice que ese antepasado vuestro, Alric, creó una fuerza capaz de combatir a los mriswith: gars.

—¿Los gars...?

—Así es. Les imbuyó del poder de percibir a los mriswith incluso cuando éstos se hacen invisibles. Por eso tienen ojos verdes que brillan. Debido a ese origen mágico de los gars, aquellos que trataban directamente con los magos humanos adquirieron poder sobre sus semejantes y se convirtieron en algo así como generales de la nación gar que actuaban de intermediarios entre los gars y los magos. Dichos gars eran muy respetados y consiguieron que sus hermanos lucharan junto a la gente del Nuevo Mundo contra el enemigo mriswith, al que obligaron a refugiarse en el Viejo Mundo.

Richard escuchó las novedades con aire atónito.

—¿Qué más dice Kolo?

—No he tenido tiempo de leer más. Hemos estado muy ocupados desde que os fuisteis.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera? —preguntó a Cara mientras salía de la fuente.

—Casi dos días. Os marchasteis anteanoche. Hoy, al alba, los vigías llegaron, exhaustos, y nos comunicaron que la Sangre de la Virtud se disponía a atacar. No tardaron en hacerlo. La batalla dura desde esta mañana. Al principio iba bien, pero luego llegaron los mriswith y... —La voz de Cara se fue apagando.

Kahlan pasó un brazo en torno a Richard para tranquilizarlo.

—Lo siento, Cara. Debería haber estado aquí. —Richard miraba como aturdido el mar de cadáveres—. Es culpa mía.

—Yo he matado a dos —anunció Raina, mostrando su orgullo sin rebozo.

Ulic y Egan llegaron corriendo, se detuvieron, dieron media vuelta e inmediatamente adoptaron una posición defensiva.

—Lord Rahl —dijo Ulic de medio lado—, nos alegramos mucho de veros. Oímos los vítores pero cada vez que tratábamos de llegar hasta vos algo se interponía.

—¿No me digas? —replicó Cara, levantando una ceja—. Nosotras lo logramos.

Ulic miró al cielo y fijó su atención en la batalla.

—¿Siempre son así? —le susurró Kahlan al oído.

—No —susurró él a su vez—, ahora se están comportando de este modo porque estás tú delante.

Richard distinguió banderas blancas entre los supervivientes de la Sangre de la Virtud. Pero nadie les prestaba atención.

—Los d'haranianos no dan cuartel —le explicó Cara al darse cuenta de qué miraba—. Luchan a muerte.

Richard bajó de un salto de la fuente, echó a andar y sus guardaespaldas lo siguieron. Kahlan lo alcanzó antes de que hubiera dado tres pasos.

—¿Qué vas a hacer, Richard?

—Poner fin a esto.

—No puedes. Juramos guerra sin cuartel contra la Orden. Deja que tus hombres acaben el trabajo. Ellos lo hubieran hecho con nosotros.

—No puedo permitirlo. Si los matamos a todos, los demás integrantes de la Orden nunca se rendirán, pues sabrán que si lo hacen les espera la muerte. Pero si tomamos prisioneros, será más sencillo que se rindan. Y, si se rinden, venceremos sin tener que sacrificar a tantos de los nuestros, lo cual nos hará más fuertes y venceremos.

Richard empezó a gritar órdenes, que se fueron repitiendo de una fila a otra de d'haranianos y lentamente el fragor de la lucha fue decreciendo. Miles de ojos se posaron en él.

—Dejadlos pasar —ordenó a un oficial.

Richard regresó junto a la fuente y de pie contra la pared esperó, observando cómo se aproximaban los oficiales y los soldados de la Sangre de la Virtud. Avanzaban rodeados por d'haranianos con las armas prestas. Se abrió un corredor, y los hombres de las capas de color carmesí caminaron sin dejar de mirar a ambos lados.

El oficial que iba en cabeza se detuvo frente a Richard.

—¿Aceptáis nuestra rendición lord Rahl? —preguntó con voz ronca y apagada.

—Depende. ¿Me diréis la verdad?

El oficial miró a sus hombres, cubiertos de sangre, y respondió:

—Sí, lord Rahl.

—¿Quién os ordenó que atacarais la ciudad?

—Los mriswith y a muchos de nosotros el Caminante de los Sueños.

—¿Deseáis libraros de él?

Todos asintieron o declararon su conformidad en voz baja. Asimismo accedieron de buena gana a revelarle todo lo que supieran sobre los planes del Caminante de los Sueños y de la Orden Imperial.

Richard estaba tan agotado y dolorido que apenas podía tenerse en pie, pero la furia de la espada le daba fuerzas.

—Si queréis rendiros y ser súbditos de los d'haranianos, arrodillaos y jurad lealtad.

En la penumbra del atardecer los supervivientes de la Sangre se arrodillaron, acompañados por los gruñidos de dolor de los heridos, y recitaron la oración que les enseñaron los d'haranianos, uniéndose a ellos.

En una única voz que inundó la ciudad, todos repitieron el juramento con la cabeza inclinada.

—Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rahl, protégenos. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas.

A continuación los vencidos se despojaron de sus capas de color carmesí y las arrojaron al fuego, tras lo cual se retiraron, escoltados por los soldados que debían vigilarlos temporalmente.

—Acabas de cambiar las normas de la guerra, Richard —le dijo Kahlan. Con los ojos puestos en la carnicería, declaró—: Realmente han muerto ya demasiados.

—Sí, demasiados —murmuró él mientras contemplaba cómo los soldados de la Sangre, desarmados, se alejaban rodeados de los hombres que habían tratado de matar. Se preguntó si acaso se habría vuelto loco.

—«Tu misericordia nos ampara» —Kahlan citó parte de la oración—. Tal vez quiere decir eso. Creo que has hecho lo correcto.

La señora Sanderholt, que había oído a Kahlan, sonrió en señal de aquiescencia sosteniendo una ensangrentada cuchilla de carnicero.

Los relucientes ojos verdes se agruparon en la explanada. El humor de Richard mejoró al divisar la truculenta sonrisa de Gratch. Acompañado de Kahlan corrió hacia su amigo.

Nunca se había sentido tan bien entre aquellos peludos brazos. Richard reía con lágrimas en los ojos, mientras Gratch lo levantaba del suelo.

—Te quiero, Gratch. Te quiero mucho.

—Grrratch quierrrg Raaaach aaarg.

Kahlan se unió al abrazo, tras lo cual tuvo su propia ración de afecto gar.

—Yo también te quiero, Gratch. Has salvado la vida de Richard. Te estaré siempre agradecida.

Gratch gorgojeó su satisfacción mientras le acariciaba el pelo con una garra.

Richard apartó una mosca de un manotazo.

—¡Gratch! ¡Tienes moscas de sangre!

La sonrisa de satisfacción de Gratch se hizo más amplia. Los gars usaban las moscas de sangre para localizar más fácilmente sus presas, pero hasta entonces Gratch nunca había tenido. Richard no quería aplastar las moscas de Gratch, pero le estaban picando en el cuello.

Gratch se inclinó, pasó una garra por la sangre de un mriswith muerto y se embadurnó con ella la piel tensa y rosada de su abdomen. Obedientemente las moscas se lanzaron sobre el festín. Richard no podía creer lo que veía.

Estaban rodeados por multitud de ojos verdes relucientes fijos en él.

—Gratch, parece que has vivido una aventura. ¿Has sido tú quien los ha reunido a todos? —Gratch asintió, exhibiendo una mirada de orgullo—. ¿Y todos te obedecen?

Gratch se golpeó el pecho con las garras, se volvió hacia sus congéneres y gruñó. Todos los gars le devolvieron el extraño gruñido. Gratch sonrió, dejando al descubierto sus colmillos.

—¿Gratch, y Zedd?

La sonrisa gar se desvaneció. Los impresionantes hombros de Gratch se hundieron ligeramente y volvió la vista hacia el Alcázar. Al volver a mirar a Richard, sus ojos verdes habían perdido parte de su fulgor y sacudió la cabeza, apenado.

Richard notó un nudo de angustia en la garganta.

—Entiendo —susurró—. ¿Viste cómo lo mataban?

Gratch se golpeó el pecho, se levantó el pelaje encima de la cabeza —símbolo de Zedd— y se cubrió los ojos con las garras —símbolo de los mriswith. A través de signos y preguntas, Richard averiguó que Gratch había transportado a Zedd hasta el Alcázar, donde ambos habían luchado contra muchos mriswith. La última vez que Gratch vio a Zedd el mago estaba en el suelo, inmóvil, y tenía una herida en la cabeza. Luego lo buscó pero no pudo encontrarlo. Así pues, partió en busca de ayuda para luchar contra los mriswith y proteger a Richard. Después de muchos esfuerzos encontró a otros gars y logró que lo secundaran.

Richard volvió a abrazar a su amigo. Gratch lo estrechó contra sí largo tiempo, tras lo cual retrocedió y con la mirada buscó a los otros gars.

—Gratch —preguntó Richard con un nudo en la garganta—, ¿puedes quedarte?

Gratch señaló a Richard con una garra, luego a Kahlan y a continuación los unió. Entonces se golpeó el pecho y señaló a otro gar situado tras él. Cuando el gar se adelantó Richard vio que era una hembra.

—Gratch, ¿tienes una pareja? ¿Como yo y Kahlan?

Gratch sonrió y se golpeó el pecho con ambos puños.

—Y quieres irte con ellos, ¿verdad?

Gratch asintió con renuencia. Ya no sonreía.

Richard hizo de tripas corazón y esbozó su mejor sonrisa.

—Es fantástico, amigo mío. Mereces estar con tu pareja y tus nuevos amigos. Pero espero que nos visites. Nos encantará recibiros a ambos cuando deseéis. De hecho, todos los gars seréis bienvenidos.

Gratch recuperó la sonrisa.

—Gratch, quiero pedirte un favor. Es muy importante. ¿Podrías pedir a los demás que no comieran a personas? Nosotros no cazaremos gars y vosotros no comeréis personas. Por favor. Hazlo por mí.

Gratch se volvió a sus congéneres y les habló en un lenguaje compuesto de gruñidos. Los gars le respondieron con otros gruñidos, y entre ellos se desarrolló una especie de conversación. Los guturales sonidos de Gratch fueron subiendo de tono y se golpeó el pecho. Era igual de grande que cualquiera de

los otros gars presentes. Finalmente los gars ulularon en señal de conformidad. Gratch miró a Richard y asintió.

Kahlan abrazó de nuevo a la peluda bestia.

—Cuídate mucho y ven a vernos, si puedes. Siempre estaré en deuda contigo, Gratch. Te quiero. Los dos te queremos.

Tras abrazar por última vez a Richard, los gars alzaron el vuelo y se perdieron en la noche.

Richard se quedó de pie junto a Kahlan, rodeado por sus guardaespaldas, su ejército y los espectros de los caídos.

28

Richard se despertó sobresaltado. Kahlan estaba acurrucada junto a el, dándole la espalda. La herida que la reina mriswith le había causado en un hombro aún le dolía. Apenas capaz de tenerse en pie, había dejado que un cirujano del ejército le pusiera una cataplasma y luego se había desplomado en el lecho de la habitación de invitados que ocupaba. Ni siquiera se había quitado las botas, y por la desagradable sensación que notaba en una cadera supo que aún llevaba la *Espada de la Verdad* y se había quedado dormido encima.

Se sintió invadido por el júbilo cuando Kahlan se desperezó entre sus brazos, pero entonces recordó a los miles de muertos, a las miles de personas que habían perdido la vida por su culpa, y la sensación de júbilo se evaporó.

—Buenos días, lord Rahl —dijo una animada voz.

Miró ceñudo a Cara y replicó con un gruñido. Kahlan parpadeó a la luz del sol que entraba a raudales por la ventana.

—Resulta más gratificante si os quitáis la ropa —comentó con aire burlón Cara.

—¿Qué? —la voz de Richard sonaba ronca como un graznido.

La mord-sith pareció desconcertada con la pregunta.

—Bueno, ciertas actividades se realizan mejor sin ropa. Creí que al menos eso lo sabríais —añadió, poniéndose en jarras.

—¿Cara, qué quieres?

—Ulic quiere veros pero no se atreve a asomar la cabeza, por lo que le he dicho que lo haría yo. Pese a su tamaño, puede ser muy cobarde a veces.

—Podría darte lecciones de buena educación. —Richard se incorporó en la cama con una mueca de dolor—. ¿Qué quiere?

—Ha encontrado un cuerpo.

Kahlan se frotó los ojos y se incorporó a su vez.

—Bueno, no me extraña nada —comentó.

Cara sonrió, pero borró la sonrisa de su rostro al darse cuenta de que Richard la miraba.

—Ha encontrado un cuerpo en el fondo del barranco, bajo el Alcázar.

—¿Por qué no lo decías antes? —exclamó Richard, sentándose en el borde del lecho.

El joven salió al pasillo a todo correr, seguido por Kahlan. Ulic esperaba fuera.

—¿Lo habéis encontrado? ¿Habéis encontrado el cuerpo de un anciano?

—No, lord Rahl. Es el cuerpo de una mujer.

—¡Una mujer! ¿Qué mujer?

—Ha pasado tanto tiempo que el cuerpo está bastante estropeado, pero he reconocido la dentadura con piezas que faltan y la harapienta manta. Se trata de aquella anciana, Valdora. La que vendía tortas de miel.

Richard se frotó el dolorido hombro.

—Valdora. Qué extraño. ¿Y la niña? ¿Cómo se llamaba...?

—Holly. No hay ni rastro de ella. No hemos encontrado ningún otro cuerpo, aunque la zona de busca es muy amplia y las bestias salvajes pueden... bueno, es posible que nunca la encontremos.

Richard se limitó a asentir, pues las palabras le fallaron. Se sentía envuelto en un sudario.

—Las piras funerarias se encenderán dentro de un rato. ¿Deseáis estar presente? —preguntó Cara con voz compasiva.

—¡Pues claro! —Richard suavizó el tono al notar una mano de Kahlan en la espalda que lo instaba a la calma—. Debo estar presente. Después de todo, murieron por mi culpa.

—Murieron por culpa de la Sangre de la Virtud y de la Orden Imperial —le corrigió Cara.

—Lo sabemos, Cara —intervino Kahlan—. Estaremos allí tan pronto como le cambie la cataplasma del hombro y nos aseemos un poco.

Las piras funerarias ardieron durante días. En total, los muertos ascendían a veintisiete mil. Richard sentía que las llamas no sólo consumían el espíritu de las personas muertas sino también el suyo. Durante el día asistía a los funerales y recitaba las oraciones al lado de los demás, y por la noche velaba las llamas junto con otros, hasta que se extinguían por completo.

«Del fuego hasta la luz. Que tengas buen viaje hasta el mundo de los espíritus.»

Día a día el hombro empeoraba; cada vez estaba más hinchado, rojo y rígido. Y su estado de ánimo también empeoraba.

Recorría los pasillos y contemplaba las calles desde las ventanas, pero casi no hablaba con nadie. Kahlan caminaba junto a él, ofreciéndole el consuelo de su presencia, pero no hablaba a menos que él quisiera hacerlo. Richard no podía borrar de su mente la imagen de todos aquellos muertos y lo atormentaba el nombre que le daban las profecías: el portador de la muerte.

Un día, cuando por fin su hombro empezó a sanar, estaba sentado a la mesa que usaba como escritorio, con la mirada perdida, cuando un súbito resplandor lo sobresaltó. Kahlan había entrado sin que él se percatara de su presencia y había abierto las cortinas para dejar pasar la luz de sol.

—Richard, me tienes muy preocupada.

—Lo sé, pero no consigo olvidar.

—El manto del poder es muy pesado a veces, Richard, pero no puedes dejar que te aplaste.

—Eso es fácil de decir, pero todas esas personas murieron por culpa mía.

Kahlan se sentó encima de la mesa, frente a él, y con un dedo le alzó el mentón.

—¿Richard, de veras crees eso o sólo lo dices porque lamentas que hubiera tantos muertos?

—Kahlan, he sido un estúpido. Actué sin pensar. Si hubiera usado la cabeza, tal vez toda esa gente no habría muerto.

—Actuaste movido por el instinto. Tú mismo has dicho que así es como funciona el don en ti, al menos a veces.

—Pero...

—Deja de pensar en lo que podría haber sido. ¿Qué habría sucedido si hubieras actuado como ahora crees que debiste hacerlo?

—Bueno, toda esa gente no habría muerto.

—¿De veras? No estás siendo realista. Piénsalo bien, Richard. ¿Qué habría pasado si no hubieras actuado por instinto y no hubieras despertado a la sliph? ¿Cuál habría sido el resultado?

—Bueno, déjame pensar. No lo sé, pero las cosas habrían salido de otro modo.

—Claro que sí. Habrías estado en Aydindril cuando empezó el ataque. Habrías luchado contra los mriswith desde el amanecer, en lugar de unirte a la lucha al final del día. Te habrías agotado y hubieras caído mucho antes de que llegaran los gars, al atardecer. Ahora estarías muerto, y el pueblo no tendría a lord Rahl.

—Tiene sentido. —Se quedó un momento pensativo y añadió—: Y si no hubiera ido al Viejo Mundo, el Palacio de los Profetas habría caído en manos de Jagang y ahora tendría las profecías. —Se levantó, fue hasta la ventana y contempló el soleado día de primavera—. Y nadie estaría protegido frente al Caminante de los Sueños, porque yo estaría muerto.

—Has dejado que tus pasiones pudieran más que la razón.

Richard volvió hasta ella, la tomó de las manos y por vez primera se dio cuenta de que se veía radiante.

—La Tercera Norma de un mago: la razón. Kolo advertía en su diario que era insidiosa. Yo la he estado violando precisamente por creer que la había violado antes.

—¿Te sientes un poco mejor ahora? —preguntó Kahlan, deslizando los brazos alrededor de su cuerpo.

Richard posó las manos sobre la cintura femenina y sonrió por primera vez en días.

—Me has ayudado a ver claro, igual que Zedd solía hacer en el pasado. Supongo que tendré que contar con tu ayuda.

Kahlan lo rodeó con las piernas y lo atrajo hacia sí.

—Más te vale.

Richard le dio un casto beso y se disponía a darle otro, más apasionado, cuando las tres mord-sith entraron tranquilamente en la habitación. Kahlan apoyó su mejilla contra la de Richard e inquirió:

—¿No se molestan nunca en llamar?

—Casi nunca —susurró Richard—. Les encanta ponerme a prueba. Es su afición preferida. Nunca se cansan.

Cara, que iba en cabeza, se detuvo junto a ellos y los miró de la cabeza a los pies.

—¿Aún no habéis captado lo de la ropa, lord Rahl?

—Tenéis un aspecto fantástico esta mañana —fue la respuesta de Richard.

—Sí, sí. Y tenemos negocios que atender.

—¿Qué tipo de negocios?

—Cuando tengáis tiempo, han llegado a Aydindril algunos representantes que solicitan audiencia.

Berdine agitó el diario de Kolo.

—Y yo quisiera que me ayudarais con esto. Lo que hemos averiguado nos ha sido de gran ayuda, y aún queda mucho por traducir. Tenemos trabajo.

—¿Traducir? Yo conozco muchos idiomas —intervino Kahlan—. ¿De cuál se trata?

—D'haraniano culto —contestó Berdine, e inmediatamente hincó el diente a una pera que sostenía en la otra mano—. Lord Rahl se está convirtiendo en un experto en d'haraniano culto.

—¿De veras? Estoy impresionada. Poca gente conoce el d'haraniano culto. Por lo que tengo entendido se trata de una lengua extremadamente difícil.

—Hemos trabajado juntos en la traducción. Sobre todo de noche —le explicó Berdine con una sonrisa.

Richard carraspeó.

—Bueno, veamos qué desean esos representantes. —Cogió a Kahlan por la cintura, la alzó y la dejó en el suelo.

—Hay que ver qué manos tan grandes tiene lord Rahl —insistió Berdine—. Tienen el tamaño exacto de mis senos.

Kahlan enarcó una ceja y comentó:

—No me digas...

—Pues sí. Un día nos obligó a todas a mostrarle los pechos.

—¿Es eso cierto? ¿A las tres?

Cara y Raina se quedaron inexpresivas. Berdine asintió. Por su parte Richard se tapó el rostro con una mano.

Berdine dio otro mordisco a la pera.

—Aunque, desde luego, los míos fueron los que mejor se adaptaban a sus grandes manos.

Kahlan se dirigió tranquilamente hacia la puerta.

—Bueno, yo no tengo unos senos tan grandes como los tuyos, Berdine, aunque me parece que en las manos de Raina encajarían perfectamente.

Berdine se atragantó con la pera y Raina sonrió mientras Kahlan abandonaba la habitación.

Cara prorrumpió en carcajadas y cuando Richard pasó a su lado, le dio una palmada en la espalda.

—Me gusta, lord Rahl. Podéis quedaros con ella.

—Vaya, muchas gracias, Cara. Me alegro de contar con tu aprobación.

Cara asintió con rostro muy serio.

—¿Cómo sabías los de Berdine y Raina? —preguntó Richard a Kahlan cuando la alcanzó.

La mujer lo miró con aire de asombro.

—Es evidente, Richard. ¿No te has fijado en cómo se miran? Supongo que lo notarías enseguida.

—Bueno... —Richard echó un vistazo a su espalda para asegurarse de que las mord-sith aún no los habían alcanzado—. Te alegrará saber que a Cara le caes bien y que me ha permitido conservarte a mi lado.

—A mí también me gustan ellas. Dudo que pudieras encontrar guardaespaldas mejores.

—¿Lo dices para consolarme?

Kahlan sonrió y recostó la cabeza en su hombro.

—Para mí es un consuelo.

—Bueno —dijo Richard, cambiando de tema—, veamos qué tienen que decir esos representantes. Nuestro futuro y el de todos depende de ello.

Kahlan, ataviada con su blanco vestido de Madre Confesora, se sentó en silencio en su silla, la silla de la Madre Confesora, junto a Richard. Ambos se situaron bajo las figuras pintadas de Magda Searus, la primera Madre Confesora, y su mago Merritt.

Garthram, embajador de Lifany, Theriault, embajador de Herjborgue y Bezancort, embajador de Sanderia cruzaron la enorme sala de pulido suelo de mármol escoltados por un sonriente general Baldwin. Todos parecieron gratamente sorprendidos al ver a la Madre Confesora sentada junto a lord Rahl.

—Majestad. —El general Baldwin hizo una reverencia.

—Buenos días, general Baldwin —respondió Kahlan con una cálida sonrisa.

—Caballeros, espero que me traigáis buenas noticias de vuestros países. ¿Qué habéis decidido? —dijo Richard.

El embajador Garthram se atusó la barba gris y respondió:

—Después de amplias consultas, y teniendo en cuenta que tanto Galea como Kelton se han sumado ya a D'Hara, hemos decidido que el futuro sois vos, lord Rahl. Hemos traído los documentos de rendición incondicional, tal como deseabais. Deseamos unirnos a D'Hara y vivir bajo una misma ley.

El alto embajador Bezancort tomó la palabra.

—Aunque estamos aquí para rendirnos y unirnos a D'Hara, esperamos contar con la aprobación de la Madre Confesora.

Kahlan se quedó mirando un momento a los embajadores.

—Tanto nosotros como nuestros hijos debemos vivir en el futuro. No se puede vivir en el pasado. La primera Madre Confesora y su mago hicieron lo que era mejor para su gente en ese momento. Yo, como Madre Confesora actual, y mi mago, Richard, debemos hacer también lo mejor para el pueblo ahora. Debemos forjar la nueva alianza que necesita el mundo hoy, aunque nuestro objetivo de paz es el mismo.

»Con lord Rahl tenemos la mejor oportunidad de alcanzar la fuerza que nos asegure la paz duradera. Ha empezado una nueva era. Mi corazón y mi gente apoyan a lord Rahl. Como Madre Confesora soy parte de esta unión, y os doy la bienvenida a ella.

Richard le devolvió el apretón de mano.

—Seguiremos teniendo a nuestra Madre Confesora —declaró—. Necesitamos más que nunca su sabiduría y consejo.

Unos días después, Richard y Kahlan aprovecharon la espléndida tarde de primavera para pasearse por las calles cogidos de la mano, supervisando la limpieza tras la batalla así como las tareas de reconstrucción de lo destruido. De pronto Richard tuvo una idea y se volvió, sintiendo en el rostro la fresca brisa y los cálidos rayos de sol.

—Me acabo de dar cuenta de que exigí la rendición de todos los países de la Tierra Central y que apenas sé nada sobre ellos, ni siquiera todos los nombres.

—Bueno, en ese caso tendré que enseñártelos. Me temo que no podrás perderme de vista durante una buena temporada.

Esa perspectiva llenó a Richard de júbilo.

—Te necesito, Kahlan. Ahora y siempre. No puedo creer que por fin estemos juntos —dijo con un cariñoso gesto—. Si al menos pudiéramos estar solos —añadió, mirando a las tres mujeres y los dos hombres que los seguían a apenas tres pasos.

—¿Es eso una indirecta, lord Rahl? —preguntó Cara.

—No, es una orden.

La mord-sith se encogió de hombros.

—Lo siento, pero aquí fuera no podemos cumplir esa orden. Debemos protegeros. No sé si sabéis, Madre Confesora, que a veces necesita que le digamos qué mano debe usar para comer. A veces nos necesita para hacer las cosas más sencillas.

Kahlan soltó un suspiro de resignación. Finalmente su mirada se posó en los dos hombretones que caminaban detrás de las mord-sith.

—¿Ulic, te has encargado de instalar cerrojos en la puerta de nuestro dormitorio?

—Sí, Madre Confesora.

—Perfecto. ¿Vamos a casa? —sugirió a Richard—. Empiezo a estar un poco cansada.

—Primero tendréis que desposaros con él —declaró Cara—. Órdenes de lord Rahl: ninguna mujer puede entrar en su dormitorio excepto su esposa.

Richard la miró, ceñudo.

—Dije que excepto Kahlan, no excepto mi esposa.

Cara echó una fugaz mirada al agiel que colgaba de una fina cadena que Kahlan llevaba al cuello. Era el agiel que había pertenecido a Denna. Richard se lo entregó a Kahlan en ese lugar entre dos mundos al que Denna les había llevado para que pudieran estar juntos. Desde entonces se había convertido en una especie de amuleto. Aunque ninguna de las mord-sith había hecho ninguna alusión, desde el instante que vieron a Kahlan, se fijaron en él. Richard sospechaba que para las mord-sith significaba tanto como para él y Kahlan.

La displicente mirada de Cara retornó a Richard.

—Nos encomendasteis la protección de la Madre Confesora, lord Rahl. No hacemos otra cosa que no sea proteger el honor de nuestra hermana.

Kahlan sonrió al ver que esa vez Cara había logrado irritar a Richard, algo insólito. Richard inspiró hondo y replicó:

—Y debo decir que estáis haciendo un magnífico trabajo. Pero no os preocupéis. Os doy mi palabra de que muy pronto será mi esposa.

Kahlan le acariciaba la espalda despreocupadamente.

—Prometimos a la gente barro que regresaríamos a su aldea para que el Hombre Pájaro nos casara, y que yo llevaría el vestido que me cosió Weselan. La gente barro son amigos, y esa promesa significa mucho para mí. ¿No te gustaría que la gente barro nos casara?

Antes de que Richard pudiera contestar que también para él significaba mucho y que ése era su deseo, los rodeó una multitud de chiquillos. Los niños tiraban a Richard de las manos y le pedían que fuese a mirar, como había prometido.

—¿De qué hablan? —quiso saber Kahlan, divertida.

—De ja'la. Bueno, dejadme ver vuestra pelota de ja'la —dijo a los niños.

Cuando se la entregaron, la lanzó con una mano y se la mostró a Kahlan. Kahlan la cogió y la examinó, fijándose en la «R» dorada estampada.

—¿Qué es esto?

—Bueno, antes jugaban con una pelota llamada broc, tan pesada que los niños se hacían constantemente daño. Así pues, pedí a las costureras que hicieran pelotas nuevas, tan ligeras que todos los niños pueden jugar al ja'la, no sólo los más fuertes. Ahora la habilidad en el juego cuenta más que la fuerza bruta.

—¿Y por qué lleva una «R»?

—Les dije que todos aquellos que usaran este nuevo tipo de pelota, recibirían un broc oficial de palacio. La «R» es el símbolo de Rahl, lo cual demuestra que es un balón oficial. Antes el juego se llamaba ja'la, pero cambié las reglas y ahora se llama ja'la Rahl.

—Bueno —dijo Kahlan, lanzando la pelota a los niños—, puesto que lord Rahl se lo prometió, y lord Rahl siempre cumple su palabra...

—¡Sí! —exclamó uno de los niños—. Nos prometió que si usábamos su pelota, vendría a vernos jugar.

—Creo que se avecina una tormenta —comentó Richard, mirando el cielo cada vez más encapotado—, pero supongo que tendremos tiempo para un partido.

Cogidos del brazo siguieron a los jubilosos niños.

—Ojalá Zedd estuviera aquí con nosotros —comentó Richard.

—¿Crees que murió en el Alcázar?

Richard alzó la vista hacia la montaña.

—Zedd solía decir que si aceptas la posibilidad, la haces realidad. Así pues, hasta que alguien me demuestre lo contrario, no pienso aceptar que esté muerto. Yo creo en él. Creo que está vivo, armando líos esté donde esté.

La posada parecía acogedora; nada que ver con otras en las que habían estado, llenas de borrachos y alborotadores. No lograba comprender la manía que tenía la gente de ponerse a bailar cuando oscurecía. Era como si ambas cosas fueran unidas: abejas y flores, moscas y estiércol, y noche y baile.

Las pocas mesas estaban ocupadas por gente que cenaba tranquilamente, y en una mesa del fondo se sentaba un grupito de ancianos que fumaban en pipa, bebían cerveza y jugaban a un juego de mesa, enzarzados en animada conversación. Hasta él llegaban algunas frases sobre el nuevo lord Rahl.

—Tú no digas nada —le advirtió Ann—. Ya hablo yo.

Detrás del mostrador aguardaba una pareja de agradable aspecto. A la mujer se le formaron hoyuelos al sonreír.

—Buenas tardes, señores.

—Buenas tardes. Deseamos una habitación. El mozo de los establos nos ha dicho que tenéis buenas habitaciones.

—Claro que sí, señora. Para vos y vuestro...

Ann iba a contestar, pero Zedd se le adelantó.

—Hermano. Me llamo Ruben. Ésta es mi hermana, Elsie. Ruben Rybnik, a vuestro servicio —se presentó con un florido gesto—. Soy un lector de nubes de cierto renombre. Tal vez hayáis oído hablar de mí: Ruben Rybnik, el famoso lector de nubes.

La posadera trató de responder pero se había quedado sin palabras.

—Bueno, esto... sí, creo que sí.

—Ahí lo tienes —dijo Zedd, dando un palmetazo a Ann en la espalda—. Casi todo el mundo me conoce, Elsie. —El mago se acodó sobre el mostrador y se inclinó hacia la pareja situada detrás—. Elsie piensa que me lo invento, claro que estuvo encerrada en esa granja con esos pobres diablos que oyen voces y hablan con las paredes.

Las dos cabezas se volvieron al unísono hacia Ann.

—Trabajaba allí —murmuró entre dientes—. Trabajaba allí ayudando a esos «pobres diablos» que se alojaban en la granja.

—Sí, sí —dijo Zedd—. Hiciste un espléndido trabajo. Aunque nunca he entendido cómo te dejaron ir. —El mago volvió a dirigirse a los posaderos, que escuchaban el diálogo mudo—. Puesto que no tiene trabajo, creí que sería una buena idea llevarla conmigo para que conociera el mundo y la vida del exterior, ¿no les parece?

—Sí, sí —contestaron los posaderos simultáneamente.

—De hecho, preferimos dos cuartos. Uno para mi hermana y otro para mí. Es que ronca —explicó ante la mirada interrogadora de los posaderos—. Y yo tengo que dormir si quiero leer correctamente las nubes. Es un trabajo muy exigente.

—Bueno, bueno, tenemos unos cuartos preciosos —dijo la mujer, y nuevamente se le formaron hoyuelos en las mejillas—. Estoy segura de que descansaréis como es debido.

—Dénos las mejores que tengan —le advirtió Zedd—. Elsie se lo puede permitir. Su tío, al fallecer, le dejó todo lo que poseía, y era un hombre acaudalado.

El posadero puso ceño.

—¿No era también vuestro tío? —inquirió.

—¿Mío? Pues sí, claro que sí. Pero a mí no podía ni verme. Tuvimos nuestros problemillas, ya sabéis. Era algo excéntrico. Llevaba calcetines a modo de mitones en pleno verano. Elsie era su favorita.

—Las habitaciones —gruñó Ann, lanzando al mago una mirada asesina—. Ruben tiene que dormir. Hay muchas nubes que leer y debe empezar a primera hora de la mañana. Si no duerme las horas suficientes, le sale un sarpullido de lo más curioso alrededor del cuello.

—Ahora mismo se las muestro —dijo la posadera.

—No será pato asado eso que huelo, ¿verdad?

—Oh sí. Es lo que tenemos hoy de cena. Pato asado con chirivías, zanahorias y salsa. ¿Os gustaría probarlo?

Zedd inspiró profundamente.

—Vaya, el aroma es realmente delicioso. No es nada sencillo dar el punto exacto al pato asado, pero por el olor es evidente que sois una cocinera de primera. No hay duda.

La posadera se sonrojó y soltó una risita.

—Bueno, soy conocida por mi pato asado.

—Suena maravilloso —intervino Ann—. ¿Seríais tan amables de subirnos dos platos a las habitaciones?

—Naturalmente. Será un placer.

—Espera —dijo Zedd, deteniendo a la posadera—. Pensándolo mejor, ve tú delante, Elsie. Ya sé que te pone nerviosa que otros te miren cuando comes. Yo tomaré mi cena aquí, señora. Con una taza de té, por favor.

Ann se volvió y lo miró iracunda. Zedd notaba cómo el rada'han ardía.

—No tardes, Ruben. Mañana debemos partir temprano.

—Tú tranquila. Cenaré, jugaré una partidita con esos caballeros y me iré directamente a la cama. Hasta mañana. Recupera fuerzas para poder seguir enseñándote el mundo.

Ann le lanzó una mirada tan ardiente que hubiese podido fundir una piedra.

—Buenas noches, Ruben.

—No te olvides de pagar a esta buena mujer, y añadir una propina por la generosa ración de pato asado que piensa servirme —dijo el mago con indulgente sonrisa—. Y no te olvides de escribir en tu diario antes de acostarte —añadió con una significativa mirada y voz más baja.

—Sí —balbuceó la supuesta Elsie—. Lo haré, Ruben.

Una vez Ann se hubo ido, sin dejar de lanzarle admonitorias miradas, los caballeros sentados a la mesa, que lo habían oído todo, lo invitaron a unirse a ellos. Zedd extendió su túnica granate y tomó asiento entre ellos.

—¿Lector de nubes, habéis dicho? —preguntó uno.

—El mejor de todos —afirmó Zedd—. Sirvo a la realeza, nada más y nada menos.

Los hombres intercambiaron susurros de asombro. Uno de ellos, situado a un lado, se sacó la pipa de la boca e inquirió:

—¿Os gustaría leer algunas nubes para nosotros, maese Ruben? Todos contribuiríamos para pagaros con largueza.

Zedd alzó una flaca mano, como si quisiera prevenirlos.

—Me temo que no podrá ser. —El mago esperó a que los hombres mostraran su decepción para añadir—: No podría aceptar vuestro dinero. Será un honor deciros lo que puedo leer en las nubes, pero no aceptaré ni un penique por ello.

Todos sonrieron.

—Sois muy generoso, Ruben.

—¿Y qué dicen las nubes? —preguntó un corpulento parroquiano.

La posadera lo distrajo al dejar ante él una humeante fuente de pato asado.

—Enseguida os traigo el té —dijo, y se marchó apresuradamente hacia la cocina.

—Las nubes dicen muchas cosas acerca de los vientos de cambio que soplan, caballeros. Hablan de peligros y oportunidades. Hablan de la gloria del nuevo lord Rahl y de... bueno, dejadme que antes pruebe el pato. Parece estar delicioso. Luego os diré todo lo que deseéis saber.

—Ataca ya, Ruben.

Zedd saboreó un mordisco e hizo una dramática pausa para suspirar de placer. Había atraído la atención de todos.

—Vaya collar tan extraño que lleváis.

—Pues sí —comentó Zedd, dando golpecitos al collar sin dejar de masticar—. Ya no los fabrican como éste.

El hombre de la pipa entrecerró los ojos y señaló el collar con la boquilla.

—No veo ningún cierre. ¿Cómo habéis logrado que pasara por la cabeza?

Zedd se quitó el collar y se lo mostró. Ambas mitades estaban unidas por una bisagra.

—Éste es el cierre, ¿veis? Es un magnífico trabajo de artesanía. Está forjado con tanta delicadeza que ni siquiera se ve. Una obra maestra. Ya no se ven de éstos.

—Eso es lo que yo siempre digo —comentó el fumador de pipa—. Los artesanos ya no son lo que eran.

Zedd volvió a colocarse el collar.

—Eso es muy cierto.

—Hoy he visto una nube muy extraña —dijo un hombre de mejillas hundidas sentado al otro lado—. Parecía una serpiente, sí señor. A veces parecía reptar por el cielo.

Zedd se inclinó hacia el hombre y bajó la voz para preguntar:

—¿Es eso cierto?

—¿Qué significa, Ruben? —preguntó otro de los parroquianos, susurrando. Todos se inclinaron hacia Zedd para oír mejor la respuesta.

El mago los fue mirando uno a uno.

—Algunos dicen que es una nube rastreadora conjurada por un mago para localizar a alguien. —Zedd se había metido al público en el bolsillo.

—¿Para qué? —preguntó el hombre corpulento, sobrecogido.

Zedd fingió cerciorarse de que nadie de las otras mesas escuchaba antes de replicar:

—Para saber dónde está.

—¿Pero no se daría él cuenta de que lo persigue una nube con una forma tan rara?

—Según me han dicho, tiene truco —susurró Zedd, que cogió el tenedor y lo puso vertical para hacer una demostración—. Señala desde muy arriba a la persona que sigue, por lo que ésta solamente ve un punto en el cielo semejante al extremo de un bastón. Pero quienes observan la nube desde un lado ven todo el bastón.

Los hombres lanzaron exclamaciones de asombro y se recostaron en sus sillas para asimilar esa información. Zedd aprovechó para atacar de nuevo el asado.

—¿Sabéis algo de los vientos de cambio y del nuevo lord Rahl? —preguntó por fin uno de ellos.

—No sería el lector de nubes de la realeza si no lo supiera. Es una buena historia y, si tenéis tiempo, os la contaré.

Todos asintieron.

—Todo comenzó hace mucho, mucho tiempo, en la antigua guerra, cuando fueron creados los llamados Caminantes de los Sueños.